

NADIE LA ESCUCHABA GRITAR...

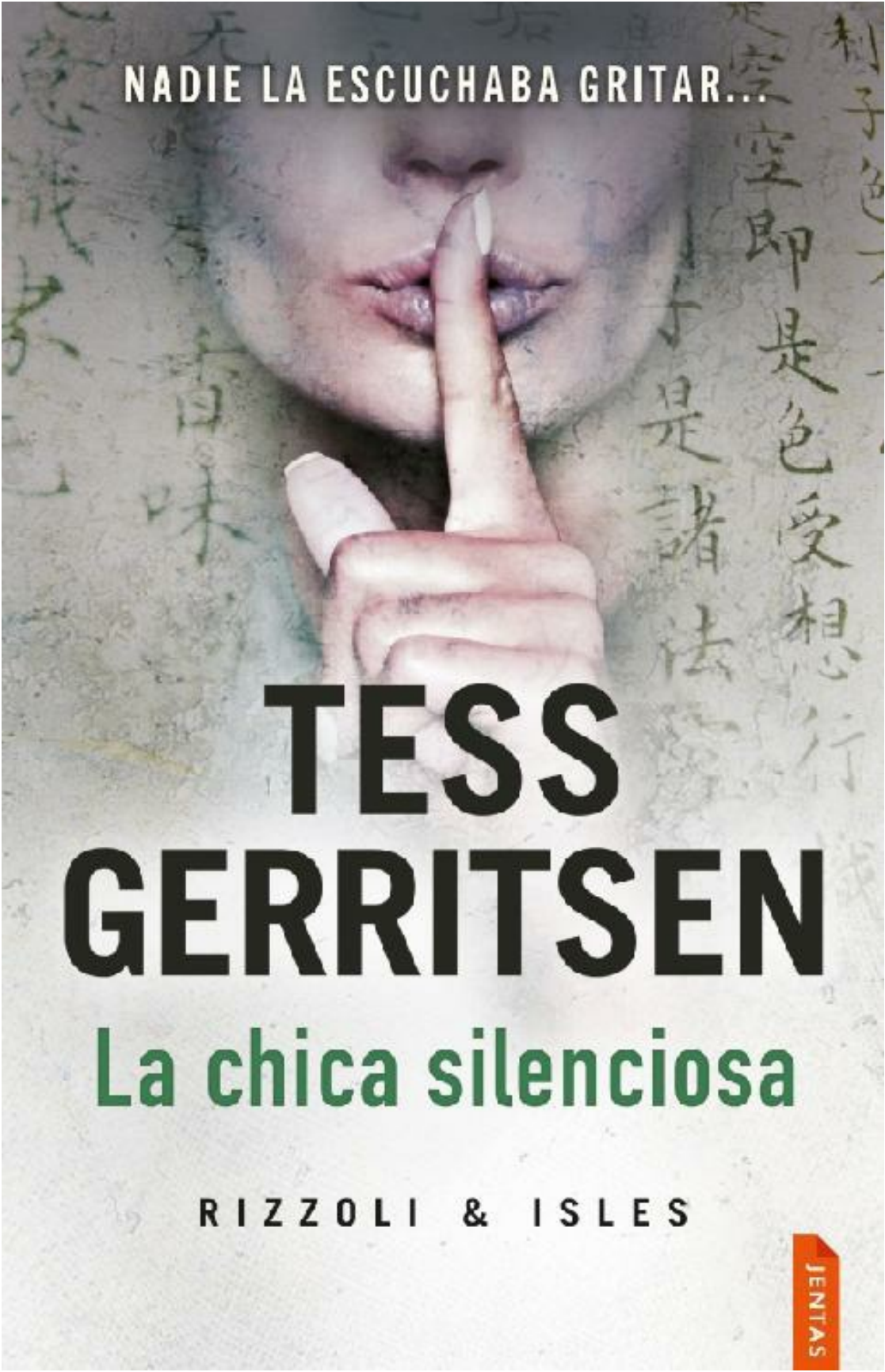


TESS GERRITSEN

La chica silenciosa

RIZZOLI & ISLES

JENTAS



NADIE LA ESCUCHABA GRITAR...

TESS GERRITSEN

La chica silenciosa

RIZZOLI & ISLES

JENTAS

LA CHICA SILENCIOSA

Tess Gerritsen

La chica silenciosa

Título original: The Silent Girl

© 2011 Tess Gerritsen. Reservados todos los derechos.

© 2023 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Constanza Fantin Bellocq,

© Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1261-7

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

RIZZOLI & ISLES

El cirujano (Rizzoli & Isles #1)

El aprendiz (Rizzoli & Isles #2)

El pecador (Rizzoli & Isles #3)

Hermanas de sangre (Rizzoli & Isles #4)

Desaparecidas (Rizzoli & Isles #5)

El club mefisto (Rizzoli & Isles #6)

Reliquia macabra (Rizzoli & Isles #7)

Frío glacial (Rizzoli & Isles #8)

La chica silenciosa (Rizzoli & Isles #9)

Para Bill Haber y Janet Tamaro,
Por creer en mis chicas

“Lo que debes hacer,” dijo el Rey Mono,
“es atraer al monstruo para que salga de
su escondite, pero asegúrate de que sea
una pelea a la que podrás sobrevivir.”

— **Wu Cheng'en,**
“*The Monkey King:*
Journey to the West”,
c. 1500-1582

UNO

SAN FRANCISCO

Durante todo el día, he estado vigilando a la chica.

No da ninguna indicación de haber notado mi presencia, aunque mi coche de alquiler se alcanza a ver desde la esquina donde ella y los otros adolescentes se han reunido esta tarde para hacer lo que sea que hacen los adolescentes aburridos para pasar el tiempo. Parece menor que los demás, pero tal vez se deba a que es asiática y menuda para sus diecisiete años, una chiquilina etérea. Lleva el pelo negro corto como varón y sus vaqueros están deshilachados y rotos. No por una tendencia de la moda, creo, sino como consecuencia de mucho ajeteo y vida dura en las calles. Fuma un cigarrillo y suelta una nube de humo con la displicencia de un matón callejero, una actitud que no encaja con su cara pálida y sus delicadas facciones chinas. Es lo suficientemente bonita como para atraer las miradas hambrientas de dos hombres que pasan a su lado. La chica ve sus expresiones y les sostiene la mirada, sin miedo, pero es fácil ser intrépida cuando el peligro no es más que un concepto abstracto. ¿Cómo reaccionaría esta chica si se enfrentara a una verdadera amenaza?, me pregunto. ¿Se defendería y lucharía o se desmoronaría? Quiero saber de qué está hecha, pero no la he visto puesta a prueba.

Cuando anochece, los adolescentes de la esquina comienzan a desbandarse. Primero uno, luego otra, se alejan. En San Francisco, aun las noches de verano son frescas y los que se quedan se apiñan juntos, enfundados en sus jerséis y chaquetas, se encienden los cigarrillos unos a otros y saborean el calor efímero de la llama. Pero el frío y el hambre terminan por dispersar a los últimos hasta que solo queda la chica, que no tiene adónde ir. Saluda con la mano a sus amigos que se van y se queda sola un rato, como esperando a alguien. Finalmente se encoge de hombros y camina hacia mí, las manos en los bolsillos. Cuando pasa junto a mi coche, ni siquiera me dirige una mirada, mantiene la vista fija hacia adelante, concentrada e intensa, como si en su mente estuviera dándole vueltas a un dilema. Quizás está pensando dónde buscar algo para cenar. O tal vez se trata de algo más importante. Su futuro. Su supervivencia.

Es probable que no tenga idea de que dos hombres la siguen.

Segundos después de que pasa junto a mi coche, veo que los hombres salen de un callejón. Los reconozco: son los mismos que la miraron anteriormente. Cuando pasan junto a mi automóvil, siguiéndola, uno de los hombres me mira a través del parabrisas. Un rápido vistazo para evaluar si soy una amenaza. Lo que ve no lo inquieta en absoluto, y él y su compañero siguen andando. Se mueven

como los depredadores confiados que son, persiguiendo a presas más débiles que no tienen posibilidad de defenderse.

Salgo del coche y los sigo. Igual que ellos siguen a la chica.

Ella entra en un vecindario donde hay demasiados edificios abandonados, donde las aceras parecen estar asfaltadas con botellas rotas. La chica no muestra miedo ni vacilación, el territorio parece resultarles conocido. En ningún momento mira hacia atrás, lo que me dice que es temeraria o no tiene idea de lo que es el mundo ni de lo que puede hacerle a chicas como ella. Los hombres que la siguen tampoco miran hacia atrás. Aun si me vieran, cosa que no permito que suceda, no verían nada que temer. Nadie nunca lo ve.

Una calle más adelante, la chica gira hacia la derecha y desaparece por una puerta.

Me oculto en las sombras y observo lo que sucede después. Los dos hombres se detienen fuera del edificio donde ha entrado la chica y evalúan la estrategia a seguir. Luego ellos también entran.

Desde la acera, miro hacia arriba, hacia las ventanas cubiertas por tablones. Es un depósito vacío con un letrero de PROHIBIDO PASAR. La puerta está entreabierta. Entro sigilosamente a una oscuridad tan espesa que freno para dejar que mis ojos se adapten mientras confío en mis otros sentidos para absorber lo que todavía no puedo ver. Oigo que cruje el suelo. Huelo a cera de vela encendida. Veo el brillo tenue de la puerta a mi izquierda. Espío dentro de la habitación.

La chica está de rodillas delante de algo que sirve como mesa; una vela parpadeante le ilumina la cara. A su alrededor hay indicios de alojamiento temporario: un saco de dormir, latas de comida, y un hornillo de campamento. Está forcejeando con un toco abrelatas y no ha advertido que los dos hombres se le acercan desde atrás.

Justo cuando tomo aire para gritar una advertencia, la chica se vuelve súbitamente y enfrenta a los intrusos. Lo único que tiene en la mano es el abrelatas, arma insuficiente contra los dos hombres de mayor tamaño.

—Esta es mi casa —dice—. Marchaos.

Yo me había preparado para intervenir. Pero me detengo para ver qué sucede. Para ver de qué está hecha la chica.

Uno de los hombres ríe.

—Solo estamos de visita, cariño.

—¿Os he invitado, acaso?

—Tienes aspecto de necesitar la compañía.

—Y tú tienes aspecto de necesitar un cerebro.

No es una forma prudente de manejar la situación, pienso. Ahora la lujuria de los hombres se mezcla con furia, una combinación peligrosa. Aun así, la chica se

mantiene inmóvil, perfectamente serena, esgrimiendo ese penoso utensilio de cocina. Cuando los hombres se lanzan sobre ella, yo ya estoy bien plantada sobre los pies, lista para saltar.

Ella lo hace primero. Un salto, y su pie impacta directamente en el esternón del primer hombre. Es un golpe poco elegante pero eficaz y él se tambalea, aferrándose el pecho como si no pudiera respirar. Antes de que el segundo hombre pueda reaccionar, ella ya está en movimiento hacia él y le estrella el abrelatas contra la sien. Él grita y retrocede.

Esto se ha puesto interesante.

El primer hombre se ha recuperado y se abalanza hacia ella, golpeándola con tanta fuerza que ambos ruedan al suelo. Ella arroja puñetazos y puntapiés y su puño se estrella contra la mandíbula del hombre. Pero la furia lo ha insensibilizado al dolor y con un rugido, rueda y se coloca sobre ella, inmovilizándola con su peso.

Ahora el segundo hombre vuelve a la acción. Le sujeta de las muñecas y se las inmoviliza contra el suelo. La juventud y la inexperiencia la han metido en una calamidad de la que no tiene manera de escapar. A pesar de la ferocidad que demuestra, la chica es inexperta y no está entrenada y lo inevitable está por suceder. El primer hombre le ha bajado la cremallera de los vaqueros y se los baja con violencia por las caderas delgadas. Su excitación es evidente por el bulto en su pantalón. Nunca un hombre es más vulnerable a un ataque.

No me oye venir. Se baja la cremallera del pantalón y un instante después, está tendido en el suelo, con la mandíbula destrozada: de la boca le caen los dientes sueltos.

El segundo hombre apenas tiene tiempo de soltarle las manos a la chica e incorporarse, pero no es lo suficientemente veloz. Soy un tigre y él no es otra cosa que un búfalo pesado, estúpido e indefenso contra mi ataque. Con un grito cae al suelo y a juzgar por el ángulo grotesco de su brazo, el hueso se le ha quebrado en dos.

Cojo a la chica y la levanto de un tirón.

—¿Estás bien?

Ella se sube la cremallera y me mira.

—¿Quién coño eres?

—Eso queda para después. ¡Venga, nos marchamos! —digo.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo los derribaste tan rápido?

—¿Quieres aprender?

—¡Sí!

Miro a los dos hombres que gimen y se retuercen a nuestros pies.

—Entonces te daré la primera lección: hay que saber cuándo huir. —La empujo hacia la puerta. —Y ese momento vendría a ser ahora.

La miro comer. Para ser una chica tan menuda, tiene el apetito de un lobo y devora tres tacos de pollo, un lago de judías refritas y un vaso grande de Coca-Cola. Ella quería comida mexicana, así que nos hemos instalado en un café donde suena música de mariachis y las paredes están adornadas con pinturas estridentes de señoritas que bailan. Aunque las facciones de la chica son chinas, ella es claramente estadounidense, desde el pelo corto hasta sus vaqueros deshilachados. Una criatura primitiva y salvaje que bebe ruidosamente lo que queda de Coca-Cola antes de masticar los cubos de hielo.

Comienzo a dudar de la prudencia de esta operación. Ella ya es demasiado mayor como para dejarse enseñar, demasiado salvaje como para aprender disciplina. Debería dejarla libre en las calles otra vez, si es dónde quiere ir, y encontrar otra manera. Pero luego veo las cicatrices en sus nudillos y recuerdo lo cerca que estuvo de derrotar ella sola a ambos hombres. Tiene un talento natural y es intrépida: dos cosas que no se pueden enseñar.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunto.

La chica deja el vaso y frunce el entrecejo. Por un instante me parece ver un destello de reconocimiento, pero luego desaparece. Niega con la cabeza.

—Fue hace mucho tiempo —digo—. Doce años. —Una eternidad para una chica tan joven. —Eras pequeña.

Se encoge de hombros.

—Con razón no te recuerdo. —Busca dentro de la chaqueta, saca un cigarrillo y se dispone a encenderlo.

—Estás envenenando tu cuerpo.

—Es mi cuerpo —replica.

—Si quieres entrenarte, no. —Extiendo el brazo por encima de la mesa y le arrebató el cigarrillo de los labios. —Si quieres aprender, tu actitud tiene que cambiar. Debes mostrar respeto.

Ella suelta un bufido.

—Hablas como mi madre.

—Conocí a tu madre. En Boston.

—Pues está muerta.

—Lo sé. Me escribió el mes pasado. Me dijo que estaba enferma y que le quedaba muy poco tiempo. Por eso estoy aquí.

Me sorprendo al ver un brillo de lágrimas en los ojos de la chica y ella aparta la cara enseguida, como avergonzada por mostrar debilidad. Pero en ese instante de vulnerabilidad, antes de que oculte sus ojos, me recuerda a mi propia hija, que era más joven que esta chica cuando la perdí. Siento el ardor de lágrimas en los ojos, pero no intento ocultarlas. El dolor me ha convertido en quien soy. Ha sido el fuego que ha pulido mi determinación y ha afilado mi decisión.

Necesito a esta chica. Y por lo visto, ella también me necesita a mí.

—Me ha tomado semanas dar contigo —le digo.

—Mi hogar de acogida era una mierda. Estoy mejor sola.

—Si tu madre te viera ahora, se le partiría el corazón.

—Nunca tenía tiempo para mí.

—¿Tal vez porque tenía dos trabajos para que pudieras comer? ¿O quizá porque tenía que criarte sola?

—Dejaba que todo el mundo la pisoteara. Nunca la vi defender nada. Ni siquiera a mí.

—Tenía miedo.

—Era cobarde.

Me inclino hacia adelante, enfurecida por esta chiquilina desagradecida.

—Tu pobre madre sufrió de maneras que ni siquiera puedes imaginar. Todo lo que hizo fue por ti. —Molesta, le arrojo el cigarrillo. No es la chica que esperaba encontrar. Puede que sea fuerte e intrépida, pero no tiene sentido de deber filial hacia sus padres muertos, ni sentido de honor de familia. Sin vínculos con nuestros ancestros, somos motas de polvo solitarias que flotan a la deriva, desconectadas de todo y de todos.

Pago la cuenta de su comida y me pongo de pie.

—Espero que algún día alcances la sabiduría que te permita comprender lo que tu madre sacrificó por ti.

—¿Te marchas?

—No hay nada que te pueda enseñar.

—¿Por qué querías hacerlo, igual? ¿Por qué viniste a buscarme?

—Pensé que me encontraría con alguien distinto. Alguien a quien pudiera enseñar. Alguien que me ayudaría.

—¿A hacer qué?

No sé cómo responder a su pregunta. Por un instante, el único sonido es el de la música estridente de mariachis que brota de los altavoces del restaurante.

—¿Te acuerdas de tu padre? —le pregunto—. ¿Recuerdas lo que le sucedió?

Ella se queda mirándome.

—¿Es eso, no? Es por eso que viniste a buscarme. Porque mi madre te escribió sobre él.

—Tu padre era un hombre bueno. Te amaba, y tú lo deshonras. Dishonras a tu padre y a tu madre. —Coloco un fajo de dinero delante de ella. —Esto es en memoria de ellos. Deja las calles y vuelve a la escuela. Al menos allí, no tendrás que defenderte de hombres desconocidos. —Doy media vuelta y me marcho del restaurante.

Segundos después está afuera y corre detrás de mí.

—¡Espera! —grita—. ¿Dónde vas?

—Vuelvo a mi casa, a Boston.

—Sí, te recuerdo. Creo que sé lo que quieres.

Me detengo y la miro a los ojos.

—También tiene que ser lo que *tú* quieres.

—¿Qué tengo que hacer?

La miro de arriba abajo y veo hombros delgados y unas caderas tan estrechas que apenas si le sostienen los vaqueros. —No se trata de lo que tienes que hacer —respondo—. Sino de lo que tienes que *ser*. —Me acerco a ella, despacio. Hasta este momento, no ha tenido motivos para temerme y ¿por qué debería hacerlo? Soy solo una mujer. Pero algo que ve ahora en mis ojos la hace retroceder un paso.

—¿Tienes miedo? —pregunto en voz baja.

Levanta la barbilla y dice con bravuconería tonta.

—No, no tengo miedo.

—Pues deberías tenerlo.

DOS

SIETE AÑOS DESPUÉS

—Soy la doctora Maura Isles, mi apellido se escribe I-S-L-E-S. Soy patóloga forense, y trabajo en la oficina de medicina forense del Estado de Massachusetts.

—Por favor describa para el tribunal su educación y antecedentes, doctora Isles —dijo Carmela Aguilar, fiscal de distrito adjunta.

Maura mantuvo la mirada fija sobre ella mientras respondía la pregunta. Era mucho más fácil concentrarse en la cara neutral de Aguilar que ver las miradas furibundas que le lanzaban el acusado y quienes lo apoyaban, que se habían dado cita masivamente en el tribunal. Aguilar no parecía darse cuenta de que estaba presentando sus argumentos ante un público hostil, ni tampoco parecía importarle, pero Maura tenía plena conciencia de ello: una gran parte de ese público eran agentes de las fuerzas del orden y sus amigos. No les iba a agradar lo que Maura tenía para decir.

El acusado era Wayne Brian Graff, agente del Departamento de Policía de Boston, de mandíbula cuadrada y espalda ancha, el prototipo del héroe estadounidense. Toda la sala estaba del lado de Graff y no de la víctima, un hombre que seis meses atrás, había terminado golpeado y roto sobre la mesa de autopsias de Maura. Un hombre que había sido enterrado sin deudos ni nadie que lo reconociera. Un hombre que dos horas antes de su muerte, cometió el pecado mortal de dispararle a un policía y matarlo.

Mientras recitaba su currículum, Maura sintió que todas esas miradas de fuego le quemaban la cara como rayos láser.

—Me gradué en la Universidad de Stanford con una licenciatura en Antropología —dijo—. Obtuve mi título en Medicina en la Universidad de California en San Francisco y luego hice una residencia de cinco años en patología, en la misma institución. Tengo certificación tanto en anatomía clínica como patológica. Después de la residencia, completé una beca de investigación en la subespecialidad de patología forense en la Universidad de California en Los Ángeles.

—¿Y está certificada por la junta de su especialidad?

—Sí. Tanto en patología general como forense.

—¿Y dónde trabajó antes de unirse a la oficina de medicina forense aquí en Boston?

—Durante siete años trabajé como patóloga en la oficina de medicina forense de San Francisco, California. También fui profesora de patología en la Universidad de California. Tengo licencia para ejercer la medicina tanto en Massachusetts

como en California. —Era más información de la que le habían solicitado, y vio que Aguilar fruncía el ceño, porque Maura le había desordenado su secuencia de preguntas. Había recitado esa información tantas veces en el tribunal que sabía con exactitud qué le preguntarían, por lo que sus respuestas eran igualmente automáticas. Dónde había estudiado, qué requería su trabajo y si estaba calificada como para prestar declaración en ese caso en particular.

Una vez que hubieron completado las formalidades, Aguilar pasó a lo más específico.

—¿Realizó usted la autopsia de un individuo llamado Fabian Dixon en octubre pasado?

—Sí —respondió Maura. Una respuesta simple y pragmática, pero sintió que la tensión en la sala aumentaba de inmediato.

—Explíquenos cómo fue que el señor Dixon terminó siendo un caso para la médica forense.

Aguilar miraba fijamente a Maura, como diciendo: *no prestes atención a nadie más en la sala. Solo mírame a mí y relata los hechos.*

Maura irguió la espalda y comenzó a hablar en voz alta como para que se oyera en toda la sala.

—El difunto era un hombre de veinticuatro años que fue encontrado sin reacción en el asiento trasero de un coche policial del Departamento de Policía de Boston. Eso fue aproximadamente unos veinte minutos después de su arresto. Se lo trasladó en ambulancia al Hospital General de Massachusetts, donde llegó muerto a Urgencias.

—¿Y eso lo convirtió en un caso para la médica forense?

—Sí, así es. De allí fue trasladado a nuestra morgue.

—Describa para el tribunal el aspecto del señor Dixon cuando lo vio por primera vez.

Maura notó que Aguilar se refería al hombre muerto por su nombre. No como *el cadáver* ni *el difunto*. Era su manera de recordarle al tribunal que la víctima tenía una identidad. Un nombre, una cara, una vida.

Maura respondió del mismo modo:

—El señor Dixon era un hombre bien alimentado, de peso y estatura promedio, que llegó a la morgue vestido solamente con ropa interior de algodón y calcetines. Le habían quitado las otras prendas cuando intentaron reanimarlo en la sala de Urgencias. Todavía tenía las almohadillas del electrocardiograma adheridas al pecho y un catéter endovenoso en el brazo izquierdo... —Hizo una pausa. Allí era donde el asunto se tornaba incómodo. Aunque evitaba mirar al público y al acusado, sabía que los ojos de todo ellos estaban fijos en ella.

—¿Y en qué condiciones se encontraba su cuerpo? ¿Podría describirnoslas? —la alentó Aguilar.

—Tenía múltiples hematomas en el pecho, en el flanco izquierdo y en el abdomen superior. Ambos ojos estaban cerrados por la hinchazón y tenía laceraciones en los labios y en el cuero cabelludo. Le faltaban dos dientes, los incisivos delanteros superiores.

—Objeción. —El abogado defensor se puso de pie. —No hay manera de saber cuándo perdió esos dientes. Podría haberlos perdido años antes.

—Uno de los dientes apareció en las radiografías. Dentro de su estómago —dijo Maura.

—La testigo no debe hacer comentarios hasta que yo me haya expedido —interrumpió el juez con severidad. Miró al abogado defensor.

—La objeción no ha lugar. Señorita Aguilar, proceda.

La fiscal de distrito adjunta asintió; con una sonrisita en los labios, volvió a concentrarse en Maura.

—Bien, entonces el señor Dixon tenía hematomas múltiples, laceraciones y le habían arrancado de un golpe por lo menos *un* diente.

—Sí —dijo Maura—. Como se verá en las fotografías de la morgue.

—Si el tribunal está de acuerdo, nos gustaría proceder a mostrar esas fotografías de la morgue —dijo Aguilar—. Debo advertir al público que no son agradables a la vista. Si alguno de los presentes preferiría no verlas, sugiero que se retire ahora. —Hizo una pausa y paseó la mirada por la sala.

Nadie se marchó.

Cuando apareció la primera diapositiva y quedó a la vista el cadáver golpeado de Fabian Dixon, se oyeron exclamaciones ahogadas. Maura había hecho una descripción somera de las lesiones de Dixon porque sabía que las fotografías narrarían la historia mejor que ella. No se podía acusarlas de ponerse de un lado o del otro ni de mentir. Y la realidad que se veía en esa imagen resultaba obvia para todos: a Fabian Dixon lo habían golpeado salvajemente antes de subirlo al asiento trasero del coche patrulla.

Aparecieron otras diapositivas mientras Maura describía los hallazgos de la autopsia. Múltiples costillas rotas. Se había tragado un diente, visible en su estómago. Había aspirado sangre que aparecía en sus pulmones. Y la causa de la muerte: ruptura del bazo, lo que había llevado a una hemorragia intraperitoneal masiva.

—¿Y cuál fue la forma de muerte del señor Dixon, doctora Isles? —preguntó Aguilar.

Esa era la pregunta clave, la que Maura temía responder, por las consecuencias que seguirían.

—Homicidio —dijo Maura. No le correspondía a ella señalar quién era el culpable. Restringió su respuesta a esa única palabra, pero no pudo dejar de mirar a Wayne Graff. El policía acusado estaba sentado inmóvil, con expresión

inescrutable, como tallada en granito. Durante más de una década, había servido a la ciudad de Boston con distinción. Una docena de testigos habían declarado ante el tribunal que el agente Graff los había ayudado demostrando gran valor. Era un héroe, dijeron y Maura les creía.

Pero la noche del 31 de octubre, la noche que Fabian Dixon asesinó a un agente de policía, Wayne Graff y su compañero se transformaron en ángeles vengadores. Arrestaron a Wayne, que estaba bajo custodia de ambos cuando murió. *El sujeto estaba agitado y violento, como bajo los efectos de PCP o crack, escribieron en su declaración.* Describieron la resistencia desquiciada de Dixon, su fuerza sobrehumana. Ambos agentes habían tenido que sumar esfuerzos para subirlo al coche patrulla. *Dominarlo requirió de fuerza, pero él no parecía sentir dolor. Durante el forcejeo, emitía gruñidos y sonidos animales y trataba de quitarse la ropa, aunque esa noche hacía cuatro grados de temperatura.* Habían descrito –casi con demasiada perfección– la conocida condición médica del delirio de excitación, que había causado la muerte de otros prisioneros adictos a la cocaína.

Pero meses más tarde, el informe toxicológico solo reveló la presencia de alcohol en el organismo de Dixon. A Maura no le quedaron dudas de que la forma de muerte había sido homicidio. Y uno de los responsables estaba sentado en ese momento a la mesa de la defensa, mirándola a ella.

—No tengo más preguntas —dijo Aguilar. Se sentó, confiada de que había presentado eficazmente su caso.

Morris Whaley, el abogado defensor, se puso de pie para las repreguntas y Maura sintió que se le tensaban los músculos. Whaley se aproximó al estrado con actitud cordial, como si solo quisiera mantener una conversación amistosa. Si se hubieran conocido en un cóctel, le habría resultado una compañía agradable, un hombre bastante atractivo, con su traje de Brooks Brothers.

—Creo que todos estamos impresionados con sus credenciales, doctora Isles —dijo—. Así que no voy a ocuparle más tiempo al tribunal revisando sus logros académicos.

Ella no respondió, se quedó mirando la cara sonriente del abogado mientras se preguntaba de dónde vendría el ataque.

—No creo que nadie que esté presente en esta sala dude de que ha trabajado mucho para llegar a donde está hoy —prosiguió Whaley—. Sobre todo si se toman en cuenta los desafíos que ha tenido que enfrentar en su vida personal en los últimos meses.

—Objeción. —Aguilar soltó un suspiro de exasperación y se puso de pie. —No es relevante.

—Lo es, su señoría. Es relevante en cuanto al juicio de la testigo —dijo Whaley.

—¿De qué manera? —respondió el juez.

—Las experiencias pasadas pueden afectar a cómo un testigo interpreta la

evidencia.

—¿A qué experiencias se refiere?

—Si me permite explorar esa cuestión, se tornará aparente.

El juez miró con seriedad a Whaley.

—Por el momento, permitiré esta línea de preguntas. Pero solo por el momento.

Aguilar volvió a sentarse, frunciendo el ceño.

Whaley se volvió hacia Maura.

—Doctora Isles, ¿por casualidad recuerda la fecha en que examinó al difunto?

Maura no respondió de inmediato, sorprendida por el abrupto regreso al asunto de la autopsia. No escapó a su atención que él había evitado utilizar el nombre de la víctima.

—¿Se refiere al señor Dixon? —dijo y vio un destello de irritación en sus ojos.

—Así es.

—La fecha de la autopsia fue el primero de noviembre del año pasado.

—¿Y en esa fecha, determinó usted la causa de la muerte?

—Sí. Como dije antes, murió de hemorragias internas masivas que siguieron a la ruptura del bazo.

—¿En esa misma fecha, especificó usted también la forma de muerte?

Ella vaciló.

—No. Al menos, no de manera definitiva...

—¿Por qué?

Ella inspiró, consciente de que todos la miraban.

—Quería esperar los resultados del examen toxicológico. Para ver si el señor Dixon estaba realmente bajo la influencia de cocaína u otros fármacos. Quería ser cautelosa.

—Y debería serlo. Sobre todo cuando su decisión podría destruir las carreras, aun las vidas de dos dedicados agentes de paz.

—A mí solo me conciernen los hechos, señor Whaley, dondequiera que lleven.

A él no le gustó la respuesta; Maura lo vio en el músculo que se le tensó en la mandíbula. Toda semblanza de cordialidad había desaparecido; esto era ahora una batalla.

—Entonces llevó a cabo la autopsia el primero de noviembre —dijo.

—Sí.

—¿Qué sucedió después de eso?

—No sé a qué se refiere.

—¿Se tomó el fin de semana libre? ¿Pasó la semana siguiente realizando otras autopsias?

Ella se quedó mirándolo; sentía que el temor se enroscaba como una serpiente en su estómago. No sabía adónde iba él con eso, pero no le gustaba la dirección que había tomado.

—Fui a una conferencia de patología —dijo.

—En Wyoming, entiendo.

—Sí.

—Donde sufrió una experiencia traumática. ¿Fue atacada por un agente de policía corrupto?

Aguilar se levantó de un salto.

—¡Objeción! ¡No es relevante!

—Denegada —dijo el juez.

Whaley sonrió; tenía el camino liberado para hacer la pregunta que Maura temía.

—¿Es correcto eso, doctora Isles? ¿Fue atacada por un agente de policía?

—Sí —susurró ella.

—Disculpe, no la escuché.

—Sí —repitió Maura en voz más alta.

—¿Y cómo sobrevivió a ese ataque?

La sala estaba en absoluto silencio, esperando su historia. Una historia en la que ella no quería ni pensar, porque todavía le provocaba pesadillas.

Recordó la solitaria montaña de Wyoming. Recordó el ruido de la puerta del coche del agente cuando se había cerrado, atrapándola en el asiento trasero detrás de la reja para prisioneros. Recordó el pánico que sintió mientras golpeaba inútilmente las manos contra la ventana, tratando de escapar de un hombre que ella sabía que la mataría.

—¿Doctora Isles, cómo sobrevivió? ¿Quién acudió en su ayuda?

Ella tragó saliva.

—Un chico.

—Julian Perkins, de dieciséis años, creo. Un joven que le disparó al agente y lo mató.

—¡No tuvo alternativa!

Whaleyladeó la cabeza.

—¿Está defendiendo a un chico que mató a un policía?

—¡A un policía corrupto!

—Y luego usted regresó a Boston. Y declaró que la muerte del señor Dixon había sido un homicidio.

—Porque lo fue.

—¿O fue solamente un accidente trágico? ¿La consecuencia inevitable después de que un prisionero violento luchó y tuvo que ser sometido?

—Usted vio las fotos de la morgue. La policía utilizó mucha más fuerza de la necesaria.

—Igual que el chico en Wyoming, Julian Perkins. Él disparó y mató a un agente. ¿A eso lo considera fuerza justificable?

—Objeción —dijo Aguilar—. No es la doctora Isles a quien se está juzgando aquí. Whaley se lanzó al ataque con la siguiente pregunta, sin apartar la mirada de Maura.

—¿Qué sucedió en Wyoming, doctora Isles? ¿Mientras usted luchaba por su vida, tuvo una epifanía? ¿Comprendió repentinamente que los policías son el enemigo?

—¡Objeción!

—¿O acaso lo han sido siempre? Por lo visto, miembros de su familia lo piensan. El juez golpeó el martillo.

—Señor Whaley, aproxímese al estrado *ahora mismo*.

Maura observó, azorada, como ambos abogados conferían con el juez. Así que habían llegado a esto, a sacar a relucir a su familia. Todos los policías de Boston seguramente sabían que su madre, Amalthea, cumplía condena perpetua en una cárcel para mujeres en Framingham. El monstruo que me dio a luz, pensó Maura. Todos los que me miran deben preguntarse si esa maldad se habrá colado también en mi sangre. Vio que el acusado, el agente Graff, la miraba. Sus ojos se encontraron con los de ella y él esbozó una sonrisa. *Bienvenida a las consecuencias, leyó en los ojos de él. Esto es lo que sucede cuando traicionas la delgada línea azul, la que representa la idea de que la policía es la barrera entre la comunidad y la anarquía.*

—El tribunal se tomará un receso —anunció el juez—. Reanudaremos la sesión a las dos de la tarde.

Mientras los jurados salían, Maura se dejó caer contra el respaldo de la silla, sin darse cuenta de que Aguilar estaba junto a ella.

—Eso fue una bajeza —dijo Aguilar—. No debería habersele permitido.

—Me puso a mí en el centro de todo —dijo Maura.

—Sí, bueno, es lo único que tiene. Porque las fotos de la autopsia son muy convincentes. —Aguilar se quedó mirándola. —¿Hay algo más que debería saber sobre usted, doctora Isles?

—¿Además de que mi madre es una asesina convicta y que a mí me gusta torturar gatitos para divertirme?

—No estoy bromeando.

—Ya lo dijo usted: no es a mí a quien están juzgando.

—No, pero intentarán que todo gire alrededor de usted. Si odia a la policía. Si tiene motivos ocultos. Podríamos perder el caso si el jurado piensa que usted no está a la altura. Así que cuénteme si existe algo más que podrían sacar a relucir. Cualquier secreto que no me haya contado.

Maura pensó en los bochornos privados que ocultaba. La relación prohibida que acababa de terminar. La historia de violencia de su familia.

—Todo el mundo tiene secretos —dijo—. Los míos no son relevantes.

—Esperemos que no —dijo Aguilar.

TRES

Dondequiera que miraras en Chinatown, el barrio chino de Boston, había fantasmas. Rondaban por el tranquilo Tai Tung Village como también por la estridente calle Beach; sobrevolaban la zona de Ping On Alley y flotaban por la calle oscura detrás de Oxford Place. Los fantasmas estaban por todos lados en esas calles. Esa, al menos, era la historia del guía turístico Billy Foo y la sostenía con firmeza. Si él creía o no en los fantasmas no tenía importancia; su trabajo era convencer a los turistas de que esas calles estaban llenas de espíritus. La gente *quería* creer en fantasmas; por eso tantas personas estaban dispuestas a pagar quince dólares por cabeza y quedarse de pie, tiritando en la esquina de Beach y Oxford para escuchar las historias truculentas de Billy sobre asesinatos. Esa noche Billy tenía un auspicioso número de trece personas para el Tour Nocturno de Fantasmas de Chinatown, incluyendo un par de malcriados mellizos de diez años que deberían haber estado durmiendo desde hacía tres horas. Pero cuando necesitas el dinero, no rechazas a los turistas que pagan, ni siquiera a los niños malcriados. Billy tenía una especialización en teatro y pocas perspectivas de futuro, y el botín de esa noche era de unos estupendos 195 dólares, más las propinas. Nada mal para dos horas de contar historias exageradas, aun si le significaba la humillación de lucir una bata de satén en estilo mandarín y una trencita falsa.

Billy carraspeó y levantó los brazos, utilizando las habilidades que había aprendido en seis semestres de clases de teatro para llamar la atención de los turistas.

—El año es 1907. Dos de agosto, una cálida noche de viernes. —Su voz, profunda y ominosa, se elevó por encima del sonido molesto del tránsito. Como si fuera la Muerte eligiendo a su próxima víctima, Billy señaló hacia el otro lado de la calle. —Allí, en la plazoleta conocida como Oxford Place, late el corazón del barrio chino de Boston. Caminad conmigo ahora, mientras ingresamos en una era pasada, cuando estas calles estaban atestadas de inmigrantes. Cuando la noche cálida olía a cuerpos sudorosos y especias extrañas. ¡Regresemos a una noche en la que había *un asesinato* en el aire! —Con un movimiento teatral del brazo, les indicó que lo siguieran hasta Oxford Place, donde todos se apiñaron para escucharlo. Al ver sus caras atentas, pensó: Ahora es el momento de hechizarlos, de encantarlos como solo puede hacerlo un gran actor. Abrió los brazos y las mangas de su bata de mandarín flamearon como alas de satén; inspiró y se dispuso a hablar.

—¡Ma-miiii'! —lloriqueó uno de los mocosos—. ¡Él me dio un puntapié!

—Basta, Michael —ordenó la madre, tajante—. Termínala de una vez.

—¡No he hecho nada!

—Molestas a tu hermano.

—¡Él me molesta a mí!

—¿Queréis regresar al hotel, los dos? ¿Eso queréis?

Ay, Dios, *por favor*, haz que regresen al hotel, pensó Billy. Pero los dos hermanos permanecieron allí, mirándose con furia, los brazos cruzados. No parecían dispuestos a que los entretuvieran.

—Como decía —continuó Billy. Pero la interrupción lo había desconcentrado y casi podía oír el susurro de cómo la tensión dramática se iba perdiendo como aire de un globo pinchado. Apretó los dientes y continuó.

—Era una noche cálida de agosto. En esta plazoleta, tras un largo día de trabajo en sus lavaderos y tiendas de comestibles, un grupo de chinos descansaba. — Detestaba decir “chinos”, pero lo dijo de todos modos, para evocar una época en la que los periódicos se referían regularmente a *orientales furtivos y siniestros*. Cuando hasta la revista *Time* había descrito la *malicia como pálida sonrisa que brotaba de caras amarillas como papel de telegrama*. Una época en la que Billy Foo, un estadounidense de origen chino no habría sido considerado para otro trabajo que no fuera el de tintorero, cocinero o jornalero.

—Aquí, en esta plaza, está por desatarse una batalla —dijo Billy—. Una batalla entre dos clanes chinos rivales, los On Leong y los Hip Sing. Una batalla que dejará la plaza bañada en sangre...

“Alguien enciende un petardo. ¡De pronto, la noche explota de disparos! ¡Docenas de chinos huyen aterrados! Pero algunos no son lo suficientemente veloces y cuando las balas se acallan, cinco hombres quedan tendidos, muertos o agonizantes. Son solo las más recientes víctimas fatales de las sangrientas e infames guerras *tong*.

—¿Mami podemos irnos ya?

—Shhh, escucha la historia que cuenta el señor.

—¡Pero es aburrido!

Billy se interrumpió; le ardían los dedos de ansias de coger al mocoso del cuello. Le dirigió una mirada venenosa. El chico se encogió de hombros, impávido.

—En noches brumosas como esta —dijo Billy entre dientes—, a veces se pueden escuchar los ruidos distantes de aquellos disparos. ¡Se pueden ver sombras que huyen, presas de terror mortal, desesperadas por escapar de las balas que volaban aquella noche! —Billy se volvió y movió un brazo. —Seguidme hasta la calle Beach. A otro sitio donde habitan fantasmas.

—¡Mami! ¡Mami!

Billy no prestó atención al pequeño cretino y guió al grupo hacia el otro lado de la calle. *Sigue sonriendo, sigue hablando. Lo importante son las propinas*. Tenía que sostener la energía solo durante una hora más. Primero irían a la calle Knapp

para la siguiente parada. Luego a la calle Tyler y al salón de juego donde habían masacrado a cinco hombres en el año 91. En Chinatown estaba lleno de lugares donde habían asesinado gente.

Caminó con el grupo por la calle Knapp. Era poco más que un callejón, mal iluminado y poco transitado. Cuando dejaron atrás las luces y el tránsito, la temperatura súbitamente pareció desplomarse. Tiritando, Billy se ajustó la bata. Había notado este perturbador fenómeno en otras oportunidades, siempre que caminaba por esa sección de la calle Knapp. Hasta en las cálidas noches de verano, siempre sentía frío allí, como si un aire helado se hubiera instalado en el callejón hacía muchos años y jamás se hubiera disipado. Su grupo también pareció notarlo, pues oyó que se cerraban las cremalleras de las chaquetas y sacaban guantes de los bolsillos. Nadie hablaba y los pasos resonaban en los edificios que se elevaban a ambos lados. Hasta los dos mocosos estaban callados, como si intuyeran que el aire era diferente. Que algo flotaba allí, algo que se había tragado la risa y el júbilo.

Billy se detuvo afuera del edificio abandonado, donde un portón cerrado con llave cubría la entrada y había barras de acero en las ventanas de la planta baja. Una escalera de incendios oxidada trepaba hasta la tercera y la cuarta planta, donde todas las ventanas estaban entablonadas, como para mantener encerrado a algo que acechaba dentro. Los turistas se apiñaron, buscando escapar del frío. ¿O sería otra cosa lo que sentían en este callejón, algo que los hacía cerrar el círculo como para protegerse?

—Bienvenidos a la escena de uno de los crímenes más sangrientos de Chinatown —dijo Billy—. El letrero del edificio ya no está, pero hace diecinueve años, detrás de esas ventanas con barras, había un pequeño restaurante chino de frutos de mar llamado el Fénix Rojo. Era un establecimiento modesto, con solo ocho mesas, pero conocido por sus mariscos frescos. Ocurrió tarde la noche del treinta de marzo, una noche húmeda y fría. Una noche como esta, cuando las calles por lo general transitadas de Chinatown estaban extrañamente silenciosas. Dentro del Fénix Rojo, solo dos empleados trabajaban: el mozo, Jimmy Fang. Y el cocinero, un inmigrante ilegal de China llamado Wu Weimin. Tres clientes vinieron a comer esa noche, la que sería su última noche. Porque en la cocina, algo estaba muy mal. Jamás sabremos qué fue lo que hizo que el cocinero enloqueciera. Tal vez fueron las largas horas de trabajo esclavizador. O el sufrimiento de vivir como un desconocido en una tierra extraña.

Billy hizo una pausa. Bajó la voz a un susurro escalofriante :

—O tal vez fue una fuerza extraña que se apoderó de él, una fuerza del mal que lo poseyó. Que lo hizo sacar una pistola. Que lo hizo entrar en el salón comedor. Una fuerza del mal que sigue presente aquí, en esta calle oscura. Lo único que sabemos es que apuntó la pistola y ...—Billy se interrumpió.

—¿Y qué hizo? —preguntó alguien ansiosamente.

Pero la atención de Billy estaba en el techo, donde podía jurar que algo se acababa de mover. Era solo un movimiento de negro sobre negro, como el ala de un pájaro gigantesco contra el cielo. Entornó los ojos para intentar ver más, pero lo único que veía ahora era la silueta esquelética de la escalera de incendios contra la pared.

—¿Y qué sucedió? —preguntó uno de los niños.

Billy observó las trece caras que lo miraban, expectantes, e intentó recordar dónde se había interrumpido. Pero seguía perturbado por lo que había visto moverse contra el cielo. De pronto, lo invadió una desesperación para salir de ese callejón oscuro y huir de ese edificio. Una desesperación tal que tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para no echar a correr de regreso hacia la calle Beach. Hacia las luces. Inspiró hondo y dijo:

—El cocinero los mató. Les disparó a todos. Y luego se mató.

Con eso, Billy dio media vuelta y les hizo un ademán para que continuaran, para que se alejaran de ese malhadado edificio con sus fantasmas y ecos de horror. La Avenida Harrison estaba a cien metros, y las luces y el tránsito los atraían con su calidez. Un sitio para los vivos, no para los muertos. Caminaba tan rápido que el grupo quedó atrás, pero él no podía quitarse de encima la sensación amenazante que parecía envolverlos y cerrarse alrededor de ellos. La sensación de que algo los vigilaba. Lo vigilaba *a él*.

El grito agudo de una mujer lo hizo volverse súbitamente, con el corazón al galope. Luego el grupo estalló en risotadas y uno de los hombres dijo:

—¡Eh, qué buen detalle! ¿Lo utilizas en todos los tours?

—¿Qué? —dijo Billy.

—Nos dio el susto de nuestras vidas. Se ve muy real.

—No sé de qué habla —dijo Billy.

El hombre señaló lo que suponía era parte de la representación teatral.

—¡Eh, niño, enséñale lo que has encontrado!

—Lo encontré allí, junto al cubo de basura —dijo uno de los mocosos y exhibió su hallazgo. —¡Puaj! Hasta *se siente* real. ¡Súper asqueroso!

Billy dio unos pasos hacia él y de pronto quedó paralizado, sin poder hablar. Contempló el objeto que sostenía el chico. Vio que chorreaban gotas como tinta y salpicaban la chaqueta del niño, pero este no parecía darse cuenta.

Fue la madre del niño la que comenzó a gritar primero. Luego los otros se le unieron, chillando y retrocediendo. El chico, desconcertado, se quedó allí, inmóvil, con su premio en la mano mientras que la sangre goteaba sobre su manga.

CUATRO

—Cené allí justo el sábado pasado —dijo el detective Barry Frost mientras conducían hacia Chinatown. —Llevé a Liz a ver el ballet en el Teatro Wang. Ama el ballet, pero, hombre...yo no le encuentro la gracia. Me dormí en la mitad. Después, fuimos al restaurante Ocean City a cenar.

Eran las dos de la mañana, demasiado temprano para que alguien estuviera tan conversador, pero la detective Jane Rizzoli dejó que su compañero siguiera relatando su última cita, mientras ella se concentraba en manejar. A sus ojos cansados, cada farola de la calle parecía demasiado luminosa, todas las luces de los coches que pasaban eran un ataque a sus retinas. Hacía una hora había estado calentita en la cama con su marido; ahora trataba de espabilarse mientras se movía entre el tránsito que inexplicablemente avanzaba a paso de hombre a una hora en que todo ciudadano de bien debería estar durmiendo en su casa.

—¿Alguna vez has comido allí? —preguntó Frost.

—¿Qué?

—En el restaurante Ocean City. Liz pidió unas excelentes almejas con ajo y salsa de alubias negras. Se me abre el apetito de solo pensar. No veo la hora de volver a comerlas otra vez.

—¿Quién es Liz? —preguntó Jane.

—Te lo conté la semana pasada. Nos conocimos en el gimnasio.

—Pensé que te estabas viendo con una tal Muffy.

—Maggie. —Se encogió de hombros. —No funcionó.

—Tampoco funcionó con la anterior. No me acuerdo su nombre.

—Oye, todavía estoy tratando de darme cuenta de qué busco en una mujer ¿sabes? Hace mil años que no estaba en el mercado. Hombre, no tenía idea de que había tantas chicas solas por allí.

—Mujeres.

Frost suspiró.

—Sí, sí. Alice solía decírmelo todo el tiempo. Hoy en día hay que decir *mujeres*.

Jane frenó en un semáforo y lo miró.

—¿Alice y tu habláis seguido, últimamente?

—¿Hablar? ¿De qué?

—¿De los diez años que estuvisteis casados, tal vez?

Frost miró por la ventana, sin fijar la vista en nada en particular.

—No hay nada más que decir. Ella ha seguido con su vida.

Pero Frost, no, pensó Jane. Ocho meses atrás, su esposa, Alice, se había ido de casa. Desde entonces, Jane se había visto sometida a una crónica de las frenéticas pero nada gozosas aventuras de Frost con mujeres. Estaba la rubia de pechos

generosos que le había dicho que no llevaba ropa interior. La bibliotecaria aterradoramente atlética con la gastada copia del Kama Sutra. La cuáquera de cara fresca que bebía como un marinero. Frost le relataba todas las historias con una mezcla de asombro y perplejidad, pero era tristeza, más que ninguna otra cosa, lo que ella veía en sus ojos últimamente. Frost no era un mal candidato en absoluto: era delgado, atlético y guapo de una manera poco llamativa, por lo que salir con mujeres debería ser más fácil para él de lo que había sido.

Pero sigue echando de menos a Alice.

Circularon por la calle Beach y se adentraron en el corazón de Chinatown; las luces titilantes de un coche patrulla de la policía de Boston los encandilaron súbitamente. Jane detuvo su coche detrás del vehículo policial y salieron a la fría humedad de una noche de primavera. A pesar de la hora, había varios curiosos reunidos en la acera y Jane oyó murmullos tanto en chino como en inglés; todos seguramente se hacían la pregunta universal: *¿Alguien sabe qué sucede?*

Frost y ella echaron a andar por la calle Knapp y se agacharon para pasar debajo de la cinta policial, donde un agente hacía guardia.

—Somos los detectives Rizzoli y Frost, de homicidios —anunció Jane.

—Es allí —fue la respuesta del policía. Señaló hacia un contenedor de basura en el callejón, donde otro uniformado montaba guardia.

Mientras se acercaban, Jane se dio cuenta de que no estaban vigilando el contenedor, sino algo que estaba sobre la acera. Se detuvo y contempló una mano derecha amputada.

—¡Coño! —exclamó Frost.

El policía rió.

—Yo reaccioné de la misma manera.

—¿Quién la encontró?

—La gente del Tour de Fantasmas de Chinatown. Un niño del grupo la recogió creyendo que era falsa. Estaba lo suficientemente fresca como para chorrear sangre. En cuanto se dio cuenta de que era real, la dejó caer donde está ahora. Creo que no se esperaban *eso* en la excursión.

—¿Dónde están esos turistas ahora?

—Estaban muy alterados. Todos insistieron en volver a sus hoteles, pero tengo sus nombres y la información de contacto. El guía es un muchacho chino local, dice que hablará con vosotros cuando lo deseéis. Nadie vio nada salvo la mano. Llamaron al 911 y el operador creyó que se trataba de una broma. Tardamos bastante en responder porque nos retrasamos lidiando con unos alborotados en Charlestown.

Jane se agachó e iluminó la mano con la linterna. Era una amputación sorprendentemente limpia; el extremo seccionado tenía una costra de sangre seca. La mano parecía ser de mujer, con dedos pálidos y finos y uñas con una

manicura de desconcertante elegancia. No llevaba anillo ni reloj.

—¿Estaba allí, en el suelo?

—Sí. Con carne fresca como esa, las ratas se habrían hecho un festín muy rápido.

—No veo que esté mordida. No ha estado aquí demasiado tiempo.

—Ah, vi otra cosa. —El policía apuntó su linterna a un objeto gris que estaba a unos metros de distancia.

Frost se acercó para inspeccionarlo.

—Es una Heckler and Koch. Costosa. —dijo. Miró a Jane. —Tiene un silenciador.

—¿Alguno de los turistas tocó la pistola? —preguntó Jane.

—No, nadie —respondió el agente—. No la vieron.

—Entonces tenemos una pistola automática silenciada y una mano recién amputada —dijo Jane—. ¿Quién quiere apostar a que van juntas?

—Es un arma realmente buena —dijo Frost, que seguía admirando la pistola—. No imagino que alguien quiera deshacerse de ella.

Jane se irguió y miró el contenedor.

—¿Habéis revisado allí dentro para ver si está el resto del cuerpo?

—No, detective. Me pareció que una mano amputada alcanzaba para llamaros directamente a vosotros. No quisimos contaminar nada antes de que llegais.

Jane sacó un par de guantes de látex de un bolsillo. Mientras se los colocaba, sintió que se le aceleraba el corazón ante la expectativa de lo que encontraría.

Juntos, Frost y ella levantaron la tapa y el hedor de frutos de mar en descomposición les dio de lleno en la cara. Esforzándose por contener las náuseas, Jane distinguió unas cajas de cartón aplastadas y una gran bolsa de residuos negra. Frost y ella se miraron.

—¿Quieres hacer los honores? —dijo Frost.

Jane metió el brazo dentro y cogió la bolsa. De inmediato se dio cuenta de que no contenía un cadáver. No era lo suficientemente pesada. Con una mueca de asco ante el olor, abrió la bolsa y echó un vistazo dentro. Caparazones de gambas y cangrejos.

Retrocedieron y la tapa del contenedor se cerró con estrépito.

—¿No hay nadie? —preguntó el policía.

—Ahí dentro, no. —Jane observó la mano amputada. —¿Dónde está el resto de su cuerpo, entonces?

—Quizás alguien está desparramando partes por toda la ciudad —dijo Frost.

El policía rió.

—O tal vez uno de estos restaurantes chinos cocinó a la mujer y la sirvió en un delicioso guiso.

Jane miró a Frost.

—Qué suerte que pediste las almejas.

—Ya hemos hecho un recorrido —dijo el agente—. No hemos encontrado nada.

—De todos modos, creo que daremos un paseo por la zona —dijo Jane.

Frost y ella echaron a andar lentamente por la calle Knapp, cortando las sombras con las linternas. Vieron trozos de vidrio de botellas rotas, papeles, colillas. Ninguna parte de un cuerpo. Los edificios que se elevaban a ambos lados estaban a oscuras, pero Jane se preguntó si habría ojos vigilándolos desde las ventanas oscuras, siguiendo su avance por la calle silenciosa. Tendrían que volver a hacer esa misma inspección a la luz del día, pero no quería pasar por alto ninguna pista que pudiera degradarse con el tiempo. De manera que ella y Frost avanzaron por el callejón paso a paso hasta llegar a la cinta policial que bloqueaba el acceso desde la avenida Harrisson. Aquí había aceras, luces y tránsito. Aun así, Jane y Frost completaron el minucioso círculo alrededor de la manzana, desde Harrison a la calle Beach, barriando el suelo con la mirada. Para cuando terminaron el circuito y llegaron nuevamente al contenedor, había llegado la unidad de técnicos forenses.

—Veo que no habéis encontrado el resto de la mujer, tampoco —dijo el policía, dirigiéndose a Jane y a Frost.

Jane observó cómo embolsaban el arma y la mano amputada y se preguntó por qué un asesino arrojaría una parte de un cadáver en un sitio tan expuesto, donde alguien seguramente la vería. ¿Habría tenido prisa? ¿Querría que lo encuentren, sería alguna clase de mensaje? Su mirada se posó sobre una escalera de incendios que subía por el edificio de cuatro pisos que daba al callejón.

—Tenemos que revisar el techo —dijo.

El escalón inferior estaba oxidado y no lograron hacerla bajar; tendrían que llegar al techo de la manera convencional, por las escaleras. Salieron del callejón y volvieron a la calle Beach, donde podrían acceder a las puertas de entrada de esos edificios. En las plantas bajas había negocios: un restaurante chino, una panadería y una tienda asiática de comestibles: todos cerrados a esa hora. Por encima de los comercios, había apartamentos. Jane miró hacia arriba y vio que todas las ventanas estaban oscuras.

—Tendremos que despertar a alguien para que nos haga pasar —dijo Frost.

Jane se acercó a un grupo de ancianos chinos que se habían reunido en la acera para observar la acción.

—¿Alguno de ustedes conoce a los habitantes de este edificio? —preguntó—. Necesitamos entrar.

La miraron sin comprender.

—Este edificio —repitió Jane, señalándolo—. Necesitamos subir.

—Mira, creo que hablar más alto no sirve —dijo Frost—. No creo que entiendan el idioma.

Jane suspiró. *Así es Chinatown.*

—Necesitamos un intérprete.

—El distrito A-1 tiene un detective nuevo. Creo que es chino.

—Tomará demasiado tiempo esperarlo. —Jane subió los escalones de entrada, inspeccionó los nombres de los inquilinos y pulsó un botón al azar. A pesar de que lo pulsó varias veces, nadie respondió. Probó con otro y esta vez, finalmente alguien contestó por el intercomunicador.

—¿*Wei*? —dijo una mujer.

—Es la policía —respondió Jane—. ¿Puede darnos acceso al edificio, por favor?

—¿*Wei*?

—¡Por favor, abra la puerta!

—Pasaron unos minutos, luego se oyó la voz de un niño.

—Mi abuela quiere saber quién es.

—Soy la detective Jane Rizzoli, de la policía de Boston —dijo Jane—. Necesitamos subir al techo. ¿Puedes darnos acceso al edificio?

Por fin se oyó el zumbido de la cerradura.

El edificio tenía por lo menos cien años de antigüedad y los escalones de madera crujían bajo el peso de Jane y Frost. Cuando llegaron a la primera planta, se abrió una puerta y Jane tuvo un atisbo de un apartamento pequeño, desde el que asomaban dos chicas con expresiones curiosas. La menor parecía tener la misma edad que Regina, la hija de Jane y ella se detuvo para sonreír y murmurar un “Hola”.

De inmediato, una mujer levantó en brazos a la niñita y la puerta se cerró con estrépito.

—Creo que somos el lobo feroz —dijo Frost.

Siguieron subiendo. Tras el descanso del cuarto piso, subieron por unos escalones estrechos hasta la azotea. La salida estaba sin llave, pero la puerta emitió un chillido estridente cuando la abrieron.

Salieron a la oscuridad que precede a la madrugada, iluminada solamente por las luces difusas de la ciudad. La linterna de Jane iluminó una mesa de plástico y sillas, macetas con hierbas. De un cordel curvado hacia abajo, colgaba una pesada carga de ropa que bailaba como fantasmas al viento. Por entre las sábanas flameantes, ella vio otra cosa, algo que estaba junto al borde de la terraza, más allá de la cortina de ropa.

Sin decir una palabra, Frost y ella sacaron cubrezapatos desechables de sus bolsillos y se inclinaron para colocárselos. Solo entonces pasaron debajo de las sábanas que colgaban y cruzaron hacia lo que habían vislumbrado; los cubrezapatos susurraban sobre la superficie de papel alquitranado.

Por un instante, ninguno habló. Permanecieron inmóviles, uno junto al otro, apuntando con las linternas al lago de sangre coagulada. A lo que yacía sobre ese lago.

—Creo que hemos encontrado el resto de la mujer —dijo Frost.

CINCO

Chinatown estaba en el corazón mismo de Boston, recostado contra el distrito financiero hacia el norte y contra el césped verde del Common hacia el oeste. Pero mientras Maura caminaba bajo la puerta *paifang*, con sus cuatro leones tallados, se sintió como si estuviera entrando en una ciudad diferente, un mundo diferente. La última vez que había estado en Chinatown había sido un sábado de octubre por la mañana, en el que había visto grupos de ancianos sentados debajo de la puerta, bebiendo té y jugando a las damas mientras cotilleaban en chino. Aquel día frío se había encontrado allí con Daniel para desayunar *dim sum*. Era una de las últimas comidas que compartirían y el recuerdo de ese día la atravesó como un puñal. Aunque era una madrugada luminosa de primavera y estaban los mismos hombres jugando a las damas, la melancolía oscurecía todo lo que veía, convirtiendo la luz del sol en penumbras.

Pasó delante de restaurantes en los que los tanques de frutos de mar estaban llenos de peces plateados, delante de polvorientos negocios de importación atestados de muebles de palisandro, brazaletes de jade y objetos tallados en marfil falso, hasta que divisó un grupo numeroso de espectadores. Vio a un policía uniformado del Departamento de Policía de Boston que parecía un gigante junto a la muchedumbre que en su mayoría era asiática, y avanzó hacia él.

—Con permiso, soy la médica forense —anunció.

La mirada fría que le dirigió no dejaba dudas de que el policía sabía exactamente quién era. La doctora Maura Isles, que había traicionado a la hermandad de los que tenían la tarea de servir y proteger. La persona cuyo testimonio podía enviar a uno de ellos a la cárcel. No dijo una palabra, solo la miró, como si no tuviera idea de qué esperaba de él.

Maura le devolvió la misma mirada gélida.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó.

—Tendrá que preguntarle a la detective Rizzoli.

El agente no pensaba ponérselo fácil.

—¿Y dónde está ella?

Antes de que él pudiera responder, Maura oyó que alguien la llamaba:

—¿Doctora Isles? —Un joven asiático de traje y corbata cruzaba la calle hacia ella. —La están esperando en la azotea.

—¿Por dónde subo?

—Venga conmigo. La acompañaré por las escaleras.

—¿Es nuevo en homicidios? Creo que no nos conocemos.

—Disculpe, debería haberme presentado. Soy el detective Johnny Tam, del Distrito A-1. Rizzoli necesitaba alguien de la zona que pudiera traducir, y como

soy el chino genérico, me enviaron a trabajar con su equipo.

—¿Es la primera vez que trabaja en homicidios?

—Sí, siempre fue mi sueño. Hace dos meses que me promovieron a detective, así que estoy realmente entusiasmado. —Con actitud eficiente, ordenó a los curiosos que se hicieran a un lado y le abrió paso a Maura por entre la gente; entraron en un edificio que olía a ajo e incienso.

—Veo que habla mandarín. ¿También habla cantonés? —preguntó Maura.

—¿Reconoce la diferencia?

—Solía vivir en San Francisco. Varios colegas míos eran chinos.

—Me encantaría hablar cantonés, pero me resulta completamente otro idioma y no lo entiendo —dijo, mientras subían por la escalera—. Temo que mi mandarín no sea demasiado útil por aquí. La mayoría de estos ancianos hablan cantonés o el dialecto Toisan. La mitad del tiempo yo mismo necesito un intérprete.

—Así que no es de Boston.

—Nacido y criado en la ciudad de Nueva York. Mis padres vinieron aquí de la provincia de Fujian.

Llegaron a la azotea y salieron al resplandor del sol matinal. Entornando los ojos para protegerse de la luz, Maura vio a los técnicos criminalistas revisando minuciosamente la azotea. Oyó que alguien gritaba:

—¡Encontré otro cartucho de bala aquí!

—¿Qué número es, el quinto?

—Márcalo y embólsalo.

De pronto las voces se acallaron y Maura se dio cuenta de que la habían visto y todos la miraban. La traidora había llegado.

—Hola, doc —la saludó Jane y cruzó hacia ella; el viento le alborotaba el pelo oscuro. —Veo que Tam te encontró, finalmente.

—¿Qué es esto de cartuchos de bala? —preguntó Maura—. Por teléfono dijiste que se trataba de una amputación.

—Y así es. Pero encontramos una automática Heckler y Koch abajo en el callejón. Al parecer, alguien disparó varias veces aquí arriba. Cinco, por lo menos.

—¿Hubo denuncias de disparos? ¿Tenemos una hora aproximada?

—La pistola tenía silenciador y nadie escuchó absolutamente nada —respondió Jane—. La víctima está por aquí.

Maura se calzó los cubrezapatos y siguió a Jane hasta el cadáver cubierto que estaba junto al borde de la azotea. Se agachó y levantó la sábana plástica; se quedó mirando varios segundos, sin poder hablar.

—Sí. Nos quedamos sin aliento nosotros también —dijo Jane.

La mujer era caucásica, de alrededor de treinta y tres años, delgada y atlética, vestida toda de negro, con sudadera con capucha y mallas. El cuerpo estaba en

pleno rigor mortis, tendido de espaldas. La cara de la mujer miraba al cielo, como si se hubiera recostado para admirar las estrellas. Su cabello, de un profundo color castaño rojizo estaba recogido en la nuca en una coleta sencilla. La piel era pálida y sin marcas y tenía los pómulos marcados de una modelo, levemente esclavos. Pero lo que llamó la atención de Maura fue la herida, un corte tan profundo que había atravesado la piel, el músculo y el cartílago, seccionando la tráquea y dejando expuesta la superficie perlada de la columna cervical. El chorro arterial que había provocado había sido lo suficientemente poderoso como para salpicar sangre en un radio muy amplio que había manchado la cortina de sábanas que colgaban de un cordel cercano.

—La mano amputada cayó a la calle justo debajo —explicó Jane—. Igual que la pistola Heckler y Koch. Pienso que sus huellas deben estar sobre la empuñadura. Y que vamos a encontrar residuos de pólvora en esa mano.

Maura apartó la mirada del cuello y se concentró en la muñeca derecha, que había sido cercenada con un corte limpio, e intentó imaginar qué clase de instrumento podría haber cortado tan eficientemente el cartílago y el hueso. Tenía que ser tremendamente afilado, y la persona que lo había utilizado no había vacilado. Imaginó el corte de la hoja y la mano que caía por el borde de la azotea. Imaginó la misma hoja cortando ese cuello esbelto.

Con un estremecimiento, se puso de pie y miró hacia abajo donde los agentes de policía estaban en el extremo de la calle Knapp, impidiendo el paso de los curiosos. La cantidad de gente parecía haberse duplicado y todavía era temprano. Los curiosos, implacables, siempre olían la sangre.

—¿Estás segura de que quieres estar aquí, Maura? —preguntó Jane en voz baja. Maura se volvió hacia ella.

—¿Por qué no querría?

—Solo me pregunto si no es demasiado pronto para que estés de turno otra vez. Sé que ha sido una semana difícil para ti, con el juicio y todo eso. —Jane hizo una pausa. —Al parecer, las perspectivas de Graff no son buenas.

—Pues no deberían serlo. Mató a un hombre.

—Y ese hombre mató a un policía. Un buen policía, que tenía esposa e hijos. Debo admitirlo, yo también podría haber perdido la cabeza.

—Por favor, Jane. No me digas que defiendes al agente Graff.

—He trabajado con Graff y no podrías pedir un mejor compañero para que te cuide la espalda. Sabes lo que les sucede a los policías que terminan en la cárcel ¿verdad?

—No debería estar defendiéndome por esto. Ya bastantes mensajes de odio he recibido por correo. No te sumes también tú.

—Solo digo que son momentos de alta sensibilidad. Todos respetamos a Graff y comprendemos que perdió la cabeza aquella noche. Un asesino de policías está

muerto y tal vez eso sea una forma de justicia por sí misma.

—No me corresponde a mí impartir justicia. Yo solo declaro los hechos.

La risa de Jane sonó amarga.

—Sí, los hechos son todo para ti ¿no?

Maura se volvió y observó a los técnicos forenses que buscaban pistas en la azotea. *Déjalo pasar y concéntrate en tu trabajo. Estás aquí para hablar por esta mujer y por nadie más. ¿*

—¿Qué estaba haciendo ella en esta azotea? —preguntó

Jane miró el cadáver.

—No tengo idea.

—¿Sabemos cómo obtuvo acceso?

—Puede haber sido por una escalera de incendios o por una escalera corriente.

Una vez que estás en una azotea, puedes acceder a todas las de esta calle, desde Harrison Avenue hasta la calle Knapp Street. Podría haber entrado en cualquiera de estos edificios. O la podrían haber bajado desde un helicóptero, para el caso. Ninguna de las personas con las que hemos hablado recuerda haberla visto anoche. Y sabemos que la mataron anoche. Cuando la encontramos comenzaba a producirse el rigor mortis.

Maura volvió a centrar su atención en la víctima y frunció el ceño al ver su ropa.

—Es curioso cómo está toda vestida de negro.

—Combina con todo, como dicen.

—¿Identificación?

—Nada. Lo único que encontramos en sus bolsillos fueron trescientos dólares y las llaves de un coche Honda. Estamos revisando la zona en busca del vehículo. — Jane negó con la cabeza. —Qué pena que no conducía un Yugo. Esto es como buscar una aguja en un maldito pajar de Hondas.

Maura dejó la lona plástica en su sitio y la herida desapareció de la vista.

—¿Dónde está la mano?

—Ya la hemos embolsado.

—¿Estás segura que pertenece a este cuerpo?

Jane soltó una risotada de sorpresa.

—¿Qué probabilidades hay de que no sea así?

—Nunca hago suposiciones. Lo sabes. —Se volvió y le dio la espalda.

—¿Maura?

Una vez más, miró a Jane. Permanecieron así, cara a cara bajo el sol brillante, sintiendo que todo el departamento de policía de Boston podía verlas, oírlas.

—El asunto del juicio. —Entiendo tus motivos —dijo Jane—. Lo sabes.

—Y no estás de acuerdo.

—Pero lo comprendo. Como espero que tú comprendas que los tipos como Graff tienen que lidiar con el mundo real. Son los que están en las trincheras. La

justicia no es limpia como un experimento de ciencia. A veces es una porquería y los hechos solo ensucian más las cosas.

—¿Debería haber mentido, entonces?

—Solo te digo que no olvides quiénes son los malos de verdad.

—No me corresponde a mí hacer eso —dijo Maura. Abandonó la azotea y bajó por la escalera, aliviada de escapar del resplandor del sol y de los ojos del personal del departamento de policía de Boston. Pero cuando emergió en la planta baja, se topó nuevamente, cara a cara, con el detective Tam.

—Es una carnicería allí arriba ¿no?

—Más que lo habitual, sí.

—¿Cuándo es la autopsia, entonces?

—La haré mañana por la mañana.

—¿Puedo observar?

—No tengo problemas con que esté presente, si tiene estómago para tolerarla.

—He presenciado varias mientras estaba en la academia. Y he logrado mantenerme de pie.

Maura se detuvo para observarlo por unos instantes. Vio ojos oscuros serios y una cara atractiva, que carecía de hostilidad. En una mañana en la que todo el departamento de policía de Boston parecía considerarla el enemigo, el detective Johnny Tam era el único policía que no tenía aspecto de estar juzgándola.

—Ocho de la mañana —dijo Maura—. Lo veré allí.

SEIS

Maura no durmió bien esa noche; tras una cena pesada de lasaña, acompañada por tres copas de vino, se metió en la cama, exhausta. Despertó unas horas más tarde, con dolorosa conciencia del espacio vacío junto a ella. Alargó el brazo, tocó las sábanas frías y se preguntó, como lo había hecho tantas otras noches en los últimos cuatro meses, si Daniel Brophy también estaría despierto en la cama, sintiendo la soledad. Si él también estaría desesperado por coger el teléfono y terminar con ese silencio entre ambos. ¿O acaso dormiría profundamente, sin remordimientos, aliviado de que la relación finalmente hubiera terminado? Si bien Maura había recuperado la independencia, la libertad tenía un precio. Una cama vacía, noches sin dormir y la pregunta imposible de responder: *¿Estoy mejor con él o sin él?*

A la mañana siguiente, llegó al trabajo atontada y con náuseas por todo el café que había consumido para estar alerta. En la antesala de la morgue, mientras se colocaba la mascarilla, la gorra desechable y los cubrezapatos, miró por el panel de cristal y vio que Jane ya estaba junto a la mesa, esperándola. El día anterior no se habían despedido de la mejor manera y Maura todavía estaba dolida por el comentario sarcástico de Jane: *Los hechos son todo para ti ¿no?* Sí, los hechos le importaban. Eran inmutables e innegables, aun cuando ponían en peligro una amistad. El juicio del agente Graff había levantado un muro entre Jane y ella, recordándole a Maura lo insólita que había sido la amistad entre ambas desde un comienzo. Mientras se ataba la bata quirúrgica, no era el cadáver al que no quería enfrentarse, sino a Jane.

Inspiró hondo y empujó la puerta.

Su asistente, Yoshima, ya había trasladado la bolsa con el cadáver a la mesa. Sobre una bandeja, junto a ella, se veía la mano amputada, cubierta por un paño. Consciente de que Yoshima escuchaba la conversación, Maura saludó a Jane con la cabeza y dijo:

—¿Frost no viene?

—Esta vez no, pero Johnny Tam está en camino. Es más, creo que no ve la hora de que comiences a cortar.

—El detective Tam parece ansioso por demostrar su valía.

—Creo que quiere unirse a homicidios. Por lo que he visto hasta ahora, parece tener todo lo necesario. —Jane levantó la mirada. —Hablando de Roma...

Del otro lado de la ventana de observación que daba a la antesala, Maura vio que Tam había llegado y se estaba atando la bata. Instantes después entró, con el pelo negro oculto debajo de un gorro desechable. Se acercó a la mesa, con la mirada serena e impasible fija en el cadáver cubierto.

—Antes de comenzar, Tam —dijo Jane—, solo quiero decirte que el lavabo para vomitar está justo allí.

Él se encogió de hombros.

—No lo necesitaré.

—Es lo que dices ahora.

—Empezaremos por la parte fácil —dijo Maura y descubrió la bandeja sobre la que estaba la mano amputada. Parecía de plástico. No era sorprendente que el grupo de turistas de Chinatown la hubiera confundido con un objeto de Halloween decorado con sangre falsa. Ya se le había hecho el hisopado y se habían encontrado residuos de pólvora. La empuñadura de la pistola Heckler & Koch tenía huellas dactilares de esa mano, lo que no dejaba dudas de que la víctima había hecho los disparos que habían dejado cinco cartuchos desparramados por la terraza. Maura movió el lente magnificador por encima de la mano y examinó la muñeca amputada.

—El corte entró por entre el radio y el hueso semilunar —explicó—. Pero aquí veo un buen trozo del hueso piramidal.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Jane.

—La hoja que hizo el corte dividió un hueso del carpo. Y estos huesos son muy densos.

—O sea que era una hoja filosa.

—Lo suficientemente filosa para amputar con un solo corte. —Maura levantó la mirada. —No veo marcas de cortes secundarios.

—Solo dime que esa mano corresponde a ese cadáver.

Maura se volvió hacia la mesa y abrió la bolsa para cadáveres. El plástico se separó, liberando el nauseabundo hedor de carne refrigerada y sangre seca. El cadáver estaba vestido, con la cabeza hacia atrás, lo que exponía la herida abierta del cuello. Mientras Yoshima tomaba fotografías, Maura contempló el pelo castaño rojizo de la mujer, pegoteado con sangre. Hermoso cabello, pensó, y hermosa mujer. Una mujer armada que le había disparado a alguien en aquella azotea.

—Doctora Isles, tenemos pruebas delante de nuestros ojos: pelo y fibras —anunció Yoshima. Estaba inclinado por encima de la sudadera negra del cadáver, inspeccionando un pelo de color claro que estaba adherido a la manga.

Con unas pinzas, Maura lo levantó y lo estudió debajo de la luz. Medía alrededor de cinco centímetros, era gris plateado y ligeramente curvo. Miró el cadáver.

—Este pelo no es de ella, obviamente.

—Mira, aquí hay otro —dijo Jane y señaló otro pelo adherido a las mallas negras de la víctima.

—Tal vez sea pelo de animal —dijo Yoshima—. De un labrador dorado, por ejemplo.

—O tal vez el que la atacó era un abuelo canoso.

Maura introdujo las fibras capilares en sobres individuales para pruebas y los dejó a un lado.

—Bien, desvistámosla.

Primero le quitaron la única joya que llevaba, un reloj suizo Hanova negro, en la muñeca izquierda. Luego las zapatillas deportivas Reebok negras, seguidas por la sudadera y la camiseta de mangas largas, las mallas, las bragas de algodón y el sujetador atlético. Lo que quedó al descubierto fue un cuerpo bien torneado, delgado pero musculoso. Maura una vez había escuchado afirmar a un profesor de patología que en todos sus años de realizar autopsias, nunca se había topado con un cadáver atractivo. Esta mujer demostraba que existían excepciones a esa regla. A pesar de la herida abierta y las livideces en la espalda y los glúteos, a pesar de los ojos vidriosos, la mujer seguía siendo de una belleza despampanante.

Con el cadáver ya desnudo, Maura y los dos detectives salieron de la sala de autopsias para permitir que Yoshima tomara las radiografías. En la antesala, observaron por el cristal cómo él se protegía con un delantal de plomo y colocaba las placas en posición.

—A una mujer así —dijo Maura—, alguien la echará de menos.

—¿Lo dices porque es guapa? —preguntó Jane.

—Lo digo porque se la ve muy en forma, tiene dientes perfectos y las mallas que llevaba eran de marca Donna Karan.

—Una pregunta, por favor, de un hombre ignorante —dijo Tam—. ¿Significa que son caras?

Jane dijo:

—Apuesto a que la doctora Isles te puede decir el precio exacto.

—A lo que voy —dijo Maura—, es que no es una vagabunda callejera sin un centavo. Tenía bastante dinero en efectivo encima, iba armada con una pistola Heckler y Koch, lo que entiendo que no es un arma común y corriente.

—No llevaba ningún documento—acotó Tam.

—Podrían habérselo robado.

—¿Y el ladrón no se llevó los trescientos dólares? —Tam negó con la cabeza. —
Suenan extraño.

Maura vio que Yoshima les hacía una seña desde la sala.

—Ha terminado —dijo, y empujó la puerta para entrar nuevamente en el laboratorio.

En primer lugar, Maura inspeccionó la herida del cuello. Al igual que el corte que había amputado la mano, la herida parecía haber sido hecha con un solo movimiento, realizado sin vacilación. Tras insertar una regla dentro de la herida, dijo:

—Tiene casi ocho centímetros de profundidad. Seccionó la tráquea y penetró

directamente hasta las cervicales. —Movi6 la regla. —Es m6s ancha que profunda, tiene unos doce cent6metros de lado a lado. No es una pu6alada, sino un corte. —Hizo una pausa mientras se concentraba en la incisi6n. —Es curioso lo lisa que es. No hay movimiento de serrucho ni cortes secundarios. Tampoco hematoma ni aplastamiento. Fue un corte tan r6pido que la v6ctima no tuvo ni tiempo de defenderse. —Levant6 la cabeza del cad6ver y la inclin6 hacia delante. —¿Alguno podr6a sostener el cr6neo en posici6n, por favor? Quiero aproximar los bordes de la herida.

Sin vacilar, el detective Tam se adelant6 y sujet6 la cabeza con las manos enguantadas. Mientras que un torso humano puede verse simplemente como piel, huesos y m6sculo impersonales, la cara de un cad6ver revela m6s de lo que la mayor6a de los polic6as quieren ver. Johnny Tam, sin embargo, no parec6a asqueado. Miraba al cad6ver directamente a los ojos, como esperando que estos pudieran ofrecerle respuestas a sus muchas preguntas.

—Perfecto, as6 —dijo Maura, mientras inspeccionaba la piel con la lupa. —No veo marcas dentadas. Nada que me diga qu6 clase de cuchillo... —Se interrumpi6.

—¿Qu6 hay? —pregunt6 Jane.

—Este 6ngulo es extra6o. No estamos ante el t6pico pescuezo cortado.

—S6, esos son tan aburridos.

—Piensa un instante c6mo se hace para degollar a una persona —dijo Maura—. Para penetrar tan profundo, para llegar hasta las v6rtebras, tendr6as que acercarte por detr6s. Sujetar6as a la v6ctima del pelo, le tirar6as de la cabeza hacia atr6s y cortar6as por delante, de oreja a oreja.

—El m6todo comando —dijo Tam.

—El ataque desde detr6s te permite controlar a la v6ctima y maximiza la exposici6n del cuello. Y por lo general, da como resultado una incisi6n curva, que se ve cuando m6s tarde aproximas los bordes de la herida. Pero este corte est6 ligeramente angulado hacia arriba, de derecha a izquierda. Fue realizado con la cabeza en posici6n neutra, no inclinada hacia atr6s.

—Tal vez el asesino estaba delante de ella —sugiri6 Jane.

—¿Entonces por qu6 no se resisti6? —No hay hematomas que indiquen una lucha. ¿Por qu6 se quedar6a quieta mientras alguien pr6cticamente le corta la cabeza?

—Aqu6 est6n las radiograf6as —dijo Yoshima.

Todos se volvieron hacia la caja de luz sobre la que colgaban las placas; los huesos reluc6an, blancos, sobre la pantalla iluminada desde detr6s. Maura se concentr6 primero en las radiograf6as del mu6n de la mu6eca derecha y la mano amputada, comparando mentalmente los 6ngulos del hueso piramidal seccionado. Coincid6an.

—Es su mano, decididamente —confirm6 Maura.

—Estaba segura de que lo sería —dijo Jane.

Maura luego estudió las placas del cuello, el hueco en los tejidos blandos donde la carne había sido separada con un movimiento tan limpio. De inmediato su mirada se posó sobre un brillo plateado en las vértebras cervicales.

—¿Le has tomado una placa lateral a estas vértebras? —dijo.

Yoshima se había anticipado a su pedido, pues de inmediato descolgó las radiografías de la mano y la muñeca y colocó una placa lateral del cuello.

—Sí, vi eso y pensé que querría inspeccionarlo más detalladamente.

Maura estudió la placa lateral de la quinta vértebra cervical. El objeto, delgado como una hoja de afeitar, también resultaba visible en esa radiografía.

—¿Qué es eso? —preguntó Jane, mientras se acercaba a Maura.

—Es algo metálico, y está insertado en la parte anterior de la quinta vértebra. — Maura se volvió hacia la mesa de autopsias. —Creo que parte de la hoja se quebró cuando el asesino hizo el corte y una astilla se ha alojado en el hueso.

—Lo que significa que tal vez podamos analizar el metal —dijo Jane—. E identificar quién fabricó el cuchillo.

—No creo que haya sido un cuchillo —dijo Maura.

—¿Un hacha?

—Un hacha dejaría una hendidura y veríamos aplastamiento de los tejidos blandos. No hay indicios de nada de eso. Esta incisión es fina y linear. Fue hecha con una hoja muy afilada y lo suficientemente larga como para prácticamente cortar el cuello con un solo movimiento.

—¿Un machete? —dijo Jane.

—O una espada.

Jane miró a Tam.

—Buscamos al Zorro. —El sonido del móvil interrumpió su risa. Se quitó los guantes y tomó el teléfono que llevaba abrochado al cinturón. —Habla Rizzoli.

—¿Ha visto heridas de espada con anterioridad, doctora Isles? —preguntó Tam, que seguía estudiando la radiografía.

—Una, en San Francisco. Un hombre mató a su novia con una espada de samurái.

—¿Un análisis del metal le informaría si esto se tratara de una espada de samurái?

—Hoy en día se fabrican de manera masiva, tal vez no nos sería de ayuda, a menos que pudiéramos encontrar el arma en sí. Pero nunca se sabe, hay veces en que los rastros como este terminan siendo justo la pieza del rompecabezas que faltaba para lograr una condena. —Miró a Tam, cuya cara estaba bañada por la luz de la caja iluminada. A pesar de que el gorro quirúrgico desechable le cubría el pelo, a Maura volvió a llamarle la atención su intensidad. Y falta de sentido del humor.

—Hace buenas preguntas —dijo.
—Solo estoy tratando de aprender.
—Rizzoli es inteligente. Manténgase a la altura de ella y le irá bien.
—Tam —dijo Jane, tras cortar la llamada—. Quédate a terminar aquí. Debo irme.
—¿Qué ha ocurrido?
—Era Frost. Hemos encontrado el coche de la víctima.

El cuarto piso del garaje sobre Tyler Street estaba casi vacío, con excepción del Honda Civic azul que ocupaba una plaza en un rincón. Era un sitio mal iluminado y aislado, la clase de lugar que buscaría alguien que no quería que lo vieran acercarse al coche. Jane y Frost inspeccionaban el vehículo, acompañados solamente por un empleado del garaje y los dos agentes de policía que habían descubierto el vehículo más temprano esa mañana.

—El sello del comprobante de entrada que está sobre el tablero es de las ocho y cuarto de la noche del miércoles —dijo Frost—. Revisé las grabaciones de las cámaras de seguridad y muestran que el Honda entró a esa hora. Cinco minutos más tarde, sale una mujer del garaje. Tiene la capucha levantada, por lo que la cámara no capta su cara, pero se parece a ella. El coche ha estado en el garaje desde entonces.

Mientras Frost hablaba, Jane rodeó lentamente el Honda. Era un modelo de hacía tres años, sin abolladuras ni rayones importantes. Los neumáticos estaban en buenas condiciones. El maletero estaba abierto, listo para que ella inspeccionara el interior.

—Las matrículas fueron denunciadas como robadas hace cinco días en Springfield —dijo Frost—. El vehículo también fue denunciado como robado hace una semana, en Springfield.

Jane miró dentro del maletero, que solo contenía la rueda de repuesto.

—Hombre, está mucho más limpio que el mío.

Frost rió.

—Pues podría decirse eso de muchos vehículos.

—Dice el obsesivo compulsivo.

—Al parecer, lo han limpiado hace poco. En la guantera está el registro del dueño verdadero y la tarjeta del seguro. Y te va a encantar lo que han dejado en el asiento delantero. —Frost se puso los guantes y abrió la puerta del conductor.

—Un GPS portátil.

—¿Por qué siempre eres tú el que encuentra las cosas divertidas?

—Pienso que es nuevo, porque solamente tiene registradas dos direcciones. Ambas en Boston.

—¿Dónde?

—La primera es una residencia privada en Roxbury Crossing, que pertenece a

un tal Louis Ingersoll.

Jane lo miró, sorprendida.

—¿Te refieres al *detective* Lou Ingersoll?

—El mismo que viste y calza. Es la dirección que figura a su nombre en el Departamento de Policía de Boston.

—Se jubiló de homicidios hace...¿cuánto? ¿Dieciséis, diecisiete años?

—Dieciséis. No he podido dar con él. Llamé a su hija y dice que Lou se fue al norte a pescar durante una semana. Puede que no haya cobertura en donde está. O que haya apagado el teléfono y no quiera que lo molesten.

—¿Y la segunda dirección que está en el GPS?

—Es un sitio aquí en Chinatown. Se llama la Academia de Artes Marciales Dragón y Estrellas. El contestador automático informa que abren a mediodía. — Frost miró su reloj. —O sea, hace diez minutos.

SIETE

La Academia de Artes Marciales Dragón y Estrellas estaba ubicada en el primer piso de un viejo edificio de ladrillos sobre la Avenida Harrison y mientras Jane y Frost subían por la estrecha escalera, escuchaban exclamaciones, gruñidos y golpes de pie y ya podían sentir el olor a sudor característico de vestuarios. Dentro del salón, una docena de alumnos vestidos con trajes negros parecidos a pijamas se movían con tanta concentración que ninguno de ellos pareció notar la llegada de los dos detectives. Con excepción de un descolorido poster de artes marciales, la habitación mostraba absoluta austeridad con paredes desnudas y gastado suelo de madera. Por un momento, Jane y Frost permanecieron cerca de la puerta, sin que nadie les prestara atención, observando los saltos y puntapiés de la clase.

De pronto una joven asiática se separó de la formación y ordenó:

—¡Completad el ejercicio! —Luego cruzó el salón para reunirse con los dos visitantes. Era esbelta como una bailarina y la piel le brillaba de transpiración, pero a pesar de su actividad energética, no parecía haber perdido nada de aliento.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó.

—Somos de la policía de Boston. Soy la detective Jane Rizzoli y este es el detective Frost. Nos gustaría hablar con el dueño de este estudio.

—¿Puedo ver su identificación? —La repuesta fue brusca e inesperada por parte de alguien que a Jane le parecía recién salida de la secundaria. Mientras la joven inspeccionaba su identificación, Jane la estudió. Tal vez no tan joven como parecía, decidió. De alrededor de veintidós o veintitrés años, estadounidense de raza china por el sonido de su voz, con un tatuaje de un tigre en el brazo izquierdo. Con su pelo corto y de punta y su mirada torva, parecía la versión asiática de una chica gótica, menuda pero peligrosa.

La joven le devolvió la identificación.

—Veo que es de homicidios. ¿Por qué está aquí?

—¿Puedes darme tu nombre, antes que nada? —dijo Jane, y sacó una libreta.

—Bella Li. Enseño los niveles principiantes e intermedios.

—Tus alumnos son asombrosos —se maravilló Frost, que seguía observando a la clase que saltaba y giraba.

—Este es el nivel intermedio. Están practicando para una demostración de artes marciales que se llevará a cabo el mes próximo en Nueva York. Ahora están ensayando los movimientos del leopardo.

—¿Del leopardo?

—Es una de las antiguas técnicas animales del norte de china. El leopardo depende de su velocidad y agresión, que es lo que veis en este ejercicio. Cada una

de las técnicas animales es un reflejo de la naturaleza de ese animal. La serpiente es astuta y elegante. La cigüeña se destaca por su equilibrio y capacidad de evadir. El mono es rápido y sagaz. Los alumnos eligen qué animal se adapta mejor a su personalidad y esa es la técnica que dominan.

Frost rió.

—Es como lo que se ve en las películas de kung fu.

Su comentario recibió una mirada gélida.

—El nombre correcto de este arte es *wushu* y fue inventado hace miles de años. Lo que se ven en esas películas son patrañas hollywoodenses falsas. —Hizo una pausa cuando los alumnos terminaron el ejercicio y se quedaron mirándola, aguardando sus instrucciones. . —Buscad las espadas. Practicaremos lucha —ordenó, y los alumnos fueron hasta un sector donde estaban las armas y cogieron espadas de práctica de madera.

—¿Podemos hablar con el dueño? —preguntó Jane.

—*Sifu* Fang está en el salón de atrás, dando clases a un alumno particular.

—¿Cómo se escribe ese nombre? Dijiste... Shi...

—*Sifu* no es un nombre —replicó Bella—. Es la palabra china para maestro o experto. Un término de respeto.

—¿Entonces podemos hablar con el *maestro*? —dijo Jane con aspereza, molesta por la actitud de la chica—. Esta no es una visita social, señorita Li. Es asunto oficial.

Bella sopesó el pedido. Los alumnos comenzaron la práctica de lucha y el salón resonó con el choque de espadas de madera.

—Un minuto —dijo, por fin. Golpeó a una puerta, aguardó un instante antes de abrirla y anunció:

—*Sifu*, hay dos policías que quieren verla.

—Hazlos pasar —dijo una voz. De mujer.

A diferencia de la joven Bella Li, la mujer china que se levantó de la silla para recibirlos se movía lentamente, como si le dolieran las articulaciones, aunque no parecía tener más de cincuenta y tantos años. La mediana edad apenas le marcaba la cara y el largo pelo negro tenía unas pocas hebras plateadas. Se plantó frente a ellos con la confianza de una emperatriz. Si bien tenía la estatura de Jane, su postura regia la hacía parecer mucho más alta. Junto a ella había un niño de unos seis años, vestido con el uniforme de artes marciales; sostenía un palo de madera casi de su mismo tamaño.

—Soy Iris Fang —dijo la mujer—. ¿En que puedo ayudaros? —Tanto su formalidad como su acento dieron a entender a Jane que la mujer era extranjera.

—Somos los detectives Rizzoli y Frost —dijo Jane—. Miró al niño que le devolvió la mirada, sin indicios de temor. —¿Podría hacer salir a su alumno? Necesitamos hablar en privado, señora.

Iris asintió.

—Bella, lleva a Adam al otro salón para que espere a su madre.

—Pero *Sifu* —protestó el niño—, ¡quiero enseñarte cómo he practicado con el palo del mono!

—Me lo enseñarás la próxima semana, Adam —dijo Iris, sonriéndole y pasándole una mano afectuosa por el pelo. —Los monos deben aprender a ser pacientes. Anda, ve. —Siguió sonriendo mientras Bella se llevaba al niño del salón.

—¿Ese muchachito aprende artes marciales? —quiso saber Frost.

—Tiene tanto talento como pasión. No malgasto mis esfuerzos en cualquiera. — La sonrisa desapareció de la cara de Iris mientras estudiaba a sus visitantes. Miró a Jane, como si comprendiera dónde estaba la autoridad. —¿Por qué ha venido la policía a mi estudio?

—Somos de la unidad de homicidios del Departamento de Policía de Boston —explicó Jane—. Necesitamos hacerle algunas preguntas sobre algo que sucedió anoche en Chinatown.

—¿Supongo que se trata de la mujer que apareció muerta en la azotea?

—Ya está enterada, entonces.

—Todo el mundo está hablando del asunto. Este es un vecindario pequeño y como cualquier pueblo de China, tiene sus chismosos y entrometidos. Dicen que le cortaron la garganta y que arrojaron la mano a la calle. Y que ella tenía un arma.

Quienesquiera que fueran *ellos*, sabían demasiado, pensó Jane.

—¿Son ciertas esas historias? —quiso saber Iris.

—No estamos autorizados a hablar del asunto —replicó Jane.

—Pero por eso habéis venido ¿no? ¿Para hablar de ello? —dijo Iris, plácidamente.

Se miraron durante unos instantes y de pronto, Jane comprendió: no soy la única que está buscando información aquí.

—Tenemos una foto que nos gustaría enseñarle —dijo.

—¿Por qué a mí? —preguntó Iris.

—Estamos hablando con varias personas del vecindario.

—Pero es la primera vez que oigo algo sobre una fotografía. Y pienso que me habría enterado.

—Primero necesitamos mostrarle una fotografía. Luego hablaremos del porqué. —Jane miró a Frost.

—Lamento que tenga que ver eso, señora —dijo él—. Tal vez le resulte perturbador. ¿Le gustaría sentarse?

Su tono respetuoso pareció derretir parte del hielo en los ojos de la mujer, que asintió.

—Me siento cansada hoy. Me sentaré, sí, gracias.

Frost inmediatamente le acercó una silla e Iris se dejó caer en ella con un suspiro de alivio que daba a entender lo bien recibido que había sido el gesto. Solo entonces le mostró Frost la imagen digital que Maura le había enviado por correo electrónico desde la morgue. Aunque la herida de la víctima estaba cubierta discretamente con un paño, la palidez, la mandíbula caída y los ojos entreabiertos no dejaban duda alguna de que se trataba de una mujer muerta.

En silencio, Iris contempló la imagen durante un minuto entero, sin que su expresión se alterara.

—¿Señora? —dijo Frost—. ¿La reconoce?

—Es hermosa ¿no es así? —dijo Iris y levantó la mirada—. Pero no la conozco.

—¿Está segura de que nunca la ha visto?

—Hace treinta y cinco años que vivo en Chinatown, desde que mi marido y yo emigramos de Taiwán. Si esta mujer perteneciera a mi vecindario, lo sabría. —Miró a Jane. —¿Es todo lo que habéis venido a preguntarme?

Jane no respondió de inmediato, porque había visto la escalera de incendios, que serpenteaba justo fuera de la ventana. Desde esta habitación, pensó, se podría acceder a la azotea. Lo que significaba tener acceso a todas las azoteas de la calle, incluyendo la del edificio donde había muerto la víctima. Se volvió hacia Iris.

—¿Cuántos empleados trabajan aquí?

—Yo soy la instructora principal.

—¿Y la joven que nos hizo pasar? —Jane miró su libreta. —Bella Li.

—Bella ha estado conmigo desde hace casi un año. Imparte algunas de las clases y les cobra una tarifa a sus alumnos.

—Usted mencionó a su esposo. ¿El señor Fang también trabaja aquí?

La mujer parpadeó varias veces y apartó la mirada.

—Mi marido ha muerto —dijo en voz baja—. Falleció hace diecinueve años.

—Lamento mucho oír eso, señora Fang —dijo Frost en voz baja, con absoluta sinceridad.

Transcurrió un instante en silencio, excepto por el chasquido de las espadas de madera en la sala contigua, donde los alumnos practicaban lucha.

—Soy la única dueña de esta academia —dijo Iris—. Por lo que si tenéis preguntas, debéis hacérmelas a mí. —Irguió la espalda. Había recuperado la compostura y su mirada se posó sobre Jane, como si comprendiera de dónde era más probable que viniera el desafío. —¿Por qué creyó que podría conocer a esa mujer muerta?

Ya no podían seguir evitando la pregunta.

—Encontramos el coche de la víctima esta mañana —dijo Jane—, aparcado en un garaje de Chinatown. Dentro había un GPS y una de las direcciones

introducidas en la memoria era la suya.

Iris frunció el ceño.

—¿Aquí? ¿La de mi estudio?

—Este era el destino de la víctima. ¿Sabe por qué?

—No. —La respuesta fue inmediata.

—¿Puedo preguntarle dónde estaba la noche del miércoles, señora Fang?

Iris no respondió enseguida; miró a Jane con los ojos entornados.

—Di una clase vespertina. Luego fui caminando a mi casa.

—¿A qué hora salió de aquí?

—A eso de las diez. Llegué a casa a las diez y cuarto. Es una caminata corta hasta Tai Tung Village. Vivo sobre la calle Hudson, justo en el extremo de Chinatown.

—¿Alguien estaba con usted?

—Estaba sola.

—¿Vive sola?

—No tengo familia, detective. Mi marido falleció y mi hija... —Se interrumpió. —Sí, vivo sola —dijo, levantando la barbilla, como para atajar cualquier señal de lástima que pudiera inspirar su respuesta. Pero había un destello de lágrimas en sus ojos, lágrimas que desaparecieron tras unos rápidos parpadeos. A pesar de que intentaba parecer invencible, era una mujer herida por las pérdidas.

En la sala contigua, la clase había terminado y se oían pasos por la escalera. Iris miró el reloj de pared y dijo:

—Mi próximo alumno llegará pronto. ¿Hemos terminado?

—No del todo —dijo Jane—. Tengo una pregunta más. Había otra dirección en el GPS de la víctima. La de una residencia privada, aquí en Boston. ¿Conoce usted a un detective jubilado del departamento de Boston, llamado Louis Ingersoll.

En un segundo, el color desapareció de las mejillas de la mujer. Se quedó congelada en la silla, con la cara rígida como si estuviera tallada en piedra.

—¿Señora Fang, se siente bien? —preguntó Frost. Le tocó el hombro y ella dio un respingo, como si el contacto le quemara.

—Entonces conoce ese nombre —dijo Jane en voz baja.

Iris tragó saliva.

—Conocí al detective Ingersoll hace diecinueve años. Cuando mi marido murió. Cuando...—Su voz se apagó.

Jane y Frost cruzaron miradas. *Ingersoll trabajaba en homicidios.*

—Señora Fang —dijo Frost. Esta vez, cuando la tocó, ella no se movió, sino que permitió que él le apoyara una mano en el hombro. —¿Qué le ocurrió a su marido?

Iris bajó la mirada y su respuesta fue apenas un susurro.

—Lo mataron de un disparo. En el restaurante Fénix Rojo.

OCHO

Desde la ventana de mi estudio, veo a los dos detectives salir del edificio y detenerse en la calle, abajo. Miran hacia arriba, y aunque todos mis instintos me advierten que me aleje, me mantengo obstinadamente a la vista, sabiendo que miran igual que los miro yo a ellos. Me niego a ocultarme de amigos o enemigos, así que los enfrento a través del cristal, y miro a la mujer. DETECTIVE JANE RIZZOLI, dice la tarjeta que me ha dejado. A primera vista, parecía una adversaria poco probable, solo otra mujer trabajadora, vestida con traje gris de pantalones y zapatos cómodos, el pelo una mata de rizos oscuros. Pero sus ojos revelan mucho más. Buscan, observan y evalúan. Tiene ojos de cazadora y está tratando de decidir si soy su presa.

Sin miedo, permanezco a la vista, donde ella y el resto del mundo pueden verme. Pueden estudiarme todo lo que deseen, pero solo verán a una mujer callada y modesta, con algunas canas que marcan el paso de los años. La vejez todavía está lejos, por cierto, pero hoy siento que se acerca, implacable. Sé que me queda poco tiempo para terminar lo que he comenzado. Y con esta visita de los dos detectives, el viaje acaba de tomar un desvío perturbador que yo no había anticipado.

Abajo, en la calle, los dos detectives finalmente se marchan. A seguir con la cacería, donde sea que los lleve.

—¿*Sifu*, hay algún problema?

—No lo sé. —Me vuelvo para mirar a Bella y una vez más, me asombro ante la perfección de su piel joven, aun en la luz cruda de la ventana. La única imperfección es la cicatriz sobre su barbilla, la consecuencia de un instante de falta de atención durante una práctica de lucha. Fue un error que jamás ha vuelto a cometer. Su postura es erguida, valiente, segura. Tal vez demasiado segura; en el campo de batalla, la arrogancia puede resultar fatal.

—¿Por qué vinieron? —pregunta.

—Son detectives. Les corresponde hacer preguntas.

—¿Has sabido algo más de la mujer? ¿Quién era, quién la envió?

—No. —Miro por la ventana otra vez, a los transeúntes que caminan por la Avenida Harrison. —Pero quienquiera que haya sido, sabía cómo encontrarme.

—No será la última —dice Bella con tono ominoso.

No es necesario que me lo advierta; ambas sabemos que la cerilla se ha encendido y la mecha, también.

En mi despacho, me dejo caer en el sillón y contemplo la foto enmarcada que está sobre el escritorio. Ni siquiera necesito mirarla, de tan grabada a fuego que la tengo en mi memoria. La tomo y sonrío a las caras. Recuerdo la fecha exacta en

la que fue tomada, porque era el cumpleaños de mi hija. Las madres podemos olvidar muchas cosas, pero siempre recordamos el día en que nacieron nuestros hijos. En la foto, Laura tiene catorce años. Ella y yo estamos juntas delante del Boston Symphony Hall, donde fuimos a ver la actuación de Joshua Bell. Durante un mes antes de ese concierto, Laura no podía hablar de otra cosa que no fuera Joshua Bell, esto, Joshua Bell lo otro. *¿No es guapo, mami? ¿No te parece que su violín canta?* En la foto, Laura todavía está encendida tras presenciar la actuación de su ídolo. Mi marido, James, también estaba con nosotros aquella noche, pero no está en la foto; nunca aparece en ninguna de nuestras fotos porque siempre era el que sostenía la cámara. Cómo me gustaría, por una vez, haberle quitado la cámara de las manos y haber tomado una fotografía de su cara dulce, con su expresión de búho. Pero nunca se me ocurrió que la oportunidad, tan preciosa, de repente desaparecería. Que su sonrisa sobreviviría solamente en mi recuerdo, que su imagen se congelaría a la edad de treinta y siete años. Por siempre, mi esposo joven. Una lágrima cae sobre el marco y vuelvo a dejar la foto sobre el escritorio.

Ambos se han ido. Primero, mi hija, luego mi marido; arrancados de mis brazos. ¿Cómo se hace para seguir viviendo cuando te han extirpado el corazón no una vez, sino dos? Sin embargo, aquí estoy, todavía viva, todavía respirando.

Por ahora.

NUEVE

—Recuerdo muy bien la masacre del Fénix Rojo. Fue un caso clásico de *amok*. — El psicólogo criminalista Doctor Lawrence Zucker se arrellanó en su sillón y miró desde detrás del escritorio a Jane y a Frost con esos ojos penetrantes que siempre ponían incómoda a Jane. Aunque Frost estaba junto a ella, Zucker solo parecía enfocarse en Jane, y su mirada se metía dentro de su mente buscando secretos, como si ella fuera el único objeto de su curiosidad. Zucker ya conocía demasiados secretos de Jane. Había sido testigo de su comienzo difícil en la unidad de homicidios, cuando ella todavía luchaba por ser reconocida, la única mujer entre doce detectives. Sabía de las pesadillas que la habían acosado tras una serie de asesinatos particularmente brutales llevados a cabo por un homicida llamado El Cirujano. Y sabía de las cicatrices que habían marcado las manos de Jane para siempre, cuando ese mismo asesino le había hundido el bisturí en la piel. Con solo una mirada Zucker veía a través de sus defensas las heridas en carne viva que había debajo, y a Jane le molestaba lo vulnerable que eso la hacía sentirse.

Se concentró, entonces, en la carpeta abierta que estaba sobre el escritorio. Contenía el informe de hacía diecinueve años sobre el Fénix Rojo, incluyendo el perfil psicológico de Wu Weimin, el cocinero chino responsable de los disparos. Sabía que Zucker era un clínico muy meticuloso cuyos análisis a veces ocupaban docenas de páginas, por lo que se sorprendió al ver lo delgado que era el expediente.

—¿Este es su informe completo? —preguntó.

—Es todo lo que contribuí a la investigación. Incluye el post mortem psicológico del señor Wu, como así también los informes de las cuatro víctimas. El Departamento de Policía de Boston debería tener una copia de todo esto. El detective Ingersoll estaba al mando del caso. ¿Ha hablado con él?

—Está fuera de la ciudad esta semana y no hemos podido ponernos en contacto con él —respondió Frost—. Su hija dice que está pescando en algún sitio en el norte donde no hay cobertura telefónica.

Zucker suspiró.

—Debe de ser lindo jubilarse. Parece como que Ingersoll nos hubiera dejado hace siglos. ¿Cuántos años tiene ahora, más de setenta?

—Lo que equivale a ciento diez en años de policía —rió Frost.

Jane los trajo de vuelta al tema en cuestión.

—El otro detective asignado al caso era Charlie Staines, pero ha muerto. Así que teníamos esperanzas de que usted pudiera compartir con nosotros lo que sabía del caso.

Zucker asintió.

—En la escena del crimen se podía ver la información elemental de lo sucedido. Sabíamos que el cocinero, un inmigrante chino llamado Wu Weimin, entró en el comedor y procedió a matar a balazos a cuatro personas. El primero en morir fue un hombre llamado Joey Gilmore, que acababa de llegar a recoger un pedido para llevar. La víctima número dos fue el camarero, James Fang, que al parecer, era un buen amigo del cocinero. Las víctimas tres y cuatro eran un matrimonio, los Mallory, que ocupaban una de las mesas. Finalmente, el cocinero entró en la cocina, se llevó la pistola a la cabeza y se mató. Fue un caso de *amok*, seguido de suicidio.

—*Amok* suena como un término clínico —observó Frost.

—Lo es. Es un término malayo que describe algo que el Capitán Cook descubrió a fines del 1700, cuando vivía entre malasios. Se refería a arranques homicidas sin motivo aparente en los que un individuo, casi siempre varón, comienza a matar a todos los que tiene a su alcance hasta que alguien lo mata. El capitán Cook creía que era una conducta peculiar del sudeste asiático, pero ahora queda claro que ocurre en todo el mundo, en todas las culturas. El fenómeno ahora se conoce con el complicado nombre de SMASI, por sus siglas en inglés.

—¿Y qué significan esas siglas?

—Ataque masivo súbito llevado a cabo por un único individuo.

Jane miró a Frost.

—Conocido también como perder la chaveta y ponerse violento.

Zucker le dirigió una mirada reprobadora.

—Sucede en todas las profesiones. En la clase trabajadora, en la clase dirigente. Les sucede a los jóvenes, a los ancianos. Casados o solteros. Pero casi siempre son hombres.

—¿Qué es lo que tienen en común estos asesinos, entonces? —preguntó Frost.

—Es fácil de adivinar. A menudo están aislados de la comunidad. Tienen problemas con las relaciones. Algún tipo de crisis precipita el ataque: la pérdida de un empleo, el fin de un matrimonio. Y finalmente, estos individuos también tienen acceso a armas.

Jane hojeó su copia del informe del Departamento de Policía de Boston.

—Utilizó una Glock 17 con caño roscado, denunciada como robada un año antes en Georgia. —Levantó la mirada. —¿Por qué un inmigrante con salario de cocinero compraría una Glock?

—¿Para protegerse, tal vez? ¿Por qué se sentía amenazado?

—Usted es el psicólogo, doctor Zucker. ¿No tiene una respuesta?

Zucker apretó los labios.

—No, no la tengo. No soy vidente. Y no tuve oportunidad de entrevistar a la persona más cercana a él, su esposa. Para cuando el departamento de policía recurrió a mí, ella se había marchado de la ciudad y no teníamos idea de cómo

encontrarla. Mi perfil psicológico del señor Wu está basado en entrevistas con otras personas que lo conocían. Y la lista no era larga.

—Una de esas personas era Iris Fang —dijo Jane.

Zucker asintió.

—Ah, sí. La esposa del camarero. La recuerdo muy bien.

—¿Por algún motivo en particular?

—Para empezar, era una mujer hermosa. Realmente bellísima.

—Acabamos de conocerla —dijo Frost—. Lo sigue siendo.

—¿En serio? —Zucker pasó las páginas de su expediente. —Veamos, tenía treinta y seis años cuando la entrevisté. Lo que significa que ahora tiene...cincuenta y cinco años. —Miró a Frost. —Deben de ser esos genes asiáticos.

Jane comenzaba a sentirse como la hermanastra fea y dejada de lado.

—Más allá del hecho de que ambos pensáis que es una bomba, ¿qué otra cosa recuerda de la señora Fang?

—Bastante, en realidad. Hablé con ella varias veces, puesto que era mi fuente de información primaria sobre Wu Weimin. Ocurrió durante mi primer año como consultor en el Departamento de Policía de Boston y aquel incidente en particular fue tan horrendo que es difícil no recordarlo. Sales a cenar en Chinatown y en lugar de disfrutar de un pollo *kung pao*, terminas masacrado por el cocinero. Por eso la historia atrajo tanta atención. Hizo que el público se sintiera vulnerable porque cualquiera podría haber sido una víctima. Además, estaba la habitual histeria sobre inmigrantes ilegales peligrosos. ¿Cómo entró el señor Wu en el país, cómo consiguió un arma, etcétera, etcétera? Yo había terminado mi programa de doctorado hacía pocos años y allí estaba, como consultor de uno de los casos que más salpicaba las noticias. —Se interrumpió. —Mala elección de palabras.

—¿A qué conclusión llegó sobre el asesino? —preguntó Frost.

—Era un personaje algo triste, en realidad. Logró entrar en el país desde la provincia de Fujian cuando tenía alrededor de veinte años. Es imposible tener certeza sobre las fechas, ya que no hay documentación. Toda la información provino de la señora Fang, que dijo que el señor Wu era buen amigo de su marido.

—Que también murió en el tiroteo —observó Frost.

—Sí. A pesar de eso, la señora Fang se negó a decir algo negativo sobre Wu. No podía creer que hubiera sido él. Dijo que era gentil y trabajador. Que tenía muchas razones por las que vivir. Mantenía a su esposa e hija, y también le enviaba dinero a un hijo de siete años de una relación anterior.

—¿Entonces había una ex esposa?

—En otra ciudad. Pero Wu y su mujer, Li Hua, vivían en Boston desde hacía años. Ocupaban el apartamento directamente encima del restaurante donde

trabajaba y no se mezclaban con nadie. Seguramente temían atraer la atención, puesto que eran inmigrantes ilegales. También es posible que el idioma les haya complicado la vida, ya que hablaban mandarín además de su dialecto local conocido como Min.

—Mientras que la mayoría de los que viven en Chinatown hablan cantonés —dijo Frost.

Zucker asintió.

—Esos dialectos son incomprensibles entre sí, lo que habría aislado a la familia Wu. El hombre sufre, entonces, estrés por causas múltiples. Oculta su condición de ilegal. Está aislado. Tiene una familia que mantener. Si le añadimos las horas interminables de trabajo, todos estaríamos de acuerdo en que es mucha presión para cualquiera.

—¿Pero qué fue lo que le hizo perder la razón? —preguntó Jane.

—La señora Fang no lo sabía. La semana en que ocurrió el tiroteo, ella estaba fuera del país, visitando parientes. La entrevisté una vez que regresó a su casa, cuando todavía estaba en estado de shock. Insistía una y otra vez con que Wu jamás mataría a nadie. Que jamás mataría a su marido, James, porque eran amigos. También alegó que Wu ni siquiera tenía una pistola.

—¿Cómo podía saberlo? Tampoco era que estuviera casada con él.

—Pues no pude preguntárselo a la esposa de Wu. Días después del incidente, ella y su hija hicieron las maletas y desaparecieron. En aquella época el Departamento de Seguridad Nacional no rastreaba a los inmigrantes, así que a los ilegales no les resultaba difícil moverse de un sitio a otro o hasta desaparecer por completo. Eso fue lo que hizo la esposa de Wu. Desapareció. Y ni siquiera Iris Fang tenía idea de dónde habían ido.

—Ha basado todo en la palabra de la señora Fang. ¿Cómo sabe que ella decía la verdad? —preguntó Jane.

—Puede que sea ingenuo, pero en ningún momento dudé de su sinceridad, ni una sola vez. Hay algo en ella... —Zucker negó con la cabeza. —Una figura tan trágica. Todavía hoy siento pena por ella. No sé cómo alguien puede sobrevivir a tantas pérdidas.

—¿Pérdidas? ¿En plural?

—Su hija, también.

Jane recordó de pronto lo que había dicho Iris sobre vivir sola, sobre ya no tener familia.

—¿Su hija murió?

—Creo que no lo incluí en mi informe, pues no tenía relevancia con el caso del Fénix Rojo. Iris y James tenían una hija de catorce años que había desaparecido dos años antes. Nunca se encontró rastro de la chica.

—¡Madre mía! —dijo Frost—. No teníamos idea. Ella no dijo nada.

—No es la clase de mujer que recibiría compasión de buen grado. Pero recuerdo mirarla a los ojos y ver el sufrimiento. Un dolor que yo ni siquiera podía imaginar. Y aun así, una fuerza increíble. —Zucker se interrumpió, como si todavía lo conmoviera el sufrimiento de la mujer.

Jane tampoco podía imaginar un dolor así. Pensó en su propia hija, Regina, de tan solo dos años y medio. Pensó en tratar de seguir viviendo, año tras año, sin saber si su hija estaba viva o muerta. Ese tormento, por sí mismo, podía llevar a una mujer a la locura. *Y después también perder al marido...*

—Después de cualquier tragedia —dijo Zucker—, sobrevienen choques residuales. Pero lo que sucedió después del incidente del Fénix Rojo fue más allá de la destrucción de las familias involucradas. Es como si la masacre tuviera una maldición adosada. Y cada vez se cobrara más víctimas.

De pronto, la habitación parecía más fría. Tan fría que Jane sintió piel de gallina en los brazos.

—¿Qué quiere decir con una maldición? —preguntó.

—Al cabo de un mes, sucedieron muchas cosas negativas. El detective Staines murió de un repentino ataque cardíaco. Un técnico forense se mató en un accidente automovilístico. La esposa del detective Ingersoll tuvo un accidente cerebrovascular y más tarde murió. Y finalmente, desapareció una chica.

—¿Qué chica?

—Charlotte Dion. —Era la hija de diecisiete años de Dina Mallory, una de las víctimas del restaurante. Semanas después de que Dina murió en el restaurante, Charlotte desapareció durante un viaje escolar. Nunca la encontraron.

De pronto, Jane sentía el corazón como un tambor en los oídos.

—Y dice usted que la hija de Iris Fang también desapareció.

Zucker asintió.

—Desaparecieron con dos años de diferencia, pero sigue siendo una coincidencia extraña ¿no es así? A dos víctimas del Fénix Rojo les desaparecieron las hijas.

—¿Fue realmente una coincidencia?

—¿Y qué otra cosa podría ser? Las dos familias no se conocían. Los Fang eran inmigrantes que trataban de ganarse la vida. Los padres de Charlotte pertenecían a la clase alta de Boston. No había otra conexión entre ellos. No es otra cosa que la maldición del Fénix Rojo. —Su mirada se posó sobre el expediente. —O tal vez sea ese edificio. En Chinatown lo consideran embrujado. Dicen que cuando alguien entra, el mal se le adhiere. —Zucker miró a Jane. —Y lo sigue hasta su casa.

DIEZ

A Jane no le agradaban las coincidencias. Sucedian, por supuesto, en el complejo entramado de la vida, pero ella siempre sentía la necesidad de examinar qué hacía que los hilos se cruzaran, si era realmente el azar o si existía un diseño mayor, un patrón que solo se tornaba visible cuando se seguían esos hilos hasta sus orígenes. Fue por eso que se sentó ante su escritorio para intentar rastrear cinco hilos separados que se habían cruzado trágicamente en un restaurante de Chinatown hacía diecinueve años.

El expediente del Fénix Rojo no era particularmente voluminoso. Para los detectives de homicidios, un asesinato con posterior suicidio es un regalo, la clase de caso que llega envuelto con moño; el propio criminal imparte justicia metiéndose una bala en la cabeza. El informe policial de Staines e Ingersoll no se centraba en el *quién* sino en el *porqué* del tiroteo, y el análisis que habían hecho se basaba en lo que el doctor Zucker les había contado a ella y a Frost sobre Wu Weimin.

De manera que Jane se dedicó a estudiar a las víctimas.

La víctima número uno era Joey Gilmore, de veinticinco años, nacido y criado en South Boston. Había mucha información sobre Gilmore en el informe porque tenía antecedentes policiales. Robos, violación de domicilio, agresión con lesiones. Esos antecedentes, más el nombre de su empleador –Donohue Mayorista de Carnes- de inmediato captaron la atención de Jane. El departamento de Policía de Boston conocía muy bien al dueño de la empresa, Kevin Donohue, por sus lazos profundos y duraderos con el crimen organizado local. En las últimas cuatro décadas, Donohue había pasado de ser un rufián callejero común y corriente a convertirse en uno de los tres nombres más poderosos de la mafia irlandesa local. Las fuerzas del orden sabían perfectamente bien quién y qué era Donohue; solo que no podían probarlo en el tribunal. No todavía.

Jane sacó de la carpeta las fotografías de la escena del crimen y buscó la imagen del cadáver de Joey Gilmore, tendido en el suelo entre cajas desparramadas de comida para llevar. Lo habían matado con una única bala en la nuca. El doctor Zucker podía llamarlo un caso de *amok*, pero a ojos de Jane se parecía mucho a una ejecución mafiosa.

La víctima número dos era James Fang, de treinta y siete años, que trabajaba como anfitrión, camarero y cajero en el restaurante Fénix Rojo. Junto con su esposa Iris, habían emigrado de Taiwán dieciséis años antes, cuando él había llegado a Estados Unidos como estudiante de posgrado de literatura asiática. El restaurante era solo su trabajo nocturno; durante el día daba clases en el programa de enriquecimiento curricular del Centro del Vecindario Chinatown de

Boston. Se los describía a él y a Wu Weimin como buenos amigos que habían trabajado juntos en el Fénix Rojo durante cinco años. No se conocían conflictos entre ellos. Jane no encontró mención alguna de la hija de los Fang, Laura, que había desaparecido dos años antes. Tal vez Staines e Ingersoll ni siquiera estaban al tanto de la tragedia anterior que había golpeado a la familia Fang.

Las víctimas tres y cuatro eran un matrimonio, Arthur y Dina Mallory, de Brookline, Massachusetts. Arthur tenía cuarenta y ocho años y era presidente ejecutivo del Grupo Wellesley, una compañía inversora. Dina, de cuarenta años, no aparecía con ninguna ocupación; a juzgar por el cargo que ostentaba su marido, no necesitaba trabajar. Tanto para Arthur como para Dina, era su segundo matrimonio y formaban una familia ensamblada. La primera esposa de Arthur era Barbara Hart, y tenían un hijo, Mark, de veinte años. El ex marido de Dina se llamaba Patrick Dion y tenían una hija de diecisiete años. El informe policial hablaba específicamente de la cuestión que todo buen investigador de homicidios explora automáticamente: cualquier conflicto que pueda resultar de los divorcios y nuevos matrimonios de las víctimas.

Según Mark Mallory, el hijo de Arthur Mallory, las relaciones entre las familias Mallory y Dion eran sumamente cordiales a pesar del hecho de que Dina y Arthur habían dejado a sus cónyuges hacía cinco años para formar pareja. Aun después del divorcio y el casamiento, Dina Mallory y su ex marido, Patrick, seguían en buenos términos y las familias a menudo compartían cenas durante las fiestas.

Qué extrañamente civilizado era todo eso, pensó Jane. La esposa de Patrick lo deja por otro hombre y luego todos pasan Navidad juntos. Sonaba demasiado bueno para ser verdad, pero la información provenía directamente del hijo de Arthur Mallory, Mark, que debía de saberlo. Era la familia reconstituida ideal, puras sonrisas y ningún conflicto. Suponía que era posible que las cosas se dieran así, pero ciertamente no veía que fuera a suceder en su propia familia. Intentó imaginar un encuentro de los Rizzoli que incluyera a su padre, su madre, la rubia tetona con la que salía su padre y el nuevo novio de su madre, Vince Korsak. Eso sí que terminaría en una masacre y no quedaría nadie en pie.

Pero los Mallory y los Dion, de algún modo habían logrado que funcionara. Tal vez lo habían hecho por Charlotte, que habría tenido solo doce años cuando sus padre se divorciaron. Como la mayoría de los hijos de divorciados, probablemente habría ido de una casa a la otra, pobre niña rica, rebotando entre las casas de su madre, Dina y su padre, Patrick.

Jane llegó a la última página del expediente y encontró un breve apéndice del informe:

Charlotte Dion, hija de Dina Mallory, fue denunciada como desaparecida el 24 de abril. Se la vio por última vez cerca de Faneuil Hall durante una excursión escolar. Según el detective Hank Buckholz, la evidencia apunta a un probable rapto. La investigación sigue en curso.

El apéndice, con fecha del 28 de abril, estaba firmado por el detective Ingersoll. Dos chicas desaparecidas, Laura Fang y Charlotte Dion. Ambas eran hijas de víctimas del incidente en el Fénix Rojo, pero nada en el informe indicaba que se tratara de algo más que una triste coincidencia. Era como había dicho el doctor Zucker. A veces no hay patrón ni plan, sino solo la ciega crueldad del destino, que no lleva la cuenta de quién ya ha sufrido demasiado.

—Rizzoli, no tenías más que preguntármelo a mí, ¿sabes?

Jane levantó la vista para ver a Johnny Tam junto a su escritorio.

—¿Preguntarte qué?

—Sobre la masacre del Fénix Rojo. Acabo de encontrarme con Frost. Me contó que habéis estado revisando todos los archivos. Si hubieras hablado conmigo, podría haberte contado todo sobre el caso.

—¿Y cómo podrías tú saber algo? Si tenías, ¿qué, ocho años cuando sucedió?

—Estoy asignado al barrio chino así que tengo que saber lo que sucede allí. Los chinos siguen hablando del Fénix Rojo. Es como una herida que nunca cicatrizó. Y que jamás lo hará, porque está infestada de vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿Por qué?

—El asesino era uno de nosotros. Y al decir *nosotros* me refiero a todos los chinos. —Señaló los expedientes sobre el escritorio de Jane. —Revisé los archivos del caso hace dos meses. Hablé con Lou Ingersoll. Leí los informes del médico forense. —Se tocó la cabeza con un dedo. —La información está toda aquí dentro.

—No sabía que estabas familiarizado con ella.

—¿Pensaste en preguntármelo? Creí que era parte del equipo.

A Jane no le gustaba la nota de acusación en su voz.

—Sí, eres parte del equipo —reconoció—. Trataré de recordarlo. Pero las cosas serían más fáciles para todos si te quitaras de encima ese resentimiento.

—Solo quiero estar en la primera línea de la investigación. No que me traten como el friki de apoyo, cosa que sucede muy a menudo por aquí.

—¿Por qué lo dices?

—Se supone que el Departamento de Policía de Boston es un gran crisol de razas ¿verdad? —Rió. —Patrañas.

Por un momento, Jane lo estudió, tratando de leer su expresión cerrada. De repente, se vio a sí misma a la edad de Tam, desesperada por demostrar su valía y resentida porque demasiado a menudo la ignoraban.

—Siéntate, Tam —dijo.

Él suspiró, acercó una silla y se sentó.

—¿Sí?

—¿Crees que no sé lo que es ser parte de una minoría?

—No lo sé. ¿Lo sabes?

—Mira a tu alrededor. ¿Cuántas mujeres detectives de homicidios ves? Hay solamente una, y estás hablando con ella. Sé lo que se siente cuando los muchachos me dejan afuera por ser mujer y creen que no soy lo suficientemente buena para hacer el trabajo. Solo necesitas aprender a lidiar con todos los cretinos y sus idioteces, porque está lleno de ambas cosas.

—Eso no significa que dejemos de hacérselo notar.

—Como si fuera a cambiar algo.

—Pues algo debes de haber podido cambiar. Porque ahora te aceptan.

Jane pensó si realmente era verdad. Recordó cómo había sido su vida cuando había entrado en la unidad de homicidios y había tenido que soportar las risas y bromas sobre tampones y los desplantes deliberados. Sí, las cosas habían cambiado para mejor, pero la guerra había sido dura y había llevado años.

—Quejarse no es lo que hace la diferencia —dijo—. Se trata de hacer el trabajo mejor que los demás. —Hizo una pausa. —Escuché que pasaste el examen para detective con buenas calificaciones en tu primer intento.

Él asintió brevemente.

—Con la mejor calificación, de hecho.

—¿Y tienes... qué? ¿Veinticinco años?

—Veintiséis.

—Eso te juega en contra, sabes.

—¿Qué cosa, el hecho de que me vean como otro friki asiático?

—No. El hecho de que todavía seas un chico.

—Genial. Otro motivo para que no me tomen en serio.

—El asunto es que existen una docena de motivos diferentes para que te sientas en desventaja. Algunos son reales, otros están en tu cabeza. Déjalos correr y haz tu trabajo.

—Lo haré si tú tratas de recordar que soy parte del equipo. Permíteme hacer algo del trabajo de campo del Fénix Rojo, visto que ya estoy metido en eso. Puedo hacer llamadas, hablar con las familias de las víctimas.

—Frost ya tiene planeado volver a entrevistar a la señora Fang.

—Entonces hablaré con las otras familias.

Ella asintió.

—Perfecto. Ahora cuéntame qué has averiguado ya sobre el caso.

—Lo investigué por primera vez en febrero pasado, cuando me asignaron al Distrito A-1 y escuché a algunos de los locales hablando sobre el caso. Lo recordaba de cuando era niño en Nueva York.

—¿Te enteraste de lo sucedido estando en Nueva York?

—Si es una noticia importante y concierne a cualquier chino en cualquier parte del país, créeme, toda la comunidad china cotillea sobre ella. Aun en Nueva York se hablaba del Fénix Rojo. Recuerdo que mi abuela me dijo que era una vergüenza que el asesino fuera uno de nosotros. Dijo que hacía quedar mal a todos los chinos. Nos hacía parecer criminales.

—Hostias, hablemos de culpa colectiva.

—Sí, se nos da súper bien eso. A la abuela le daba un ataque si yo intentaba salir de casa con vaqueros desflecados o con tajos, porque no quería que la gente pensara que los chinos eran desaliñados. Crecí con la responsabilidad de representar a toda una raza cada vez que salía por la puerta. Así que sí, ya me había despertado interés el Fénix Rojo. Luego, cuando salió ese anuncio en *The Boston Globe* en marzo, sentí todavía más curiosidad. Leí el expediente por segunda vez.

—¿Qué anuncio?

—Se publicó el 30 de marzo, en el aniversario del tiroteo. Ocupaba un cuarto de página de la sección local.

—No lo vi. ¿Qué decía?

—Mostraba una foto del cocinero, Wu Weimin, con la palabra *inocente* en letra grande. —Observó los escritorios de la unidad de homicidios. —Cuando vi ese anuncio, deseé que fuera verdad. Deseé que Wu Weimin fuera inocente, solo para que pudiéramos borrar esa marca negra sobre nuestra comunidad.

—No crees realmente que haya sido inocente ¿verdad?

Él la miró.

—No lo sé.

—Staines e Ingersoll no pusieron en duda en ningún momento que él disparó. Tampoco lo hizo el doctor Zucker.

—Pero ese anuncio me hizo pensar. Me hizo preguntarme si la policía de Boston cometió un error hace diecinueve años.

—¿Solo porque Wu era chino?

—Porque la gente de Chinatown nunca creyó que fue él.

—¿Quién pagó el anuncio? ¿Pudiste averiguarlo?

Él asintió.

—Llamé al *Globe*. Lo pagó Iris Fang.

Sonó el móvil de Jane. Alargó la mano para cogerlo mientras procesaba esa última información. Se preguntó por qué, diecinueve años después del suceso, Iris pagaría un anuncio en defensa del hombre que había asesinado a su esposo. Al mirar el teléfono, vio que la llamada provenía del laboratorio de criminalística y respondió:

—Habla Rizzoli.

—Tengo esos pelos en el microscopio en este mismo momento —dijo la criminalista Erin Volchko—, y que me parta un rayo si puedo decirle qué son.

A Jane le tomó un momento concentrarse en lo que Erin estaba diciendo.

—¿Te refieres a esos pelos que estaban en la ropa de la víctima?

—Sí. La oficina de medicina forense me envió dos muestras ayer. Una fue tomada de la manga de la mujer muerta, la segunda de sus mallas. Tienen morfología y color similar, así que probablemente provengan de la misma fuente.

Jane sintió que Tam la observaba.

—¿Son pelos reales o sintéticos?

—No son fabricados. Son decididamente orgánicos.

—¿O sea que son humanos?

—No estoy segura.

ONCE

Jane espió por el ocular del microscopio y entornó los ojos, tratando de distinguir algún rasgo diferente, pero lo que veía a través de la lente era muy parecido a todas las otras fibras capilares que había visto a través de los años. Se hizo a un lado para permitir que Tam mirara también por el ocular.

—Lo que estáis viendo en ese portaobjetos es un pelo de guardia —explicó Erin—. Los pelos de guardia funcionan como la capa externa de un animal.

—¿Y es diferente del pelaje? —preguntó Tam.

—Sí. El pelaje es la capa interna y provee aislamiento. Los humanos no tienen pelaje.

—Entonces si esto es un pelo, ¿de dónde viene?

—Podría ser más fácil —dijo Erin—, decirnos de dónde no viene. La pigmentación es consistente en toda la fibra, por lo que sabemos que es de un animal cuyo pelo tiene el mismo color de la raíz a la punta. No hay escamas coronales, lo que elimina a los roedores y murciélagos.

Tam levantó la mirada del microscopio.

—¿Qué son escamas coronales?

—Las escamas son estructuras que conforman la cutícula, la parte externa del tallo capilar, como las escamas de un pescado. Los patrones en que se alinean estas escamas son característicos de ciertas familias de animales.

—Y dices que las escamas coronales se encuentran en los roedores.

Ella asintió.

—Este pelo tampoco tiene escamas espinosas, lo que nos dice que no provino de un gato, ni de un visón ni de una foca.

—¿Vamos a pasar por toda la lista de especies de animales? —preguntó Jane.

—Hasta un cierto punto, es un proceso de eliminación.

—Y hasta ahora has eliminado ratas, murciélagos y gatos.

—Correcto.

—Genial —murmuró Jane—. Podemos eliminar a Batman y a Catwoman de nuestra lista de sospechosos.

Erin suspiró, se quitó los lentes y se masajeó el puente de la nariz.

—Detective Rizzoli, solo estoy explicando lo difícil que es identificar un pelo animal utilizando solo microscopía de luz. Estas pistas morfológicas me ayudan a eliminar algunos grupos animales, pero esta muestra no se parece a nada que haya pasado por este laboratorio.

—¿Qué más puedes descartar? —preguntó Tam.

—Si fuera un ciervo o un caribú, la raíz tendría forma de copa de vino y el pelo sería más duro. Así que no pertenece a la familia de los ciervos. El color no

coincide con mapaches ni castores y el pelo es demasiado duro para ser de conejo o chinchilla. Si tuviera que basarme en la forma de la raíz, el diámetro y el patrón de escamas, diría que a lo que más se asemeja es al cabello humano.

—¿Y entonces por qué no podría ser humano?

—Eche otro vistazo por el microscopio.

Jane se inclinó para mirar por el ocular.

—¿En qué tengo que concentrarme?

—Fíjese que es bastante lacio, no rizado como vello sexual de la zona púbica o de las axilas.

—¿Entonces es un pelo de la cabeza?

—Es lo que pensé al principio. Que se trataba de un cabello de una cabeza humana. Ahora mire bien la médula, el núcleo central de la vaina. Es como un canal que recorre el largo del cabello. Hay algo muy extraño en esta muestra.

—¿Puedes ser más específica?

—El índice medular. Es la relación entre el diámetro de la médula y el diámetro del cabello. He visto innumerables muestras de pelo humano y jamás he visto una médula tan ancha en un pelo de cabeza. En los humanos, el índice normal es de menos de un tercio. Aquí es de más de la mitad del diámetro del cabello. No es solo un canal, es un tubo enorme.

Jane se irguió y miró a Erin.

—¿Podría tratarse de alguna condición médica? ¿O una anomalía genética?

—No que yo sepa.

—¿Entonces qué es este pelo? —quiso saber Tam.

Erin inspiró, como tratando de encontrar las palabras justas.

—En todos los otros aspectos, parece humano. Pero no lo es.

La risa de desconcierto de Jane cortó el silencio.

—¿De qué estamos hablando aquí? ¿De Pie Grande?

—Mi impresión es que se trata de un tipo de primate no humano. Una especie que no puedo identificar con el microscopio. No hay células epiteliales adheridas, así que el único ADN que podríamos buscar sería mitocondrial.

—Llevaría siglos obtener esos resultados —dijo Tam.

—Existe otra prueba que me viene a la mente —dijo Erin—. Encontré un artículo científico de la India, sobre análisis electroforético de la queratina capilar. Tienen un problema enorme con el comercio ilegal de pieles de animales y utilizan esta prueba para identificar las pieles de especies exóticas.

—¿Qué laboratorios pueden hacer esa prueba?

—Hay varios laboratorios de especies silvestres en Estados Unidos con los que podría contactar. Tal vez sea la forma más rápida de identificar la especie. —Erin miró el microscopio. —De una manera u otra, estoy decidida a averiguar qué es esta criatura peluda.

El detective retirado Hank Buckholz tenía aspecto de haber peleado una guerra larga y difícil con el diablo del alcohol y finalmente haberse rendido a lo inevitable. Jane lo encontró en su sitio habitual, sentado en el bar J.P.Doyle's, mirando dentro de su vaso de whisky. Ni siquiera eran las cinco de la tarde todavía, pero por lo que se veía, Buckholz ya había dado por comenzada la velada hacía rato y cuando se puso de pie para saludarla, ella notó su apretón de manos poco firme y sus ojos acuosos. Pero ocho años de retirado no podían contra los viejos hábitos: seguía vistiéndose como detective, con americana y camisa Oxford, aun si la camisa tenía el cuello gastado.

Era temprano para los parroquianos habituales del Doyle's, un reducto favorito de los policías de Boston. Con un ademán, Buckholz captó la atención del encargado del bar.

—Yo la invito —anunció, señalando a Jane—. ¿Qué te apetece, detective?

—Estoy bien, gracias —dijo Jane.

—¡Venga, no hagas que un viejo policía tenga que beber solo!

Ella le hizo un movimiento de cabeza al encargado del bar.

—Una cerveza lager Sam Adams.

—Y otro whisky para mí —dijo Buckholz.

—¿Quieres pasar a una mesa, Hank? —preguntó Jane.

—No, me gusta estar aquí. Este es mi taburete. Siempre lo ha sido. Además —añadió, paseando la mirada por el salón casi vacío—, ¿quién va a escucharnos? Este caso es tan viejo que ya nadie le presta atención. Excepto la familia, tal vez.

—Y tú.

—Sí, bueno, es difícil soltar ¿no? Pasan los años y los casos que no pude cerrar me siguen quitando el sueño. El caso de Charlotte Dion en especial, porque me molestó cuando su padre contrató a un investigador privado para que lo llevara. Lo que daba a entender que yo era un pésimo policía. —Soltó un gruñido y tomó un sorbo de whisky. —Gastó un montón de dinero solo para probar que a mí no se me había escapado nada.

—¿O sea que el investigador privado tampoco llegó a ningún sitio?

—No. Esa chica desapareció como por arte de magia. Sin testigos, sin pruebas, salvo su mochila, abandonada en el callejón. Hace diecinueve años no teníamos tantas cámaras de vigilancia. Quien sea que la raptó fue rápido y eficiente. Tuvo que ser algo impulsivo, sobre la marcha.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Estaban en una excursión escolar. Ella era pupila en un colegio exclusivo, la Academia Bolton, ubicada en las afueras, pasando Framingham. Treinta chicos vinieron a la ciudad en un autobús privado para recorrer el *Freedom Trail*. La parada en Faneuil Hall fue una decisión de último momento. La profesora me

dijo que los chicos tenían hambre, así que decidieron almorzar allí. Creo que el criminal vio a Charlotte y la raptó, sencillamente. —Negó con la cabeza. — Menudo rapto: un perfil muy alto. Patrick Dion es inversionista de riesgo y estaba en Londres cuando sucedió. Voló a casa en su avión privado. Teniendo en cuenta quién era y cuánto valía, supuse que pedirían rescate. Pero eso no ocurrió. Charlotte simplemente desapareció de la faz de la tierra. No se encontraron pistas, ni el cuerpo. Nada.

—A su madre la mataron en el restaurante Fénix Rojo justo un mes antes.

—Sí, lo sé. Qué mala suerte tiene esa familia. —Bebió un sorbo de whisky. —El dinero no detiene a la Parca.

—¿Crees que se trató solo de eso? ¿De mala suerte?

—Lou Ingersoll y yo hablamos y hablamos del asunto. No encontrábamos una forma de vincular los dos sucesos y los miramos desde todos los ángulos.

¿Disputa de custodia de Charlotte? ¿Divorcio complicado? ¿Dinero?

—¿Nada?

Buckholz negó con la cabeza.

—Yo mismo he pasado por un divorcio y sigo odiando a la muy perra. Pero Patrick Dion y su ex esposa siguieron en buenos términos. Él hasta se llevaba bien con el nuevo marido de ella.

—¿Aunque Arthur se fue con la esposa de Patrick?

Él rió.

—¿Sí, puedes creerlo? Desde el principio fueron dos familias felices. Patrick, Dina y Charlotte. Arthur, Barbara y su hijo, Mark. Los dos chicos iban a la exclusiva Academia Bolton, que es donde se conocieron las familias. Comenzaron cenando juntos. Luego Arthur se engancha con la esposa de Patrick y todos se divorcian. Arthur se casa con Dina, Patrick consigue la custodia de Charlotte, de doce años, y todos siguen siendo amigos. No es natural, te lo aseguro. —Apoyó el vaso sobre la barra. —Lo normal habría sido que se detestaran.

—¿Y estás seguro de que no era así?

—Supongo que es posible que lo hayan ocultado. Es posible que cinco años después del divorcio, Patrick Dion haya seguido a su ex esposa y a su marido hasta el restaurante y los haya matado en un frenesí de furia. Pero Mark Mallory me juró que todos eran amigos. Y él perdió a su propio padre en esa masacre.

—¿Y la madre de Mark? ¿Estaba conforme con que su marido se fuera con otra?

—Nunca pude hablar con Barbara Mallory. Tuvo un accidente cerebro vascular un año antes del tiroteo. El día que Charlotte desapareció, Barbara estaba en un hospital de rehabilitación. Murió un mes después. Otra familia con mala suerte. —Le hizo un ademán al encargado del bar. —Oye, necesito otro.

—¿Em... has venido en coche, Hank? —preguntó Jane, mirando el vaso vacío con el ceño fruncido.

—No pasa nada. Te prometo que será el último.

El camarero puso otro whisky sobre la barra y Buckholz se quedó mirándolo, como si su mera presencia alcanzara para dejarlo satisfecho por el momento.

—Así que esa es la historia resumida —dijo—. Charlotte tenía diecisiete, era rubia y muy bonita. Cuando no estaba pupila en el colegio, vivía con su papá millonario. La vida le sonreía y de repente... ¡puf! La raptan en la calle. Todavía no hemos encontrado sus restos. —Tomó el vaso con mano firme. —La vida es jodida.

—Y la muerte también.

Él rió y bebió un sorbo.

—Tan cierto.

—¿Qué piensas de la otra chica que desapareció? ¿Laura Fang?

—Ese caso era de Sedlak, que en paz descanse. Pero lo investigué, por el vínculo con el Fénix Rojo. No encontré nada que me hiciera pensar que los dos raptos estaban relacionados. Creo que el de Charlotte fue espontáneo: la vio y la raptó. El de Laura fue diferente. Sucedió justo después del horario escolar y ella se dirigía a su casa. Una de sus compañeras la vio subir de buen grado al coche de alguien, como si conociera al conductor. Pero nadie le tomó la matrícula y la chica desapareció para siempre. Así que ahí tienes otro cuerpo que jamás se encontró. —Clavó la mirada en las botellas alineadas del otro lado de la barra. —Te hace preguntarte cuántos esqueletos hay apilados en el bosque, en los vertederos de basura. En este país desaparecen millones de personas. La cantidad de huesos. Puedo aceptar el hecho de que algún día moriré, siempre y cuando haya una linda lápida que le diga al mundo que estoy sepultado allí. ¿Pero que nunca te encuentren? ¿Terminar escondido debajo de unas malezas? Es como si nunca hubieras existido. —Se estremeció. —En resumidas cuentas, así fue el caso de Charlotte Dion. ¿Te ha servido de algo?

—No lo sé. De momento, solo es una pieza de un rompecabezas muy confuso. —Jane le hizo una seña al camarero. —Déjame pagar a mí.

—De ninguna manera —objetó Buckholz.

—Acabas de hacerme un favor contándome todo sobre Charlotte.

—Me paso el día aquí, en este taburete, en este bar. Ya sabes dónde encontrarme. —Bajó la mirada hacia el teléfono de Jane, que había comenzado a sonar. —Veo que eres una chica muy solicitada. Tienes suerte.

—Depende de quién llama. —Atendió el teléfono. —Habla la detective Rizzoli.

—Lamento tener que hacer esta llamada. —Era una voz masculina y sonaba realmente apenado de tener que hablar con ella. —¿Entiendo que es la supervisora del detective Tam?

—Sí, trabajamos juntos.

—Llamo de parte de las familias de las víctimas. Preferiríamos no volver a tratar

con el detective Tam. Ha logrado alterar a todo el mundo, sobre todo a la pobre Mary Gilmore. Después de tantos años, ¿por qué nos vuelven a interrogar?

Jane se masajeó la cabeza, pensando con desagrado en la charla que tendría que tener con su colega más joven. *Eres un servidor público. Lo que significa que no debes hacer enfadar al público.*

—Lo lamento mucho, señor —dijo—. Disculpe, pero no me dijo su nombre.

—Patrick Dion.

Jane se irguió. Miró a Buckholz, que seguía la conversación con gran interés. Nunca se dejaba de ser policía.

—¿Dina Mallory era su ex esposa? —dijo Jane.

—Sí. Y es doloroso que me recuerden cómo murió.

—Comprendo que sea difícil para usted, señor Dion. Pero el detective Tam tiene que hacer esas preguntas.

—Dina murió hace diecinueve años. En ningún momento hubo dudas sobre quién la mató. ¿Por qué se ha reflatado esto?

—No estoy en condiciones de hablar del asunto. Es...

—Sí, lo sé. Es parte de “*una investigación actual*”. Eso me dijo el detective Tam.

—Y es cierto.

—Mark Mallory está furioso y Mary Gilmore y su hija se han puesto muy mal. Primero recibimos esas notas por correo y luego empieza a llamarnos el detective Tam. Todos queríamos saber por qué sucede esto ahora.

—Disculpe —lo interrumpió Jane—. ¿Qué es este asunto de las notas?

—Hace seis o siete años que sucede. Todos los treinta de marzo nos llegan por correo, como un recordatorio siniestro de aniversario.

—¿Y qué dicen las notas?

—A mí siempre me llega una copia del obituario de Dina. En el reverso, alguien escribe: *¿No quieres saber la verdad?*

—¿Todavía las tiene?

—Sí, y Mary tiene las de ella. Pero Mark se enfadó tanto que tiró a la basura la suya.

—¿Quién las manda? ¿Lo sabe?

—Debo suponer que vienen de la misma persona que publicó el anuncio en el *Globe*. Esa mujer Iris Fang.

—¿Por qué haría algo así la señora Fang?

Hubo una larga pausa.

—No me gusta hablar mal de la señora Fang. Perdió a su marido, así que sé que también ha sufrido. Siento pena por ella. Pero creo que el asunto es bastante obvio.

—¿Qué es lo obvio?

—Esa mujer —dijo Patrick— está loca.

DOCE

Para cuando sonó el timbre de la puerta, Maura ya había puesto la mesa y tenía una pata de cordero asándose en el horno. Los adolescentes eran famosos por su apetito, de manera que había comprado un pastel de arándanos y otro de manzanas, había cocinado cuatro patatas y seis mazorcas tiernas de maíz. ¿Comería ensalada, el chico? No lo sabía. Durante los días de hambre desesperante que habían pasado juntos en el bosque de Wyoming, Rata y ella habían sobrevivido gracias a lo que habían podido conseguir. Maura lo había visto devorar galletas para perros, alubias en lata y corteza de árboles. Seguramente no frunciría la nariz ante un plato de lechuga y sin duda le vendrían bien las vitaminas. La última vez que lo había visto, en enero, había estado pálido y flaco y esta noche, ella había cocinado para ese chico mal alimentado. Pase lo que pase durante la semana, pensó, de mi casa no se irá con hambre. Era el único detalle para el que podía prepararse, la única variable que podía controlar.

Porque todo lo demás, relacionado con la primera visita de él a su casa, estaba cargado de misterio.

Le debía su vida a Julian “Rata” Perkins, aunque casi no lo conocía y él tampoco la conocía bien a ella. Juntos habían luchado por sobrevivir y no hay vínculo más cercano que pueda unir a dos personas que haber mirado a la muerte a los ojos, juntos. Ahora estaban a punto de descubrir si ese vínculo podría sobrevivir la ácida prueba de convivir una semana en condiciones civilizadas.

Cuando escuchó el timbre, Maura se secó las manos con un paño de cocina y fue hasta la puerta, sintiendo que se le aceleraba el corazón. Tranquilízate, es solo un chico, pensó mientras abría la puerta. Casi cayó al suelo cuando un gigantesco perro negro le apoyó las patas delanteras sobre el pecho a modo de saludo.

—¡Oso! ¡Abajo, *amigo*! —ordenó Rata.

Maura rió mientras el perro le lamía la cara jubilosamente. Luego apoyó las patas en el suelo, meneó la cola y ladró. Maura sonrió al muchacho, que parecía horrorizado por los malos modales de su compañero.

—¿Y bien? ¿No vas a abrazarme también tú?

—Hola, señora —dijo él y con movimientos torpes, la envolvió en sus brazos largos. Maura se sorprendió al ver cuánto más grande parecía, cuán musculoso se había vuelto desde la última vez que lo había visto. ¿Era posible que un chico creciera tanto en unos pocos meses?

—Te he echado de menos, Rata —murmuró Maura—. Os he echado de menos muchísimo a ambos.

Se oyeron pasos en los escalones del porche y el chico se apartó súbitamente de

ella, como si se avergonzara de que lo vieran abrazándola. Maura miró al hombre que estaba de pie detrás de Rata. Anthony Sansone siempre había parecido severo, físicamente imponente, de rostro inescrutable, pero esa tarde gris sonreía mientras dejaba la mochila de Rata en el porche.

—Allí tienes todo, Julian —dijo.

—Gracias por traerlo en coche hasta Boston —dijo Maura.

—Ha sido un placer, Maura. Nos ha dado la oportunidad de conversar. —Hizo una pausa y la miró con atención; como siempre, parecía ver demasiado. —Hace mucho que no hablamos. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Ocupada. —Maura forzó una sonrisa. —Nunca me faltan clientes. ¿Quieres pasar un rato?

Él miró al muchacho, que había estado mirándolos y siguiendo la conversación entre ambos con gran interés.

—No, os dejaré para que os pongáis al día. ¿Estaréis bien durante la semana?

—Tengo que trabajar lunes y martes, pero a partir del miércoles dispongo de tiempo libre. Recorreremos la ciudad.

—Entonces te pasaré a recoger el sábado que viene, Julian —dijo Sansone, y le tendió la mano.

El hombre y el muchacho se estrecharon la mano. Fue un saludo extrañamente formal, pero que parecía completamente natural entre ambos, precisamente lo que se esperaba. Rata aguardó hasta que Sansone regresara al coche y se marchara. Solo entonces se volvió hacia Maura.

—Hablamos de ti —dijo—. Durante el viaje.

—Espero que bien.

—Creo que le gustas. Mucho. —Rata recogió su mochila. —Pero es medio extraño.

La gente podría decir lo mismo de ti, pensó Maura, observándolo. Sobre nosotros dos. Le pasó un brazo alrededor de la cintura y lo sintió ponerse tenso ante la muestra de afecto, a la que no estaba acostumbrado. Durante demasiado tiempo, el chico había vivido como un animal salvaje, sobreviviendo en las montañas de Wyoming, y en sus ojos ella seguía viendo rastros del niño abandonado. El mundo no había sido amable con Julian Perkins y le llevaría tiempo confiar en otro ser humano.

Pasaron a la sala y el chico recorrió la habitación con la mirada.

—¿Dónde se ha ido Oso?

—Creo que ya se siente cómodo aquí. Seguro que ha descubierto todas las cosas ricas que hay en la cocina.

Fue allí donde lo encontraron, devorando los recortes de cordero que Maura le había puesto en un recipiente de cerámica para perros. Jamás había tenido una mascota y el recipiente era nuevo, igual que la cama para perros, la correa de

paseo, el polvo anti pulgas y las latas de comida apiladas en la alacena. Donde iba el chico, iba Oso, lo que significaba que esta semana ella compartiría su casa con dos criaturas extrañas, un perro y un adolescente. Dentro del horno, las gotas que caían de la carne siseaban y Maura vio que Rata levantaba la nariz, como un animal que huele la cena.

—Estará lista en una hora. Te mostraré tu habitación —dijo, y frunció el ceño al ver su mochila. —¿Y tu maleta?

—Es todo lo que traje.

—Pues parece que tú y yo tendremos que ir a comprar ropa.

—No, de verdad que no necesito nada —dijo, mientras iban por el pasillo—. En el colegio llevamos uniforme.

—Este es tu dormitorio.

Oso entró primero, pero el muchacho vaciló en la puerta, como preguntándose si había habido un error. De pronto Maura cayó en la cuenta de lo absurdamente femenina que era esa habitación para un chico y un perro. A regañadientes, Rata entró en el dormitorio y contempló el edredón blanco, el florero con flores frescas que estaba sobre la cómoda y la alfombra oriental verde claro. No tocó nada, como si fueran todas piezas de museo y temiera romper algo. Con cuidado, dejó la mochila en un rincón.

—¿Qué tal el colegio? —preguntó Maura.

—Bien. —Se arrodilló para abrir la mochila. Sacó dos camisas, un suéter, un par de pantalones, todo pulcramente enrollado.

—¿Te gusta Evensong, entonces? ¿Estás bien allí?

—Es distinto de mi antigua escuela. La gente me trata bien. —Era una aseveración pragmática, sin autocompasión, y revelaba lo dolorosa que debía haber sido su vida anteriormente. Maura había leído su legajo de Wyoming, por lo que estaba al tanto de sus peleas en el patio de la escuela, de las burlas que había tenido que soportar por su ropa vieja y su familia fracturada. Muchas personas, desde la asistente social hasta el psicólogo, le habían advertido que el chico era demasiado problemático, que darle lugar en su vida podría llevar a consecuencias de las que ella se arrepentiría. Maura observó al chico problemático desembalar su ropa y colgarla ordenadamente en el armario y pensó: Gracias a Dios no les hice caso. A ninguno de ellos.

—¿Te has hecho amigos en el colegio? —preguntó—. ¿Te caen bien los otros alumnos?

—Son bastante parecidos a mí —respondió él—. Abrió un cajón de la cómoda y guardó los calcetines y la ropa interior.

Maura sonrió.

—Son especiales, quieres decir.

—Tampoco tienen padres.

Eso era novedad para Maura. Cuando Sansone le había dicho que le ofrecería al chico una beca completa para el Colegio Evensong, había remarcado las fortalezas académicas de la institución, su campus rural, los profesores internacionales y la fabulosa biblioteca. No había dicho nada sobre que fuera una escuela para huérfanos.

—¿Estás seguro? —preguntó Maura—. Debe de haber padres que van de visita.

—A veces veo a algún tío o tía de los otros chicos. Pero nunca he conocido a la madre ni al padre de nadie. Él dice que ahora somos familiares entre nosotros.

—¿Él?

—El señor Sansone. —Rata cerró el cajón y la miró. —Pregunta por ti todo el tiempo.

Maura sintió que se sonrojaba y se concentró en Oso, que daba vueltas y vueltas sobre la cama para perros, disfrutando de ese nuevo lujo.

—¿Qué cosas pregunta?

—Si me has escrito cartas últimamente, si vendrás a visitar el colegio. Si te gustaría dar clases allí.

—¿En Evensong? —Maura negó con la cabeza. —Dudo que una clase de patología forense sea apropiada para alumnos de secundaria.

—Pero estamos aprendiendo un montón de cosas geniales. El mes pasado, la señorita Saul nos enseñó a fabricar una catapulta romana. Y me han permitido dar una clase sobre huellas de animales, porque sé mucho sobre el tema. Hasta disecamos un caballo.

—¿En serio?

—Se rompió la pata y tuvieron que sacrificarlo. Lo abrimos y estudiamos sus órganos.

—¿Te resultó repugnante?

—He matado ciervos. He visto cosas muertas.

Claro que sí, pensó Maura. En Wyoming, él había visto desangrarse a un hombre. Se preguntó si Rata se despertaría sobresaltado de noche, igual que ella, acosado por los recuerdos de lo que les había sucedido en las montañas. Se le veía tan sereno e imperturbable mientras colocaba los libros sobre la cómoda y llevaba el cepillo de dientes al baño; mantenía las emociones bajo siete llaves. *Se parece más a mí de lo que quiero admitir.*

En la cocina, el móvil de Maura estaba sonando.

—¿Puedo salir a ver el jardín? —preguntó él.

—Sí, claro. Tengo que atender esta llamada.

Se dirigió a la cocina y sacó el móvil del bolso.

—Habla la doctora Isles —dijo.

—Soy el detective Tam. Me disculpo por llamarla durante el fin de semana.

—No hay problema, detective. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me preguntaba si podría pedirle su opinión sobre un antiguo homicidio. Sucedió hace diecinueve años, un tiroteo en un restaurante de Chinatown. Hubo cinco víctimas. En aquel entonces, dijeron que se trató de asesinato y posterior suicidio.

—¿Por qué está investigando algo que sucedió hace diecinueve años?

—Podría estar conectado con la mujer de la azotea. Tal vez sea el motivo por el que vino a Chinatown. Al parecer, buscaba a gente que sabía sobre el tiroteo en el restaurante.

—¿Qué quiere que haga, exactamente?

—Que revise los informes de autopsias de esas cinco víctimas, sobre todo la del asesino. Y nos diga si concuerda con las conclusiones. El patólogo que las llevó a cabo ya no trabaja para la oficina de medicina forense, así que no puedo preguntárselo a él.

Desde la ventana de la cocina, Maura vio a Rata y al perro recorriendo el jardín, como buscando una forma de huir, una salida hacia el mundo exterior. Era un chico hecho para la vida al aire libre.

—Esta semana estoy ocupada —respondió—. Pruebe con el doctor Bristol.

—Pero esperaba que...

—¿Sí?

—Preferiría su opinión, doctora Isles. Sé que siempre dice las cosas como son, no importa lo que pase. Confío en su juicio.

Eso la sorprendió, porque no era una opinión compartida por los miembros del Departamento de Policía de Boston, últimamente. Pensó en las miradas fijas y en el silencio gélido que había tenido que soportar durante la última semana. Pensó en las diferentes maneras en que la habían hecho sentir que era el enemigo.

—Estaré en casa esta noche —dijo—. Puede pasar a dejar los informes cuando lo desee.

Eran más de las nueve cuando Oso se puso a ladrar junto a la puerta principal. Maura la abrió y vio al detective Tam en el porche. El perro y él se miraron con desconfianza por un instante, pero tras unos olisqueos exploratorios, Oso indicó su aprobación trotando de regreso a la sala y permitiendo la entrada del visitante. Tam se movía con la misma energía comprimida que Maura había notado cuando se habían conocido en Chinatown; él se detuvo en el vestíbulo y giró la cabeza hacia el sonido de la ducha. No hizo ninguna pregunta, pero Maura pudo leerla en sus ojos.

—Tengo un huésped que se alojará aquí esta semana —dijo.

—Lamento irrumpir en su fin de semana. —Le entregó un fajo de páginas fotocopias. —Ahí están los cinco informes de autopsias más el informe del Departamento de Policía de Boston presentado por los detectives Ingersoll y

Staines.

—Vaya. Parece haberle puesto mucho empeño a esto.

—Es mi primer caso de homicidio. Esfuerzo de principiante ¿sabe? —Sacó una memoria USB del bolsillo. —No me permitieron sacar los originales de la oficina de medicina forense, así que escaneé las fotos y las radiografías para que las viera. Entiendo que es una cantidad de trabajo enorme y le pido disculpas por echársela encima. —Le entregó la memoria y la miró a los ojos, como para enfatizar lo importante que era esto para él y que estaba depositando su confianza en ella.

Maura se ruborizó ante el contacto y bajó la mirada hacia la memoria USB.

—Antes de que se marche, deje que vea si los archivos se cargan en mi ordenador —dijo. Se dirigieron a su despacho y Maura lo encendió. Tam miraba al perro, que los había seguido y ahora estaba sentado a los pies del detective, observándolo.

—¿Qué raza es? —preguntó Tam.

—No tengo idea. Pastor, probablemente, cruce con algún lobo o siberiano. Es de mi huésped.

—Pues es una anfitriona muy considerada por permitir que el huésped traiga un perro.

—Le debo la vida a este perro. Por lo que a mí respecta, puede quedarse donde desee. —Insertó la memoria en el puerto y unos instantes después aparecieron unas fotografías en miniatura en el monitor. Maura cliqueó sobre la primera, y reveló una visión truculenta del cuerpo desnudo de una mujer sobre la mesa de autopsias. —Por lo visto, se cargan bien. No le puedo prometer cuándo haré el trabajo, pero quiero que sepa que no será hasta la semana que viene.

—Le estoy muy agradecido, doctora Isles.

Ella se enderezó y lo miró.

—Los doctores Bristol y Costas son muy buenos patólogos. También puede confiar en sus juicios. ¿Existe una razón por la que no acudió a ellos?

Él no respondió; se volvió hacia el sonido de la ducha al cerrarse. Oso levantó las orejas y salió al trote del despacho.

—¿Detective? —dijo Maura.

A regañadientes, él respondió:

—Supongo que sabe lo que se dice de usted. Por el caso de Wayne Graff y todo eso.

Maura apretó los labios.

—Estoy segura de que no son elogios.

—Puede ser una delgada línea azul, pero se mantiene firme. No se toma bien las críticas.

—Ni siquiera cuando es la verdad —dijo Maura con amargura.

—Por eso acudí a usted. Porque sé que dice la verdad. —La miró a los ojos directamente, sin titubeos. El día que se habían conocido en Chinatown, a Maura él le había parecido inescrutable, un hombre al que podía caerle bien o no. Tenía la misma expresión distante ahora, pero era solo una máscara que ella todavía no había aprendido a traspasar. Había más detrás de este hombre de lo que ella sabía y se preguntó si alguna vez él permitiría que alguien viera detrás de la máscara.

—¿Qué espera que encuentre en estos informes? —preguntó.

—Contradicciones, tal vez. Cosas que no cuadran o no tienen sentido.

—¿Por qué piensa que las habría?

—Prácticamente desde el momento en que Staines e Ingersoll entraron en escena, se dijo que era un caso de asesinato y posterior suicidio. Leí el informe de ellos y no exploraron teorías alternativas. Era demasiado fácil catalogarlo como un ataque a balazos en un restaurante, cometido por un cocinero chino inmigrante desquiciado. Que luego se suicidó.

—¿Y usted no cree que fue un homicidio seguido de suicidio?

—No lo sé. Pero diecinueve años más tarde, resuena con ecos extraños. La mujer NN que encontramos en la azotea tenía dos direcciones en su GPS portátil. Una era de la casa del detective Ingersoll. La otra era de Iris Fang, la viuda de una de las víctimas de la masacre. Resulta evidente que la mujer muerta tenía interés en el caso del Fénix Rojo. No sabemos por qué.

Oyeron que el perro gemía y Maura se volvió; rata estaba en la puerta, con el pelo todavía húmedo. Miraba la fotografía de la autopsia en la pantalla del ordenador. Rápidamente, Maura minimizó el programa y la perturbadora imagen desapareció de la vista.

—Julian, él es el detective Tam —dijo—. Y este es mi huésped, Julian Perkins. Asiste al colegio en Maine y ha venido aquí por las vacaciones de primavera.

—Así que tú eres el dueño del perro intimidante —comentó Tam.

El chico seguía mirando el monitor, como si siguiera viendo la imagen.

—¿Quién era? —preguntó en voz baja.

—Es solo un caso del que estamos hablando —dijo Maura—. Ya casi hemos terminado. ¿Qué te parece si ves la televisión?

Tam esperó hasta oír que había encendido el televisor y dijo:

—Lamento que haya tenido que ver eso. No es algo que debería ver un adolescente.

—Revisaré los archivos cuando tenga tiempo. Pueden pasar varios días. ¿No tiene prisa, supongo?

—Sería bueno poder avanzar algo con el caso de la NN.

—La tragedia del Fénix Rojo sucedió hace diecinueve años —dijo Maura, mientras apagaba el ordenador—. Estoy segura de que este asunto puede esperar

un poco más.

TRECE

Aun antes de verlo, sé que ha entrado en mi estudio; una corriente de aire nocturno húmedo preanuncia su llegada cuando la puerta se abre y luego se cierra. No interrumpo mi ejercicio para saludarlo, sino que sigo moviendo la espada en el aire y haciéndola girar. En el espejo ancho veo que el detective Frost observa, fascinado, mientras entono el cántico del sable. Hoy me siento fuerte, tengo los brazos y piernas ágiles como cuando era joven. Cada uno de mis movimientos, cada giro, cada corte en el aire responde a un verso de un antiguo soneto.

*Trepo las siete estrellas para cabalgar el tigre.
Me elevo, giro, esquivo mientras se elevan los espíritus.
Me convierto en la grulla blanca,
Que abre sus alas mientras extiende una pata.
El viento sopla
Y tiembla la flor de loto.*

Todos los movimientos me salen naturalmente, uno se convierte en el otro. No tengo que pensar en ellos porque mi cuerpo los recuerda con la misma certeza con la que sabe caminar o respirar. Mi sable corta el aire y gira, pero mis pensamientos están en el policía y en lo que le diré.

Llego al verso final del soneto, el decimotercero. *El fénix regresa a su nido.* Me quedo en posición de firmes, con el arma por fin en descanso; el sudor se enfría en mi cara. Solo entonces giro para quedar frente a él.

—Eso fue bellissimo, señora Fang —dice el detective Frost, con enormes ojos de admiración—. Como una danza.

—Es un ejercicio de principiantes. Le trae calma al final de mi día.

La mirada de él baja al sable que tengo en las manos.

—¿Es una espada de verdad?

—Se llama Zheng Yi. Me fue legada por mi tatarabuela.

—Debe ser realmente antigua, entonces.

—Y probada en batallas. Era para combate. Si nunca se practica con una espada de combate, nunca se aprende a trabajar con su peso, a experimentar cómo se siente en las manos. —Corto el aire como un rayo un par de veces y él da un respingo, sobresaltado. Con una sonrisa, le tiendo la empuñadura. —Cójala. Sienta su peso.

Él vacila, como si la espada pudiera electrocutarlo. Con cuidado, coge la empuñadura y mueve la espada por el aire con torpeza.

—No la siento natural —dice.

—¿No?

—El equilibrio me resulta extraño.

—Porque no es solo una espada ceremonial sino un *dao* genuino. Un verdadero sable chino. Este diseño se llama hoja de sauce. ¿Ve cómo se curva a lo largo de la hoja? Era el arma que llevaban los soldados durante la dinastía Ming.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos seiscientos años. A la espada Zheng Yi la fabricaron en la provincia de Gansu durante la época de guerra. —Hago una pausa y agregó con tono apesadumbrado. —Lamentablemente, en la antigua China, la guerra, demasiado a menudo, era un estado de normalidad.

—O sea que esta espada estuvo en combates reales.

—Sé que fue así. Cuando la esgrimo, siento el canto de viejas batallas en su hoja. Él ríe.

—Si alguna vez me atacan en un callejón oscuro, señora Fang, la quiero a mi lado.

—Usted es el que lleva la pistola. ¿No debería protegerme *a mí*?

—Estoy seguro de que se las arregla muy bien sola. —Me devuelve la espada. Veo que lo pone nervioso el solo hecho de estar cerca de ese borde tan filoso. Con una inclinación, tomo la espada y lo miro directamente a los ojos. Él se sonroja, una reacción que no espero de un policía y menos de un detective experimentado que investiga homicidios. Pero hay una sorprendente dulzura en este hombre, una vulnerabilidad que de pronto me recuerda a mi esposo. El detective Frost tiene aproximadamente la misma edad que tenía James cuando murió y en la cara de este hombre veo la sonrisa tímida de James, su deseo innato de agradar a los demás.

—¿Tenía más preguntas para hacerme, detective?

—Sí. Respecto de un asunto del que no estábamos enterados cuando hablamos con usted anteriormente.

—¿Cuál?

No parece dispuesto a decir lo que tiene en la mente. Ya puedo ver la disculpa en sus ojos.

—Se trata de su hija, Laura.

La mención del nombre de Laura me pega como un golpe en el pecho. Esto sí que no lo esperaba y me tambaleo ante el impacto.

—Le pido disculpas, señora Fang —dice él y alarga la mano para sostenerme. — Sé que esto debe ser muy angustiante. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere tomar asiento?

—Es solo que... —Meneo la cabeza, aturdida. —No he comido desde esta mañana.

—¿Qué le parece si come algo ahora? ¿Puedo llevarla a algún sitio?

—Tal vez sería mejor que habláramos otro día.

—Solo serían unas preguntas. —Hace una pausa y agrega, en voz baja: —Yo tampoco he cenado.

Por un momento, sus palabras cuelgan en el aire. Es un lance. Aprieto la mano alrededor de la empuñadura de la espada en una reacción instintiva a una situación plagada de incertidumbres. En el peligro, hay oportunidad. Él es policía, pero no veo nada en él que me haga desconfiar, solo un hombre atento con una cara amable. Y necesito desesperadamente saber por qué pregunta por Laura.

Guardo a Zheng Yi en su vaina.

—Hay una casa de *dumplings* sobre Beach Street.

Él sonríe y el cambio en su cara es sorprendente. Parece mucho más joven.

—Conozco el lugar.

—Cogeré el impermeable y hablaremos.

Afuera, caminamos juntos bajo una fina llovizna de primavera, pero mantenemos una distancia discreta entre ambos. He traído a Zheng Yi porque la espada es demasiado valiosa para dejarla en el estudio. Y porque siempre ha sido mi protección, contra todas las amenazas que no llego a ver. Aun en esta tarde lluviosa, Chinatown está activo; las calles se ven atestadas de gente ansiosa por cenar pato asado o pescado al vapor con jengibre. Mientras caminamos, trato de mantenerme concentrada en los alrededores, en las caras desconocidas que pasan. Pero el detective Frost, conversador y exuberante, me resulta una distracción constante.

—Esta es mi zona preferida de Boston —dice, y abre los brazos como para abrazar Chinatown y a todos los que lo habitan—. Tiene la mejor comida, los mejores mercados, las callecitas más interesantes. Me encanta venir aquí.

—¿Aun cuando le toca venir para ver un cadáver?

—Pues... no —dice, y suelta una risita. —Pero este vecindario tiene algo. A veces siento como que pertenezco aquí. Como que no nací chino solo por accidente.

—Ah. Piensa que está reencarnado.

—Ajá. Como un típico chico estadounidense de South Boston. —Me mira, y su cara brilla en la humedad. —Dijo usted que es de Taiwán.

—¿Ha estado ahí alguna vez?

Niega con la cabeza con expresión apesadumbrada.

—No he viajado tanto como me gustaría. Pero fui a Francia en mi luna de miel.

—¿A qué se dedica su esposa?

La pausa hace que lo mire y veo que ha agachado la cabeza.

—Estudia abogacía —dice en voz baja. Tras unos segundos, agrega: —Nos separamos el verano pasado.

—Lo siento.

—No ha sido un año demasiado bueno, me temo —dice y luego parece recordar

súbitamente con quién está hablando. Con la mujer que ha perdido a su marido y a su hija. —No tengo nada de qué quejarme, realmente.

—La soledad no es fácil para nadie. Pero estoy segura de que encontrará otra mujer.

Me mira, y veo dolor en sus ojos.

—Y sin embargo usted no se ha vuelto a casar, señora Fang.

—No.

—Debe haber habido hombres interesados en usted.

—¿Cómo reemplaza uno al amor de su vida? —digo, sin rodeos—. James es mi esposo. Siempre será mi esposo.

Él se toma un momento para absorberlo. Luego responde.

—Siempre creí que así debería ser el amor.

—Lo es.

Sus ojos tienen un brillo extraño cuando me mira.

—Solo para algunos de nosotros.

Llegamos a la casa de *dumplings*, donde las ventanas están empañadas de vapor. Se adelanta rápidamente para abrir la puerta, un gesto de caballerosidad que me resulta irónico, puesto que yo soy la que lleva una espada letal. Dentro, el comedor pequeño está atestado y tenemos suerte de conseguir la última mesa vacía, escondida en un rincón cerca de la ventana. Cuelgo la vaina del respaldo de mi silla y me quito el impermeable. De la cocina brotan los tentadores aromas de ajo y bollos de masa hervida, recuerdos punzantes de que no he comido desde el desayuno. De las puertas de la cocina salen fuentes con bollos hervidos rellenos con trocitos de cerdo, gambas o pescado; en la mesa vecina golpean los palillos chinos contra los cuencos y una familia conversa en un cantón tan ruidoso que parecería que están discutiendo.

Frost estudia el largo menú con perplejidad.

—Creo que es mejor que usted pida por los dos.

—¿Hay algo que no coma?

—Como de todo.

—Tal vez se arrepienta de decir eso. Porque nosotros, los chinos, realmente comemos *de todo*.

Él acepta alegremente el desafío.

—Sorpréndame.

Cuando la camarera trae una fuente de entradas que contiene medusas frías, garras de gallina y patitas de cerdo encurtidas, sus palillos vacilan ante la selección que no le resulta familiar, pero luego muerde un trozo transparente de cartílago de cerdo. Observo cómo sus ojos se agrandan de sorpresa y placer.

—¡Es una delicia!

—¿Nunca lo había probado?

—Supongo que no he sido demasiado aventurero —confiesa mientras se limpia el aceite de chile de los labios—. Pero estoy tratando de cambiar todo eso.

—¿Por qué?

Se detiene a pensarlo y un trozo de medusa queda colgando de sus palillos.

—Creo que... creo que se trata de envejecer ¿sabe? Me doy cuenta de las pocas experiencias que he tenido. Y del poco tiempo que tenemos para hacerlo todo.

Envejecer. No puedo menos que sonreír, porque le llevo casi dos décadas, o sea que debe de considerarme vetusta. Pero no me mira de ese modo. Lo pilló observándome y cuando le sostengo la mirada se sonroja súbitamente. Igual que mi marido la primera vez que salimos, una noche de primavera cargada de niebla, como esta. Ay, James, creo que te gustaría este muchacho. Me recuerda tanto a ti.

Llegan nuestros *dumplings*, suaves cojines rellenos de cerdo y gambas. Observo, divertida, cómo intenta coger los bocados resbaladizos y termina persiguiéndolos por el plato con los palillos.

—Estos eran los preferidos de mi esposo. Podía comerse una docena. —Sonríe ante el recuerdo. —Se ofreció para trabajar aquí gratis durante un mes si le daban la receta.

—¿Trabajaba también en restaurantes en Taiwán?

Su pregunta hace que lo mire directamente a los ojos.

—Mi marido era académico de literatura china. Descendía de una larga estirpe de académicos. Así que no, no estaba en el negocio gastronómico. Trabajaba como camarero solo para sobrevivir.

—No lo sabía.

—Es demasiado fácil suponer que el camarero que usted ve aquí es solo camarero y la cajera de la tienda de comestibles es solamente cajera. Pero en Chinatown, no se puede suponer nada respecto de la gente. ¿Esos ancianos desaliñados que juegan a las damas debajo de las puertas de león? Algunos son millonarios. ¿Y esa mujer de allí, detrás de la caja? Proviene de una familia de generales imperiales. Aquí las personas no son lo que parecen, así que nunca debería subestimarlos. No en Chinatown.

Él asiente, compungido.

—No lo haré. Ya no. Y le pido disculpas, señora Fang, si de alguna forma sonó como si hablaba irrespetuosamente sobre su esposo. —Su disculpa suena muy sincera; es otra razón por la que este hombre me resulta tan sorprendente.

Dejo a un lado los palillos y lo miro. Ahora que he comido, ya me siento capaz de abordar el tema que ha estado colgando por encima de la mesa. La ruidosa familia vecina se pone de pie con un chillido de sillas y un coro de cantonés. Cuando salen por la puerta, el salón de pronto parece silencioso.

—Vino a preguntar por mi hija. ¿Por qué?

Se toma un momento para responder, se limpia las manos y dobla pulcramente la servilleta.

—¿Ha escuchado el nombre de Charlotte Dion?

Asiento.

—Era la hija de Dina Mallory.

—¿Está al tanto de lo que le sucedió a Charlotte?

—Detective Frost —respondo con un suspiro—, me vi obligada a atravesar esos eventos, así que los tengo grabados aquí, para siempre. —Me toco la cabeza. —Sé que la señora Mallory había estado casada antes con un hombre llamado Patrick Dion y que tenían una hija llamada Charlotte. Unas semanas después del tiroteo, Charlotte desapareció. Sí, sé todo sobre las víctimas y sus familias, porque yo soy una de ellas. —Miro mi plato vacío, que brilla de grasa. —No conocí al señor Dion, pero cuando desapareció su hija, le escribí una tarjeta de condolencias. No sé si seguía amando a su ex esposa ni si lloró su muerte. Pero sí sé lo que se siente al perder un hijo. Le dije cuánto lo sentía. Le dije que comprendía su dolor. Nunca me escribió. —Miro a Frost otra vez. —Entonces sí, sé por qué pregunta por Charlotte. Se pregunta lo mismo que se preguntaron todos los demás. Lo que me he preguntado yo. ¿Cómo es posible que dos familias tengan tanta mala suerte? Primero desaparece mi Laura, luego, dos años más tarde, Charlotte. Nuestras familias vinculadas tanto por el Fénix Rojo como por la pérdida de nuestras hijas. Usted no es el primer policía que me hace preguntas al respecto.

—Se las ha hecho el detective Buckholz, supongo.

Asiento.

—Cuando Charlotte desapareció, él vino a verme. Para preguntarme si las dos chicas podían haberse conocido. El padre de Charlotte es muy rico, así que por supuesto, ella recibió mucha atención. Mucha más que mi Laura.

—En su informe, Buckholz escribió que tanto Laura como Charlotte estudiaban música clásica.

—Mi hija tocaba el violín.

—Y Charlotte tocaba la viola en la orquesta escolar. ¿Es posible que se hayan conocido? ¿En algún taller de música, tal vez?

Niego con la cabeza.

—Ya he hablado de esto con la policía, una y otra vez. Salvo la música, las chicas no tenían nada en común. Charlotte iba a un colegio privado. Y nosotros vivimos aquí, en Chinatown. —Mi voz se apaga y miro una mesa vecina, donde hay una pareja china con sus hijitos. Una niña ocupa la silla alta; tiene coletas diminutas que parecen cuernitos puntiagudos de diablo. Así solía peinar a Laura cuando tenía tres años.

La camarera nos trae la cuenta. Alargo la mano, pero Frost se me adelanta.

—Por favor —dice—. Permítame.

—La cuenta la debería pagar la persona mayor.

—Es la última palabra que utilizaría para describirla, señora Fang. Además, fui yo el que comió el noventa por ciento de esta comida. —Deja el dinero sobre la mesa. —La llevaré en el coche a su casa.

—Vivo a unas pocas calles de aquí, en Tai Tung Village. Me es muy fácil caminar.

—Entonces la acompañaré a pie, sólo para quedarme tranquilo.

—¿Lo hace para protegerme a mí o protegerse a usted mismo? —pregunto, mientras cojo la espada, que ha estado colgando de la silla.

Él mira a Zengh Yi y ríe.

—Olvidé que va armada y es peligrosa.

—Así que no es necesario que me acompañe a mi casa.

—Por favor. Me sentiría mejor si lo hiciera.

Todavía llovizna cuando salimos y después del calor húmedo del restaurante, es un alivio respirar el aire frío. La niebla brilla en el pelo de él y le perla la piel, y a pesar del frío, siento un calor inesperado en las mejillas. Ha pagado la cena y ahora insiste en acompañarme a mi casa. Hace mucho que un hombre no es tan solícito conmigo y no sé si sentirme halagada o irritada porque me considera tan vulnerable.

Tomamos hacia el sur por la calle Tyler, hasta el antiguo enclave de Tai Tung Village; entramos en una parte de Chinatown que es más tranquila, pues hay menos gente. Aquí no hay turistas, solo edificios viejos que albergan tiendas polvorientas en la planta baja, todas barricadas a esta hora detrás de verjas cerradas con llave. En el restaurante iluminado, he podido bajar la guardia. Ahora me siento expuesta, a pesar de que un detective armado camina a mi lado. Las luces se esfuman detrás de nosotros y se alargan las sombras. Siento los latidos de mi corazón y el ruido del aire que entra y sale de mis pulmones. Me viene a la mente el cántico del sable, palabras que me calman y me preparan para lo que pueda venir.

El dragón verde emerge del agua.

El viento sopla entre las flores.

Las nubes blancas se mueven por el cielo.

El tigre negro examina la montaña.

Apoyo la mano en la empuñadura de la espada, donde se afirma, ya lista. Pasamos por oscuridad, luego bajo la luz, luego otra vez por una zona oscura; se me agudizan los sentidos, la noche parece temblar.

Sé más veloz que la hierba para buscar la serpiente a la izquierda

Sé más veloz que la hierba para buscar la serpiente a la derecha.

La oscuridad cobra vida. Por todos lados hay movimiento. Una rata cruza un callejón a toda velocidad. De un canalón gotea agua. Lo veo todo, lo oigo todo. El hombre a mi lado no tiene idea, cree que lo que me mantiene a salvo es su presencia. No imagina en ningún momento que tal vez sea a la inversa.

Giramos por Hudson y llegamos a mi modesta casa adosada, que tiene su propia entrada en la planta baja. Mientras busco las llaves, él se queda debajo de la luz de la entrada, donde los insectos revolotean y golpean contra la bombilla. Es un caballero hasta el final, esperará hasta que yo haya entrado sana y salva.

—Gracias por la cena y la escolta armada —digo con una sonrisa.

—Todavía no sabemos realmente qué está sucediendo. Así que cuídese, por favor.

—Buenas noches. —Meto la llave en la cerradura y de repente, me paralizó. Mi brusca inspiración lo pone en alerta.

—¿Qué ocurre?

—No está con llave —susurro. La puerta está entreabierta. Zheng Yi ya está fuera de la vaina y en mi mano; ni siquiera recuerdo haberla liberado. El corazón me late con fuerza cuando empujo la puerta con el pie. Se abre del todo y solo veo oscuridad en el interior. Doy un paso adelante, pero el detective Frost me tira hacia atrás.

—Espere aquí —ordena. Saca el arma, entra en la casa y enciende la luz.

Desde la puerta, miro cómo se mueve por mi modesto hogar; pasa junto al sofá marrón, el sillón rayado que James y yo compramos hace tantos años cuando llegamos de Taiwán. Muebles que no soportaría cambiar, porque mi esposo y mi hija se sentaron en ellos una vez. Aun en el mobiliario, viven los espíritus amados. Mientras Frost se dirige a la cocina, me quedo en la mitad de la sala, inmóvil, inspirando el aire y paseando la mirada por la habitación. Mis ojos se posan en la biblioteca. En el marco de fotos vacío. Siento un estremecimiento de miedo.

Alguien ha estado aquí.

Desde la cocina, Frost dice:

—¿Le parece que todo está en su lugar?

No respondo, sino que me dirijo hacia la escalera.

—Iris, espere —dice él.

Yo ya estoy subiendo los escalones en silencio. Lo que atrona es mi corazón. Envía la sangre a las extremidades, a los músculos. Sujeto la espada con ambas manos y avanzo hacia la puerta de mi dormitorio.

Dispersa las nubes y mira el sol.

Huelo y de inmediato me doy cuenta de que el intruso ha estado en esta

habitación, ha dejado su olor a agresión. El aire apesta a violencia y por unos segundos, no tengo el valor de avanzar y enfrentarme con el enemigo. Oigo que el detective Frost sube corriendo la escalera. Me cubre la espalda, pero lo que me aterriza es lo que espera delante de mí.

Utiliza las siete estrellas para cabalgar el tigre.

Cruzo el umbral justo cuando Frost enciende la luz. La habitación cobra foco súbitamente. La fotografía que faltaba está sobre mi almohada, clavada allí por la hoja de un cuchillo. Solo cuando oigo que Frost marca un número en su móvil me vuelvo para mirarlo.

—¿Qué hace? —pregunto.

—Llamo a mi compañera. Tengo que hacerle saber esto.

—No la llame. Por favor. Usted no sabe nada de lo que ocurre.

Me mira, y de pronto sus ojos tienen una intensidad que me hacen ver que lo he subestimado.

—¿Y usted sí?

CATORCE

Jane estaba en el dormitorio de Iris Fang, contemplando la fotografía que habían atravesado con un cuchillo de cortar carne. Mostraba a una Iris mucho más joven, radiante y sonriente, sosteniendo a un bebé en brazos.

—Dice que el cuchillo es de su cocina —le informó Frost—. Y que el bebé es su hija, Laura. Esa foto tendría que estar abajo, en un marco sobre la biblioteca. La persona que entró la sacó del marco y la trajo arriba, donde Iris no podría dejar de verla.

—Ni de ver el mensaje. Clavarle un cuchillo en la almohada es cualquier cosa menos desearle dulces sueños. ¿De qué se trata todo esto?

—No lo sabe. —Frost bajó la voz para que Iris no pudiera oírlo desde la planta baja. —Al menos, eso es lo que dice.

—¿Crees que no nos está diciendo la verdad?

—No lo sé. La cosa es que...

—¿Sí?

Frost bajó la voz aún más.

—No quería que te llamara. Es más, me pidió que me olvidara del asunto. Para mí eso no tiene sentido.

Para mí tampoco, pensó Jane, con el ceño fruncido; el cuchillo, hundido hasta la empuñadura, aplastaba la foto contra la sábana. Era un acto de ira pura, ideado para intimidar.

—Cualquier otra persona estaría pidiendo a gritos protección policial.

—Insiste con que no la necesita. Dice que no tiene miedo.

—¿Tenemos la certeza de que alguien ha entrado aquí, realmente?

—¿Qué insinúas?

—Podría haberlo hecho ella misma. Podría haber cogido un cuchillo de la cocina.

—¿Pero por qué lo haría?

—Explicaría por qué no tiene miedo.

—No fue así como sucedió.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo estaba aquí cuando lo encontré.

Jane se volvió hacia él.

—¿Subiste a su dormitorio?

—No me mires así. La acompañé a su casa, nada más. Vimos que la puerta de entrada estaba abierta, así que entré a revisar la casa.

—Vale.

—¡Fue solo eso!

¿Entonces por qué tienes esa expresión culpable? Jane observó la foto mutilada.

—Si yo llegara a casa y encontrara algo así, me daría un miedo terrible.

¿Entonces, por qué no quiere que lo investiguemos?

—Podría tratarse de algo cultural contra la policía. Tam dice que la gente de Chinatown es recelosa con nosotros.

—Pues yo sería mucho más receloso con quien hizo esto. —Jane se volvió hacia la puerta. —Vayamos a hablar con la señora Fang.

Abajo, encontró a Iris sentada sobre el gastado sofá marrón; se la veía demasiado serena para una mujer a quien acababan de violentarle el domicilio. El detective Tam caminaba de un lado a otro, con el móvil contra la oreja. Miró a Jane con una expresión que decía: *yo tampoco sé qué es todo esto*.

Jane se sentó frente a Iris y la estudió por un instante, sin decir palabra. La mujer le sostuvo la mirada, como si comprendiera que eso era una prueba y ya se hubiera preparado para el desafío. No era la mirada de una víctima.

—¿Qué cree que está sucediendo, señora Fang? —dijo Jane.

—No lo sé.

—¿Han entrado ya en su casa en otras ocasiones?

—No.

—¿Hace cuánto que vive en este edificio?

—Casi treinta y cinco años. Desde que mi marido y yo llegamos a este país.

—¿Sabe quién podría hacer esto? Tal vez un hombre con el que ha estado saliendo, alguien que está enfadado porque lo rechazó?

—No. —Ni siquiera hizo una pausa para pensarlo. Como si esa fuera la única respuesta que estaba preparada para dar. —No hay ningún hombre. Y no hay necesidad de que se involucre la policía.

—Alguien se mete por la fuerza en su casa. Alguien clava un cuchillo en su foto y la deja sobre su almohada. El mensaje no podría ser más claro. ¿Quién la está amenazando?

—No lo sé.

—Y sin embargo, no quiere que lo investiguemos.

La mujer le sostenía la mirada, sin demostrar miedo. Era como mirar dentro de charcos de agua negra que no revelaban absolutamente nada. Jane se echó hacia atrás en su asiento y dejó que transcurrieran varios segundos. Vio que Tam y Frost se mantenían en la periferia, siguiendo atentamente la conversación. Tres pares de ojos clavados sobre Iris; el silencio se extendió, pero la mujer no perdió la compostura.

Era hora de intentar una nueva estrategia.

—Hoy tuve una conversación interesante —dijo Jane—. Con Patrick Dion, el ex marido de una de las víctimas del Fénix Rojo. Me contó que todos los años, en marzo, usted les ha mandado notas a él y a las demás familias.

—No le he enviado notas a nadie.

—Hace siete años que las reciben. Siempre en el aniversario de la masacre del Fénix Rojo. Las familias creen que es usted. Que usted les envía copias de los obituarios de sus seres queridos. Que trata de hacérselo recordar. .

—¿Hacérselo recordar? —Iris se puso rígida. —¿Qué clase de familias son, que necesitan que alguien se lo *recuerde*? —Por primera vez, le temblaban la voz y las manos. —Yo vivo con mis recuerdos. Nunca me dejan, ni siquiera cuando duermo.

—¿Ha recibido notas?

—No. Pero claro, a mí no es necesario que me recuerden nada. De todas las familias, parece que yo soy la única que tiene que responder preguntas. La única a la que se le exige respuestas.

—Si usted no las envía, ¿sabe quién podría ser?

—Tal vez es alguien que cree que se ha tapado la verdad.

—Como usted.

—Pero yo no tengo miedo de decirlo.

—Y de una manera muy pública. Sabemos que puso un anuncio en el *Globe* el mes pasado.

—Si asesinaran a su marido y usted supiera que al asesino nunca lo castigaron ¿no haría lo mismo? ¿Por más que pasaran los años?

Transcurrió un instante en el que las dos mujeres se miraron. Jane se imaginó despertándose todas las mañanas en esa casa modesta, se imaginó viviendo con un dolor atroz, obsesionada con la felicidad perdida. Buscando razones, cualquier explicación para su vida destrozada. Sentada en esa sala, sobre ese sillón raído, sintió que la desesperación le oprimía los hombros, la arrastraba hacia abajo, ahogando toda alegría. Este ni siquiera es mi mundo, pensó. Yo puedo volver a casa y besar a mi marido. Puedo abrazar a mi hija y acostarla. Pero Iris seguirá atrapada aquí.

—Han pasado diecinueve años, señora Fang —dijo Jane—. Comprendo que no es fácil seguir con su vida. Pero las demás familias desean hacerlo. Patrick Dion, Mark Mallory... ellos no tienen dudas de que Wu Weimin fue el asesino. Tal vez sea hora de que usted acepte lo que ellos aceptaron hace tiempo.

Iris levantó la barbilla y la miró con ojos duros como la piedra.

—No aceptaré nada que no sea la verdad.

—¿Y cómo sabe que no es la verdad? Según el informe policial, las pruebas contra Wu Weimin eran abrumadoras.

—La policía no lo conocía.

—¿Y usted está segura de que lo conocía?

—Sí, completamente segura. Y esta es mi última oportunidad de enmendar las cosas.

Jane frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con que es su última oportunidad?

Iris inspiró y levantó la cabeza. Miró a Jane con expresión serena y digna.

—Estoy enferma.

La habitación quedó en silencio. Esa simple declaración los había dejado atónitos a todos. Iris mantuvo la compostura, y le clavó la mirada a Jane, como desafiándola a mostrarse compasiva.

—Tengo una forma crónica de leucemia —dijo Iris—. El médico me dice que podría vivir diez años más. O tal vez veinte. Algunos días me siento perfectamente bien. Otros, estoy tan cansada que apenas puedo levantar la cabeza de la almohada. Algún día, esta enfermedad terminará por matarme, pero no tengo miedo. Simplemente me rehúso a morir sin saber la verdad. Sin ver que se haga justicia. —Se interrumpió y por primera vez, una nota de temor apareció en su voz. —Siento que el tiempo se me escurre entre los dedos.

Frost se movió detrás de Iris y le apoyó una mano en el hombro. Era simplemente un gesto de compasión, algo que podría hacer cualquiera, pero Jane se inquietó ante ese contacto y ante la mirada acongojada que vio en los ojos de él.

—No puede quedarse sola aquí esta noche —dijo Frost—. No es seguro.

—Acabo de cortar con Bella Li —dijo Tam—. La señora Fang puede pasar la noche con ella mientras los técnicos de criminalística procesan la escena.

—La llevaré en el coche —dijo Frost.

—No —objetó Jane—. Tam puede llevarla. Señora Fang, ¿qué le parece si prepara una bolsa? —Se levantó de la silla. —Detective Frost, ¿puedes salir un momento conmigo? Necesitamos revisar el perímetro.

—Pero...

—Frost.

Él miró a Iris, luego a Jane y finalmente siguió a su compañera por la puerta del frente a una noche espesa de niebla.

En el momento en que la puerta se cerró, Jane dijo:

—¿Quieres contarme qué está sucediendo?

—Ojalá pudiera. Es evidente que alguien está tratando de asustarla. De impedir que haga preguntas.

—No, me refiero *a ti*. A cómo terminaste llevándola a cenar. Convirtiéndote en su caballero blanco.

—Vine a preguntarle qué le sucedió a su hija. Lo sabes.

—¿Y cómo fue que una entrevista se convirtió en una cena?

—Teníamos hambre. Sucedió, nada más.

—Sí, los accidentes suceden. ¿Pero salir a cenar con una persona a la que estás interrogando? Eso sí que es muy distinto.

—No es sospechosa.

—No lo sabemos.

—Por el amor de Dios, Rizzoli, es una víctima. Perdió a su marido en un tiroteo y lo único que quiere es justicia.

—No sabemos qué quiere realmente. Para ser sincera, tampoco entiendo qué quieres tú.

El resplandor de la luz amarilla del porche, difuminado por la niebla, enmarcaba su cabeza como un halo espectral. San Barry, el Boy Scout, pensó Jane. El policía con el que siempre podías contar para que hiciera lo correcto. Ahora lo tenía delante, esquivando su mirada, con expresión culpable.

—Siento pena por ella —dijo Frost.

—¿Es lo único que sientes?

—Y desearía... —Suspiró. —Han pasado diecinueve años desde que murió su esposo y ella sigue amándolo. Sigue llevándolo en su corazón. Alice ni siquiera llegó a los diez años antes de dejarme. Miro a Iris y pienso: ¿Por qué mierda no me casé con alguien como ella?

—Esa mujer casi podría ser tu madre, por la edad que tiene.

—Eso *no es* lo que estoy diciendo. ¡No hablo de salir con ella! ¿Y qué importa la edad, además? Esto se trata de lealtad. De amar a alguien durante toda tu vida, pase lo que pase. —Apartó la mirada y dijo en voz baja: —Nunca sabré lo que eso significa.

Se abrió la puerta de la casa y ambos se volvieron; Tam salió con Iris. Ella saludó con la cabeza a Frost, le dedicó una sonrisa cansada, luego subió al coche de Tam. Frost se quedó mirándola hasta que las luces traseras del coche se perdieron en la niebla.

—Debo admitir —dijo Jane con tono pensativo—, que ahora ella me ha hecho pensar.

Frost se volvió hacia ella.

—¿Sobre qué?

—Tienes razón en algo: es evidente que ha molestado a alguien. Alguien que está lo suficientemente enfadado o se siente lo suficientemente amenazado como para irrumpir en su casa y clavar un cuchillo en su almohada.

—¿Y si tiene razón sobre la masacre? ¿Y si no fue el cocinero?

Jane asintió.

—Creo que es hora de investigar más de cerca el Fénix Rojo.

QUINCE

Oculto detrás de altos setos, la propiedad de Patrick Dion, en Brookline, era un edén privado de bosques y césped, en el que los senderos serpenteaban entre sombra íntima y canteros iluminados por el sol. El portón de hierro forjado estaba abierto y cuando Jane y Frost lo pasaron con el coche, tuvieron un atisbo de la residencia a través de una hilera de espectrales abedules. Era una imponente casa de estilo colonial ubicada sobre una loma, con vistas a la extensa propiedad.

—¿Qué demonios es un capitalista de riesgo, se puede saber? —dijo Frost, mientras pasaban junto a una pista de tenis protegida por árboles umbrosos. — Escucho ese término todo el tiempo.

—Creo que utilizan dinero para hacer dinero —respondió Jane.

—¿Pero cómo consiguen el dinero para comenzar?

—De amigos que tienen dinero.

—Tengo que conseguirme amigos nuevos.

Jane frenó en la entrada, donde había dos coches aparcados, y contempló la mansión.

—Pero piénsalo: tienes una pila de dinero y esta hermosa casa. Y tu mujer se va con otro. Y tu hija desaparece de la calle. Yo prefiero ser pobre, te lo aseguro. — Lo miró. —Bien, ahora tenemos que hacer control de daños. Por lo que dijo el señor Dion, no quedaron precisamente encantados con Tam.

Frost meneó la cabeza.

—Hay que decirle a ese chico que se calme. Se lanza sobre todo a máxima velocidad. Es como si se le hubiera trabado la quinta marcha.

—¿Pero sabes a quién me recuerda Tam?

—¿A quién?

—A mí. Dice que quiere llegar a homicidios antes de los treinta años. —Abrió la puerta. —Y tal vez lo logre.

Subieron los escalones de granito hasta la puerta principal, pero antes de que Jane pudiera tocar la campanilla, la puerta se abrió y se encontraron delante de un hombre de pelo canoso. A pesar de que tendría unos sesenta y siete años, seguía siendo delgado y apuesto, pero estaba algo demacrado y a Jane le pareció que los pantalones holgados sugerían que había perdido peso recientemente.

—Vi su coche en el sendero de entrada —dijo—. Soy Patrick Dion.

—Soy la detective Rizzoli —respondió ella—. Y él es mi compañero, el detective Frost. Se estrecharon la mano; Patrick se la apretó con fuerza y la miró directamente a los ojos.

—Pasad, por favor. Estamos todos en la sala.

—¿El señor Mallory está aquí?

—Sí. Invité también a Mary Gilmore. Un frente unido, porque estamos todos alterados por este asunto y queremos saber cómo ponerle fin.

Cuando entraron en la casa, Jane vio suelos de madera lustrada y una elegante barandilla que subía, curva, hacia una gran galería en el primer piso. Fue una mirada fugaz; Patrick los guió directamente hacia la sala del frente, donde ya esperaban otras dos personas.

Mark Mallory se levantó del sofá con atlética elegancia. Tendría unos treinta y cinco años, era delgado y estaba bronceado; en su pelo oscuro no se veía ni una sola cana. Jane observó su cinturón de cuero de lagarto, sus mocasines náuticos y su reloj Breitling, pequeños indicios que decían con sorna: *tengo más dinero del que jamás tendrás tú*. Estrechó la mano de ella de manera automática, impaciente por centrarse en el asunto que los había reunido.

Habría sido fácil pasar por alto a la tercera persona, si a Jane no le hubieran advertido de su presencia. Mary Gilmore era de aproximadamente la misma edad que Patrick, pero tan pequeña y encorvada que resultaba casi invisible, devorada por un enorme sillón junto a la ventana. Cuando la mujer quiso ponerse de pie, con dificultad, Frost fue directamente hacia ella.

—Por favor, no se moleste, señora Gilmore. Quédese sentada ¿sí? —Frost la ayudó a volver a acomodarse en el sillón. Al ver cómo la mujer le sonreía, Jane pensó: ¿Qué le pasa a Frost con las mujeres mayores? Las adora, y ellas lo adoran a él.

—Mi hija también quería estar presente —dijo la señora Gilmore—, pero no pudo salir del trabajo, así que traje la nota que recibió. —Señaló la mesa de café con una mano deformada por la artritis. —La recibió por correo el mismo día que yo. Todos los años llegan el treinta de marzo, el día que murió mi Joey. Es como si nos hostigara. Es acoso emocional. ¿La policía no puede hacer nada para detenerla?

Sobre la mesa de café estaban los tres sobres. Antes de tocarlos, Jane sacó un par de guantes de su bolsillo.

—No vale la pena ponerse guantes —dijo Mark—. Nunca hay huellas en las cartas ni en los sobres.

Jane lo miró con el ceño fruncido:

—¿Cómo lo sabe?

—El detective Ingersoll los hizo analizar en el laboratorio de criminalística.

—¿Él está al tanto de este asunto de las notas?

—Él también las recibe. Al igual que cualquiera que está conectado con las víctimas, hasta los socios comerciales de mi padre. Por lo que sabemos, son alrededor de una docena de personas. Hace años que sucede y el laboratorio nunca encuentra nada en los sobres ni en el contenido. Ella debe de utilizar

guantes cuando los envía.

—La señora Fang niega haber enviado cualquier tipo de nota.

Mark soltó un bufido sarcástico.

—¿Y quién las enviaría, entonces? Ella fue la que publicó ese anuncio en el *Globe*. Está obsesionada.

—Pero niega haber enviado notas. —Con manos enguantadas, Jane cogió el primer sobre, dirigido a la Sra. Mary Gilmore. Tenía sello postal de Boston; no había dirección de remitente. Extrajo el contenido: una hoja de papel doblada. Era una fotocopia del obituario de Joseph S. Gilmore, de veinticinco años, asesinado en la masacre seguida de suicidio ocurrida en el restaurante de Chinatown. Lo despedían su madre, Mary, y su hermana, Phoebe Morrison. La misa fúnebre se celebraría en Santa Mónica. Jane dio vuelta la hoja de papel y vio la oración escrita en letra de imprenta:

Sé lo que realmente sucedió.

—Es la misma nota que recibí yo —dijo Mark—. La misma que recibimos todos los años. Excepto que yo recibo el obituario de mi padre.

—Y yo el de Dina —acotó Patrick en voz baja.

Jane cogió el sobre dirigido a Patrick Dion. Dentro estaba la fotocopia del obituario de Dina Mallory, de cuarenta años, asesinada junto a su marido, Arthur, en el tiroteo del Fénix Rojo. La despedía su hija de un matrimonio anterior, Charlotte Dion. En el reverso estaba escrita la misma oración que en la nota de Mary Gilmore:

Sé lo que realmente sucedió.

—El detective Ingersoll nos dijo que el sobre es de una marca estándar que se vende a millones en Staples —dijo Mark—. La tinta es la misma que se encontraría en cualquier bolígrafo Bic. El laboratorio encontró gránulos microscópicos de almidón, que indican que el remitente estaba utilizando guantes de látex y las estampillas y los sobres son autoadhesivos, por lo que no hay rastros de ADN. Todos los años llega a mi buzón el mismo día: el 30 de marzo.

—El día de la masacre —dijo Jane.

Mark asintió.

—Como si fuera necesario recordarnos la fecha.

—¿Y la caligrafía? —preguntó Jane—. ¿Varía?

—Son siempre las mismas letras de imprenta. La misma tinta negra.

—Pero este año la nota es diferente —dijo la señora Gilmore. Habló en voz tan baja que casi se perdió en la conversación.

Frost, que era el que se encontraba más cerca de ella, le tocó suavemente el hombro

—¿A qué se refiere, señora?

—Antes, todos los otros años, las notas decían. *¿No quieres saber la verdad?* Pero

este año es diferente. Este año dice: *Sé lo que realmente sucedió.*

—Es, en esencia, el mismo disparate —dijo Mark—. Dicho de manera diferente.

—No, el significado es completamente distinto este año. —La señora Gilmore miró a Jane. —Si ella sabe algo, ¿por qué directamente no nos dice cuál es la verdad?

—Todos sabemos cuál es la verdad, señora Gilmore —dijo Patrick con paciencia. —Es la misma respuesta que conocemos desde hace diecinueve años. Tengo plena confianza de que el Departamento de Policía de Boston sabía lo que hacía cuando cerró el caso.

—Pero...¿Y si se han equivocado?

—Señora Gilmore —dijo Mark—, estas notas tienen una sola intención: hacer que le prestemos atención a ella. Todos sabemos que esa mujer no está precisamente cuerda.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Frost.

—Patrick, cuéntales lo que descubriste sobre la señora Fang.

El hombre mayor no parecía querer hablar.

—No sé si es necesario meterse en eso en este momento.

—Nos gustaría saber de qué se trata, señor Dion —dijo Jane.

Patrick se miró las manos, que estaban apoyadas sobre su regazo.

—Hace unos años, cuando el detective Ingersoll investigaba esta correspondencia, me contó que la señora Fang sufre de... bueno, de delirios de grandeza. Cree que descende de una antigua estirpe de guerreros. Cree que es su misión sagrada en la vida, como guerrera, rastrear al asesino de su marido y vengarse.

—¿Puede creerlo? —Mark rió. —Es como algo sacado de una telenovela china. La mujer está completamente desquiciada.

—Es experta en artes marciales —dijo Frost—. Sus alumnos ciertamente creen en ella y a ellos no les sería difícil darse cuenta de que es una impostora.

—Detective Frost —dijo Patrick—, no estamos diciendo que sea una impostora. Pero sin duda sus afirmaciones deben de parecerle algo absurdas. Sé que en las artes marciales se insertan antiguas tradiciones, pero mucho de eso es fantasía. Cosas de leyendas y de películas de Jackie Chan. Lo que yo pienso, y lo que piensa el detective Ingersoll es que la señora Fang quedó profundamente traumada por la muerte de su marido. Nunca la ha aceptado. Y su manera de lidiar con el sufrimiento es buscar un significado más profundo, algo que torne significativa su muerte y la convierta en algo más que una acción azarosa llevada a cabo por un demente. Ella necesita demostrar que algo más grande mató a su marido y nunca dejará de buscar a este enemigo sin nombre, porque es lo único que le da sentido a su vida. —Con expresión triste, miró a Mark y a Mary Gilmore. —Pero nosotros conocemos la verdad. Sabemos que fue solo un crimen sin sentido

cometido por un hombre inestable. Arthur y Dina y Joey no murieron por ninguna razón. No es fácil de aceptar, pero nosotros lo aceptamos. La señora Fang no puede hacerlo.

—Entonces tenemos que soportar ese hostigamiento —dijo Mark, señalando los sobres sobre la mesa de café—. Y no podemos hacer que deje de enviarlos.

—Pero no hay pruebas de que sea ella la que los envía —dijo Frost.

—Bueno, pues sabemos que ella es la que está detrás de *esto* —dijo Mark, y sacó del bolsillo un recorte doblado del *The Boston Globe*. Era el cuarto de página que el detective Tam le había descrito a Jane, un anuncio enmarcado en negro. Debajo de la palabra INOCENTE aparecía una fotografía sonriente del cocinero del Fénix Rojo, Wu Weimin. Debajo de la foto se leía la fecha de la masacre, y una sola oración: NUNCA SE HA DICHO LA VERDAD.

—Con este anuncio, se ha puesto peor —dijo Mark—. Ahora tiene a toda la ciudad pendiente de sus delirios. ¿Dónde y cuándo termina esto?

—¿Alguno de vosotros ha hablado con la señora Fang de este asunto? —Jane paseó la mirada por la sala y sus ojos se posaron sobre Mark Mallory.

—Yo, para empezar, no perdería mi tiempo hablando con ella —dijo él con un bufido sarcástico.

—¿Entonces no ha ido a su casa? ¿Ni ha tratado de confrontarla?

—¿Por qué me lo pregunta *a mí*?

—Usted es el que parece más enfadado por todo esto, señor Mallory —observó Jane. ¿Estaría lo suficientemente enfadado como para entrar por la fuerza en la casa de Iris? ¿Cómo para clavar una advertencia sobre su almohada? Jane no conocía a Mark lo suficiente como para intuir de qué era capaz.

—Mire, todos estamos angustiados —dijo Patrick, aunque su voz sonaba más cansada que otra cosa—. Pero también sabemos que sería poco prudente establecer contacto con esa mujer. Llamé al detective Ingersoll la semana pasada, pensando que podría intervenir en representación nuestra. Pero todavía no me ha devuelto la llamada.

—Está fuera de la ciudad esta semana —respondió Jane. Recogió los sobres y los guardó dentro de bolsas para pruebas. —Hablaremos con él de este asunto cuando regrese. Mientras tanto, por favor hacedme saber si recibís alguna otra cosa similar a esto.

—Y le agradeceríamos que nos mantuviera informados —dijo Patrick.

De nuevo, Jane les estrechó la mano a todos. De nuevo, Mark lo hizo de manera automática, como si ya hubiera decidido que la policía le resultaba inútil. Pero Patrick se demoró en soltarle la mano y los acompañó a la puerta; quedaba claro que no deseaba que se fueran.

—Por favor, llámeme en cualquier momento —dijo—. Por este asunto o... —Se interrumpió y una sombra pareció cruzar por sus ojos. —... Por cualquier otro.

—Lamentamos que esto haya vuelto a salir a la superficie, señor Dion —dijo Jane—. Veo que es difícil para usted.

—Sobre todo porque está tan vinculado con... la otra cuestión. —Hizo una pausa, y sus hombros se encorvaron. —Supongo que sabe lo de mi hija.

Jane asintió.

—Hablé con el detective Buckholz sobre Charlotte.

La sola mención del nombre de su hija hizo que su cara se contrajera de dolor.

—La muerte de Dina fue difícil. Pero nada se compara con perder a una hija. Mi única hija. Esas notas, y ese anuncio... me hacen revivir todo. Eso es lo que realmente duele, detective. Por eso quiero que esto termine.

—Haré todo lo posible, señor Dion.

Si bien ya se habían estrechado la mano, él volvió a estrechar la de Jane en un saludo que la dejó deprimida y silenciosa mientras regresaba al coche con Frost. Destabó las puertas, pero no subió inmediatamente. Se quedó contemplando el jardín, los árboles, los senderos que llevaban a las sombras de la tarde. Es dueño de todo esto, y sin embargo, no tiene nada, pensó, y se puede ver en su cara. En la boca curvada hacia abajo, en los huecos debajo de sus ojos. Diecinueve años más tarde, el fantasma de su hija lo seguía obsesionando, como le sucedería a cualquier padre. Tener un hijo significaba que tu corazón siempre estaría a merced del mundo.

—¿Detectives?

Jane se volvió para ver a la señora Gilmore, que bajaba los escalones del porche. Caminó hacia ellos con sombría determinación, con la columna curvada hacia adelante en una leve joroba.

—Tengo que deciros esto antes de que os marchéis. Sé que Patrick y Mark están convencidos de que el asunto está resuelto. De que no hay dudas sobre lo que sucedió en el restaurante. Pero... ¿y si se equivocan? ¿Y si realmente *no sabemos* la verdad?

—O sea que usted tiene dudas —dijo Jane.

La mujer apretó los labios con dureza.

—Admitiré esto. Mi hijo, Joey, no era un santo. Lo crié para que fuera un buen chico, de verdad que lo intenté. Pero existían tantas tentaciones y es fácil mezclarse con la gente inadecuada. —Miró a Jane. —Seguramente sabe que Joey se metió en problemas.

—Sé que trabajaba para Kevin Donohue.

Al oír ese nombre, la señora Gilmore espetó:

—¡Una porquería de persona! Todo el clan Donohue lo son. Pero mi Joey admiraba el poder y le gustaba el dinero fácil. Pensó que Donohue le enseñaría cosas importantes. Para cuando se dio cuenta de lo que eso implicaba, ya no podía salirse. Donohue no se lo permitiría.

—¿Cree usted que mandó matar a su hijo?

—Es lo que me he preguntado desde un principio.

—Pero no se encontraron pruebas, señora Gilmore.

La mujer soltó una tos ronca y bronquial.

—¿Piensa que Donohue no podría comprar a algunos policías? Podría desbaratar cualquier investigación.

—Esa es una acusación seria.

—Soy de South Boston. Sé lo que pasa en esta ciudad y sé lo que se puede comprar con dinero. —Entornó los ojos y miró fijamente a Jane. —Estoy segura de que usted también lo sabe, detective.

La insinuación en sus palabras hizo que Jane se pusiera rígida.

—Daré a sus preocupaciones la atención que merecen, señora Gilmore —dijo Jane con tranquilidad y subió al coche. Mientras ella y Frost se alejaban, vio por el espejo retrovisor que la mujer seguía en la entrada, mirándolos con dureza.

—Pero qué vieja desagradable —dijo Jane, entre dientes.

Frost soltó una risa incrédula.

—¿Es idea mía o acaba de acusarnos de aceptar sobornos?

—Es exactamente lo que hizo.

—Y parecía tan dulce.

—Para ti son todas dulces. Nunca te topaste con una que no te cayera bien. *Ni a la que no le cayeras bien tú.*

Sonó el móvil de Frost. Mientras él contestaba, Jane pensó en la facilidad con la que Frost siempre se congraciaba con las mujeres mayores. Ciertamente parecía haber hecho avances con Iris Fang, una mujer que todavía era joven como para ser guapa y formidable. Recordó lo que Patrick había dicho de ella: *profundamente traumatada; delirios de grandeza. Cree que descende de una estirpe de guerreros.* Iris podía ser delirante, pero alguien había entrado por la fuerza en su casa y había clavado un cuchillo en su almohada. *¿A quién has hecho enfadar, Iris?*

Frost suspiró y cortó la llamada.

—Creo que nuestro día no ha terminado todavía.

—¿Quién era?

—El agente inmobiliario del edificio de la calle Knapp. He estado tratando de dar con él todo el día. Dice que esta noche saldrá de la ciudad, pero que si queremos ver el sitio, se encontrará con nosotros en una hora.

—Entonces regresamos a Chinatown?

Frost asintió.

—Regresamos a Chinatown.

DIECISÉIS

En la penumbra del crepúsculo, la calle Knapp era un cañón en sombras entre los edificios de ladrillos de cuatro plantas. Jane y Frost estaban fuera de lo que una vez había sido el restaurante Fénix Rojo, tratando de espiar dentro, pero del otro lado de las ventanas con rejas Jane solo podía ver cortinas delgadas, deshilachadas y casi transparentes por la vejez.

Frost miró su reloj.

—El señor Kwan lleva ya quince minutos de retraso.

—¿No tienes su número de móvil?

—No creo que tenga móvil. Ayer jugué al pilla-pilla con él todo el día a través de su oficina.

—¿Un agente inmobiliario sin móvil?

—Espero que nos hayamos entendido. Tenía acento chino muy marcado.

—Tam nos vendría muy bien aquí. ¿Dónde está?

—Dijo que vendría.

Jane retrocedió hasta la calle y miró hacia la escalera de incendios oxidada y las ventanas cubiertas por tablones. La semana anterior, junto con el equipo de criminalística, habían recorrido las azoteas de esta misma calle buscando cartuchos de bala. Justo doblando la esquina estaba el callejón donde habían encontrado la mano amputada de la NN. Esta calle, este edificio parecían ser el punto de inicio para todo lo que había sucedido.

—Parece abandonado desde hace mucho tiempo. Está en el centro de la ciudad, cualquiera diría que es un sitio muy valioso.

—Excepto por el hecho de que es la escena de un crimen. Tam dice que en este barrio, todos creen en los fantasmas. Y que un edificio embrujado trae mala suerte. —Se interrumpió y miró hacia la calle. —¿Me pregunto si aquel es nuestro hombre?

El anciano chino cojeaba ligeramente, como si tuviera problemas de cadera, pero se movía con sorprendente velocidad con sus zapatillas Reebok deportivas; pasó por encima de una bolsa de basura en su avance por el asfalto desnivelado. La chaqueta era varias tallas más grandes, pero la llevaba con estilo, como un profesor elegante que sale a dar un paseo nocturno.

—¿Señor Kwan?

—Hola, hola. ¿Usted es el detective Frost?

—Sí, señor. Y ella es mi compañera, la detective Rizzoli.

El hombre sonrió, dejando al descubierto dos relucientes dientes de oro.

—Os aseguro que siempre obedezco las leyes ¿okey? ¿Okey? Todo siempre legal.

—Señor, no lo he llamado por eso.

—Muy buena ubicación, aquí, sobre calle Knapp. Tres apartamentos arriba. Abajo, muy buen sitio para comercio. Tal vez restaurante o tienda.

—Señor Kwan, solamente nos gustaría entrar a echar un vistazo.

—Detrás, dos plazas para coche de inquilino...

—¿Nos lo va a mostrar o nos lo va a vender? —murmuró Jane.

—... compañía de desarrollo de Hong Kong ya no quiere administrar. Entonces venden a muy buen precio.

—¿Por qué no se ha vendido, entonces? —preguntó Jane.

La pregunta pareció desconcertarlo e interrumpió abruptamente su discurso de vendedor. Miró a Jane en la penumbra y frunció el ceño, profundizando sus arrugas.

—Cosa mala sucedió aquí —admitió, por fin—. Nadie quiere alquilar o comprar.

—Señor, solamente queremos echar un vistazo al lugar —dijo Frost.

—¿Por qué? Vacío dentro, nada para ver.

—Es un asunto policial. Por favor, abra la puerta.

A regañadientes, Kwan sacó un llavero enorme que tintineaba como el de un carcelero. En el callejón oscuro, le tomó un tiempo interminable encontrar la llave correcta e insertarla en el candado. El portón se abrió con un chirrido ensordecedor y todos entraron en lo que en un tiempo había sido el restaurante Fénix Rojo. El señor Kwan accionó el interruptor y una única bombilla se encendió en lo alto.

—¿Es la única luz que hay?

El agente inmobiliario miró hacia arriba y se encogió de hombros.

—Hora de comprar bombillas.

Jane fue hasta el centro del espacio mal iluminado y contempló el lugar. Como había dicho Kwan, el salón estaba vacío; vio un suelo de linóleo rajado y amarillento por la edad. Solo el mostrador empotrado donde había estado la caja registradora ofrecía algún indicio de que ese había sido alguna vez el comedor de un restaurante.

—Lo hemos hecho limpiar, pintar —dijo el señor Kwan—. Lo hemos dejado como estaba antes, pero igual, nadie quiere comprar. —Disgustado, meneó la cabeza. —Chinos son demasiado supersticiosos. Ni siquiera quieren entrar.

No los culpo, pensó Jane, sintiendo un susurro de aire helado sobre la piel. La violencia deja marcas, una mancha paranormal que no se puede limpiar con jabón ni lejía. En un barrio tan insular como Chinatown, todos recordarían lo que había sucedido en este edificio. Todos se estremecerían al pasar caminando por la calle Knapp. Aun si demolieran el edificio y levantarán otro en el mismo sitio, esa tierra ensangrentada permanecería para siempre maldita en las mentes de aquellos que conocían su terrible pasado. Jane miró el linóleo, el mismo suelo por donde había corrido la sangre. A pesar de que habían pintado las paredes y

rellenado con yeso los agujeros de balas, todavía quedaban rastros químicos de aquella sangre. Una fotografía de la escena del crimen que había estado mirando más temprano de pronto le vino a la mente. Era la imagen de un cadáver, tendido entre cajas de comida para llevar desparramadas por el suelo.

Aquí fue donde murió Joey Gilmore.

Miró hacia el mostrador del cajero y el recuerdo de otra fotografía se superpuso en esa parte del salón: el cuerpo de James Fang, con la gafas torcidas, vestido con su pulcro chaleco y pantalón negro de camarero. Había caído en el espacio detrás de la caja registradora, con billetes a su alrededor.

Jane giró y observó el rincón donde en un tiempo había habido una mesa para cuatro. Imaginó a Dina y a Arthur Mallory sentados a esa mesa, bebiendo té, entrando en calor después de haber estado en el frío de una noche de marzo. Esa imagen desapareció abruptamente, desplazada por las fotografías policiales tomadas horas más tarde. Arthur Mallory, todavía en su silla, caído hacia delante sobre las tazas de té derramado. Y a poco más de un metro, su esposa, Dina, tendida boca abajo en el suelo; había derribado la silla en su desesperación por huir. De pie en ese salón vacío, Jane pudo oír el eco de los disparos, el ruido de porcelana rota.

Se volvió hacia la cocina, donde había muerto el cocinero. De pronto, ya no quería cruzar esa puerta. Fue Frost el que entró primero, el que encendió la luz. Nuevamente, solo una bombilla se encendió. Jane lo siguió y en la débil luz vio la cocina ennegrecida, una nevera, y encimeras de acero inoxidable. El piso de hormigón estaba desgastado por el uso.

Avanzó hacia la puerta que llevaba al sótano. Aquí, bloqueando esa misma puerta, era donde Wu Weimin, el cocinero, había expirado. Al mirar hacia abajo, casi imaginó que el suelo estaba más oscuro, manchado todavía con sangre vieja. Recordó lo extrañamente intacta que había estado su cara, con excepción del único orificio de bala en la sien. Esa bala había rebotado dentro de su cráneo, destrozando masa cerebral, pero no lo había matado de inmediato. Eso lo sabían por la forma en que había sangrado durante sus últimos momentos, mientras el corazón seguía bombeando; por la herida le brotaba una cascada de sangre que había caído por los escalones que llevaban al sótano.

Abrió la puerta y espió por la escalera de madera que bajaba a la oscuridad. Un cordel de luz colgaba sobre su cabeza. Le dio un suave tirón, pero no sucedió nada; esa bombilla se había quemado.

Frost atravesó la cocina hasta una segunda puerta.

—¿Esto lleva afuera?

—A la parte posterior del edificio —respondió el señor Kwan—. Aparcamiento.

Frost abrió la puerta y vio otro portón cerrado con llave.

—Esto da al callejón. El informe decía que por aquí entró la esposa del cocinero.

Escuchó un disparo, bajó a ver si su esposo estaba bien y lo encontró muerto en la cocina.

—Entonces, en teoría, si esa puerta estaba sin llave, cualquier intruso podría haber entrado por allí —observó Jane.

Kwan miró primero a uno, luego al otro, desconcertado.

—¿Intruso? Cocinero se mató.

—Estamos reexaminando el incidente, señor Kwan —dijo Frost—. Solo para cerciorarnos que no se pasó nada por alto.

El agente inmobiliario movió la cabeza con pesar.

—Fue cosa muy mala para Chinatown —murmuró, seguramente renunciando a toda esperanza de deshacerse de ese edificio maldito. —Mejor olvidarla. —Miró el reloj. —Si habéis terminado, nos marchamos, ¿okey? Yo cierro.

Jane miró hacia el primer piso.

—Wu Weimin y su familia vivían en el primer piso. ¿Podría llevarnos a su apartamento?

—Nada para ver —dijo Kwan.

—De todos modos, tenemos que verlo.

Él soltó un suspiro profundo, como si le estuvieran pidiendo un favor más allá de toda medida humana. Volvió a sacar el pesado llavero y a pasar por el lento proceso de ubicar la llave correcta. A juzgar por la cantidad de llaves que colgaban de ese aro gigante, este hombre controlaba la mitad de las propiedades de Chinatown. Por fin, localizó la llave indicada y los guió por la salida de atrás, hacia el callejón.

Al igual que la entrada principal del restaurante Fénix Rojo, la puerta que daba a los apartamentos superiores estaba protegida por un portón de acero. La noche había caído y Frost tuvo que iluminar la cerradura con su linterna para que Kwan pudiera insertar la llave. Las bisagras oxidadas chirriaron cuando abrió el portón y tuvo que volver a insertar otra llave en otra cerradura antes de poder abrir la puerta interior.

Dentro, la oscuridad era total. La luz de la escalera estaba quemada, por lo que Jane encendió su linterna y vio los escalones que subían, la barandilla lisa, gastada por años de manos aceitosas sobre la madera. La oscuridad parecía amplificar el sonido de sus pasos sobre los escalones y ella oyó la respiración agitada del señor Kwan, que subía con esfuerzo detrás de ellos.

Al llegar arriba, se detuvo fuera de la puerta del apartamento de la primera planta. Estaba sin llave, y sin embargo, Jane no quería abrir esa puerta, no quería ver lo que acechaba detrás. Se quedó con la mano paralizada en el picaporte, sintiendo el metal frío contra la piel. Solo cuando oyó que el señor Kwan había subido toda la escalera y resoplaba detrás de ella, finalmente la empujó y la abrió.

Frost y ella entraron en lo que una vez había sido el hogar de Wu Weimin.

Las ventanas estaban clausuradas con tablones, lo que impedía que entrara luz desde afuera. A pesar de que el apartamento estaba vacío desde hacía años, Jane todavía podía oler los aromas de aquellos que habían vivido allí. La fragancia espectral de incienso y naranjas permanecía en el aire, atrapada en la oscuridad de tumba. Iluminó el suelo con la linterna y vio las marcas y hendiduras de cien años de uso, rayones dejados por patas de sillas y por muebles que habían sido arrastrados.

Cruzó hasta una puerta en un extremo de la habitación y cuando la traspasó, el aroma a incienso y la presencia de fantasmas le parecieron más intensos. Esas ventanas también estaban clausuradas por tablones y su linterna parecía un arma débil para atravesar la cortina de oscuridad. Paseó el haz de luz por la pared, por las cicatrices de viejos agujeros de clavos y una mancha de moho que parecía la prueba Rorschach.

Una cara la estaba mirando.

Jane ahogó una exclamación y dio un paso atrás, lo que la hizo chocar contra Frost.

—¿Qué ocurre? —dijo él.

El susto le había paralizado la voz; lo único que pudo hacer Jane fue iluminar con la linterna el retrato enmarcado que colgaba de la pared. Cuando se acercó a él, el olor a incienso se tornó abrumador. Debajo del retrato había una mesa baja donde Jane vio los restos de palillos, quemados hasta el final sobre un montículo de cenizas. Sobre un plato de porcelana había cinco naranjas.

—Es él —murmuró Frost—. Es una foto del cocinero.

Jane tardó un momento en darse cuenta, pero al estudiar la cara, vio que Frost tenía razón. El hombre de la foto era realmente Wu Weimin, pero el que los miraba no era ningún demente homicida. En esa fotografía, sostenía una caña de pescar y reía; llevaba un gorro de los Boston Red Sox torcido hacia un lado, con desparpajo. *Un hombre alegre en un día alegre.*

—Esto parece ser una especie de santuario dedicado a su memoria —observó Frost.

Jane cogió una naranja del plato y la olió. Vio que el extremo del lado del tallo estaba ligeramente verdoso. Son reales, pensó. Se volvió hacia el señor Kwan, a quien apenas podía vislumbrar en la puerta.

—¿Quién más tiene la llave de este edificio?

—Nadie —respondió él, haciendo sonar su llavero de carcelero—. Yo tengo la única llave.

—Pero estas naranjas son frescas. Alguien ha estado aquí hace poco. Alguien ha dejado esta ofrenda y ha quemado este incienso.

—Llaves *siempre* conmigo —insistió él, haciendo tintinear el llavero para

remarcar sus palabras.

—El portón de abajo tiene un cerrojo de doble cilindro —dijo Frost—. Es imposible abrirlo sin llave.

—¿Entonces cómo pudo alguien...? —Jane se interrumpió. Se volvió hacia la puerta.

Se oían pasos en la escalera.

En un instante, sacó el arma y sosteniéndola con ambas manos, empujó hacia un lado al señor Kwan y salió rápidamente del dormitorio. Mientras atravesaba la sala, sentía los latidos de su corazón, oía los pasos de Frost a su derecha. Olía incienso, moho y sudor, la asaltaban muchos detalles sensoriales a la vez. Pero ella se concentró en la escalera, un portal negro que llevaba a algo que ahora subía hacia ellos. Algo que de pronto cobró la forma de un hombre.

—¡Quieto allí! —ordenó Frost—. ¡Policía de Boston!

—¡Epa, Frost! —Johnny Tam soltó una risa de sorpresa. —Soy yo.

Detrás de ella, Jane oyó que el señor Kwan soltaba un gritito de miedo.

—¿Quién es él? ¿Quién es él?

—¡Joder, Tam! —exclamó Frost, y soltó el aire mientras guardaba el arma—. Podría haberte volado la cabeza.

—Me dijiste que me reuniera con vosotros aquí, ¿no? Quería llegar antes, pero me atasqué en el tráfico volviendo de Springfield.

—¿Hablaste con el dueño de ese Honda?

—Sí. Dijo que se lo robaron de la entrada de la casa. Y que el GPS que estaba en el coche no era suyo. —Barrió la habitación con la linterna. —¿Qué está pasando aquí, entonces?

—El señor Kwan nos está haciendo un recorrido por el edificio.

—Hace años que está clausurado. ¿Qué hay para ver?

—Más de lo que esperábamos. Este es el apartamento de Wu Weimin.

La linterna de Tam iluminó las manchas de moho y de humedad en el yeso del techo.

—Este sitio parece ser de la era de la pintura con plomo.

—Nada de pintura con plomo aquí —respondió Kwan, tajante—. Ni amianto, tampoco.

—Pero mira lo que encontramos —dijo Jane y se volvió hacia el dormitorio—. Alguien ha estado visitando el apartamento. Y ha dejado... —Se detuvo, paralizada, apuntando la linterna a una pared vacía.

—¿Han dejado qué?

Debo de estar mirando otro lugar, pensó Jane y barrió la pared. Estaba desnuda. Recorrió la habitación con la luz de la linterna hasta que iluminó la mesita con el incienso y las naranjas. Sobre ella, la pared estaba vacía.

—¿Qué mierda...? —susurró Frost.

A través de los golpes de su propio corazón, Jane oyó que tres fundas de pistola se abrían al mismo tiempo. Mientras sacaba el arma, susurró:

—Tam, lleva al señor Kwan a la escalera y quédate con él. Frost, conmigo.

—¿Por qué? —protestó el señor Kwan, mientras Tam lo arrastraba fuera de la habitación—. ¿Qué pasa?

—Hay una puerta aquí —murmuró Jane; la linterna iluminaba un rectángulo negro.

Juntos, ella y Frost avanzaron hacia la puerta; sus haces de luz se cruzaban alocadamente, iluminando cada rincón oscuro. Jane sentía su respiración como un rugido en los oídos; sus sentidos estaban aguzados como puntas de diamante. Registró el olor de la oscuridad, la luz de su linterna que se movía aquí, allí. *El peso tranquilizador del arma. En la azotea, la NN también tenía una pistola, y el arma no la salvó.*

Pensó en hojas afiladas que cortaban huesos de la muñeca, el cuello, la tráquea y sintió miedo de traspasar la puerta y enfrentarse a lo que esperaba del otro lado.

Uno, dos, tres. Hazlo.

Entró primera y se agazapó para barrer el lugar con la luz. Oyó la respiración pesada de Frost a sus espaldas mientras iluminaba un inodoro de porcelana, un lavabo, una bañera manchada de óxido. No había un cuco con un cuchillo.

Otra puerta.

Frost tomó la delantera esta vez y pasó a un dormitorio donde el empapelado colgaba de las paredes, como si la habitación estuviera cambiando la piel. No había muebles, ningún lugar donde ocultarse.

Pasaron por otra puerta y llegaron nuevamente al salón. A territorio conocido. Jane salió a la escalera, donde esperaban Tam y el señor Kwan.

—¿Nada? —preguntó Tam.

—Esa foto no se fue de aquí sola.

—Estuvimos aquí en la escalera todo el tiempo. No vimos a nadie.

Jane guardó nuevamente el arma.

—¿Entonces cómo diablos..?

—¡Rizzoli! —gritó Frost—. ¡Mira esto!

Lo encontraron de pie junto a la ventana del dormitorio donde había estado el retrato. Al igual que todas las otras ventanas, esta había sido clausurada con tablas, pero cuando Frost empujó la tabla, esta se hizo a un lado con toda facilidad, pues un solo clavo por encima del marco la sostenía en su sitio. Jane espió por la abertura y vio que la ventana daba a la calle Knapp.

—Aquí está la escalera de incendios —dijo Frost. Asomó la cabeza y arqueó el cuello para mirar hacia el techo. —¡Eh, algo se mueve ahí!

—¡Anda, ve! —exclamó Jane.

Frost saltó por la ventana con torpeza, puro piernas y brazos, y cayó sobre el

descansillo. Tam salió directamente detrás de él, moviéndose con la agilidad de un acróbata. Jane salió última por la ventana y cuando cayó sobre la reja del descansillo, tuvo un atisbo de la calle debajo. Vio cajas astilladas, botellas rotas. Una caída fea, desde cualquier ángulo que se la mirara. Se obligó a concentrarse en la escalera por arriba de ella, donde Frost trepaba ruidosamente por los escalones, anunciándole al mundo entero que se trataba de una persecución.

Jane subió detrás de Tam, aferrándose al metal resbaladizo; la brisa le enfriaba el sudor de la frente. Oyó que Frost gruñía, vio la silueta de sus piernas contra el cielo nocturno cuando él trepó por el borde y salió a la azotea. La escalera de incendios temblaba; los escalones transmitían los movimientos, y por un instante de terror, temió que fuera a ceder, que el peso de tres cuerpos la hiciera desprenderse y caer en un chillido de metal que los arrojaría al asfalto, debajo. Se inmovilizó, y se aferró a la escalera, temiendo que aun la brisa los hiciera caer al desastre.

Un grito por encima de ella hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. *Frost.*

Miró hacia arriba, esperando ver caer el cuerpo de él hacia ella, pero lo único que vio fue a Tam, que subía los últimos escalones y desaparecía en la azotea. Subió tras él, sintiéndose descompuesta de miedo. Cuando llegó al borde de la azotea, un trozo de teja se desprendió bajo su mano y cayó a la oscuridad debajo. Con manos temblorosas, trepó por encima del borde y se arrastró sobre el tejado. Vio a Tam agazapado a unos pocos metros.

Frost. ¿Dónde está Frost?

Se puso de pie de un salto y paseó la mirada por el tejado. Vio que una sombra se movía, tan rápido que podría haber sido solamente un gato que desaparecía con gracia felina en la oscuridad. Bajo el cielo nocturno, Jane vio tejados vacíos que se unían unos con otros, un paisaje aéreo de colinas y valles, chimeneas y tubos de ventilación. Pero Frost no estaba.

Dios bendito, ha caído. Está abajo en la calle, muerto o agonizando.

—¿Frost? —gritó Tam, mientras daba la vuelta al tejado—. ¿Frost?

Jane sacó el móvil.

—Soy la detective Rizzoli. Calles Beach y Knapp. Policía caído...

—¡Está aquí! —gritó Tam—. ¡Ayúdame a subirlo!

Jane giró por completo y vio que Tam estaba de rodillas en el extremo del tejado, como si estuviera por zambullirse hacia la calle debajo. Guardó el teléfono y corrió hacia él. Vio que Frost estaba aferrado con ambas manos al canalón de lluvia; sus pies colgaban por encima de una caída de tres plantas. Tam se tendió boca abajo y alargó el brazo para sujetar la muñeca izquierda de Frost. El techo se inclinaba allí, y un error podría enviarlos a ambos al vacío. Jane se tendió boca abajo junto a Tam y cogió la muñeca derecha de Frost. Juntos tiraron con fuerza para arrastrarlo hacia arriba por encima de tejas ásperas que se enganchaban

con la chaqueta de Jane y le raspaban la piel. Con un gruñido sonoro, Frost quedó tendido sobre el tejado junto a ellos, jadeando.

—¡Jesús! —susurró—. ¡Pensé que estaba muerto!

—¿Qué coño pasó, tropezaste y caíste? —preguntó Jane.

—Lo estaba persiguiendo, pero te juro que volaba sobre éste tejado como un murciélago del infierno.

—¿De qué hablas?

—¿No lo visteis? —Frost se incorporó hasta quedar sentado; aun en la oscuridad Jane pudo ver que estaba pálido y temblaba.

—Yo no vi nada —dijo Tam.

—Estaba aquí mismo, donde estáis vosotros ahora. Se volvió y me miró a los ojos. Yo di un respingo hacia atrás y perdí el equilibrio.

—¿Te miró? —dijo Jane—. ¿Estamos hablando de un hombre o de qué?

Frost soltó un suspiro tembloroso. Se volvió y contempló la extensión de tejados de Chinatown.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

Frost se puso de pie lentamente y miró en la dirección en que esa criatura —fuera lo que fuere— había huido.

—Se movía demasiado rápido para ser un hombre. Es lo único que puedo decir.

—Está oscuro aquí arriba, Frost —dijo Tam—. Cuando estás a tope de adrenalina, es difícil tener certeza de lo que ves.

—Sé que suena disparatado, pero había *algo* aquí, algo que nunca he visto antes. ¡Tenéis que creerme!

—Vale —dijo Jane y le palmeó el hombro—. Te creo.

Frost miró a Tam.

—Pero tú no me crees, ¿verdad?

En la oscuridad, vieron que Tam se encogía de hombros.

—Es Chinatown. Suceden cosas raras aquí. —Rió. —Tal vez haya algo más de lo que pensamos detrás de ese fantasma.

—No era un fantasma —dijo Frost—. Te lo aseguro, era de carne y hueso, y estaba justo ahí. Era *real*.

—Fuiste el único que lo vio —dijo Tam.

Frost se alejó por el tejado y miró hacia la calle debajo.

—Puede que eso no sea cierto.

Jane lo siguió hasta el borde y vio la escalera de incendios que habían subido hacía unos minutos. Debajo de ellos estaba la calle Knapp, iluminada tenuemente por la luz de una farola.

—¿La ves? —dijo Frost, y señaló hacia la esquina, hacia lo que estaba montado

sobre el edificio.

Una cámara de seguridad.

DIECISIETE

Aun a las nueve y media de la noche, los empleados de Dedham Seguridad estaban trabajando, monitoreando propiedades en toda la zona del Gran Boston.

—Los delincuentes por lo general salen a trabajar cuando oscurece —dijo Gus Gilliam mientras pasaba con el trío de detectives junto a una estación de monitores de vigilancia—. Por eso, nosotros también tenemos que seguir despiertos. Si alguna de nuestras alarmas se activa, estamos en contacto con la policía de Boston *así* de rápido. —Chasqueó los dedos. —Si alguna vez necesitáis un sistema de seguridad, llamadnos.

Tam observó las grabaciones en los monitores.

—Vaya. Realmente tenéis ojos por toda la ciudad.

—Por todo el Condado de Suffolk. Y nuestras cámaras realmente funcionan. La mitad de las cámaras de seguridad que se ven montadas por la ciudad son solo imitaciones que no graban nada. Así que, si eres un delincuente, es una ruleta rusa. No sabes cuáles cámaras vigilan realmente y cuáles no. Pero cuando ven cualquier cámara, tienden a irse a buscar sitios más fáciles de robar, por lo que el solo hecho de tener una cámara a la vista es disuasivo.

—Tenemos suerte de que la cámara sobre la calle Knapp sea real —dijo Jane.

—Así es. Tenemos unas cuarenta y ocho horas de grabaciones almacenadas en esa cámara. —Los llevó a una sala en la parte de atrás, donde ya había cuatro sillas dispuestas alrededor del monitor. Por lo general, eso nos da suficiente tiempo después del incidente para notificarnos y poder guardar las grabaciones relevantes. Esa cámara en particular se instaló hace unos cinco años. La última vez que nos pidieron ver las grabaciones, atrapamos a un chico que había roto una ventana. —Se sentó delante del monitor. —¿Dijo usted que estaba interesada en el descansillo de la primera planta de la escalera de incendios?

—Tengo esperanzas de que esté en el campo de visión de la cámara —dijo Jane—. El edificio en cuestión está a unos veinte o veinticinco metros de distancia.

—No lo sé. Puede que sea demasiado lejos como para ver detalles y tal vez no se vea el primer piso. Además, estamos hablando de baja resolución. Pero echemos un vistazo.

Mientras los tres detectives se apiñaban para observar el monitor, Gilliam cliqueó en el icono de inicio y apareció una grabación de la calle Knapp. Dos peatones pasaban caminando en dirección a la calle Kneeland, de espaldas a la cámara.

—Mira —dijo Frost—. Se puede ver una esquina de la escalera de incendios.

—Lamentablemente, no se ve la ventana —dijo Jane.

—Podría ser suficiente. —Frost se inclinó hacia adelante para leer la fecha y la

hora de la grabación. —Retroceda unas dos horas. A las siete y media. Veamos si podemos tener un atisbo de nuestro intruso.

Gilliam rebobinó hasta las 19.30.

A las 10.35, una anciana pasó caminando lentamente por la calle Knapp, cargada con bolsas de comestibles.

A las 19:50, apareció Johnny Tam afuera del restaurante Fénix Rojo. Espió por la ventana, miró su reloj, luego desapareció por la puerta de entrada, que estaba abierta. Instantes después volvió a aparecer, miró hacia las ventanas del apartamento del primer piso. Se dirigió a la parte posterior del edificio y desapareció por la esquina.

A las 8:06, hubo movimientos en la escalera de incendios. Era Frost, que salió con torpeza por la ventana. Se puso de pie de un salto, subió y desapareció.

—¿Qué demonios...? —murmuró Frost. No salió nada antes que yo. Sé que corrí detrás de algo por esa escalera.

—No aparece —dijo Jane.

—Y ahí estás tú, Rizzoli. ¿Cómo puede ser que Tam tampoco aparezca? Salió justo detrás de mí.

—Quizá soy un fantasma —rió Tam.

—El problema es el campo de visión —explicó Gilliam. Estamos viendo solamente una esquina de la escalera de incendios, o sea que la cámara no capta a nadie que haga una entrada o salida más... digamos, elegante.

—En otras palabras, Frost y yo somos pésimos ladrones —dijo Jane.

Gilliam sonrió.

—En cambio al detective Tam se le daría muy bien el robo de hombre araña. Jane suspiró.

—Entonces esta cámara no ha captado nada.

—Suponiendo que esa fue la única vez que entró ese intruso.

Jane recordó el aroma a incienso, las naranjas frescas en el plato. Alguien visitaba regularmente ese apartamento y dejaba ofrendas en memoria de Wu Weimin.

—Retroceda a dos noches atrás y luego adelante la grabación.

Gilliam asintió.

—Vale la pena echar un vistazo.

En el monitor, el tiempo corrió hacia atrás hasta las 21:38 de cuarenta y ocho horas antes. Mientras el video volvía a avanzar hacia las 22:00, luego a la medianoche, los transeúntes pasaban caminando, con movimientos acelerados y temblorosos. Para las 02:00 la calle Knapp estaba desierta y solo vieron un trozo de papel volando en el viento.

A las 3:02 Jane lo vio.

Fue solo una sombra en el descansillo de la escalera de incendios, pero alcanzó

para que ella se inclinara hacia adelante en la silla.

—¡Detenga la imagen! ¡Retroceda! —ordenó.

Gilliam rebobinó y congeló la imagen en la sombra que oscurecía la escalera de incendios.

—No se ve demasiado —dijo Tam—. Podría ser solo un gato que arroja esa sombra.

—Si alguien entró por ese descanso —dijo Frost—, tiene que volver a salir ¿no?

—Veamos qué sucede después —dijo Gilliam y avanzó el vídeo. Observaron mientras pasaban los minutos. Vieron pasar por la calle Knapp a dos hombres borrachos que doblaron en la esquina.

Segundos más tarde, Jane ahogó una exclamación.

—¡Allí!

Gilliam congeló la imagen y contempló una sombra agazapada en la escalera de incendios. En voz baja, dijo:

—¿Qué mierda es eso?

—Os dije que había visto algo —dijo Frost—. Allí está.

—Ni siquiera sé qué estamos viendo —dijo Tam—. No se ve la cara, no tenemos certeza de que sea un hombre.

—Pero es bípedo —dijo Frost—. Mira cómo se pone en cuclillas. Como si estuviera por saltar.

Sonó el teléfono de Jane; ella se sobresaltó tanto que tuvo que tomar aire para calmar su voz antes de responder.

—Habla la detective Rizzoli.

—Usted dejó un mensaje en mi buzón de voz —dijo un hombre—. Le estoy devolviendo la llamada. Soy Lou Ingersoll.

Ella se irguió en la silla.

—Detective Ingersoll, hemos estado tratando de ubicarlo toda la semana. Necesitamos hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre un homicidio en Chinatown. Fue el miércoles pasado por la noche. La víctima es una NN, de sexo femenino, de alrededor de treinta y cinco años.

—¿Está enterada, no es así, de que me jubilé hace dieciséis años de la policía de Boston? ¿Por qué me hace preguntas sobre eso?

—Creemos que esta muerte podría estar vinculada con uno de sus antiguos casos. La masacre del Fénix Rojo.

Hubo un largo silencio.

—Prefiero no hablar de esto por teléfono —dijo.

—¿Qué le parece hacerlo en persona, señor?

Ella oyó el ruido de sus pasos en el suelo. Oyó su respiración pesada.

—Bien, creo que ese vehículo se ha marchado ya. Ojalá le hubiera apuntado la

maldita matrícula.

—¿Cuál vehículo?

—La camioneta que ha estado aparcada del otro lado de la calle desde que volvía a mi casa. Seguramente sea el mismo hijo de puta que entró a robar mientras yo estaba en el norte.

—¿Qué es lo que está sucediendo, exactamente?

—Véngase para aquí y compartiré con usted mi teoría.

—Estamos en Dedham. Nos llevará media hora, tal vez más. ¿Está seguro de que no podemos hablar del asunto ahora?

Jane oyó el ruido de sus pasos otra vez.

—No quiero decir nada por teléfono, no sé quién está escuchando y prometí que no la metería en esto. Así que esperaré hasta que llegue.

—¿De qué se trata todo este asunto?

—De las chicas, detective —respondió él—. Todo es por lo que sucedió con esas chicas.

—Por lo menos ahora me crees —dijo Frost, mientras Jane y él conducían hacia Boston—. Ahora lo has visto tú también.

—No sabemos qué vimos en ese video —dijo ella—. Estoy segura de que existe una respuesta lógica.

—Nunca vi que un hombre se moviera tan rápido.

—¿Qué piensas que era, entonces?

Frost miró por la ventana.

—Mira, Rizzoli, hay muchas cosas de este mundo que no comprendemos. Cosas tan antiguas, tan raras, que no las aceptaríamos como posibilidades. —Hizo una pausa. —Solía salir con una chica china.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—En la secundaria. Ella y su familia acababan de llegar de Shanghai. Era súper dulce, súper tímida. Y muy anticuada.

—Tal vez deberías haberte casado con ella en vez de con Alice.

—Bueno, ya sabes lo que se dice de mirar las cosas con el diario del lunes. De todas maneras, no habría funcionado, porque su familia estaba en contra de cualquier chico blanco. Pero su bisabuela me tenía simpatía. Creo que le caía bien porque era el único que le prestaba atención.

—Joder, Frost, ¿existe alguna anciana que no te adore?

—Me gustaba escuchar sus historias. Ella hablaba y Jade me traducía. Las cosas que me contaba sobre China, hombre, si aún una fracción de eso era cierto...

—¿Cómo qué?

Frost la miró.

—¿Crees en los fantasmas?

—¿A cuántos muertos hemos visto? Si los fantasmas existieran, a estas alturas a nosotros se nos habrían aparecido.

—La bisabuela de Jade decía que en China había fantasmas por todos lados. Decía que es porque China es tan antigua y ahí han muerto millones y millones de almas. Deben de terminar en algún lado. Si no están en el cielo, entonces tienen que estar aquí, a nuestro alrededor.

Jane frenó en un semáforo. Mientras esperaba a que cambiara la luz, pensó en cuántas almas podían seguir estando en esa ciudad. Cuántas podían estar ahí, mismo, en la intersección de dos calles. Si se sumaban todos los muertos, siglo por siglo, entonces Boston seguramente era una ciudad llena de fantasmas.

—La anciana señora Chang me contaba cosas que sonaban disparatadas, pero *ella* las creía. Hombres santos que caminaban sobre agua. Monjes luchadores que podían volar por el aire y tornarse invisibles.

—Me parece que miraba demasiadas películas de kung fu.

—Pero las leyendas tienen que estar basadas en algo ¿no crees? Tal vez nuestras mentes occidentales están demasiado cerradas para aceptar lo que no comprendemos y en el mundo suceden muchas más cosas de las que somos conscientes. ¿No sientes eso en Chinatown? Cada vez que estoy allí, me pregunto qué no estoy viendo, cuáles son las pistas ocultas que soy demasiado ciego para ver. Entro en esas polvorientas herboristerías y veo todas esas cosas raras secas dentro de los frascos. Para nosotros es solo palabrerío, pero ¿y si esas sustancias realmente pueden curar el cáncer? ¿O hacerte vivir hasta los cien años? Hace cinco mil años que China es una civilización. Deben de saber secretos que jamás nos contarán.

Por el espejo retrovisor, Jane vio el coche de Tam detrás de ellos. Se preguntó qué pensaría él de esta conversación, si se ofendería por oírlos hablar de los exóticos y misteriosos chinos. La luz cambió a verde.

Mientras cruzaba la intersección, dijo:

—No le mencionaría nada de esto a Tam.

Frost negó con la cabeza.

—Seguramente lo haría enfadar. No es que yo sea racista, ¿sabes? Salía con una chica China.

—Eso realmente lo haría enfadar.

—Solo estoy tratando de comprender, de abrir la mente a lo que no estamos viendo.

—Lo que no veo es cómo todas estas piezas encajan unas con otras. Una mujer muerta en el tejado. Un antiguo asesinato seguido de suicidio. Y ahora Ingersoll, que dice que una camioneta vigila su casa. Y no sé qué más de unas chicas.

—¿Por qué no quería decírtelo por teléfono? ¿Quién cree que puede estar escuchando?

—No me lo quiso decir.

—Cada vez que alguien empieza a hablar sobre que puede tener el teléfono intervenido, en mi cabeza comienzan a sonar las alarmas de locura. ¿Te ha parecido que estaba paranoico?

—Preocupado, más bien. Y habló de una mujer. Dijo que había prometido “no meterla en esto”.

—¿Será Iris Fang?

—No lo sé.

Frost miraba el camino.

—Un viejo policía como él seguramente debe de ir armado. Vayamos con cuidado. No lo asustes.

Quince minutos más tarde Jane detuvo el coche delante de la casa de Ingersoll y Tam aparcó detrás de ellos. Bajaron los tres y cerraron las puertas al mismo tiempo. Dentro del edificio de tres pisos, las luces estaban encendidas, pero cuando Frost hizo sonar el timbre, nadie respondió. Volvió a tocar y golpeó la ventana.

—Lo llamaré —dijo Jane y pulsó el número de Ingersoll en su móvil. Oyeron que su teléfono sonaba en alguna parte, dentro del edificio. Sonó cuatro veces y luego se conectó el contestador: *No estoy. Deje su mensaje.*

—No puedo ver nada allí dentro —dijo Tam, que intentaba espiar por entre las cortinas de las ventanas del frente.

Jane cortó y se dirigió a Frost:

—Sigue intentando con el timbre. Tam, vayamos atrás. Tal vez no nos escucha.

Mientras ella y Tam rodeaban el edificio por el costado, Jane oyó que Frost seguía golpeando la puerta principal. El sendero angosto entre los edificios estaba oscuro y rodeado de arbustos crecidos. Sintió el olor de hojas mojadas y sus zapatos se hundieron en el césped húmedo. A través de una ventana, vio el brillo azul del televisor de Ingersoll y se detuvo a mirar dentro de una sala donde parpadeaban imágenes en la pantalla. Sobre la mesa de café había un móvil y un bocadillo a medio comer.

—Esta ventana no está trabada —dijo Tam—. ¿Quieres que entre?

Se miraron en las sombras, mientras sopesaban las consecuencias de entrar en una casa sin permiso ni orden judicial.

—Él nos invitó —dijo Jane—. Tal vez está sentado en el baño y no nos oye.

Tam abrió la ventana. En segundos, había trepado y había entrado en la casa, sin hacer el menor ruido. ¿Cómo coño lo hacía?, se preguntó Jane, mirando el alfeizar que le llegaba a la altura del pecho. Tam sería realmente un ladrón nocturno fantástico.

—¿Detective Ingersoll? —dijo Tam en voz alta mientras pasaba a la habitación contigua—. Somos de la policía de Boston. ¿Está aquí?

Jane pensó en encaramarse a la ventana e intentar entrar y luego decidió que para cuando terminara de trepar al alféizar, Tam ya habría abierto la puerta principal.

—¡Rizzoli, está aquí! ¡Caído!

El grito de Tam barrió con toda su indecisión. Se aferró al alféizar y estaba a punto de lanzarse por la ventana de cabeza cuando oyó ruidos y pasos entre los arbustos.

Detrás de la casa. El sospechoso huye.

Jane echó a correr y llegó a la parte posterior del edificio justo a tiempo para ver que una figura oscura saltaba la cerca y caía del otro lado.

—¡Frost! ¡Necesito apoyo! —gritó Jane, mientras corría hacia la cerca. Una corriente de adrenalina la hizo treparla y saltarla; sintió que las astillas le laceraban las manos. Cayó del otro lado y el impacto de los zapatos contra el asfalto fue una punzada de dolor en las canillas.

Su presa estaba a la vista. *Un hombre.*

Oyó que alguien trepaba la cerca detrás de ella pero no se volvió para ver si se trataba de Frost o de Tam. Se mantuvo concentrada en la figura delante de ella. Jane había acortado la distancia y vio que iba todo de negro. Decididamente vestido para delinquir. *Pero no lo suficientemente rápido para escaparse de esta chica policía.*

Los pasos de quien la seguía para darle apoyo sonaban más distantes, pero Jane no aminoró la carrera, no le dio a su presa la oportunidad de escapar. Ya estaba a una docena de metros de distancia.

—¡Policía! —gritó—. ¡Quieto!

Él se escurrió hacia la derecha, entre los edificios.

Eso le molestó. Impulsada por la ira, giró por la esquina a la carrera y se encontró en un callejón. Estaba oscuro, demasiado oscuro. Escuchó el eco de sus pasos mientras corría. Luego frenó. Se detuvo.

¿Dónde está? ¿Dónde fue?

Con el arma en posición y el corazón al galope, Jane escudriñó las sombras. Vio contenedores de residuos, oyó ruidos de vidrios rotos.

La bala le dio en la espalda, justo entre los omóplatos. El impacto la hizo volar hacia adelante y cayó boca abajo, con las palmas contra el asfalto. El arma voló de sus manos. El chaleco antibalas la había salvado, pero la fuerza de la bala le quitó el aire de los pulmones y quedó tendida, aturdida, sin saber dónde estaba su arma.

Oyó pasos y se incorporó con esfuerzo sobre las rodillas, manoteando en busca del arma.

Los pasos se detuvieron detrás de ella.

Jane se volvió y vio la silueta de un hombre por encima de ella. Las sombras le

ocultaban la cara, pero la luz que entraba en el callejón desde una farola distante le permitió ver que él levantaba el brazo. Vio el brillo tenue de la pistola con la que le apuntaba a la cabeza. Sería un final rápido y eficiente, sin que el asesino y la víctima se miraran en ningún momento a los ojos. Gabriel, pensó. Regina. No tuve oportunidad de decirles cuánto os amo.

Oyó el susurro de la Muerte en la noche, la sintió sisear como el viento junto a su oído. Algo le salpicó la cara y Jane parpadeó. Cuando volvió a abrir los ojos, la silueta que se elevaba por encima de ella ya estaba cayendo hacia adelante. Aterrizó sobre las piernas de Jane como un árbol caído. Atrapada bajo el peso del hombre, sintió que un líquido tibio le empapaba la ropa. Conocía demasiado bien ese olor como a cobre.

Algo respiraba en la oscuridad, algo que estaba en el mismo sitio donde había estado el hombre hacia unos segundos. Jane no le vio la cara, solo un óvalo negro y un halo de pelo plateado. La criatura no dijo una palabra, pero cuando se volvió, hubo un destello en su mano, un arco brillante, un reflejo de luz que apareció y desapareció. Jane oyó lo que creyó que era el viento, mientras las sombras se mezclaban. Luego quedó sola, aplastada contra el asfalto por un hombre que derramaba su última sangre sobre la ropa de ella.

—¿Rizzoli? ¡Rizzoli!

Ella trató de liberarse del peso muerto que le inmovilizaba las piernas.

—¡Estoy aquí! ¡Frost!

El haz de una linterna parpadeaba en la distancia. Se acercaba, barriendo el callejón.

Con un gruñido de fuerza, Jane finalmente logró apartar el pesado cuerpo. Estremeciéndose al tocar carne muerta, reptó hacia atrás.

—¡Frost! —dijo.

La luz le dio de lleno en los ojos y Jane levantó la mano para protegerse del resplandor.

—¡Jesús! —exclamó Frost—. ¿Estás...?

—¡Estoy bien. Estoy bien! —Jane inspiró hondo y sintió el dolor del impacto de la bala en su chaleco. —Eso creo, al menos.

—Toda esta sangre...

—No es mía. Es de él.

Frost apuntó la linterna hacia el cuerpo; horrorizada, Jane inspiró en forma tan abrupta que sintió una punzada de dolor en las costillas. El cadáver estaba tendido con el tórax hacia abajo, y la cabeza decapitada había rodado a unos pocos metros. Los ojos los miraban; la boca estaba abierta como en una exclamación de sorpresa. Jane contempló, azorada, el pescuezo cortado limpiamente y de pronto tomó conciencia de sus pantalones empapados, que se le adherían a la piel. La noche comenzó a girar y ella se tambaleó hasta apoyarse

contra un edificio donde bajó la cabeza, luchando desesperadamente contra la necesidad de vomitar.

—¿Qué pasó? —dijo Frost.

—Lo vi —susurró ella—. Vi a esa cosa. A la criatura que viste en el tejado. —Sus piernas parecían estar deritiéndose y Jane se deslizó hacia abajo hasta quedar sentada contra la pared. —Acaba de salvarme la vida.

Transcurrió un largo silencio. El viento soplaba por el callejón, levantando polvo que se le metía en los ojos y le hacía arder la cara. Tendría que estar muerta, pensó. Tendría que estar aquí tendida con una bala en la cabeza. Pero en cambio, me iré a casa esta noche, abrazaré a mi esposo y le daré un beso a mi hija. Y este milagro se lo debo a esa criatura que apareció en la noche.

Levantó la cabeza y miró a Frost.

—Debes de haberlo visto. Justo ahora.

—No vi nada.

—Tiene que haber pasado a tu lado cuando entraste en el callejón.

Él negó con la cabeza.

—Es como lo que pasó en el tejado. Yo fui el único que lo vio y tú no me creías. Jane volvió a mirar al hombre. A la pistola que seguía en la mano del cadáver sin cabeza.

—Pues ahora te creo.

DIECIOCHO

Desde su coche aparcado, Maura veía a tres agentes de policía junto a la barrera de cinta de escena del crimen. Todos miraban hacia donde estaba y seguramente reconocían su Lexus negro, por lo que sabían que la médica forense acababa de llegar. Pero cuando salió del coche y se dirigió hacia ellos, le dieron la espalda y siguieron conversando. Solo cuando se anunció formalmente, se dignaron finalmente a mirarla.

—¿La detective Rizzoli está en la casa? —preguntó Maura.

—No lo sé, señora —dijo uno de los agentes—. Debería fijarse dentro.

¿Estaría negándose adrede a colaborar? Era imposible saberlo mirando su cara inexpresiva. Mientras pasaba debajo de la cinta y se dirigía a la puerta del frente, Maura oyó que reían y se preguntó si se reirían de ella. Se preguntó si así serían todas las escenas del crimen futuras. Las miradas, los susurros, la mal disimulada hostilidad. Se detuvo en la puerta principal para colocarse cubrezapatos y se cuidó de no perder el equilibrio y darles otro motivo del cual burlarse. Cuando se irguió la puerta se abrió y Maura se encontró delante del detective Tam.

—Doctora Isles. Lamento haberla hecho venir a esta hora de la noche.

—¿Ambas víctimas están en la casa?

—Una está en la cocina. La segunda, a unas calles de aquí, en un callejón.

—¿Cómo fue que la número dos terminó tan lejos de la número uno?

—Intentaba escapar de Rizzoli. Creo que es una chica que no te quitas se encima con facilidad.

Tam la guió por el vestíbulo y luego por un pasillo. Los cubrezapatos susurraban contra el suelo; Maura lo siguió hasta la cocina y se sorprendió al ver al comandante de la unidad de homicidios del Departamento de Policía de Boston junto a Barry Frost. No era habitual encontrar al teniente Marquette en una escena del crimen y su presencia allí le informó que este homicidio era muy diferente de los demás.

La víctima yacía de lado sobre el suelo de baldosas, con la cara apoyada sobre un charco de sangre que comenzaba a coagularse. Era un hombre corpulento de más de setenta años, vestido con pantalones color tostado, una camisa de punto y calcetines oscuros. En un pie todavía llevaba una pantufla. La herida de bala en su sien izquierda dejaba pocas dudas sobre la causa de muerte. Maura no se acercó enseguida al cadáver, sino que permaneció en su sitio un momento, buscando un arma con la mirada. No vio ninguna pistola cerca del cadáver. *No fue un suicidio.*

—Era policía —dijo Jane en voz baja.

Maura no la había oído acercarse. Se volvió y su mirada se posó sobre la blusa

ensangrentada de Jane. En vez de su habitual traje oscuro de pantalones, vestía pantalones deportivos holgados; resultaba evidente que había tenido que cambiarse la ropa.

—Madre mía, Jane!

—Las cosas se pusieron ásperas por aquí.

—¿Estás bien?

Jane asintió y miró al hombre muerto.

—No puedo decir lo mismo de él.

—¿Quién es?

El teniente Marquette respondió.

—El detective Lou Ingersoll, de homicidios. Se jubiló hace dieciséis años. Era uno de los nuestros, doctora Isles. Merece nuestro mejor esfuerzo.

¿Acaso insinuaba que ella le dedicaría a esta víctima algo menos que su mejor esfuerzo? ¿Qué una médica forense que había traicionado la delgada línea azul traicionaría también a este policía? Con un intenso ardor en las mejillas, Maura se puso en cuclillas junto al cadáver. Le llevó algunos segundos registrar el nombre. Lou Ingersoll.

Levantó la mirada hacia Tam.

—Este era el hombre que investigó la masacre del Fénix Rojo.

—¿Ya sabes quién es él? —preguntó Jane.

—El detective Tam y yo hablamos de eso cuando me trajo los informes de autopsias.

Jane se volvió hacia Tam:

—No sabía que la habías consultado.

Tam se encogió de hombros.

—Solo quería la opinión de la doctora Isles. Por si se les había escapado algo hace diecinueve años.

—¿Detective Rizzoli? —Uno de los técnicos forenses estaba en la puerta de la cocina, con auriculares colgándole del cuello. —Hemos barrido la escena con un escáner de radiofrecuencia y tiene razón. Su teléfono fijo emite una señal.

—¿Una señal? —Marquette miró a Jane.

—Ingersoll creía que alguien monitoreaba sus llamadas telefónicas —dijo Jane—. Para ser sincera, me sorprende que hayamos encontrado algo.

—¿Por qué le pincharían el teléfono?

—No por ninguna de las razones habituales. Hace dieciocho años que es viudo, así que no hay guerra de divorcio. Tiene una sola hija y ella no tiene idea de lo que está sucediendo. —Jane miró al detective muerto. —Esto se pone cada vez más extraño. Se quejó de que una camioneta estaba vigilando su casa. Dijo que alguien entró a robar mientras estaba de viaje. Yo pensé que eran locuras de él.

—Nada de locuras, por lo visto. —Marquette miró al técnico forense. —¿Habéis

revisado su móvil, ya?

—No obtuvimos señal del móvil. Está sin batería. Una vez que lo carguemos, revisaremos el registro de llamadas.

—Consigamos todos los registros telefónicos, tanto del móvil como del teléfono de línea. Veamos con quién ha estado hablando.

Maura se puso de pie.

—Entiendo que hay una segunda víctima.

—El que le disparó —dijo Jane—. O por lo menos, el que creemos que le disparó. Lo perseguí durante unos minutos.

—¿Lo derribaste tú sola?

—No.

—¿Quién fue?

—Jane inspiró hondo, como preparándose para lo que vendría después.

—No es fácil de explicar. Tendré que enseñártelo.

Salieron a la calle, donde se estaba juntando una multitud, hipnotizada por la invasión de policías y fuerzas del orden en el vecindario. Jane se abrió paso entre los curiosos y llevó a Maura hasta la esquina y luego por una silenciosa calle lateral. A pesar de que Jane caminaba rápido, como siempre, su paso había perdido confianza y tenía los hombros vencidos, como si la noche la hubiera abatido y le hubiera robado su seguridad.

—¿En serio estás bien? —preguntó Maura.

—Sin contar que me arruinaron mi mejor traje de pantalones? Sí, estoy bien.

—No tienes buen aspecto. Jane, cuéntame qué pasó.

Jane aminoró el paso y se detuvo. Miró hacia la calle como si temiera mirar a Maura y revelar lo vulnerable que se sentía en ese momento.

—No tendría que estar aquí contigo, ahora —murmuró—. Tendría que estar muerta, como Ingersoll. Tendida en el callejón con una bala en la cabeza. — Frunció el ceño y se miró las manos, como si pertenecieran a otra persona. — Mira esto. Me tiemblan las manos, joder.

—Dijiste que perseguiste al criminal.

—Lo perseguí, sí. Pero me confié. Me metí tras él en un callejón, y el disparo lo recibí yo. —Cerró los brazos alrededor del cuerpo, como si de pronto sintiera frío.

—Me salvó mi regalo de cumpleaños. ¿Recuerdas que Gabriel me compró un chaleco antibalas? ¿Recuerdas cómo nosotras nos reímos de eso? Tan romántico, lo que ansía toda mujer. Al ver que no lo utilizaba, él se enfadó conmigo, así que solo para mantener la paz en casa, esta mañana me lo puse. Ahora tendré que escucharlo de por vida diciéndome que él tenía razón.

—¿Sabe Gabriel lo que te sucedió?

—Todavía no lo he llamado. —Jane se pasó una manga por la cara. —No he tenido oportunidad.

—Tienes que irte a casa. Ahora mismo.

—¿En medio de todo esto?

—Jane, no estás bien. Tu equipo se encargará de la escena.

—Sí, claro, ¿con Marquette presente? ¿Para que vea que no puedo lidiar con una nimiedad como recibir un disparo en la espalda? A la mierda con eso. —Jane giró y se alejó andando, como si quisiera terminar de una vez con el asunto.

Demostrar que estaba a la altura.

Ay, Jane, pensó Maura. Has demostrado tu valía una y otra vez, pero nunca te alcanzará. Siempre te sentirás la principiante que lucha para que la reconozcan. Que teme mostrar debilidad.

Llegaron a otra barrera de cinta amarilla, donde un policía cuidaba la entrada a un callejón. De nuevo, Maura sintió su fría indiferencia. Mientras se calzaba los cubrezapatos y pasaba por debajo de la cinta, intuyó que el agente la miraba y sintió alivio al escapar de sus ojos y seguir a Jane hacia la oscuridad del callejón.

—Y aquí está el codiciado soltero número dos —anunció Jane, apuntando su linterna hacia el asfalto. El comentario jocoso dejó a Maura indefensa ante el horror que yacía delante de sus pies.

La decapitación era completa. La cabeza, cubierta con un gorro negro de punto, había quedado a un metro del torso: hombre blanco, de unos cuarenta años. El cuerpo, vestido de negro, estaba sobre el abdomen, como nadando a braza en un océano de su propia sangre derramada. Congelada en un espasmo cadavérico, la mano todavía aferraba la pistola. Maura movió la linterna y vio los arcos de sangre en las paredes, los charcos coagulados, como morcillas desintegradas sobre el asfalto.

—Te presento al cabrón que me arruinó mi traje favorito —dijo Jane.

Maura miró el cadáver sin cabeza. El arma en la mano del hombre.

—¿Este es el hombre que perseguiste desde la casa?

—Sí. Lo seguí desde el jardín de Ingersoll. Disparó y me dio en la espalda. Todavía me duele como el demonio.

—¿Entonces cómo terminó...?

—Una tercera persona intervino. Si tienes alguna duda sobre la forma de muerte, pregúntame lo que quieras, porque yo estaba ahí. Estaba en el suelo y este tío se disponía a meterme una bala en la cabeza. Pensé que me moría. Pensé...—Tragó saliva. —Entonces oí un sonido, como un soplido en el aire. El hombre cayó sobre mí. —Jane miró hacia abajo y dijo en voz baja: —Y yo sigo viva.

—¿Pudiste ver quién hizo esto?

—Solo una sombra. Pelo color plata.

—¿Solo eso?

Jane vaciló.

—Una espada. Creo que tenía una espada.

Maura bajó la mirada hacia el cadáver y sintió una ráfaga de viento en el callejón. Se preguntó si el sablazo fatal habría tenido ese mismo susurro del viento. Recordó la muñeca amputada de la NN, las articulaciones y los tendones tan limpiamente seccionados. Su mirada se posó sobre la pistola que seguía en la mano del hombre.

—Esa pistola tiene silenciador.

—Sí. Va vestido de negro y lleva un arma de sicario, igual que la NN a la que mataron en el tejado.

—Este no es un ladrón corriente. —Maura levantó la mirada. —¿Por qué Ingersoll tenía el teléfono pinchado?

—No tuvo la oportunidad de decírmelo, pero era obvio que estaba preocupado y quería hablar. Algo sobre unas chicas. *Lo que les sucedió a esas chicas, dijo.*

—¿Qué chicas?

—Creo que está relacionado con el Fénix Rojo. ¿Sabías que a dos de las víctimas les desaparecieron las hijas?

Maura oyó voces y golpes de puertas de vehículos. Miró hacia la entrada del callejón y vio las linternas del equipo de criminalística.

—Ahora sí que voy a leer esos informes que me trajo Tam.

—¿Por qué te los dio? Me sorprendió escuchar que te hubiera pedido eso.

—Quería una opinión imparcial. Me parece que no cree que el cocinero se suicidó.

—¿Y tú qué crees?

—He estado demasiado ocupada como para echarles un vistazo a los archivos. Rata está de visita, así que paso el tiempo con él. —Maura se volvió para marcharse. —Haré las autopsias a primera hora de mañana. Por si quieres estar presente.

—¿Las harás a ambos?

A Maura la pregunta le resultó extraña, y se volvió.

—¿Y por qué no debería hacerlas?

—Ingersoll era policía. Solo estoy pensando que tal vez sea un momento delicado. Por ese asunto tuyo con el juicio de Graff.

Maura oyó la incomodidad en la voz de Jane y reconoció el motivo de la misma.

—¿Qué, ya no se me permite hacerles autopsias a policías?

—No estoy diciendo eso.

—Créeme, no es necesario que lo digas. Soy plenamente consciente de lo que se dice por ahí. Me doy cuenta cada vez que un policía me mira, o se niega a mirarme. Me consideran el enemigo.

—Ya pasará, Maura. Lleva tiempo.

Hasta que tenga que dar testimonio contra el próximo policía.

—No quiero pecar de ser políticamente incorrecta —dijo Maura—. Le pediré al doctor Bristol que le haga la autopsia a Ingersoll. —Cruzó por debajo de la cinta amarilla que delimitaba la escena del crimen y se alejó, pasando junto al equipo de criminalística. No sintió que se le aflojara el nudo del cuello hasta que hubo recorrido unos cien metros. *Ya pasará*, Maura, había dicho Jane. ¿Pero pasaría, realmente? Los policías tenían buena memoria. Recordaban detalles de casos con décadas de antigüedad y guardaban rencor, nunca olvidaban quién estaba de su lado y quién en contra de ellos. Yo siempre quedaré en la segunda categoría, pensó. Dentro de veinte años, todavía recordarán que ayudé a enviar a un policía a la cárcel.

Para cuando llegó otra vez a la casa de Ingersoll, la cantidad de vehículos oficiales había aumentado. Se detuvo, encandilada por las luces titilantes y la atmósfera circense de confusión. De pronto los sollozos de una mujer penetraron el ruido de las radios policiales.

—¡Dejadme verlo! ¡Necesito ver a mi padre!

—Señora, por favor. No está permitido el paso —dijo un agente, impidiéndole el paso—. Alguien vendrá a hablar con usted en cuanto puedan.

—¡Pero es mi padre! ¡Tengo derecho a saber qué le pasó!

—¡Padre Brophy! —llamó el policía—. ¿Puede ayudar a esta señora, por favor?

Un hombre alto, con alzacuello de sacerdote, se abrió paso silenciosamente entre la gente. Como clérigo del Departamento de Policía de Boston, Daniel Brophy a menudo debía hacerse presente en escenas donde había ocurrido una tragedia, por lo que Maura no se sorprendió de que estuviera ahí, pero de todos modos, verlo la dejó atontada. Observó con ojos ardientes cómo Daniel alejaba a la hija de Ingersoll de la cinta perimetral de la escena del crimen. ¿Estaba más flaco? ¿Se veía demacrado, y con más canas? *¿Me echas de menos como te echo de menos yo?*

Él guió a la mujer que sollozaba hacia un coche patrulla y de pronto, vio a Maura y sus miradas se encontraron. Por un instante, el mundo desapareció y ella solo vio a Daniel. El corazón se le aceleró en un aleteo desesperado como el de un pájaro al borde de la muerte.

Maura seguía mirándolo cuando él se alejó, sosteniendo contra su hombro a la mujer que seguía llorando.

DIECINUEVE

Jane estaba delante del negatoscopio de la morgue, estudiando las radiografías del muerto iluminadas desde detrás. Sus estructuras óseas se veían normales en todo sentido, salvo por un importante detalle: su cráneo había sido separado de su cuerpo, cortado limpiamente entre la tercera y cuarta vértebra cervical. Aunque Tam y Frost ya estaban junto a la mesa de autopsias, esperando que comenzara el examen post mortem, Jane no se había movido de su sitio, pues todavía no estaba lista para enfrentarse a lo que estaba debajo de la sábana. Las radiografías eran objetos abstractos, anatomía en dibujos animados en blanco y negro. No se veían como carne ni tenían su olor; no tenían cara. Por eso permaneció junto a ellas más de lo necesario, concentrada en la sombra de los pulmones y el corazón, el mismo corazón que había bombeado sobre la ropa de ella. De no haber sido por mi salvador anónimo, mis radiografías estarían colgadas hoy aquí, pensó. Mi cadáver yacería sobre la mesa.

—¿Jane? —dijo Maura.

—Es difícil imaginar una hoja tan afilada como para hacer esto con un solo movimiento —comentó Jane, sin dejar de mirar la radiografía.

—Es una cuestión de anatomía —dijo Maura—. El ángulo en el que la hoja pega en la articulación. En tiempos medievales, un verdugo experto podía decapitar a un prisionero con un solo movimiento. Si tenía que cortar más veces, mostraba que era incompetente. O que estaba ebrio.

—Qué imagen agradable para comenzar la mañana —observó Tam.

Maura descubrió el cadáver.

—Todavía no lo hemos desvestido. Supuse que todos vosotros queríais estar aquí cuando lo hiciéramos.

No, no quiero estar aquí, pensó Jane. No quiero ver esto. Pero se obligó a mirar hacia la mesa. Aunque lo que había allí no era ninguna sorpresa, ella inspiró abruptamente al ver la cabeza seccionada. Todavía no sabía nada sobre ese hombre, ni su nombre ni sus orígenes. Las únicas pistas que tenían hasta el momento provenían de los artículos que habían sacado de sus bolsillos la noche anterior: un peine de municiones, un fajo de billetes y las llaves de una camioneta Ford robada, que había estado aparcada a doscientos metros de la casa de Ingersoll. No llevaba identificación de ningún tipo.

Tam se inclinó por encima de la mesa, impasible, para mirar más de cerca la cabeza cortada. No se movió cuando Maura quitó el gorro que la cubría, dejando al descubierto el pelo castaño muy corto. La cara del muerto carecía de particularidades, con una nariz corriente, boca corriente, mentón corriente. Un hombre que cualquiera olvidaría un instante después de verlo en la calle.

Ya le habían hisopado las manos la noche anterior, y también tomado las huellas dactilares. Todavía tenía restos de tinta violeta en los dedos. Maura y Yoshima trabajaron juntos para quitarle la ropa: sudadera, pantalones, calzoncillos y calcetines. El cuerpo sin cabeza era corpulento y musculoso. Una cicatriz corría en diagonal por la rodilla derecha; un recuerdo de una antigua cirugía. Jane observó la cicatriz y pensó: ahora sé por qué anoche pude alcanzarlo con tanta facilidad.

Debajo de la lente magnificadora, Maura examinó la incisión en los tejidos blandos, buscando irregularidades y hematomas.

—No veo marcas dentadas —dijo—. Es una herida uniforme, sin cortes secundarios. Esto fue hecho con un solo movimiento.

—Eso fue lo que te dije —afirmó Jane—. Era una espada. Un solo corte. Maura levantó la mirada.

—Por más confiable que considere a un testigo, siempre necesito confirmar. —Volvió a concentrarse en la incisión. —Este corte fue hecho en un ángulo extraño. ¿Con qué mano sostenía la espada, la derecha o la izquierda?

Jane vaciló.

—No vi el movimiento en sí. Pero cuando se alejaba, la tenía en... en la mano derecha.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque este corte comienza más abajo a la derecha y hace un ángulo hacia arriba cuando sale por la parte izquierda del cuello.

—¿Y entonces?

—Esta víctima mide alrededor de un metro setenta y ocho o un metro ochenta. Si el asesino atacó desde atrás, cortando de derecha a izquierda, es probable que haya sido más bajo. —Maura miró a Jane. —¿Estás de acuerdo?

—Estaba en el suelo, de espaldas. Desde ese ángulo, cualquiera parece alto, especialmente alguien con una espada enorme. —Soltó el aire, consciente de pronto de que Maura la miraba con esa expresión analítica que tanto la irritaba. Una expresión que invadía su privacidad, la hacía sentir como un espécimen que flota dentro de un frasco con formol.

Abruptamente, Jane se apartó de la mesa.

—Creo que no necesito ver nada más. ¿Qué va a decirnos esta autopsia? Oh, qué sorpresa, alguien le cortó la cabeza. —Arrojó la bata dentro del cubo de ropa contaminada. —Os dejo para que terminéis con esto. Iré a hablar con el laboratorio de criminalística para averiguar si encontraron algo en el móvil de Ingersoll.

La puerta de la antesala se abrió súbitamente y Jane se sorprendió al ver entrar a su esposo.

—¿Qué haces aquí?

El Agente Especial Gabriel Dean no era un desconocido en la morgue. Jane lo había conocido durante un caso de un asesino en serie, y en el transcurso de aquella investigación, habían pasado varias horas malolientes juntos, inclinados por encima de cadáveres que habían sido hallados en diversos grados de descomposición. Gabriel vestía bata y cubrezapatos y con mirada decidida y sombría, se colocó los guantes y se acercó a la mesa.

—¿Este es el hombre del callejón? —preguntó, sin preámbulos—. ¿El que estuvo a punto de matarte?

—Hola, mi amor, yo también te saludo —dijo Jane—. Miró a Tam. —Por si estás preguntándote quién es este intruso, es mi marido, Gabriel. Y no tengo idea de por qué está aquí.

La atención de Gabriel seguía fija en el cadáver.

—¿Qué sabemos de él hasta el momento?

—¿Sabemos? ¿Desde cuándo te has unido al equipo? —preguntó Jane.

—Desde que este hombre te disparó.

—Gabriel. —Jane suspiró. —Hablaemos de esto más tarde.

—El momento para hablar de esto es ahora.

Jane miró a su esposo, tratando de comprender qué estaba sucediendo. Tratando de leer su expresión pétrea bajo las luces blancas de la morgue.

—¿De qué se trata todo esto?

—De huellas dactilares.

—No hemos obtenido ninguna información sobre él en el sistema AFIS de identificación automatizada de huellas dactilares.

—Hablo de las huellas de la NN. La mujer que estaba en el tejado.

—Tampoco se encontraron coincidencias con las de ella —dijo Maura—. No está en la base de datos del FBI.

—Envié una alerta negra a Interpol —dijo él—, porque me queda claro que esto es parte de algo más grande. Mucho más grande. Piensa en cómo estaba vestida la NN. El arma que llevaba. El hecho de que no tenía identificación y conducía un vehículo robado. —Miró el cadáver. —Igual que este hombre.

—¿Y tuviste noticias de Interpol? —preguntó Jane.

Gabriel asintió.

—Hace una hora. Ella estaba en su base de datos. No su nombre, sino sus huellas. Aparecieron en los componentes de una bomba que estalló en un coche en Londres hace dos años. Mató al conductor, un ejecutivo estadounidense.

—¿Estamos hablando de *terrorismo*? —preguntó Tam.

—Interpol cree que la bomba fue un golpe del crimen organizado. Un asesinato a pago. La mujer del tejado era claramente una profesional y diría que este hombre también lo era. —Miró a Jane. —Un chaleco antibalas no va a salvarte,

Jane. No de gente como esta.

Jane soltó una risa sorprendida.

—Joder, nos ha tocado el premio gordo ¿verdad?

—Tienes una hija —dijo Gabriel—. *Tenemos* una hija. Piénsalo.

—¿Qué hay para pensar?

—Si el Departamento de Policía de Boston está en condiciones de lidiar con esto.

—Un momento. ¿Podemos ir a hablar a la sala de al lado? —Miró a sus colegas.

—Permiso —dijo y salió por la puerta vaivén. No fue hasta que Gabriel y ella estaban en el pasillo, lejos de los demás, que exclamó: —¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

—Tratando de mantener con vida a mi esposa.

—Este es mi terreno ¿de acuerdo? Yo decido qué sucede aquí.

—¿Tienes idea de con qué te estás enfrentando?

—Ya me enteraré.

—Mientras tanto, te meten un tiro en la espalda y coleccionas cadáveres.

—Es cierto. Se está convirtiendo en una colección interesante.

—Que incluye a un policía. Ingersoll sabía defenderse y ahora está dentro de una bolsa para cadáveres.

—¿Entonces quieras que abandone todo? ¿Que corra a casa y me esconda debajo de la cama? —Jane resopló. —No hay forma de que eso suceda.

—¿Quién trae a asesinos profesionales, Jane? Cualquiera que contrata a un sicario para eliminar a un ex policía no le teme al Departamento de Policía de Boston. No te teme a ti. Esto tiene que ser obra del crimen organizado. La mafia Rusa. O china...

—Kevin Donohue —acotó Jane.

Gabriel hizo una pausa.

—¿La mafia irlandesa?

—Ya estamos buscando información sobre él. Uno de sus hombres, llamado Joey Gilmore, murió en la masacre de Chinatown. La madre de Gilmore cree que Donohue mandó ejecutar a su hijo. Ingersoll era el detective a cargo de esa masacre.

—Si es Donohue, tiene brazos muy largos. Es posible que lleguen hasta el interior del Departamento de Policía de Boston.

Ella se quedó mirando a su marido.

—¿El FBI puede respaldar esa acusación?

—No hay suficientes pruebas como para que se sostenga. Pero te aseguro que no es alguien con quien quieres meterte, Jane. Si tiene llegada al Departamento de Policía de Boston, entonces sabe exactamente en qué asuntos andas. Sabe que vas a por él.

Ella pensó en todos los policías que habían aparecido en la casa de Ingersoll la

noche anterior, incluyendo al mismísimo teniente Marquette. ¿Cuántos policías habrían estado observándola, escuchando qué decía, averiguando qué planeaba hacer? ¿Cuánta de esa información le habría llegado a Donohue?

—Lo sucedido anoche fue un regalo —dijo Gabriel—. Sobreviviste. Tal vez deberías llevarte ese obsequio a casa y saborearlo por un tiempo.

—¿Que me aparte del caso? ¿Eso es lo que me estás pidiendo?

—Que te tomes una licencia. Necesitas tiempo para recuperarte.

—*Ni se te ocurra.* —Se acercó tanto a él que tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Gabriel no se amilanó; nunca lo hacía. —No quiero escuchar esto de ti —dijo—. Menos ahora.

—¿Y cuándo voy a decirlo, entonces? ¿En tu funeral?

El sonido del móvil de Jane cortó el silencio entre ambos. Jane respondió, tajante:

—Rizzoli.

—Em...¿es un mal momento, detective?

—¿Quién habla?

—Erin. Del laboratorio forense.

Jane soltó el aire.

—Disculpa. ¿Qué tienes para mí?

—¿Recuerda esos pelos raros que estaban sobre la ropa de la NN? ¿Los que yo no lograba identificar?

—Sí. Los grises.

—No veo la hora de contarle qué son.

La conversación con Gabriel todavía le pesaba en la mente cuando Jane se dirigió con Frost a la sede de Schroeder Plaza. Él conocía los estados de ánimo de ella lo suficientemente bien como para guardar silencio durante casi todo el viaje, pero cuando Jane giró hacia el garaje para aparcar, Frost dijo con nostalgia.

—Echo de menos esa parte de estar casado.

—¿Cuál parte? —dijo Jane.

—La parte de tener a alguien que se preocupa por ti. Que te fastidia para que no corras riesgos.

—¿Y se supone que eso es algo bueno?

—¿Qué, no lo es? Significa que te ama. Significa que no quiere perderte.

—Lo que significa es que tengo que pelear batallas en dos frentes. Hacer mi trabajo mientras que Gabriel trata de sujetarme con una camisa de fuerza.

—¿Y si no lo hiciera? ¿Piensas en eso alguna vez? ¿Cómo sería si no le importaras lo suficiente como para que dijera algo? ¿Cómo sería no estar casada?

Jane aparcó en una plaza del garaje y apagó el motor.

—No quiere que trabaje en este caso.

—Yo tampoco sé si quiero trabajar en este caso, después de lo que hemos pasado.

Jane lo miró.

—¿Te da miedo?

—No me da vergüenza admitirlo.

Oyeron que se cerraba una puerta y ambos se volvieron para ver a Tam, que acababa de bajar de su coche a pocos metros de distancia.

—Apuesto a que él no siente miedo —murmuró Jane—. Creo que nada le hace perder la calma a Bruce Lee.

—Debe de ser una pose. Está loco si no le tiene miedo a Donohue y sus muchachos.

Jane abrió la puerta de su lado.

—Vamos, salgamos antes de que alguien crea que nos estamos besando aquí dentro o algo así.

Para cuando llegaron al laboratorio de criminalística, Tam ya estaba sentado ante el microscopio de Erin Volchko, estudiando un portaobjetos.

—Allí estáis —dijo Erin—. El detective Tam y yo estábamos mirando unas muestras de pelo de primates.

—¿Alguna se parece a los pelos que sacamos de la ropa de nuestra chica? —preguntó Jane.

—Sí, pero el microscopio no puede decirte cuál es la especie exacta. Para eso, utilicé otra técnica. Sobre la encimera, Erin desplegó una página impresa con columnas en diversos tonos de gris. —Estos son patrones de queratina. El pelo tiene diferentes componentes proteicos que pueden separarse por medio de electroforesis. Lo que se hace es lavar y secar la muestra, disolverla en una sopa de químicos y colocar las proteínas disueltas en una delgada capa de gel. Luego se lo somete a una corriente eléctrica. Eso hace que las distintas proteínas migren por el gel a diferentes velocidades.

—Y terminas con estas columnas grises.

—Sí. Eso es después de mancharlas con plata y aclararlas, para profundizar el contraste.

Frost se encogió de hombros.

—No me parece demasiado emocionante.

—Pero cuando le envié este patrón al Laboratorio Forense de Vida Silvestre de Oregón, pudieron compararlo con su base de datos de patrones de queratina.

—¿Hay una base de datos de patrones de queratina? —se asombró Tam.

—Por supuesto. Los científicos que estudian la vida silvestre en el mundo envían sus contribuciones a esa base de datos. Si la Aduana de los Estados Unidos captura un envío de pieles de animales, tienen que saber si pertenecen a especies en peligro de extinción. La base de datos los ayuda a identificar de qué animal

proviene la piel. —Erin abrió una carpeta y sacó otra página de patrones de queratina. —Aquí vemos con qué compararon nuestras muestras. Veréis que las bandas de proteínas se alinean casi perfectamente con un espécimen en particular.

Jane miró primero una página y luego la otra.

—La columna número cuatro —dijo.

—Correcto.

—¿Qué es el número cuatro, entonces?

—Un primate no humano, como supuse desde el comienzo. Un mono del Viejo Mundo, del género *Semnopithecus*. Esta especie en particular se conoce como el langur gris.

—¿Gris? —dijo Jane, levantando la mirada.

Erin asintió.

—El mismo color plata que esos pelos que estaban en la ropa de vuestra NN. Estos monos son bastante grandes, con caras negras y pelo gris plata o rubio. Se encuentran en el sur de Asia, desde China hasta la India, y son tanto terrestres como arbóreos. —Hizo una pausa. —Lo que significa que viven tanto en el suelo como en los árboles. —Se volvió hacia su ordenador e hizo una búsqueda de imágenes en Google. —Aquí hay una foto. Este es el aspecto que tienen los monos.

Lo que Jane vio en la pantalla hizo que sintiera un frío helado en las manos. *Cara negra. Pelo gris plateado*. Sintió el dolor en los omóplatos que le había provocado la bala al impactar contra su chaleco antibalas. Recordó la sangre que le había chorreado por la cara y la silueta que se había cernido sobre ella en el callejón.

—¿Cómo son de grandes estos monos? —preguntó en voz baja.

—Los machos miden alrededor de ochenta centímetros.

—¿Estás segura de que no son más altos?

—No son simios. Son solo monos.

Jane miró a Frost. Vio su cara pálida, sus ojos azorados.

—Es lo que viste ¿no? En el tejado.

Erin frunció el ceño.

—¿Qué fue lo que vio?

Frost negó con la cabeza.

—Era mucho más alto que ochenta centímetros.

Jane asintió.

—Concuerdo.

Erin miró primero a Frost, luego a Jane.

—¿Ambos visteis a esa cosa?

—Tenía esa cara —dijo Frost—. Y pelo gris plata. Pero no podía haber sido un mono. Además, ¿qué mono anda por allí con una espada?

—Bueno, eso sí que acaba de hacerme subir un escalofrío por la espalda —dijo Erin en voz baja—, sobre todo por la clase de mono que es. En la India, se los conoce también como los langur Hanuman. Hanuman es el dios hindú conocido como el Mono Guerrero.

Jane sintió en el cuello ese mismo escalofrío que había sentido Erin, como un susurro de aliento gélido. Pensó en la criatura que había visto en el callejón. Recordó el destello de la espada cuando se había vuelto y se había perdido entre las sombras.

—¿Ese es el mismo personaje que el Rey Mono? —dijo Tam—. Porque conozco esa leyenda. Hay una versión china, también. Mi abuela solía contarme las historias.

—¿Quién es el Rey Mono? —preguntó Jane.

—En China, su nombre es Sun Wukong. Nació de una roca mítica y comienza siendo solo un mono de piedra. Luego pasa a ser de carne y hueso y lo coronan rey de los monos. Se convierte en un guerrero y viaja al paraíso para aprender la sabiduría de los dioses. Pero allí arriba, se mete en todo tipo de problemas.

—¿Entonces es un personaje malvado? —preguntó Frost.

—No, malvado no. Solo impulsivo y travieso, como un mono de verdad. Hay un libro entero con sus historias. Se come todos los melocotones del huerto del paraíso. Bebe demasiado y se roba un elixir mágico. Se pelea con los Inmortales, que no saben qué hacer con él. Así que lo echan del Paraíso y lo encierran temporariamente en una cárcel en la montaña.

Frost rió.

—Me hace recordar a algunos compañeros del colegio de secundaria.

—¿Y qué le sucede después? —quiso saber Jane.

—Sun Wukong tiene toda una serie de aventuras en la Tierra. A veces causa problemas. En otras ocasiones, realiza buenas acciones. No recuerdo todas las historias pero sí que había muchas luchas mágicas y monstruos del río y animales que hablaban. Era un típico cuento fantástico.

—Los cuentos fantásticos no cobran vida —dijo Jane—. No pierden pelos de verdad sobre víctimas de verdad.

—Solo os estoy contando lo que dicen las leyendas sobre él. Es una criatura compleja, que a veces ayuda, otras destruye. Pero cuando tiene que elegir entre el bien y el mal, el Rey Mono casi siempre elige hacer lo correcto.

Jane contempló la foto en la pantalla del ordenador de Erin. Una cara que hacía solo un momento, le había provocado escalofríos.

—Entonces no es malvado en absoluto —dijo.

—No —concordó Tam—. A pesar de sus defectos, a pesar del caos que puede llegar a sembrar, el Rey Mono se pone del lado de la justicia.

VEINTE

El aroma salado de pollo asado al romero brotaba de la cocina de Angela Rizzoli y en el comedor se oía el tintineo de la vajilla y los cubiertos mientras el detective retirado Vince Korsak ponía la mesa. Afuera, en el jardín, la hija de Jane, Regina, reía y chillaba con Gabriel, que la empujaba en un columpio. Pero Jane no se daba cuenta de nada mientras leía, sentada sobre el sofá de su madre, con media docena de libros prestados de la biblioteca desparramados sobre la mesa de café. Libros sobre primates asiáticos y langures grises. Y libros sobre Sun Wukong, el Rey Mono. Descubrió que las aventuras de Sun Wukong no solo aparecían en libros sino también en películas y óperas chinas, bailes y hasta un programa de televisión para niños.

En una colección de cuentos populares chinos, Jane encontró una introducción a la leyenda. Aunque las historias habían sido escritas alrededor del año 1500 por un autor chino llamado Wu Cheng'en, los cuentos en sí eran muy antiguos y se decía que databan de una época de fantasmas y magia, un tiempo en el que dioses y monstruos luchaban tanto en el cielo como en la tierra.

Y una de las rocas de esa tierra, una roca que desde el momento de la creación conoció el aliento dulce del viento, el brillo de la luna, el favor de lo divino, produjo un huevo de piedra. Ese huevo se convirtió en un mono de piedra. Podía correr y saltar y trepar, un mono con ojos que lanzaban rayos de luz tan brillantes que hasta el Emperador Jade en el cielo se sorprendió.

El mono de piedra, sin padre ni madre, pronto se convirtió en el rey de todos los monos. Vivieron en perfecta armonía hasta que un día, el Rey Mono comprendió que la Muerte los aguardaba a todos. Entonces partió para aprender el secreto de la inmortalidad, un viaje que lo llevó al cielo y a la tentación, a las travesuras y a la prisión. Mientras marchaba a su propia ejecución, para que lo quemaran en un crisol con llamas alquímicas, el Rey Mono se liberó y su lucha por sobrevivir puso al cielo patas arriba hasta que los dioses se vieron obligados a encerrarlo dentro de la Montaña de los Cinco Elementos.

Allí aguarda en la oscuridad de piedra durante siglos, hasta el día en que lo necesiten. Un día en el que el mal estará presente en el mundo y el Rey Mono deberá emerger una vez más para librar batalla.

Jane dio vuelta la página y se encontró con la imagen de Sun Wukong, sujetando un bastón de lucha. Aunque era solo una ilustración, ver al Rey Mono hizo que se le erizara el vello de los brazos y de las piernas. Incapaz de apartar la mirada, contempló los dientes afilados que asomaban de la boca negra, la corona de pelo plateado.

Recordó una tarde en el zoo cuando tenía seis años, y su padre la había levantado en brazos para que viera a los monos araña. En cuanto la vieron, la jaula estalló en un caos aterrador: los monos chillaban y se lanzaban de rama en rama, como si acabaran de ver la cara del mismísimo Satanás. Un empleado del zoo llegó corriendo y ordenó: “*¡Atrás, todo el mundo atrás! ¡No sé qué los ha asustado!*” Pero mientras su padre la alejaba de esa jaula de monos aullantes, Jane sabía que había sido ella la que los había alterado. Le tenían miedo a ella. ¿Qué veían, más allá de una niñita de seis años con rizos oscuros?, se preguntó. ¿O existía algo más que habían reconocido aun entonces? ¿Algo sobre en quién y en qué se convertiría algún día?

—¿Cómo te está yendo con los libros de monos?

La voz de Korsak la sobresaltó, y Jane levantó la mirada. Él estaba vestido con su mejor ropa, al menos, la mejor que podía conseguir para una cena en casa de Angela Rizzoli. Por lo menos no tenía manchas de ketchup en la camiseta polo ni en los pantalones Dockers color Khaki. Tras sufrir un infarto unos años antes, Korsak había adelgazado quince kilos con una dieta saludable, pero comenzaba a recuperar el peso y a pesar de que tenía un agujero nuevo en el cinturón, éste luchaba contra una barriga en expansión.

—Es para un caso —dijo Jane. Cerró el libro que había estado leyendo, aliviada de poder alejar de su mente la imagen de Sun Wukong.

—Sí, me enteré. Otra vez te ha tocado uno raro. Comenzó con esa mujer muerta en el techo ¿no? Me hace sentir ganas de volver al ruedo.

Jane miró su barriga y pensó: no te veo con traje de torero.

Korsak se dejó caer en el sillón, el mismo en el que solía sentarse su padre. Era extraño verlo descansando en el antiguo sitio elegido por Frank Rizzoli, pero su padre había renunciado a su derecho a ese sillón el día en que había abandonado a Angela y se había ido a vivir con la Barbie Hueca. Así la llamaban todos ahora, aunque sabían su nombre: Sandie Huffington. “Sandie con e”. Jane sabía todo sobre la Barbie, incluidas las multas de tráfico que le habían puesto en los últimos diez años. Tres. A causa de la Barbie, Vince Korsak estaba sentado en ese sillón, gordo y feliz gracias a la comida de Angela.

Jane no quería pensar en las otras maneras en que Angela lo hacía feliz.

—Chinatown —gruñó Korsak—. Un sitio raro. Buena comida.

Por supuesto, él tenía que mencionar la comida.

—¿Qué recuerdas del tiroteo en el Fénix Rojo? —preguntó Jane—. Debes de haber oído el cotilleo en aquella época.

—Fue un caso terrible. ¿Por qué un tío con una hijita preciosa mataría a tiros a cuatro personas y luego se volaría la tapa de los sesos? En mi opinión, nunca tuvo sentido. —Negó con la cabeza. —Una niñita tan dulce, además. Muy mimada por su papá.

Jane se sorprendió.

—¿Conocías a la familia del cocinero?

—En realidad, no, pero solía ir a comer allí con frecuencia. Esos chinos no saben lo que es un día libre, así que el restaurante estaba siempre abierto, a todas horas de la noche. Podías salir del último turno y llegar a comer allí. Fui una vez a las diez de la noche de un domingo y esa niñita me trajo las galletas de la suerte. Suena a mano de obra infantil. Pero ella parecía feliz de estar con su papá.

—¿Estás seguro de que era la hija del cocinero? Ha de haber sido muy pequeña.

—Sí, era pequeña. ¿Qué tendría, unos cinco años? Preciosa, además. —Soltó un suspiro de tristeza. —No puedo creer que un padre haría eso, dejar a una viuda y a una hijita. Y ni hablar de todas las otras familias que arruinó. Unas semanas después raptaron a la hija de una de las víctimas.

—Charlotte Dion.

—¿Así se llamaba? Solo recuerdo que fue como una tragedia griega. Mala suerte sobre mala suerte.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —dijo Jane—. Dos años antes, también raptaron a la hija de otra de las víctimas, el camarero. Desapareció cuando volvía de la escuela.

—¿En serio? No lo sabía. —Korsak se quedó pensando unos instantes. —Espeluznante. De verdad que te hace preguntarte si es más que una coincidencia.

—Una de las últimas cosas que me dijo el detective Ingersoll por teléfono, fue algo sobre unas chicas. *Lo que les sucedió a esas chicas*. Esas fueron sus palabras.

—¿Esas dos chicas? ¿U otras chicas?

—No lo sé.

Korsak meneó la cabeza.

—Han pasado tantos años y seguimos hablando de ellas. Es raro pensar en que a estas alturas seguramente no sean más que esqueletos. —Hizo una pausa. —Pero no quiero pensar en eso esta noche. Sirvámonos vino.

—Pensé que eras más de la cerveza.

—Tu mamá me ha convertido. El vino es mejor para el corazón ¿sabes? —Se levantó del sillón. —Hora de hablar de cosas felices ¿vale?

No de gente muerta, pensó Jane. No de tiroteos masivos y chicas secuestradas. Pero cuando Gabriel entró en la casa con Regina de la mano, Jane no pudo evitar pensar en Charlotte Dion y Laura Fang. Ayudó a su madre a llevar las fuentes a la mesa, una sucesión de platos impresionantes. Crocantes patatas asadas. Judías verdes con aceite de oliva. Y por fin dos deliciosos pollos asados, aromatizados con romero. Pero aun cuando se sentaron a comer, mientras ataba el babero alrededor del cuello de Regina y le cortaba la carne en trocitos, Jane seguía pensando en las chicas desaparecidas y en esos padres devastados. ¿Cómo se las arreglaba una madre para seguir adelante? Se preguntó si Iris Fang en algún

momento habría considerado poner fin a su sufrimiento. Saltar del tejado, tomarse un puñado de pastillas para dormir. Cuánto más fácil que vivir con dolor, todos los días, añorando a los seres amados a los que jamás volvería a ver.

—¿Algún problema con la comida, Janie? —preguntó Angela.

Jane miró a su madre, que tenía la sorprendente capacidad de saber con exactitud qué era lo que cada uno de los invitados a su mesa se había llevado a la boca.

—Todo fantástico, Ma. Te has pasado esta noche.

—¿Entonces por qué no comes?

—Estoy comiendo, sí.

—Has comido un bocado de pollo y luego has comenzado a mover las cosas por el plato. Espero que no estés a dieta, porque no necesitas perder peso, cariño.

—No estoy a dieta.

—Todas las chicas viven a dieta. Se matan de hambre con ensaladas, ¿y para qué?

—Seguro que no es por los hombres —dijo Korsak con patatas en la boca—. A los hombres nos gusta un poco de carne en las mujeres. —Le guiñó un ojo a Angela.

—Mira a tu mamá, por ejemplo. Así debería ser una mujer.

Jane no podía ver lo que sucedía debajo de la mea, pero de pronto, su madre se enderezó en la silla abruptamente, riendo.

—¡Vincent! Compórtate.

Sí, por favor, compórtate. Porque me hace mal ver esto.

—Oye —dijo Korsak, mientras cortaba el pollo—, es un buen momento para contarles ya sabes qué.

Esas tres palabras nunca habían sonado tan ominosas. Jane levantó la barbilla en un segundo y miró a su madre.

—¿Qué es *ya sabes qué*?

—Es algo de lo que venimos hablando desde hace un tiempo —dijo Angela—. Vince y yo.

Jane miró a su marido, pero como siempre, Gabriel mostraba su cara de FBI, que no revelaba nada, aunque seguramente intuía hacia dónde iba esa conversación.

—Bien, como sabéis, Vince y yo hemos estado viéndonos desde hace bastante tiempo —dijo Angela.

—¿Bastante tiempo? ¿Qué ha sido... un año y medio?

—Eso es bastante tiempo para conocer a alguien, Janie. Y ver que es de buen corazón. —Angela sonrió a Korsak y ambos acercaron sus rostros para darse un beso ruidoso en los labios.

—Saliste con papá durante casi tres años —dijo Jane—. Y mira cómo terminó eso.

—Tenía quince años cuando conocí a tu padre. Fue solo mi segundo novio.

—¿Tenías quince años y ya habías tenido un novio?

—A lo que voy es que yo era apenas una niña y no sabía qué tenía para ofrecirme el mundo. Me casé demasiado joven, tuve hijos demasiado joven. Solo ahora sé lo que quiero.

Jane miró a Korsak y pensó: venga, no puedes estar refiriéndote *a él*.

—Por eso queríamos que vinierais a cenar esta noche, cariño. Gabriel y tú seréis los primeros en enterarse. Todavía no se los he contado a Frankie ni a Mike porque... bueno, ya sabes cómo son. Siguen muy apegados a su padre, a pesar de que se acuesta con la Barbie. —Angela hizo una pausa para calmarse. El solo hecho de mencionar a la Barbie hacía que su voz se elevara media octava. —Tus hermanos no quieren entender. Pero tú eres mi hija así que sabes lo que tenemos que soportar las mujeres en este mundo. Tú sabes lo injusto que es todo.

—Ma, no es necesario que te apresures a tomar decisiones.

—No, no, no vamos a apresurarnos. Vamos a tener un compromiso largo y luego lo haremos a la antigua. Encargaremos invitaciones en una imprenta. Alquilaremos un salón de recepción y un servicio de comidas. ¡Y podemos ir a comprarnos el vestido juntas, Janie! ¡Eso sí que sería una maravilla, tú y yo! Creo que iré de color melocotón o lavanda, puesto que no soy... bueno, ya sabes.

Jane miró a Korsak para ver cómo reaccionaba a esta lista de temas femeninos, pero él sonreía como un marinero feliz.

—Esta vez iré despacio y disfrutaré de cada momento de mi casamiento —dijo Angela—. Y les dará a tus hermanos la oportunidad de adaptarse.

—¿Y papá?

—¿Qué pasa con él?

—¿Cómo se adaptará?

—Es problema suyo. —La expresión de Angela se tornó sombría. —Mejor que no se le ocurra lanzarse hacia el altar primero. Ay, ya lo veo haciéndolo, ¿sabes? Casándose con la Barbie a toda velocidad solo para hacerme enfadar. —Miró a Korsak. —Tal vez, pensándolo bien, deberíamos adelantar la fecha.

—¡No! Oye, Ma, olvida que mencioné a papá.

—Ojalá pudiera olvidarlo, pero siempre estará allí, como una astilla en el pie. No puedo quitármela ni fingir que no está allí. Me molesta todo el tiempo. Espero que nunca tengas que pasar por eso, Janie. —Hizo una pausa y miró a Gabriel. —Claro que no será tu caso. ¡Tienes un hombre tan bueno!

Un hombre bueno que sigue molesto porque soy policía.

Sabiamente, Gabriel se mantenía fuera de la conversación; estaba concentrado en introducir pequeños cubos de patatas dentro de la boca de Regina.

—Así que ahora que habéis escuchado nuestra gran noticia —dijo Korsak, levantando la copa de vino—, ¡brindemos por la familia!

—¡Venga, Jane! ¡Gabriel! —los animó Angela—. ¡Brindemos!

Jane levantó su copa estoicamente y masculló:

—Por la familia.

—Piensa en esto —dijo Korsak, riendo mientras le palmeaba el brazo, feliz—: Ahora puedes llamarme “Papá”.

—Tampoco es que no te lo hayas visto venir —dijo Gabriel, cuando Jane y él conducían de regreso a su casa con Regina durmiendo en el asiento trasero—. Eran dos personas solas y mira lo felices que están ahora. Son una pareja perfecta.

—Sí. Ella cocina. Él come.

—Podría ser mucho peor.

—Ambos han sido despechados y se están recuperando. Es demasiado pronto para que se casen.

—La vida es corta, Jane. Deberías saberlo mejor que nadie. Puede terminar en un instante. Solo se necesita una carretera congelada, un conductor borracho.

O una bala en un callejón oscuro. Sí, ella lo sabía, porque con demasiada frecuencia, veía cómo se arrancaban vidas de cuajo. Veía cómo las ondas de la muerte sacudían a los vivos. Recordó la cara de sufrimiento de la madre de Joey Gilmore y el dolor en los ojos de Patrick Dion cuando hablaba de su hija, Charlotte. Aun diecinueve años más tarde, esas ondas seguían golpeando a los sobrevivientes.

—Me da pavor tener que darles la noticia a mis hermanos —dijo Jane.

—¿Crees que no lo tomarán bien?

—A Frankie le dará un ataque. Detesta la idea de que mamá... bueno, ya sabes.

—¿Se acueste con otro hombre?

Jane hizo una mueca.

—Admitiré que eso es lo que me da dentera. Korsak me cae bien. Es un buen hombre y la tratará bien. Pero, por Dios, es mi madre.

Gabriel rió.

—Y tu madre sigue teniendo sexo. Acéptalo. Llama a Frankie y quítate el tema de encima.

Pero cuando llegaron a casa, Jane pospuso la tarea y evitó el teléfono por completo. En cambio, puso agua a hervir y se sentó a la mesa de la cocina para seguir leyendo los libros de la biblioteca. La ilustración del Rey Mono la miraba con expresión torva; el animal esgrimía el bastón, una imagen tan amenazante que a Jane le costó tocar el libro para pasar a la siguiente página.

Capítulo Nueve. La historia de Chen O.

La gran ciudad de Ch'ang-an había sido la capital de toda China durante largo tiempo. Reinaba Tai Tsing, de la dinastía Tang. Toda la nación estaba en paz.

Era un comienzo agradable para una historia sobre un joven virtuoso y académico llamado Chen O. Tras desposar a una gran belleza, fue nombrado gobernador de una región distante. Junto con su esposa embarazada y sus sirvientes, viajaron a través del campo verde y florido hacia su nuevo destino. Pero cuando llegaron al cruce de un río, la encantadora fábula de pronto se transformó en un cuento sangriento de una masacre llevada a cabo por bandidos armados. No era una dulce fábula, después de todo, sino una historia de gritos y terror, de cuerpos mutilados arrojados a las aguas furiosas del río. Solo una persona sobrevivió a la masacre de esa noche: la esposa embarazada, a quien raptaron por su belleza y encerraron hasta el nacimiento de su hijo condenado.

El chillido del hervidor desconcentró a Jane de la historia. Levantó la mirada y vio que Gabriel apagaba la llama y vertía agua en la tetera. Ni siquiera lo había oído entrar en la cocina.

—¿Te resulta fascinante esa lectura? —preguntó.

—Joder, qué libro siniestro —respondió Jane con un estremecimiento—. Nunca le leería estos cuentos a mi hija. Mira esta, por ejemplo. “La historia de Chen O.” Es sobre una masacre en el cruce de un río y la única sobreviviente es una mujer embarazada que termina raptada por los asesinos.

Gabriel llevó la tetera a la mesa y se sentó frente a Jane. Había estado apagado toda la velada y Jane notó la arruga delatora entre sus cejas. Un leve ceño fruncido que solo veía ahora, en la luz intensa de la cocina.

—Sé que no puedo hacerte cambiar de idea sobre este caso —dijo él—. Solo quiero dejar asentada mi preocupación.

Jane suspiró.

—La registro.

—Jane, no puedo quitármelo de la cabeza. El aspecto que tenías cuando volviste a casa la otra noche. En estado de shock. Con sangre por toda la ropa. No te he visto tan alterada desde que...

No dijo el nombre, pero ambos sabían que pensaba en el monstruo que los había hecho conocerse. El hombre que había dejado las cicatrices en las manos de Jane, el hombre cuyas pisadas sangrientas todavía perseguían a Jane en sus pesadillas.

—Recuerdas cómo me gano la vida ¿verdad?

Él asintió.

—Yo sabía que habría días como estos. Es solo que no me di cuenta de lo difícil que sería vivir con ellos.

—¿Te arrepientes alguna vez? —preguntó ella en voz baja.

—¿De casarme con una mujer policía?

—De casarte conmigo.

—Bueno, pues... —Gabriel se frotó el mentón y soltó un exagerado *hmmmmmm*. —Déjame pensarlo.

—¡Gabriel!

Él se volvió cuando sonó el teléfono.

—¿Por qué tienes que hacer esa pregunta? —dijo, mientras atravesaba la cocina para atender—. No me arrepiento de nada. Solo te estoy diciendo que no me gusta lo que sucede ni a qué te estás enfrentando.

—A mí tampoco me gusta demasiado —admitió Jane y volvió a mirar el libro. Y la historia de Chen O. Igual que el Fénix Rojo, era una historia de masacre. Y de una mujer secuestrada, pensó, recordando a Charlotte Dion.

—Jane, es para ti. —Gabriel tenía el teléfono en la mano y una expresión de preocupación en los ojos. —No quiso darme su nombre.

Jane cogió el teléfono. Sintió que su esposo la miraba mientras atendía.

—Habla la detective Rizzoli.

—Sé que ha estado haciendo averiguaciones sobre mí, así que pensé que sería mejor ir directo al grano. Hablemos cara a cara. A las cuatro de la tarde de mañana, en mi casa. Solo usted, nadie más. Puede decirle a su esposo que no tiene nada que temer.

—¿Quién habla? —exclamó Jane.

—Kevin Donohue.

Ella miró rápidamente a Gabriel y con esfuerzo, se las arregló para responder con voz serena:

—¿Por qué asunto es, señor Donohue?

—Por el Fénix Rojo. Su investigación se está descarrilando por completo. Creo que es hora de aclarar algunas cuestiones.

VEINTIUNO

A pesar de que tanto Frost como Tam la vigilaban desde sus coches, Jane se sentía peligrosamente sola y expuesta cuando tocó el timbre del portón de Kevin Donahue. Instantes más tarde dos hombres corpulentos avanzaron hacia ella por el camino de entrada; ambos mostraban el bulto conspicuo de las armas debajo de sus chaquetas. No le hicieron preguntas, solo le abrieron el portón y volvieron a cerrarlo detrás de ella. Mientras pasaba debajo del arco, vio que había una cámara de seguridad montada en él. Estaban monitoreando cada uno de sus movimientos.

Siguió a los hombres por el camino de entrada y notó la ausencia de árboles y arbustos. Solo había un gran jardín de césped y una entrada de cemento bordeada por feos postes de luz, en los que se veían más cámaras de seguridad. Aquí estaba la prueba contundente de que ser príncipe de la mafia irlandesa tenía sus desventajas. Nunca podías dejar de mirar por encima de tu hombro porque sabías que en algún lado había una bala con tu nombre.

A pesar de lo rico que era, Donohue tenía un gusto deprimentemente corriente, algo que quedó a la vista en cuanto Jane entró en la casa y vio los sosos cuadros al pastel que colgaban de la pared. Parecían los paisajes producidos en masa que se venden en los centros comerciales. Sus escoltas la llevaron a la sala, donde un hombre enorme, hinchado como un sapo, esperaba sentado en un gran sillón. De cara bien afeitada, tendría unos sesenta y cinco años, comenzaba a perder el pelo y tenía ojos azules bajo pesados párpados. No fue necesario que se lo presentaran; Jane ya sabía que ese personaje parecido a Jabba the Hutt era Kevin Donohue, conocido por sus apetitos impresionantes y también por su impresionante mal carácter.

—Revísala, Sean —dijo alguien. Jane no había visto que había otro hombre en la sala, un sujeto delgado y de aspecto nervioso, enfundado en un traje.

Uno de sus escoltas se le acercó con un escáner de frecuencia radial y Jane preguntó, tajante:

—¿Qué demonios es todo esto?

—Soy el abogado del señor Donohue —dijo el hombre delgado—. Antes de que hable con usted, debemos asegurarnos de que no tenga un micrófono. Y tendrá que entregarnos su móvil.

—Ese no fue parte del acuerdo.

—Detective Rizzoli —dijo Donohue con voz grave—. Le estoy otorgando el privilegio de quedarse con su arma, ya que vino aquí por su propia voluntad. Pero no quiero que se grabe esta conversación. Si teme por su seguridad, estoy seguro de que sus colegas que están aparcados afuera entrarán corriendo ante el

menor indicio de problemas.

Durante varios segundos Jane y Donohue se miraron. Luego ella le entregó su móvil al abogado y permaneció inmóvil mientras el guardaespaldas la revisaba en busca de señales de radio. Solo cuando Sean declaró que estaba limpia, Donohue le hizo un gesto de que se acercara al sofá y la invitó a sentarse. Ella eligió un sillón, en cambio, para tener los ojos al mismo nivel que los de él.

—Su reputación la precede —dijo Donohue.

—También a usted.

Él rió.

—Veo que los rumores son ciertos.

—¿Rumores?

Él entrelazó las manos sobre su barriga prominente.

—La detective Jane Rizzoli. Lengua afilada. Todo un bulldog.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Razón por la cual le digo que vaya a escarbar a algún otro sitio en busca de huesos. Pierde el tiempo conmigo.

—¿Sí?

—Ha estado haciendo muchas preguntas sobre mí. Su marido, también. Sí, claro, sé todo sobre su marido, el señor Agente Especial Gabriel Dean. La parejita de las fuerzas del orden. No me preocupa que vaya a encontrar algo útil, eh. Pero con tantas preguntas, me hace parecer débil ante mis rivales. Como si estuviera a punto desmoronarme. Y si me veo débil, aparecen los buitres. —Se inclinó hacia adelante; la barriga le colgaba por encima del cinturón. —No va a encontrar nada ¿está claro? *Nada* que pueda vincularme con el Fénix Rojo.

—¿Qué me dice de Joey Gilmore?

Él suspiró.

—Ha estado hablando con la vieja bruja de su madre.

—Ella dice que usted y Joey tuvieron un altercado hace diecinueve años.

—Cosillas menores. No valían el precio de una bala.

—No pueden ser tan pequeñas si ahora está trayendo a gente de afuera para limpiar.

—¿Cómo dice?

Jane miró a los dos guardaespaldas.

—Sacaré de mi bolsillo unas fotografías ¿vale? No os pongáis nerviosos, muchachos. —Sacó dos imágenes de la morgue y las empujó hacia Donohue por encima de la mesa de café. —Sus empleados contratados están perdiendo la cabeza....

Donohue se quedó mirando las fotos. De todas las que habría podido llevar, Jane había elegido las dos más grotescas. La NN con la herida abierta en el cuello. El NN con la cabeza decapitada junto a su tórax sobre la mesa de autopsias. Las

fotografías tuvieron el efecto deseado: Donohue se había puesto tan pálido como los cadáveres.

—¿Por qué mierda me enseña esto? —exclamó.

—¿Por qué contrató a estos dos asesinos?

El abogado intervino.

—Esta conversación ha terminado. Sean. Colin. Acompañen a la detective Rizzoli a la calle.

—Cállate —dijo Donohue.

—Señor Donohue, no le conviene....

—Voy a responder a la pregunta de ella ¿de acuerdo? —Donohue miró a Jane. —Yo no los contraté. Ni siquiera sé quién es la mujer. —Bajó la mirada hacia la fotografía de la NN con un nuevo interés y observó con un gruñido: —Linda chica. Qué desperdicio.

—¿Y el hombre? ¿Lo reconoce?

—Puede ser. Lo veo algo conocido. ¿Qué opinas, Sean?

El guardaespaldas Sean estudió la foto.

—Creo que lo he visto por allí. No sé su nombre, pero es local. Ucraniano o ruso. Donohue meneó la cabeza.

—Esos muchachos son malas noticias. Carecen completamente de consciencia moral. Le aseguro que este tío nunca trabajó para mí. —Miró a Jane. —Y supongo que ahora jamás lo hará.

—¿Por qué no le creo? —dijo Jane.

—Porque usted ya ha decidido que soy culpable. Aunque yo le jure por la Biblia de mi madre que no contraté a esos dos. —Tras el impacto inicial de ver las fotos de la morgue, había recuperado el color y la arrogancia. —Así que tal vez quiera pensar en dejarme en paz.

—¿Me está amenazando, señor Donohue?

—Usted es una chica inteligente. ¿Qué le parece?

—Me parece que está asustado. Me parece que sabe que está acorralado.

—¿Por usted? —Él rió. —Usted es la menor de mis preocupaciones.

—Me llamó un bulldog, ¿recuerda? Pues voy a seguir escarbando en su jardín porque allí es donde encontraré los huesos de Joey Gilmore.

—Ay, por favor. El cocinero mató a esas personas y luego se voló la cabeza. Todo el mundo sabe que fue suicidio, pero la vieja bruja de la madre de Joey no quiere soltar. Por eso me ha enviado esa nota de mierda.

Jane se inmovilizó.

—¿Usted ha recibido una nota?

—Hace unas pocas semanas recibí una copia del obituario de Joey. Con un mensaje estúpido que ella escribió en el reverso. *Sé lo que realmente sucedió.* ¿Y eso qué mierda significa?

—Si la señora Gilmore es el motivo por el que está investigando al señor Donohue —dijo el abogado—, no pierda el tiempo.

—¿Cómo sabe que Mary Gilmore está enviando esas notas? —preguntó Jane—. ¿La suya estaba firmada? Había una dirección de remitente?

El abogado frunció el ceño cuando registró lo que Jane había dicho.

—¿Notas, en plural? ¿Está diciendo que ella ha enviado más de una?

—Ha habido otras, enviadas por correo a todos los familiares de las víctimas del Fénix Rojo. Las notas son similares a la que recibió el señor Donohue.

El abogado parecía perplejo.

—Esto no tiene sentido. ¿Por qué hostigaría la señora Gilmore a otras personas con esas notas?

—Tal vez no sea ella quien las envía —dijo Jane.

El abogado y Donohue cruzaron miradas.

—Tenemos que repensar todo esto —dijo el abogado—. Queda claro que algo más está sucediendo. Si no es Mary Gilmore la que hace esto...

Donohue cerró los puños carnosos.

—Quiero saber quién mierda es.

VEINTIDÓS

Maura despertó poco después de la madrugada y se alegró de ver que era un día de sol. Prepararía tortitas y salchichas para el chico y luego saldrían a recorrer Boston. El primer destino era la ruta Freedom Trail y el North End, y luego irían a hacer un picnic y correr con el perro en la Reserva Blue Hills. Había planeado un día con tantas actividades que habría poco tiempo para silencios incómodos y para todos los recordatorios de que seguían siendo casi desconocidos. Seis meses antes, en las montañas de Wyoming, ella le había confiado su vida a Julian “Rata” Perkins. Ahora tenía que reconocer que este alto adolescente con pies enormes seguía siendo un misterio para ella. Se preguntó si él sentiría lo mismo respecto de ella. ¿Acaso temía que ella lo abandonara, como lo habían hecho todas las otras personas de su vida?

Se vistió con vaqueros y una camiseta, un atuendo adecuado para salir de paseo con el perro. Pensó en los bocadillos de pollo y aguacate que planeaba hacer y se preguntó si a Rata le gustarían los aguacates. ¿Habría probado alguna vez un aguacate, o brotes de alfalfa o estragón? Qué poco sé de él, pensó. Y sin embargo, aquí está, y es parte de mi vida.

Caminó por el pasillo y vio que la puerta del dormitorio de él estaba abierta.

—¿Rata? —dijo. Se asomó dentro y no lo vio.

En la cocina, lo encontró sentado delante del ordenador que ella había dejado sobre la mesa la noche anterior. El perro estaba tendido a sus pies y levantó las orejas al ver a Maura, como si por fin hubiera llegado alguien dispuesto a prestarle atención. Maura miró por encima del hombro del chico y se sorprendió al ver una imagen de autopsia en la pantalla.

—No veas eso —dijo—. Debería haber guardado todo esto anoche. —Pulsó la tecla de Escape y la foto de la morgue desapareció de vista. Recogió rápidamente los archivos del Fénix Rojo y los colocó sobre la encimera. —¿Qué te parece si me ayudas con el desayuno?

—¿Por qué lo hizo? —preguntó el chico—. ¿Por qué mataría a gente que ni siquiera conocía?

Maura lo miró y vio que estaba preocupado.

—¿Has leído el informe policial?

—Estaba aquí sobre la mesa y no pude evitar leerlo. Pero no puedo encontrarle sentido. ¿Por qué alguien haría una cosa así?

Ella acercó una silla y se sentó frente a él.

—A veces, Rata, no hay manera de explicar estas cosas. Lamento decir que con demasiada frecuencia no tengo la menor idea de por qué la gente hace cosas así. Por qué ahogan a sus bebés o estrangulan a sus esposas o les disparan a sus

colegas. Veo los resultados de sus actos, pero no puedo decirte qué los lleva a cometerlos. Solo sé que sucede. Y que la gente es capaz de hacer cosas terribles.

—Lo sé —murmuró él y miró al perro, que había apoyado su cabeza enorme sobre el regazo de Rata como si supiera que el muchacho necesitaba consuelo en ese momento. —¿Entonces esto es a lo que te dedicas?

—Así es.

—¿Te gusta tu trabajo?

—No sé si “gustar” es la palabra adecuada.

—¿Y cuál es la palabra adecuada?

—Es desafiante. Interesante.

—¿Y no te hace mal ver cosas como estas?

—Alguien tiene que hablar por los muertos. Yo sé hacerlo. Ellos (sus cuerpos, en realidad) me cuentan cómo murieron. Si fue una muerte natural o si fue violenta. Sí, puede resultar perturbador. Puede hacer que te cuestiones qué significa pertenecer a la raza humana cuando ves lo que las personas se hacen unas a otras. Pero es el trabajo que siempre sentí que debía hacer: ser la voz de ellos.

—¿Crees que yo podría hacerlo? —Miró la pila de carpetas. ¿El trabajo que haces tú?

—¿Te refieres a ser patólogo?

—Yo también quiero encontrar las respuestas. —La miró. —Quiero ser como tú.

—Y eso —dijo ella con una sonrisa— es la cosa más halagüeña que me han dicho en mi vida.

—En Evensong mis profesores dicen que tiendo a notar cosas que otra gente pasa por alto. Así que pienso que podría hacerlo.

—Si quieres ser patólogo —dijo Maura—, tendrás que obtener muy buenas calificaciones en el colegio.

—Lo sé.

—Tendrás que ir a la universidad y luego estudiar cuatro años de Medicina. Después, deberás hacer una residencia, más una beca de investigación en patología forense. Son muchos años y mucho compromiso, Rata.

—¿Estás diciendo que no crees que pueda hacerlo?

—Solo estoy diciendo que tiene que ser algo que realmente quieras hacer. —Miró dentro de los ojos oscuros del chico y creyó vislumbrar al hombre en que algún día se convertiría. Intenso y ferozmente leal. Un hombre que no solo hablaría por los muertos, pero que también pelearía por ellos. —Tendrás que aprender ciencia, porque solo la ciencia probará tu caso en el estrado de los testigos. Una corazonada no alcanza.

—¿Y si tu corazonada es realmente fuerte?

—No es nunca tan convincente como lo que te puede decir una gota de sangre.

—Pero una corazonada te dice cuando algo no está bien. Como en esa foto.

—¿Qué foto?

—La del hombre chino que se suicidó. Te lo enseñaré. —Se puso de pie y trajo el ordenador y las carpetas de nuevo a la mesa. Con algunos movimientos del ratón, reabrió la imagen digital del cadáver de Wu Weimin, tendido en la cocina del Fénix Rojo.

—La policía dijo que se disparó una vez, en la cabeza —dijo Rata.

—Sí.

—Mira lo que está en el suelo junto a él.

La noche anterior, ella había dedicado una rápida mirada a las fotos. Era tarde, había tenido un día largo con el chico y tras dos copas de vino, se había sentido soñolienta. Ahora se concentró en el cocinero muerto y en el arma que seguía en su mano. Junto a su hombro se veía un cartucho de bala.

Rata le señaló lo que ella no había visto, en la periferia de la fotografía. Un segundo cartucho.

—El informe dice que tenía un disparo en la cabeza —dijo Rata—. ¿Pero si disparó dos veces, dónde fue a parar la otra bala?

—Podría haber terminado en cualquier lado. En las circunstancias, la policía seguramente no encontró razones para buscarla.

—¿Y por qué disparó dos veces?

—Lo he visto antes en suicidios. La víctima tiene que juntar valor para matarse y en ocasiones yerra la primera vez. O el arma se dispara por accidente. Hasta he visto un suicidio en el que la víctima se disparó más de dos veces en la cabeza. Otro que se disparó con su mano no dominante. Y hubo un hombre que... —Se interrumpió, repentinamente horrorizada por la conversación que estaba teniendo con un chico de dieciséis años. Pero él la miraba con la serenidad de un colega.

—Ciertamente es una preocupación válida para tratar —dijo Maura—. Estoy segura de que la policía la ha considerado.

—Pero no los hizo cambiar de idea. Siguen diciendo que mató a esas cuatro personas, aunque no pueden explicar por qué.

—¿Y cómo podrían hacerlo? Muy pocas personas conocían realmente al cocinero.

—Igual que nadie me conocía realmente a mí —dijo él en voz baja.

Maura comprendió qué era lo que realmente le preocupaba. A él también lo habían llamado asesino; a él también lo habían juzgado personas que casi no lo conocían. Cuando Rata miraba a Wu Weimin, se veía a sí mismo.

—De acuerdo —concedió Maura—. Supongamos por ahora que él no se suicidó. Digamos que se armó todo para que pareciera un suicidio. Lo que significa que otra persona debe haber matado a los demás y luego al cocinero.

Rata asintió.

—Piénsalo. Imagina que eres el cocinero. Estás en la cocina y alguien comienza a disparar en el otro salón. La pistola no tenía silenciador, así que escucharías los disparos.

—¿Entonces cómo nadie más los escuchó? El informe decía que había gente en los tres apartamentos de arriba, pero que solo escucharon un disparo. Por eso nadie llamó a la policía de inmediato. Luego la esposa del cocinero bajó y descubrió el cuerpo de su esposo.

—¿Cuánto leíste de todo esto?

—Casi todo.

—Es más de lo que leí yo —admitió Maura. Abrió la carpeta en el informe presentado por Staines e Ingersoll. Cuando el detective Tam le había dejado el material, ella no había visto con agrado el trabajo adicional y lo había dejado a un lado hasta la noche anterior, cuando había mirado rápidamente las fotografías. Ahora leyó el informe policial de cabo a rabo y confirmó lo que Rata acababa de decirle. Siete testigos distintos declararon que solo escucharon un disparo, y sin embargo, se encontraron nueve cartuchos de bala en el Fénix Rojo.

Su sexto sentido comenzaba a hacerle sentir un cosquilleo. Esa sensación de que algo no estaba bien, como había dicho el chico.

Abrió el informe de la autopsia de Wu Weimin. Según el patólogo, encontraron al cocinero tendido de costado, con la espalda contra la puerta cerrada del sótano. La mano derecha —que todavía aferraba la pistola— fue posteriormente hisopada y el resultado dio positivo para residuos de pólvora. Sin prestar atención al hecho de que Rata estaba observando, Maura cliqueó en las fotografías de la autopsia del cocinero. La bala fatal había entrado en la sien derecha y un primer plano mostraba que era una herida de contacto: los bordes estaban quemados y ennegrecidos en un anillo de presión y abrasión causado por los gases que salieron del caño. No había herida de salida. Maura cliqueó en la radiografía del cráneo y vio fragmentos metálicos desparramados por toda la cavidad craneal. Una bala de punta hueca, pensó, diseñada para causar un efecto hongo y desintegrar, transfiriendo su energía cinética directamente a los tejidos. Máximo nivel de daños con mínima penetración.

Pasó a los siguientes archivos.

El segundo informe de autopsia era de James Fang, de treinta y siete años, a quien habían encontrado caído detrás del mostrador de la caja registradora. Tenía un disparo en la cabeza. La bala había entrado por encima de su ceja izquierda.

El tercer informe era de la autopsia de Joey Gilmore, de veinticinco años. Su cuerpo cayó delante del mostrador con la caja registradora y se habían encontrado envases de comida para llevar desparramados en el suelo a su alrededor. Le habían disparado una vez, en la nuca.

Las dos últimas víctimas eran Arthur y Dina Mallory, hallados cerca de la mesa en un rincón donde habían estado sentados. A Arthur le dispararon dos veces, una vez en la nuca, otra en la columna. A su esposa, tres veces; las balas entraron en su mejilla, en la mitad de la espalda y en el cráneo. Cuando leyó el resumen del patólogo, Maura vio que había llegado a la misma conclusión que ella: que Dina Mallory había estado en movimiento cuando le dispararon las primeras dos veces, probablemente tratando de huir de su atacante. Maura estaba a punto de dejar a un lado el informe cuando una oración que describía la disección del estómago y el duodeno le llamó la atención.

Tomando como base el volumen del contenido gástrico, que parece incluir fragmentos de espaguetis con salsa de tomates, el período postprandial se estima en una o dos horas.

Maura abrió el informe de la autopsia de Arthur Mallory y leyó el examen de su estómago que —como era rutina en una autopsia, había sido abierto para examinar el contenido.

El contenido gástrico parece incluir queso y carne, con fragmentos de lechuga parcialmente digeridos. Se estima que el intervalo postprandial fue de una a dos horas.

Esto no tenía sentido. ¿Por qué los Mallory, con el estómago lleno de lo que parecía ser una comida italiana, estaban sentados en un restaurante chino?

La descripción de contenidos gástricos, de lechuga macerada y salsa de tomate, le había arruinado el apetito.

—Esta no es la forma de comenzar el desayuno —dijo Maura y cerró la carpeta—. Es un día precioso y voy a preparar tortitas ¿qué te parece? No pensemos más en esto.

—¿Y la bala que falta? —preguntó Rata.

—Aún si pudiéramos encontrarla ahora, no cambiaría las conclusiones. Hace años que se enterraron o cremaron los cadáveres y que se limpió la escena del crimen. Para reabrir un caso, necesitas nueva evidencia forense. Después de tantos años, no quedaría nada.

—Pero algo no cuadra en todo esto ¿no? Tú también lo piensas.

—De acuerdo. —Maura suspiró. —Supongamos que el cocinero no se mató. Supongamos que otra persona, un desconocido, entró y comenzó a disparar. ¿Por qué el cocinero no huyó?

—Tal vez no pudo salir.

—Hay otra salida en la cocina. El informe dice que da a un callejón.

—Tal vez la puerta estaba cerrada desde fuera.

Maura abrió las imágenes de la escena del crimen en su ordenador portátil. Era algo completamente inadecuado para el chico, pero había hecho buenas preguntas y nada de lo que había visto u oído hasta el momento parecía haberlo afectado.

—Aquí —dijo Maura, señalando la salida de la cocina. —Parece que está entreabierta. O sea que no había motivos para que no pudiera escapar. Si escuchó disparos en el comedor, cualquiera con sentido común habría huido corriendo por esa puerta.

—¿Y qué hay de esa puerta? —Rata señaló la puerta que bajaba al sótano, bloqueada por el cuerpo del cocinero. —Tal vez iba a ocultarse allí.

—El sótano no tiene salida. No sería lógico dirigirse allí. Mira la totalidad de la evidencia, Rata. Lo encuentran con la pistola en la mano. Tiene restos de pólvora en la mano, lo que significa que estaba en contacto con el arma cuando se disparó. —Se interrumpió y de pronto recordó el cartucho adicional. Dispararon dos veces en la cocina pero solo se oyó un disparo. Y la pistola Glock tenía un caño que permitía que se adosara un silenciador. Intentó imaginar una secuencia alternativa de eventos. Un asesino desconocido ejecuta a Wu Weimin. Le quita el silenciador al arma y la coloca en la mano del muerto. Dispara una vez para que queden residuos de pólvora en la piel de la víctima. Eso explicaría por qué se oyó solamente un disparo pero había dos cartuchos en la cocina. Pero quedaba un detalle inexplicable en esa escena: por qué Wu Weimin, teniendo la posibilidad de huir por la puerta de tras, había decidido quedarse en la cocina.

Maura se concentró en la puerta que daba al sótano. En el cuerpo del cocinero, tendido delante de ella. Bloqueándola. De pronto, pensó: Tal vez no podía escapar.

Porque tenía una muy buena razón para quedarse.

VEINTITRÉS

—El Luminol seguramente hará que todo este sitio se encienda —dijo Jane—. Según el agente inmobiliario, lo único que hicieron después del tiroteo fue lavar las paredes y el suelo. Nunca se cambió el linóleo. Así que no estoy segura de qué va a demostrar este procedimiento.

—No lo sabremos hasta que veamos ¿no? —dijo Maura.

Estaban afuera del antiguo restaurante Fénix Rojo, esperando que llegaran los técnicos de criminalística. Se necesitaba oscuridad total para examinar correctamente el interior, y el atardecer ya se estaba convirtiendo en noche, trayendo consigo una humedad fría que hizo desear a Maura haber traído algo más que su impermeable. En el extremo más distante de la calle Knapp brillaba una farola, pero de este lado de la calle había sombras profundas y el edificio, con las ventanas clausuradas y el portón exterior de acero, parecía una prisión que mantenía encerrados a sus fantasmas.

Jane espió por la ventana del restaurante y se estremeció.

—Ya hemos estado ahí dentro, ¿sabes? Es un sitio siniestro, y seguramente esté lleno de cucarachas. Solo paredes desnudas y habitaciones vacías. Realmente no hay nada para ver.

—La sangre seguirá ahí —dijo Maura. El jabón y los paños solo borraban la evidencia visible: el fantasma químico de la sangre permanecía adherido a las paredes y el suelo. El Luminol podía revelar antiguas manchas y pisadas que podrían haberse pasado por alto durante la investigación original.

El resplandor de luces la hizo volverse y entornar los ojos cuando un coche dobló por la esquina y disminuyó la velocidad hasta frenar por completo. Frost y Tam bajaron del vehículo.

—¿Tienes la llave? —dijo Jane.

Frost la sacó de su bolsillo.

—Tuve que firmar de todo para que el señor Kwan me la diera.

—¿Por qué tanto? No hay nada para robar aquí.

—Dijo que si dañábamos algo arruinaríamos el valor de reventa.

Jane soltó un bufido.

—Podría mejorar el valor de reventa con una barra de dinamita.

Frost abrió la puerta y buscó el interruptor de luz. No sucedió nada.

—La bombilla debe de haberse quemado, finalmente —comentó.

En la oscuridad más allá del umbral, algo se movió ante la repentina invasión. Maura encendió su linterna y vio que media docena de cucarachas huían de una viga y desaparecían debajo del mostrador donde había estado la caja registradora.

—¡Puaj! —dijo Frost—. Apuesto a que hay un millón de cucarachas ahí abajo.

—Gracias —masculló Jane—. Ahora nunca podré quitarme esa imagen de la cabeza.

Los cuatro haces de luz cortaban la oscuridad y se entrecruzaban. Como había descrito Jane, el salón era solo paredes desnudas y suelo, pero cuando Maura lo recorrió con la mirada, las imágenes de las fotos de la escena del crimen se superponían. Veía a Joey Gilmore caído cerca del mostrador. Veía a James Fang muerto detrás de la caja registradora. Cruzó hasta el rincón donde habían muerto los Mallory e imaginó los cuerpos caídos. Arthur con la cara contra la mesa. Dina tendida en el suelo.

—¿Hola? —dijo una voz desde el callejón—. ¿Detective Rizzoli?

—¡Estamos aquí! —respondió Jane

Un nuevo par de linternas en duelo se unió a las de ellos cuando dos hombres de la unidad de criminalística entraron en el salón.

—Decididamente, hay oscuridad suficiente —dijo uno de ellos—. Y no hay que mover muebles, así que esto será rápido. —Se agachó y examinó el suelo. —¿Es el mismo linóleo?

—Eso nos han dicho —respondió Tam.

—Pues lo parece. Linóleo estampado, con muchas ranuras. Debería encenderse realmente bien. —Gruñó mientras se ponía de pie; su barriga era del tamaño de un embarazo de ocho meses.

Su colega, mucho más delgado, que se elevaba por encima de él como una torre, dijo:

—¿Qué esperáis encontrar aquí?

—No lo sabemos con certeza —dijo Jane.

—Debéis tener una razón para revisarlo nuevamente tras diecinueve años.

En el silencio, Maura sintió que se ruborizaba y se preguntó si toda la responsabilidad de esta decisión caería sobre sus hombros. Entonces, Jane dijo:

—Tenemos motivos para creer que no se trató de un asesinato con posterior suicidio.

—¿Entonces estamos buscando pisadas que no tienen explicación? ¿Evidencia de que hubo un intruso?

—Eso sería un comienzo, sí.

Su colega obeso suspiró.

—Bien, lo haremos de principio a fin. Lo queréis, lo tenéis.

—Os ayudaré a descargar la camioneta —dijo Tam.

Los hombres entraron con el equipo de iluminación y de video, cables eléctricos y productos químicos. Aunque todas las bombillas del restaurante se habían quemado, las tomas de electricidad todavía funcionaban y cuando conectaron el cable para iluminar el comedor, el resplandor de las lámparas parecía el del sol.

Mientras uno de los técnicos grababa la escena en video, su compañero sacó cajas de productos químicos que estaban dentro de una nevera portátil. Solo entonces, a la luz, Maura reconoció a ambos hombres como los que habían estado en la escena del crimen en el techo.

Lentamente, el que filmaba recorrió el salón con la cámara y se enderezó.

—¿Ya estás listo para comenzar, Ed?

—En cuanto todos se hayan colocado el equipo —respondió Ed—. Hay máscaras en esa caja de allí. Debería haber suficientes para todos.

Tam le entregó a Maura un par de gafas y una máscara con respirador, que ella se colocó sobre la cara para protegerse de los gases del luminol. Solo cuando todos se hubieron protegido, Ed —al menos ella ahora conocía el nombre del hombre alto— comenzó a mezclar los productos químicos. Agitó la solución en un frasco y luego la vertió dentro de un rociador.

—¿Quién se quiere encargar de las luces?

—Yo lo haré —dijo Frost.

—Va a estar muy oscuro aquí, así que quédese junto a la lámpara o no sabrá donde está el interruptor. —Ed recorrió el salón con la mirada. —¿Por dónde queréis comenzar?

—Por este sector —dijo Jane, señalando la zona cercana a la caja registradora.

Ed se ubicó en posición, luego miró a Frost.

—Luces.

La habitación quedó a oscuras y la oscuridad pareció magnificar el sonido de la respiración de Maura en la máscara. Oyó un siseo ligero mientras Ed rociaba una bruma de luminol. De pronto apareció un patrón geométrico verdeazulado en el suelo, cuando el producto reaccionó con los rastros de antigua hemoglobina. Donde cae, chorrea o fluye sangre, deja ecos de su presencia. Diecinueve años antes, la sangre había penetrado el linóleo, alojándose tan obstinadamente en rajaduras y hendidias que no había podido ser erradicada, ni siquiera con un lavado meticuloso.

—Luz.

Frost accionó el interruptor y todos parpadearon ante el repentino resplandor. El brillo verdeazulado había desaparecido; en su lugar estaba el mismo suelo que habían visto antes.

Tam levantó la mirada de su ordenador portátil, en el que había cargado las fotos de la escena del Fénix Rojo.

—Se corresponde con lo que veo aquí —dijo—. No hay sorpresas. Allí se encontró el cadáver de Joey Gilmore.

Movieron la cámara y el trípode al rincón detrás del mostrador y todos tomaron sus posiciones. De nuevo, Frost apagó la luz; de nuevo, oyeron el siseo del rociador y más partes del suelo se iluminaron en rayas de damero. Aquí era

donde había muerto James Fang. La pared se encendió también, donde la sangre del camarero había salpicado, como ecos de gritos que se desvanecían.

En ese edificio, todavía quedaban más gritos por escuchar.

Pasaron al rincón donde habían muerto los Mallory. Dos cuerpos significaban el doble de sangre, y allí se escucharon los gritos más fuertes, un espectáculo de horror de salpicaduras y charcos que se encendieron en la oscuridad y lentamente se extinguieron.

Frost encendió la luz y todos guardaron silencio durante un momento, con la vista fija en el suelo gastado que había brillado tan intensamente solo unos segundos antes. Nada los había sorprendido hasta el momento, pero no obstante, lo que habían visto era perturbador.

—Pasemos a la cocina —dijo Jane.

Entraron por la puerta. Parecía hacer más frío allí, y Maura se estremeció. Recorrió la habitación con la mirada y vio una nevera, una vieja campana de extractor de aire y la cocina. El suelo era de cemento allí, diseñado para que se pudiera limpiar con facilidad en una zona donde habría salpicaduras de salsas y de grasa. *Y también de sangre.* Maura se quedó tiritando junto a la puerta del sótano mientras los hombres arrastraban el equipo desde el salón contiguo y traían las cámaras y químicos. Con la cocina iluminada, Ed y su compañero miraron a su alrededor y fruncieron el ceño.

—Ahí hay equipamiento de cocina oxidado —dijo Ed—. Eso va a reaccionar con el luminol y se va a iluminar.

—Tenemos que concentrarnos en el suelo —dijo Maura—. Aquí es donde encontraron al cocinero.

—Entonces habrá más sangre. Qué sorpresa —dijo Ed, con una inconfundible nota de sarcasmo.

—Mire, si piensa que es una pérdida de tiempo, deme el frasco y lo haré yo —respondió Maura, tajante.

En el repentino silencio, los dos profesionales forenses se miraron. Ed dijo:

—¿Quiere decirnos qué busca, doctora Isles? ¿Para que esto pueda tener algún sentido?

—Se lo diré cuando lo vea. Comencemos con la puerta que da al comedor.

Ed hizo un movimiento de cabeza a Frost.

—Apague las luces.

La repentina oscuridad fue tan absoluta que Maura sintió que se tambaleaba, desorientada por la falta de guías visuales, del sentido de lo que la rodeaba. En esa oscuridad, cualquiera podría estar de pie a su lado y ella no sabía que estaba allí. Se oyó el siseo del rociador y cuando mágicamente se iluminaron franjas en el suelo, sintió otro escalofrío, como si un espectro acabara de pasar a su lado. Sí, ciertamente hay fantasmas en esta habitación, pensó, los fantasmas de la sangre

derramada que siguen adheridos a esta habitación. Oyó que el rociador se accionaba otra vez y aparecieron más manchas luminosas.

—Aquí veo huellas de pisadas —dijo Ed—. De mujer, tal vez talla treinta y seis o treinta y siete.

—Esas también están en las fotografías de la escena del crimen —corroboró Tam—. La esposa del cocinero fue la primera en entrar. Vivía en el apartamento del piso superior. Cuando escuchó el disparo, entró por la puerta que da al callejón y encontró a su marido. Arrastró su sangre en los zapatos hasta el comedor, donde descubrió a las otras víctimas.

—Sí, pues eso es lo que se ve aquí. Las pisadas van hacia el comedor.

—El cocinero estaba aquí donde estoy yo ahora —dijo Maura—. Deberíamos concentrarnos en este sector.

—Tranquila, doctora —dijo el técnico y Maura oyó la irritación en su voz—. Ya llegaremos ahí.

—Ya he grabado este sector.

—Bien, avancemos, entonces.

Maura escuchó el rociador otra vez y aparecieron más pisadas, un registro luminoso de los movimientos de la esposa aquella noche. Siguieron las pisadas hacia atrás, hasta que de pronto, se iluminó un charco. Allí era donde se había juntado la sangre de Wu Weimin que había brotado de la herida en su sien. Maura había leído el informe de la autopsia, había visto la fotografía en primer plano de lo que era apenas un pequeño orificio en la piel y el cráneo, que no se condecía con los destrozos en su cerebro. Sin embargo, por unos segundos, su corazón había seguido bombeando y la sangre había formado un aura junto a su cabeza. Aquí, el sitio donde su esposa se había agachado a su lado, dejando la marca de su zapato. *Su cuerpo todavía estaría tibio.*

—Luces.

Maura parpadeó; ahora solo veía cemento. Pero mientras Ed volvía a llenar el rociador, ella seguía viendo ese charco y las pruebas de la presencia de la esposa.

—Terminaremos por allí —dijo Ed, señalando la salida de la cocina que daba al callejón. —¿La esposa salió por donde entró?

—No —dijo Tam—. Según el informe de Ingersoll, salió corriendo por el frente, por la calle Knapp. Fue hacia la calle Beach para pedir ayuda.

—Entonces no debería haber sangre en este sector.

Tam miró en su ordenador.

—No veo sangre en la fotografía de la escena del crimen.

Maura vio que Ed miraba su reloj; un recordatorio de que se hacía tarde. Lo que habían grabado en video hasta el momento era exactamente lo que habían esperado encontrar. Pensó en lo que los dos hombres seguramente se dirían más tarde, los comentarios que sin duda circularían entre el resto del departamento

de policía. *La doctora Isles nos hizo perder tiempo con una búsqueda sin sentido.*

¿Habré estado equivocada?, se preguntó. ¿Les habré hecho perder la noche a todos, por hacerle caso a las dudas de un chico de dieciséis años? Pero ella también había compartido las dudas de Rata. Una vez que él hubo regresado al colegio, dejándola sola en una casa que parecía tristemente silenciosa y vacía, Maura había pasado muchas horas estudiando todos los informes y las fotos de los archivos del Fénix Rojo. Los detalles desconcertantes que el chico había notado con tanta rapidez se le habían vuelto más y más preocupantes.

—Terminemos con esto y vayámonos a casa —dijo Jane con tono cansado y algo disgustado.

Las luces se apagaron otra vez y Maura apretó los puños, aliviada de que su cara quedara oculta en la oscuridad. Oyó que el rociador desparramaba una vez más la bruma de luminol.

De pronto, Ed exclamó:

—¿Eh, veis esto?

—¡Luz! —gritó Jane y Frost encendió la lámpara.

En el resplandor, todos se quedaron en silencio, contemplando el cemento desnudo.

—Eso no estaba en ninguna de las fotos —dijo Tam.

—Veamos la grabación —dijo, con el ceño fruncido. Mientras todos se apiñaban alrededor de la cámara, él rebobinó la cinta y le dio inicio. En la oscuridad brillaban tres manchas verdeazuladas que se movían en fila hacia la salida posterior. Dos de ellas no tenían ninguna forma en particular, pero la tercera era inconfundible: una pisada diminuta.

—Tal vez no estén relacionadas con el tiroteo en absoluto —dijo Jane—. Esas manchas podrían haberse acumulado a través de los años.

—¿Dos incidentes sangrientos en la misma cocina? —dijo Tam.

—¿Cómo se explica que esas huellas no estén en ninguna de las fotos de la escena del crimen?

—Porque alguien las limpió —dijo Maura en voz baja—. Antes de que llegara la policía. —Y sin embargo, los rastros siguen aquí, pensó. Invisibles para el ojo humano, pero no para el luminol.

Todos estaban estupefactos ante lo que acababan de ver. Había habido un niño en la cocina, un niño que había pisado la sangre y la había arrastrado por el suelo y por la puerta, hasta el callejón.

—El sótano —dijo Jane. —Se dirigió a la puerta y la abrió. Con Maura a su lado, Jane iluminó los escalones de madera que descendían. Desde la oscuridad subía olor a piedra húmeda y moho. El haz de luz perforó las sombras y Maura tuvo un atisbo de grandes toneles y latas gigantescas de aceite de cocina, seguramente arruinado tras dos décadas.

—El cocinero murió aquí, bloqueando esta puerta —dijo Jane. Se volvió hacia Ed. —Inspeccionemos los escalones superiores.

Esta vez no hubo miradas de impaciencia ni suspiros, y tampoco nadie miró su reloj. Los técnicos criminalistas se apresuraron a reposicionar la cámara y el trípode de manera que apuntaran a la escalera del sótano. Todos se apiñaron cuando apagaron las luces y Ed soltó una bruma final de luminol. Solo entonces pudieron ver que la sangre había chorreado desde la cocina al escalón superior. Un escalón donde se veía la marca de un zapatito.

VEINTICUATRO

Alguien estuvo en el sótano de la cocina aquella noche, señora Fang. Un niño que podría saber qué sucedió realmente —dice la detective Rizzoli—. ¿Sabe quién era esa criatura?

La detective me mira con atención, esperando ver mi reacción a lo que acaba de decirme. A través de la puerta cerrada oigo los chasquidos de los bastones de lucha y las voces de mis alumnos gritando al unísono mientras practican sus maniobras de combate. Pero aquí en mi despecho hay silencio mientras evalúo mis posibles respuestas. Mi silencio ya es una reacción en sí, y la detective Rizzoli intenta descifrar su significado, pero no permito que ninguna emoción altere la superficie de mi cara. Entre nosotras dos, esto se ha convertido en una partida de ajedrez dentro de otra partida de ajedrez, jugada con sutilezas de las que el detective Frost, que también está aquí, mirándome, ni siquiera se ha percatado, seguramente.

La mujer es mi verdadera adversaria. Mirándola directamente a los ojos, pregunto:

—¿Cómo sabe que había alguien en el sótano?

—Había pisadas en la cocina y en los escalones que llevan al sótano. Pisadas de niño.

—Pero sucedió hace diecinueve años.

—Aun después de muchos años, señora Fang, la sangre deja rastros —explica Frost. Habla con voz amable, de amigo, y me explica con paciencia lo que cree que no entiendo. —Con determinados químicos, podemos ver dónde ha quedado sangre. Y sabemos que un niño o una niña salió del sótano, pisó la sangre de Wu Weimin y se marchó por la puerta trasera de la cocina, al callejón.

—Nadie me dijo esto antes. El detective Ingersoll no dijo nada de esto.

—Porque no vio esas huellas —dice la detective Rizzoli—. Para cuando llegó la policía aquella noche, las huellas habían desaparecido. Las habían limpiado. —Se me acerca, tanto que puedo ver sus pupilas, dos círculos negros dentro del iris color chocolate. —¿Quién podría haber hecho eso, señora Fang? ¿Quién podría querer ocultar el hecho de que había un niño o una niña en el sótano?

—¿Por qué me lo pregunta a mí? Yo ni siquiera estaba en el país. Estaba en Taiwán visitando a mi familia cuando sucedió.

—Pero usted conocía a Wu Weimin y a su esposa. Como ellos, usted habla mandarín. La niña del sótano era la hijita de ellos ¿no es así? —Saca una libreta del bolsillo y lee: Mei Mei, de cinco años. Me mira. —¿Dónde fueron, madre e hija?

—¿Pues cómo podría yo saberlo? No conseguí un vuelo de regreso hasta tres

días después. Para entonces, ya se habían marchado. Habían hecho las con todas sus pertenencias. No tengo idea de dónde fueron.

—¿Por qué huyeron? ¿Fue porque la esposa era inmigrante ilegal?

Se me tensa la mandíbula y le dirijo una mirada fulminante.

—¿Y le sorprende que hayan huido? Si yo fuera inmigrante ilegal, detective, y usted creyera que mi esposo acaba de matar a cuatro personas, ¿cuánto tardaría en esposarme y deportarme? Tal vez la niña nació aquí, pero Li Hua, no. Quería que su hija creciera en Estados Unidos, así que ¿puede culparla por evitar a la policía? ¿Por mantenerse en las sombras?

—Si limpió esas pisadas, entonces destruyó pruebas importantes.

—Tal vez lo hizo para proteger a su hija.

—La chica era una testigo. Podría haber cambiado el curso de la investigación.

—¿Y usted pondría a una niña de cinco años ante un tribunal para que declare? ¿Cree que un jurado le creería a una hija de inmigrantes ilegales, cuando toda la ciudad ya le ha puesto el nombre de monstruo a su padre?

Mi respuesta la toma por sorpresa. Guarda silencio y piensa en la lógica de lo que he dicho. Comprende que las acciones de Li Hua eran razonables. Era la lógica de una madre desesperada por protegerse a sí misma y a su hija de autoridades en las que no confiaba.

Frost dice, con amabilidad:

—No somos el enemigo, señora Fang. Solo queremos averiguar la verdad.

—Yo conté la verdad hace diecinueve años —respondo—. Le dije a la policía que Wu Weimin jamás le haría daño a nadie, pero eso no era lo que querían escuchar. Era mucho más fácil para ellos pensar que era un chino desquiciado y ¿a quién le importa lo que sucede en la mente de un chino? —Escucho la amargura en mi voz, pero no trato de reprimirla. Sale a borbotones, filosa y áspera. —Buscar la *verdad* es demasiado trabajo. Eso es lo que pensó la policía.

—No es lo que pienso yo —dice Frost en voz baja.

Lo miro y veo sinceridad en sus ojos. En el salón contiguo, la clase ha terminado y oigo que los alumnos se retiran; la puerta se abre una y otra vez.

—Si Mei Mei estaba en ese sótano —dice la detective Rizzoli—, es necesario encontrarla. Es necesario que averigüemos lo que recuerda.

—¿Y le creería?

—Depende de la clase de chica que sea. ¿Qué puede decirnos sobre ella?

Lo pienso por un instante, miro hacia atrás por entre la bruma de diecinueve años.

—Recuerdo que no le tenía miedo a nada. Nunca se quedaba quieta, siempre estaba corriendo o saltando. *El pequeño tigre*, le decía su padre. En las ocasiones en que mi hija, Laura, la cuidaba, volvía a casa exhausta. Me decía que nunca tendría hijos si iban a ser tan salvajes como Mei Mei.

—¿Era una chica inteligente?

Sonríó con tristeza.

—¿Tiene hijos, detective?

—Tengo una hija de dos años.

—Y seguramente piensa que es la niña más inteligente del mundo.

Ahora es Rizzoli la que sonríe.

—Sé que lo es.

—Porque todos los niños parece inteligentes ¿no? La pequeña Mei Mei era tan rápida, tan curiosa...—Se me apaga la voz y trago saliva. —Cuando se marcharon, fue como perder a mi propia hija otra vez.

—¿Dónde fueron?

Muevo la cabeza.

—Había una prima en California, creo. Li Hua tenía poco más de veinte años y era hermosa. Podría haberse casado otra vez. Podría tener un nombre diferente.

—¿No tiene idea de dónde está ahora?

Hago una pausa lo suficientemente larga como para despertar una duda en su mente. Para que se pregunte si le estaré diciendo la verdad. El juego de ajedrez entre nosotras continúa, ataque seguido de contraataque.

—No —respondo por fin—. Ni siquiera sé si está viva.

Se oye un golpe a la puerta y Bella entra en el despacho. Está sonrojada por el esfuerzo de la clase y tiene el pelo corto levantado, duro de sudor. Inclina la cabeza en un saludo.

—*Sifu*, los últimos alumnos del día se han ido. ¿Vas a necesitar me?

—Espera un momento. Ya estamos terminando aquí.

Les queda claro a ambos detectives que yo ya no tengo nada más que ofrecerles y se vuelven para marcharse. Cuando salen, Rizzoli se detiene y mira a Bella. La mirada es larga y especulativa y casi puedo ver los pensamientos en su cabeza.

Mei Mei tenía cinco años cuando desapareció. ¿Qué edad tiene esta joven? ¿Acaso es posible...? —Pero la detective no dice nada, solo saluda con la cabeza y se marcha.

Cuando se ha cerrado la puerta le digo a Bella:

—Se nos acaba el tiempo.

—¿Lo saben?

—Están más cerca de la verdad. —Inspiro hondo; me preocupa no poder quitarme de encima la reciente fatiga que me aplasta. Estoy peleando dos batallas al mismo tiempo, una de ellas contra un enemigo que ataca desde mi propia médula ósea. Sé que uno de estos dos enemigos se llevará mi vida.

La pregunta es: ¿cuál de ellos me matará primero?

VEINTICINCO

Ahora eran tres las chicas desaparecidas.

Jane tomó el café tibio y comió un bocadillo de ensalada de pollo mientras revisaba la pila cada vez más alta de carpetas. Sobre su escritorio tenía los expedientes de la NN, de la masacre del Fénix Rojo, y de las desapariciones de Laura Fang y Charlotte Dion. Había abierto un nuevo expediente sobre una tercera chica desaparecida: Mei Mei, la hija del cocinero que había huido con su madre hacía diecinueve años. Mei Mei tendría veinticuatro años actualmente, y tal vez estaría casada y viviendo con un nombre diferente. No tenían fotografías de ella, ni huellas ni ninguna idea de su aspecto. Tal vez ni siquiera vivía en el país. O podría estar delante de sus narices, enseñando artes marciales en una academia de Chinatown, pensó Jane, y pensó en la impertérrita asistente de Iris, Bella Li, cuyos antecedentes ya se habían puesto a investigar.

De las tres chicas, Mei Mei era la que más probabilidades tenía de estar viva. Las otras dos, casi seguramente estaban muertas.

Jane volvió a centrar su atención en Laura Fang y Charlotte Dion. En la sorprendente conexión entre ellas, a pesar del abismo que separaba sus vidas. Charlotte era rica y blanca. Laura era la hija de inmigrantes chinos trabajadores y luchadores. Charlotte se había criado en una mansión de Brookline, Laura, en un pequeño apartamento en Chinatown. Dos chicas tan diferentes, sin embargo ambas habían perdido a sus padres en la masacre del restaurante y ahora sus dos expedientes compartían espacio sobre el escritorio de Jane en la unidad de homicidios, que no era un sitio donde nadie quería terminar. Mientras revisaba el material de archivo, Jane escuchaba el eco de las últimas palabras que Ingersoll le había dicho: *Todo se trata de lo que les sucedió a esas chicas.*

¿Se habría estado refiriendo a estas chicas?

La propiedad de Patrick Dion no le resultó menos imponente la segunda vez que la vio.

Jane pasó con el coche entre los dos pilares de piedra, y entró por el camino privado que serpenteaba entre abedules y árboles de lilas, siguiendo el jardín ondulado que llevaba a la gran mansión colonial. Cuando se detuvo delante de la entrada para coches, Patrick salió de la casa para saludarla.

—Gracias por volver a recibirme —dijo Jane, mientras se estrechaban la mano.

—¿Hay novedades de Charlotte? —preguntó él y resultaba doloroso ver la esperanza en sus ojos, escuchar el temblor en su voz.

—Lamento si no fui clara respecto del motivo de mi visita —dijo Jane—. Lamentablemente no tengo nada nuevo para informarle.

—Pero usted dijo por teléfono que quería hablar de Charlotte.

—Sí, con relación a nuestra investigación actual. El asesinato de Chinatown.

—¿Pero qué tiene que ver eso con mi hija?

—No lo sé, señor Dion. Pero ha habido avances que me hacen pensar que la desaparición de Charlotte está relacionada con la de otra chica.

—Eso ya lo investigó hace años el detective Buckholz.

—Me gustaría volver a tratar el tema. A pesar de que han pasado diecinueve años, no permitiré que olviden a su hija. Charlotte no merece eso.

Lo vio parpadear para alejar las lágrimas y comprendió que él seguía sintiendo la pérdida en carne viva, seguía sufriendo el dolor. Los padres nunca olvidan.

Con un gesto cansado de asentimiento, dijo:

—Pase. He bajado sus cosas del desván, como me lo solicitó. Tómese el tiempo que necesite para revisarlas.

Jane lo siguió hasta el vestíbulo y volvió a admirar los lustrosos suelos de madera, los retratos al óleo que parecían tener al menos dos siglos de antigüedad. No podía dejar de comparar la casa con la residencia de Kevin Donohue, con sus muebles corrientes y arte de centro comercial. Dinero viejo versus dinero nuevo. Patrick la guió hasta el salón comedor, donde los ventanales palatinos daban a un estanque con nenúfares. Sobre la mesa de madera de palisandro, a la que podían sentarse cómodamente una docena de invitados, se veía una colección de cajas de cartón.

—Esto es lo que conservé —dijo él con tristeza—. La mayoría de su ropa terminé donándola para beneficencia. Creo que Charlotte lo habría aprobado. Le importaban esas cuestiones, alimentar a los pobres, darles alojamiento a los desposeídos. —Miró alrededor del salón y soltó una risa cargada de ironía. —Usted debe de pensar que suena muy hipócrita ¿no? Decir eso mientras vivo en esta casa, sobre esta propiedad. Pero mi hija realmente tenía buen corazón. Un corazón generoso. —De una de las cajas, sacó un par de vaqueros gastados. Se quedó mirándolos, como si todavía pudiera verlos sobre su hija. —Es curioso, nunca pude deshacerme de ellos. Los vaqueros azules nunca pasan de moda. Si algún día regresa, sé que los querrá. —Volvió a dejarlos con delicadeza en la caja y soltó un largo suspiro.

—Siento muchísimo tener que hacerlo revivir todo este dolor, señor Dion. ¿Le sería más fácil si revisara todo esto por mi cuenta?

—No, tendré que explicarle el significado de algunas cosas. —Buscó dentro de otra caja y sacó un álbum de fotografías. Lo apretó con fuerza un instante, como si no quisiera soltarlo. Se lo entregó a Jane con ambas manos, una ofrenda preciosa que ella aceptó con la misma reverencia. —Esto seguramente sea lo que quiere ver.

Jane abrió la cubierta. En la primera página había una fotografía de una joven

mujer rubia con un bebé recién nacido en brazos, con la carita roja, envuelto como una pequeña momia en una manta blanca. NUESTRA CHARLOTTE, OCHO HORAS DE VIDA, decía debajo con caligrafía extravagante de mujer. Así que esta era Dina cuando todavía estaba casada con Patrick. Antes de que Arthur Mallory entrara en sus vidas y fracturara su matrimonio.

—¿Charlotte era su única hija? —preguntó Jane.

—Dina quería tener un solo hijo. En aquel momento, me pareció bien, pero ahora...

Ahora lo lamenta, pensó Jane. Lamenta haber depositado todo su amor y sus esperanzas en una niña que un día perdería. Jane dio vuelta a las páginas y estudió otras fotos de Charlotte: una niñita de tres años con ojos azules y pelo rubio. Dina aparecía ocasionalmente, pero Patrick no estaba en ninguna fotografía, excepto como una sombra esquiva en el extremo de la foto, mientras sostenía la cámara. Jane llegó a la última página del álbum, el cumpleaños número cuatro de Charlotte.

Patrick le alcanzó el siguiente volumen.

Los años parecían acelerarse en este segundo álbum; la niña crecía y cambiaba tras pocas páginas. Después del despilfarro de atención dedicada a los primeros años de una hija, cuando se pasa la novedad de ser padres, tomar fotografías se convierte en una idea de último momento, la cámara se saca solo cuando es una ocasión especial. Una fiesta de cumpleaños número cinco. La primera muestra de ballet. Una visita a la ciudad de Nueva York. De pronto esa niñita angelical se transformó en una adolescente sombría que posaba con su uniforme escolar delante del portón de la Academia Bolton.

—Tenía doce años en esta foto —dijo Patrick—. Recuerdo que detestaba ese uniforme. Decía que la tela a cuadros hace parecer gordas a las chicas y que por eso el colegio las obligaba a llevarlo. Para que se vieran tan feas que no se meterían en problemas con ningún varón.

—¿Ella no quería ir a Bolton?

—Sí, claro que quería ir. Pero admito que a mí no me gustó mucho verla marcharse. Me costó mucho que mi hijita se fuera pupila a un colegio. Dina insistió porque era el colegio en el que ella se había graduado, un sitio donde “*conocías a toda la gente adecuada*”, como decía ella. —Hizo una pausa. —Dios, seguramente eso suena muy superficial, pero Dina se concentraba completamente en cosas como esa. En que Charlotte se hiciera amistades adecuadas y se casara con el hombre adecuado. —Se interrumpió y añadió con tono irónico: —De la manera en que resultaron las cosas, fue Dina la que consiguió marido en Bolton.

—Ha de haber sido difícil para usted cuando Dina lo dejó.

Patrick se encogió de hombros con resignación.

—Lo acepté. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y curiosamente, Arthur Mallory me caía bien. Toda la familia Mallory me caía bien, de hecho: Barbara y el hijo, Mark. Todos eran buenas personas. Pero las hormonas son una fuerza irresistible. Creo que perdí a mi esposa la primera vez que ella y Arthur se vieron. No pude hacer otra cosa que quedarme allí, viendo cómo se desmoronaba mi matrimonio.

Jane pasó a la última página y estudió la imagen final del álbum. Era una fotografía de casamiento y en el centro estaban los nuevos novios, Dina y Arthur Mallory, con atuendos formales. Flanqueándolos estaban sus respectivos hijos, Mark, junto a su padre y Charlotte, junto a su madre. Mientras que los novios sonreían, radiantes, Charlotte se veía aturdida, como si no entendiera cómo había terminado en la fotografía con esas personas.

—¿Cuántos años tiene Charlotte en esta foto? —preguntó Jane.

—En aquel momento tendría trece.

—Se la ve un poco perdida.

—Sucedió tan rápido que creo que todos quedamos desconcertados. Habíamos conocido a los Mallory solamente un año antes, cuando Charlotte y Mark participaron en el festival musical de Navidad de la Academia Bolton. Un año después, todos volvimos a asistir al festival de Navidad pero para entonces Dina me había dejado por Arthur. Y yo era un padre solo, criando a mi hija por mi cuenta.

—¿Charlotte se quedó con usted tras el divorcio?

—Dina y yo lo hablamos, y nos pareció mejor a ambos que yo tuviera la custodia, para que Charlotte pudiera quedarse en la casa donde se había criado. De tanto en tanto, Charlotte pasaba un fin de semana con Dina y Arthur, pero ellos viajaban tanto que casi nunca estaban.

—¿Y no hubo batalla legal ni tironeo entre vosotros por vuestra hija?

—Que dos personas se divorcien, no significa que no se tengan cariño. Nosotros nos teníamos cariño. Y ahora éramos parte de una familia extendida. A Bárbara, la ex esposa de Arthur, le costó aceptar el divorcio, me temo, y lo vivió con mucha amargura hasta el final. Pero yo no le encontraba sentido a aferrarme al resentimiento. Se llama ser civilizado.

Eso era lo que Ingersoll había escrito en su informe, que Patrick Dion y su ex esposa habían seguido en términos cordiales aun después del divorcio. Ahora, al escucharlo del propio Patrick, Jane podía creerlo.

—Hasta pasaron su última Navidad aquí, conmigo —dijo—. Arthur, Dina y Mark. Cenamos juntos en este salón. Abrimos regalos. —Miró alrededor de la mesa, como si viera a sus fantasmas sentados allí. —Recuerdo que Charlotte estaba ahí, en ese extremo de la mesa y le preguntaba a Mark si le gustaba Harvard. Dina le regaló un collar de perlas. Comimos pastel de calabaza de postre. Y después, llave a Mark abajo a mi taller de carpintería, porque a él le encanta trabajar con las

manos. El chico de Harvard que preferiría construir muebles finos. —Patrick parpadeó y la miró, como si solo entonces recordara que ella estaba allí. —Y ahora ya no están. Solo quedamos Mark y yo.

—Parecéis tener un vínculo estrecho.

—Es un gran muchacho. —Patrick sonrió, de pronto. —Ya tiene treinta y nueve años, pero a mi edad, cualquiera de menos de cuarenta me sigue pareciendo un muchacho.

Jane sacó otro libro de la caja; no un álbum familiar, sino un anuario de la Academia Bolton con el escudo del colegio grabado en dorado sobre el cuero color bordó.

—Ese año estaba en su tercer año de la secundaria —dijo Patrick, mirando la cubierta—. Fue al año antes de que... —Hizo una pausa y su cara se ensombreció. —Pensé en demandar al colegio por negligencia. Llevaron a mi hija a una excursión sin la supervisión adecuada. Allí estaban, en un sitio público... ¡Faneuil Hall! Deberían haberse imaginado que algunos chicos podrían haberse alejado o que algún desconocido podría haberseles acercado. Pero los profesores no prestaron atención, y de pronto, mi hija desapareció. Y yo estaba a un océano de distancia, donde no pude hacer absolutamente nada para salvarla.

—Entiendo que se encontraba usted en Londres.

Él asintió.

—Tenía reuniones con potenciales inversores, para agrandar mi maldita fortuna. Arrojaría todo esto a la basura, si solo pudiera... —De pronto, se puso de pie. —Creo que me vendría bien una copa, en este momento. ¿Puedo ofrecerle algo?

—No gracias, tengo que conducir.

—Ah, la policía responsable. Con permiso —dijo, y salió del comedor.

Jane abrió el anuario de Bolton en la sección de tercer año y ubicó a Charlotte en las fotografías de la fila inferior. El pelo rubio le caía sobre los hombros, suelto y sus labios estaban ligeramente curvados en una sonrisa melancólica. Era una chica preciosa, pero parecía tener ya la tragedia estampada en su rostro, como si supiera que el futuro solo le depararía sufrimiento. Debajo de la foto había una lista de sus intereses y actividades. GRUPO DE TEATRO. ARTE. ORQUESTA. EQUIPO DE TENIS.

Orquesta. Recordó que Charlotte había tocado la viola. También recordó que Laura Fang tocaba el violín. Las chicas podrían haber crecido en universos diferentes, pero tenían la música en común.

Hojeó el libro hasta que llegó a la sección de actividades, donde nuevamente encontró a Charlotte, posando con otros veintitantos alumnos de música. La chica estaba sentada en la segunda fila de los instrumentos de cuerda, con la viola sobre el regazo. El pie de foto decía: CANDACE FORSYTH, DIRECTORA MUSICAL Y

LA ORQUESTA DE LA ACADEMIA BOLTON.

Oyó que Patrick volvía al comedor, trayendo una copa en el que los cubos de hielo tintineaban contra el cristal.

—¿Su hija conocía a una chica llamada Laura Fang? —preguntó Jane.

—El detective Buckholz me hizo esa misma pregunta después de que Charlotte desapareció. Le dije que nunca antes había escuchado el nombre. Más tarde me enteré que Laura Fang era una chica que desapareció dos años antes que Charlotte. Entonces comprendí por qué me había preguntado por ella.

—¿No se le ocurre ningún vínculo entre las chicas? ¿Charlotte nunca mencionó a Laura?

Él contempló la foto de la orquesta de Bolton.

—Tu hija vuelve a casa de la escuela y habla de tal chica o tal chico. ¿Cómo puede un padre recordar todos los nombres?

Tenía razón: era imposible pretender que un padre recordara todo.

Jane pasó las páginas hacia el final del libro, a la sección de los alumnos del último año y estudió las fotos de los pulcros muchachos vestidos con sus uniformes de Bolton: americanas azules y corbatas rojas. Allí estaba Mark Mallory, con la cara algo más delgada, el pelo más largo y ondulado. Ya se veía que era un muchacho apuesto, encaminado a Harvard. Debajo de su foto, aparecían sus intereses: LACROSSE. ORQUESTA. AJEDREZ. ESGRIMA. TEATRO.

Otra vez la orquesta. Así había sido, al fin y al cabo, cómo se habían conocido los Dion y los Mallory: a través de sus hijos en el festival musical de Navidad.

—No sé de qué manera le puede servir algo de esto —dijo Patrick—. El detective Buckholz me hizo todas estas preguntas hace diecinueve años.

Jane lo miró.

—Tal vez hayan cambiado las respuestas.

Jane abandonó Brookline y fue hacia por la autopista hacia el oeste, con el sol en los ojos. No tardó mucho en llegar a Worcester, pero de allí hacia el norte, el avance fue lento, por caminos secundarios donde el tráfico se estrechaba en un solo carril debido a trabajos de repavimentación. Para cuando llegó a la Academia Bolton, eran casi las cinco de la tarde. Traspuso el portón de entrada y circuló por un camino sinuoso protegido por antiguos robles. En la entrada, tres chicas conversaban sobre los escalones de piedra. Ni siquiera levantaron la vista cuando Jane aparcó y bajó del coche. Parecían tener quince o dieciséis años; las tres eran delgadas y bonitas, perfectamente diseñadas por la Madre Naturaleza para llevar a cabo su propósito biológico sobre la tierra y atraer a los muchachos.

—Perdonad, busco a la señora Forsyth, la directora de música.

Las tres diosas respondieron con miradas pasivas. Aun con sus faldas escocesas y blusas de algodón blanco, lograron hacer sentir a Jane completamente

anticuada.

—Está en el Edificio Bennett —dijo por fin una de las chicas.

—¿Dónde es eso?

La chica alargó un brazo elegante para señalar un imponente edificio del otro lado del jardín.

—Allí.

—Gracias. —Mientras cruzaba el jardín, Jane sintió los ojos de las chicas sobre ella, el espécimen foráneo llegado del mundo de gente corriente. Así que esto era un colegio de pupilas; nada divertido como Hogwarts. Más como una sororidad infernal. Llegó a los escalones del Edificio Bennett y levantó la mirada hacia las columnas blancas, el frontón tallado. Es como subir al Monte Olimpo, pensó Jane mientras entraba en el vestíbulo central.

Desde la izquierda le llegó el sonido chirriante de un violín. Lo siguió hasta un aula donde una adolescente se concentraba con ferocidad en el instrumento bajo la mirada ceñuda de una mujer de pelo canoso.

—¡Por el amor de Dios, Amanda, tu *vibrato* suena como un cable de alta tensión! Me pongo nerviosa de solo escucharlo. Y estás estrangulando el cuello, prácticamente. Relaja la muñeca. —La mujer tironeó de la mano izquierda de la chica y la sacudió. —¡Venga, aflójala!

De pronto, la alumna vio a Jane y se paralizó. La mujer se volvió y dijo:

—¿Sí?

—¿Señora Forsyth? Llamé antes. Soy la detective Rizzoli.

—Estamos terminando. —La profesora se volvió hacia su alumna y suspiró. —Estás súper tensa hoy, así que no tiene sentido continuar con la lección. Regresa a los dormitorios y practica sacudir las muñecas. Ambas manos. Por encima de todo, una violinista debe tener muñecas flexibles.

Con resignación, la chica guardó su instrumento. Cuando se disponía a abandonar la habitación, se detuvo súbitamente y le habló a Jane:

—Dijo usted que era detective. ¿Es... o sea... es policía?

Jane asintió.

—Del Departamento de Policía de Boston.

—¡Qué guay! Me gustaría ser agente del FBI algún día.

—Pues ve a por ello. En el FBI hacen falta mujeres.

—Sí, dígaselo a mis padres. Dicen que el trabajo de policía es para *otra* gente —masculló y salió, encorvada, de la habitación.

—Me temo que esa chica nunca será buena música —observó la señora Forsyth.

—Hasta donde sé —dijo Jane—, tocar el violín no es un requerimiento para entrar en el FBI.

El comentario sarcástico no le ganó el favor de la mujer. La señora Forsyth le dirigió una mirada fría.

—¿Dijo usted que tenía preguntas, detective?

—Sobre una de sus alumnas de hace diecinueve años. Estaba en la orquesta de la escuela. Tocaba la viola.

—Ha venido por Charlotte Dion, ¿verdad? —Al ver que Jane asentía, la mujer suspiró. —Era obvio que se trataría de Charlotte. La única alumna que no se nos permite olvidar. Aun después de tantos años, el señor Dion sigue culpándonos, ¿no es así? Por perder a su hija.

—Sería algo difícil de aceptar para cualquier padre, como comprenderá.

—El Departamento de Policía de Boston investigó exhaustivamente su desaparición y en ningún momento consideró que hubo negligencia de parte de nuestro colegio. Teníamos más de la cantidad de adultos requerida para esa excursión, uno cada seis alumnos. Además, no eran niñitos de parvulario, eran adolescentes. No se espera que seamos sus niñeras. —Añadió, casi como para sí: —Pero tratándose de Charlotte, tal vez deberíamos haberle estado encima como niñeras.

—¿Por qué?

La señora Forsyth guardó silencio unos segundos.

—Lo siento, no debería haber dicho eso.

—¿Charlotte era difícil?

—No me gusta hablar mal de los muertos.

—Pues creo que los muertos querrían que se hiciera justicia.

Tras unos instantes, la mujer asintió.

—Solo diré esto sobre ella. No era una de nuestras estrellas académicas. Era inteligente, sí. Eso lo vimos en sus pruebas de ingreso. Y el primer año que estuvo aquí su rendimiento fue muy bueno. Pero tras el divorcio de sus padres, todo se vino abajo para ella y apenas si aprobaba las asignaturas. Sentíamos pena por ella, claro, pero la mitad de nuestros alumnos provienen de familias divorciadas. Se adaptan y siguen adelante. Charlotte nunca pudo hacerlo. Se convirtió en una chica taciturna. Era como si con su actitud autocompasiva *atrajera* la mala suerte.

Pera ser alguien a quien no le agradaba hablar mal de los muertos, a la señora Forsyth no le estaba costando soltarse.

—Pues no se puede culparla por perder a su madre, realmente —observó Jane.

—No, claro que no. Fue terrible, ese tiroteo en Chinatown. ¿Pero ha notado alguna vez cómo la mala suerte parece ensañarse con algunas personas? Pierden a su cónyuge, pierden el trabajo y se enferman de cáncer el mismo año. Así era Charlotte, siempre sombría, siempre atrayendo la mala suerte. Razón por la cual no parecía tener demasiados amigos.

Ciertamente, esta no era la impresión de Charlotte que se había hecho Jane tras hablar con Patrick. Se sorprendió al enterarse de esa faceta de la joven.

—En el anuario escolar, parecía entusiasmarse por una saludable lista de

actividades —dijo—. Música, por ejemplo.

La señora Forsyth asintió.

—Tocaba el violín bastante bien, pero no le ponía corazón. Recién en su penúltimo año logró pasar las audiciones para el taller de verano de orquesta en Boston. Pero la ayudó el hecho de tocar la viola. Siempre hacen falta violas.

—¿Cuántos de sus alumnos asistían a ese taller?

—Un puñado, todos los años. Es el mejor de Nueva Inglaterra, y lo dan miembros de la Orquesta Sinfónica de Boston. Es muy selectivo. —La señora Forsyth hizo una pausa. —Ya sé qué va a preguntarme ahora. Sobre esa chica china que desapareció ¿verdad?

Jane asintió.

—Me ha leído la mente. Se llamaba Laura Fang.

—Tengo entendido que era una chica talentosa. Es lo que escuché tras su desaparición. Varias de mis alumnas asistieron al taller con ella.

—¿Pero Charlotte no?

—No. Charlotte aprobó la prueba de ingreso el año después de la desaparición de esa chica, así que no se conocieron. Esa era otra pregunta que pensaba hacerme, seguramente.

—¿Recuerda bien todos estos detalles, aun tras diecinueve años?

—Sí, porque acabo de hablarlo todo otra vez con ese detective.

—¿Qué detective?

—No recuerdo su nombre. Fue hace unas semanas. Tendría que mirar en mi agenda.

—Le agradecería que buscara el nombre en su agenda ahora mismo, señora.

Un destello de irritación cruzó por los ojos de la mujer, como si fuera más esfuerzo del que estaba dispuesta a hacer. Pero se dirigió a su escritorio y revolvió dentro de un cajón hasta que encontró una agenda diaria. Pasó las páginas y asintió.

—Aquí está. Me llamó el 2 de abril para pedir cita. Me pareció algo avanzado en edad para ser detective, pero supongo que la experiencia suma.

Algo avanzado en edad. Y preguntaba por chicas desaparecidas.

—¿Era el detective Ingersoll? —preguntó Jane.

La señora Forsyth levantó la mirada.

—Ah, pues lo conoce, entonces.

—¿Acaso no se ha enterado? El detective Ingersoll ha muerto. Lo mataron de un disparo la semana pasada.

La agenda cayó de las manos de la señora Forsyth y golpeó contra el escritorio.

—¡Madre mía! No, no lo sabía.

—¿Por qué vino él aquí, señora Forsyth? ¿Por qué hacía preguntas sobre

Charlotte?

—Supuse que lo enviaba su padre, que seguía presionando para obtener respuestas. Se lo mencioné a Mark Mallory en la cena de ex alumnos hace unas semanas, pero no sabía nada del asunto.

—¿Le preguntó usted al señor Dion?

Ella se sonrojó.

—La Academia Bolton evita todo tipo de contacto con el señor Dion. Para no... remover sentimientos negativos.

—Cuénteme exactamente qué le dijo el detective Ingersoll.

La mujer se sentó en el sillón detrás del escritorio. De pronto se la veía más pequeña y menos imponente, impactada por esta intrusión del brutal mundo exterior dentro de su universo protegido, hecho de libros y partituras para orquestas.

—Disculpe, deme un momento para recordar... —Tragó saliva. —En realidad, no preguntó mucho sobre Charlotte. Quería saber más sobre la otra chica.

—Laura Fang.

—Y otras.

—¿Otras?

—Tenía una lista. Una lista larga... tal vez una veintena de nombres. Me preguntó si reconocía alguno de esos nombres. Si alguna había sido alumna de Bolton. Le dije que no.

—¿Recuerda alguno de los nombres de la lista?

—No. Como dije, no conocía a ninguno. Me dijo que eran todas chicas que habían desaparecido igual que Laura. —La señora Forsyth se enderezó y miró a Jane. —Chicas a las que nunca han encontrado.

VEINTISÉIS

—Estos son los registros del teléfono de línea y del móvil del detective Ingersoll; abarcan el último mes —dijo Tam, mientras desplegaba las páginas sobre la mesa de conferencias para que Jane y Frost pudieran verlas. —Es una lista de todas las llamadas que hizo y recibió durante el mes pasado. A primera vista, nada llama la atención. Son casi todas cosas corrientes. Llamadas a su hija, al dentista, a la compañía de cable, a la tarjeta de crédito. Una llamada al sitio de pesca donde se alojó en Maine. Y muchas llamadas al local de pizza de su calle.

—Hostias. La cantidad de pizza que comía —observó Frost.

—También notaréis que llamó a los familiares de las víctimas del Fénix rojo. Esas llamadas en particular ocurrieron el 30 de marzo y el 1 de abril. En el aniversario de la masacre.

—Hablé tanto con la señora Gilmore como con Mark Mallory —dijo Frost—. Confirmaron que Ingersoll los llamó para averiguar si habían recibido la habitual tarjeta anónima que había recibido él. La que han estado recibiendo los familiares todos los años.

—Pero luego aparecen algunas llamadas que no cuadran —dijo Tam—. Que parecen completamente aleatorias. —Golpeó con el dedo uno de los números telefónicos. —Esta, por ejemplo. El seis de abril, a Lowell. Peluquería de Perros Mi Mejor Amigo. —Tam miró a sus colegas. —Por lo que sabemos, Ingersoll nunca tuvo un perro.

—Tal vez salía con la peluquera —dijo Jane.

—Llamé a ese número —dijo Tam—. Nunca habían escuchado su nombre y no lo tenían en la lista de clientes. Pensé que tal vez había llamado a un número erróneo. —Señaló otra llamada. —Luego aparece esta llamada, el ocho de abril, a Worcester. Es el número de la tienda de Lencería Dama de Noche.

Jane hizo una mueca.

—No sé si quiero enterarme de los detalles de esa llamada.

—Cuando llamé a la tienda —dijo Tam—, nadie reconoció el apellido Ingersoll. Así que supuse que habría sido otro número erróneo.

—Es razonable.

—Pero incorrecto. *Quiso* llamar a ese número.

—Por favor, dime que estaba comprando ropa interior sexi para una novia y no para sí mismo —dijo Jane.

—No se trataba de ropa interior sexi. La llamada no era para la tienda Dama de Noche en absoluto, sino para la persona que *solía* tener ese número.

Jane frunció el entrecejo.

—¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Después de tu visita a la Academia Bolton, busqué la base de datos de chicas desaparecidas, como me pediste. Armé una lista con las chicas que han desaparecido en Massachusetts durante los últimos veinticinco años.

—¿Te fuiste tan hacia atrás?

—Charlotte desapareció hace diecinueve años. Laura Fang, hace veintiún años. Elegí arbitrariamente veinticinco como el número de corte, para darme un buen margen, y me alegro de haberlo hecho. —Tam sacó una página de la gruesa carpeta y la empujó hacia Jane por encima de la mesa. En la mitad de la página había un número telefónico dentro de un círculo rojo. —Este es el número al que llamó Ingersoll, que ahora ha sido asignado a la tienda Dama de Noche. Hace veintidós años, ese mismo número pertenecía a otra persona. Y luego, hace cuatro años, pasó a ser el número de la tienda Dama de Noche. Los números telefónicos se reasignan todo el tiempo y como cada vez hay más gente que renuncia al teléfono de línea, la rotación es más frecuente todavía. Creo que esa es la persona a la que Ingersoll estaba tratando de contactar. Gregory Boles. Pero Boles se mudó del estado hace doce años.

—¿Quién es Gregory Boles? —quiso saber Frost.

Mientras estudiaba la lista de números telefónicos, Jane comprendió de pronto y sintió una punzada de emoción.

—Son los números de contacto de la base de datos de las chicas desaparecidas.

—Levantó la mirada.

Tam asintió.

—Gregory Boles es el padre de una chica desaparecida. Yo pensaba entrevistar a todos los casos que actualmente siguen abiertos en el estado. Todas las mujeres menores de dieciocho años que han desaparecido en los últimos veinticinco años. —Señaló la enorme carpeta que había traído. —Pero me di cuenta de que era una tarea monumental revisarlos uno por uno para tratar de encontrar algún vínculo con Charlotte o Laura. Y para ser franco, estaba molesto porque me hubieran asignado la tarea, porque pensaba que no llevaría a nada.

—Pero terminaste encontrando algo —dijo Jane.

—Sí. Se me ocurrió hacer una referencia cruzada con todos los números del registro telefónico de Ingersoll. Todos los números a los que llamó desde su teléfono de línea o desde el móvil. A juzgar por los números que aparecen, comenzó a rastrear a ciertas familias a comienzos de abril. Luego, repentinamente, dejó de hacer llamadas. Desde ambos teléfonos.

—Porque creía que tenía los teléfonos pinchados —dijo Jane. Y había tenido razón en sospecharlo; el laboratorio de criminalística había encontrado un micrófono electrónico en el teléfono de línea de Ingersoll.

—Sobre la base de las llamadas que hizo antes de dejar de utilizar esos teléfonos, estas son las chicas desaparecidas sobre las que se estaba centrando. —Tam le

alcanzó a Jane una página.

Jane vio solamente tres nombres.

—¿Y qué sabemos sobre estas chicas?

—Tenían diferentes edades. Trece, quince y dieciséis años. Todas desaparecieron en un radio de trescientos kilómetros de Boston. Dos eran blancas, una era asiática.

—Igual que Laura Fang —observó Frost.

—También como Laura —prosiguió Tam—, eran lo que llamaríamos buenas chicas. Alumnas de diez o de ocho. Ningún mal comportamiento, ninguna razón para que pudieran ser fugitivas. Tal vez fue por eso que Ingersoll las agrupó en su lista. Pensó que ese era el denominador común.

—¿Qué antigüedad tienen estos casos? —preguntó Frost.

—Todas estas chicas desaparecieron hace más de veinte años.

—¿Entonces Ingersoll solo estaba revisando casos antiguos? ¿Por qué no los más recientes?

—No lo sé. Tal vez estaba comenzando. Si no lo hubieran matado, podría haber encontrado más nombres. Lo que me intriga es por qué se metió con este asunto en primer lugar. No trabajó con estas desapariciones mientras estaba en el Departamento de Policía de Boston, así que... ¿qué lo llevó a investigarlos ahora? ¿Se aburriría mucho como jubilado?

—Tal vez alguien lo contrató para trabajar como investigador privado. Podría haber sido alguna de las familias.

—Eso fue lo primero que pensé —dijo Tam—. He hablado con las tres familias, pero ninguna contrató a Ingersoll. Y sabemos que Patrick Dion tampoco lo hizo.

—Vale, entonces tal vez lo estaba haciendo por su cuenta —dijo Frost—. Algunos policías no se resignan a jubilarse.

—Ninguno de estos tres casos fue investigado por la policía de Boston —dijo Jane—. Eran de diferentes jurisdicciones.

—Pero Charlotte Dion desapareció en Boston. Y Laura Fang también. Podrían haber sido el punto de comienzo de Ingersoll, el motivo por el cual se involucró. Jane miró los nombres de las tres chicas nuevas.

—Y ahora está muerto —dijo en voz muy baja—. ¿En qué coño se metió?

—En el territorio de Kevin Donohue —respondió Tam.

Jane y Frost lo miraron. Aunque Tam había estado trabajando con ellos durante apenas dos semanas, ya había adquirido un deje de arrogancia. Enfundado en traje y corbata, con su pelo muy corto y mirada gélida, podía pasar por un agente del Servicio Secreto o uno de esos Hombres de Negro de las historietas. No parecía alguien a quien se podía conocer con facilidad, mucho menos un tío con el que Jane imaginaba tomarse una cerveza alguna vez.

—Se dice en la calle —dijo Tam—, que Donohue trafica chicas desde hace años.

La prostitución es solo una de sus actividades complementarias.

Jane asintió.

—Ajá. Otro significado para Donohue Mayorista de Carnes.

—¿Y si así es como obtiene esas chicas?

—¿Secuestrando a alumnas ejemplares? —Jane negó con la cabeza. —De algún modo parece un método arriesgado de conseguir prostitutas menores. Hay formas más fáciles.

—Pero eso vincularía todo. A Joey Gilmore, a las chicas desaparecidas y al Fénix Rojo. Tal vez Ingersoll descubrió la conexión con Donohue y se asustó. Por eso dejó de utilizar sus teléfonos. Porque si Donohue se enteraba, Ingersoll sabía que sería hombre muerto.

—Ingersoll es hombre muerto —dijo Jane—. Lo que no sabemos es por qué comenzó a hacer preguntas. Después de tantos años de jubilado, ¿por qué de pronto se interesó en chicas desaparecidas?

—Tal vez lo que tengamos que preguntarnos sea: ¿para quién trabajaba?

Ahora eran seis.

Jane estaba sentada a su escritorio, revisando lo que sabía sobre los tres nombres nuevos de la lista. La primera en desaparecer había sido Deborah Schiffer, de trece años, oriunda de Lowell, Massachusetts. Hija de un médico y una maestra de escuela, medía un metro y cincuenta y siete centímetros, pesaba cincuenta kilos, tenía pelo y ojos castaños. Veinticinco años atrás, había desaparecido en algún sitio entre la escuela y la casa de su profesor de piano. Alumna ejemplar, la describían como tímida e intelectual, sin novios conocidos. Si ella hubiera vivido en la era de internet, habría mucha más información, pero todavía no existían Facebook ni MySpace ni los grupos de conversaciones en línea.

Un año y medio después, desapareció la siguiente chica de la lista. Patricia Boles, de quince años, fue vista por última vez en un centro comercial, donde la había dejado su madre. Tres horas más tarde, Patricia no se presentó en el lugar de encuentro pactado. Medía un metro y cincuenta y cinco, pesaba 52 kilos, era rubia y de ojos azules. Al igual que Deborah Schiffer, era buena alumna y jamás se había metido en problemas. Su desaparición sin duda contribuyó al subsiguiente divorcio de sus padres. Su madre murió siete años más tarde, su padre, a quien Jane finalmente pudo ubicar en su domicilio actual en Florida, se mostró reticente a hablar de su hija perdida.

—Me he vuelto a casar y tengo tres hijos ahora. Me resulta demasiado doloroso tan solo escuchar el nombre de Patty —le dijo a Jane por teléfono. Sí, había recibido llamadas de la policía a través de los años. Sí, había hablado recientemente con el detective Ingersoll. Pero nunca había habido avances tras

ninguna de esas llamadas.

Después de la desaparición de Patty Boles, pasó un año antes que desapareciera la siguiente chica. Sherry Tanaka tenía dieciséis años, era baja y menuda, y cursaba el cuarto año en Attleboro. Desapareció de su casa una tarde, dejando la puerta de entrada entreabierta y la tarea escolar sobre la mesa de comedor. Su madre, que ahora vivía en Connecticut, había recibido recientemente una carta del detective Ingersoll en la que le pedía hablar con ella sobre Sherry. Tenía fecha del 4 de abril y se la habían reenviado de una serie de domicilios anteriores. Había intentado llamar al detective justo el día anterior, pero no había obtenido respuesta.

Porque Ingersoll estaba muerto.

La señora Tanaka no conocía a ninguna de las chicas de la lista, ni tampoco había oído hablar de Charlotte Dion. Pero el nombre de Laura Fang le resultaba familiar, porque era asiática igual que Sherry y ese detalle le había quedado grabado en la mente. Le había hecho preguntarse si no existiría una conexión. Años atrás, había llamado a la policía de Attleboro por ese asunto, pero desde aquel momento no había sabido nada más.

Que tres chicas del estado de Massachusetts desaparecieran en un período de seis años no era sorprendente en sí mismo. Todos los años, por todo el país, desaparecían miles de chicos de entre doce y diecisiete años, muchos de los cuales eran víctimas de raptos por parte de desconocidos. Docenas de chicas de Massachusetts habían desaparecido en ese mismo período, chicas de la misma edad, que no habían llegado a la lista de Ingersoll. ¿Por qué se habría centrado en esas víctimas en particular? ¿Sería porque eran de edades y estaturas parecidas? ¿Porque las habían raptado en sitios cercanos a la carretera 495, que rodeaba la zona metropolitana de Boston? Y luego estaba Charlotte Dion, de diecisiete años. A diferencia de las otras chicas, había sido mayor y no tan buena alumna. ¿Cómo encajaba en el patrón?

Tal vez no existía un patrón. Tal vez Ingersoll había estado buscando vínculos que no existían.

Jane dejó el material sobre las tres chicas y se concentró en la carpeta sobre Charlotte, compilada por el detective Buckholz. Era mucho más gruesa que la de Laura Fang, y suponía que se debía al apellido Dion. La riqueza contaba, aun en asuntos de justicia. Especialmente, tal vez, en asuntos de justicia. La desaparición de una hija perseguiría para siempre a cualquier padre, le haría preguntarse, a través de los años, si esa joven que veía en la calle podría ser su hija perdida, convertida en adulta. ¿O sería solo una desconocida como todas las demás, cuya sonrisa o curva de la boca le había resultado, por un momento, dolorosamente familiar?

Jane abrió el sobre que contenía las que probablemente eran las últimas

imágenes de Charlotte, obtenida de los archivos del *Boston Globe*. Había una docena de fotos tomadas en el doble funeral de Arthur y Dina Mallory. La terrible naturaleza de sus muertes y la extensiva publicidad que había rodeado a la masacre del Fénix Rojo, había atraído a casi doscientas personas al cementerio aquel día, según el artículo del *Globe* y el fotógrafo había tomado varias fotografías con teleobjetivo de los deudos vestidos de negro, de pie junto a las dos tumbas abiertas.

Pero las imágenes más llamativas eran los primeros planos de la familia. Charlotte estaba en el centro, como foco dramático de la composición y no era de extrañarse: con sus pálidas facciones y el largo pelo rubio, era la frágil personificación del dolor. Tenía una mano contra la boca, como para ahogar un sollozo y su cara estaba deformada por una expresión de dolor físico. De pie a su derecha, su padre, Patrick, la miraba con preocupación. Pero ella le daba la espalda, como si no quisiera que viera su sufrimiento.

En la periferia de la fotografía estaba Mark Mallory, con el pelo oscuro más largo y rebelde. A los veinte años, ya tenía el cuerpo musculoso y la espalda ancha de un hombre. Se elevaba por encima de la demacrada mujer de mediana edad que estaba en una silla de ruedas a su lado, y le apoyaba una mano en el hombro. Jane supuso que la mujer era la madre de Mark, Barbara, la ex esposa de Arthur. Barbara contemplaba los ataúdes, sin saber que el disparador de la cámara capturaría para siempre su expresión, no de dolor, sino de fría indiferencia. Como si el hombre que estaba en ese ataúd no significara nada para ella. O tal vez, menos que nada: al fin y al cabo, Arthur la había dejado por Dina y aunque Mark alegaba que no había rencor entre sus padres, esa expresión de Barbara decía otra cosa. Allí estaba la esposa despechada, junto a las tumbas de su ex marido y de la mujer que se lo había robado. ¿Sentiría algún tipo de satisfacción en aquel momento? ¿Una punzada triunfante por haberlos sobrevivido a ambos?

Jane pasó a la siguiente foto. Estaba tomada desde el mismo ángulo, pero la cara de Charlotte estaba borrosa; la chica se apartaba todavía más de su padre y todo su cuerpo estaba inclinado hacia adelante, en movimiento. En la siguiente fotografía, Patrick la miraba con el ceño fruncido mientras ella seguía en movimiento, con la mano en la boca y una mueca de dolor. En la siguiente imagen ya estaba casi fuera del encuadre; solo se veía su espalda, la falda negra era una mancha borrosa. Un disparo más de la cámara y Charlotte ya no aparecía; Mark tampoco estaba allí. Patrick Dion y Barbara Mallory seguían en su sitio, y sus expresiones registraban perplejidad por el hecho de que sus hijos se hubieran retirado del lugar.

¿Qué sucedía entre Mark y Charlotte? ¿La habría seguido para ofrecerle consuelo?

En la siguiente fotografía, Patrick se inclinaba para abrazar con torpeza a Barbara; los dos esposos despechados se consolaban mutuamente. Era una imagen artísticamente compuesta: pues el abrazo se reflejaba en la superficie reluciente de uno de los ataúdes.

La última fotografía mostraba a la multitud dispersándose, de espaldas a las tumbas. Una metáfora, tal vez, de cómo los vivos siempre terminan siguiendo con sus vidas. En esa fotografía final, Charlotte estaba visible nuevamente, caminando junto a su padre; Patrick tenía su brazo alrededor de la cintura de su hija. Pero Charlotte miraba hacia atrás, hacia la tumba de su madre, y en su cara había una expresión desesperada, como si quisiera arrojarse sobre el féretro de su madre. Esa misma madre que había desaparecido de su vida cinco años antes.

Jane dejó la foto, abrumada de tristeza por Charlotte. Pensó en su propia madre, en todas las formas en que Angela la sacaba de quicio. Pero en ningún momento Jane dudaba de que su madre la amaba y daría su vida por ella, del mismo modo en que Jane daría su vida por Regina sin pensarlo dos veces. Cuando Dina se divorció de Patrick y dejó a su familia, Charlotte había tenido solo doce años, esa tierna edad al final de la infancia. Aun con un padre abnegado, existen secretos que una chica solo aprende de su madre, los secretos de ser mujer. *¿Quién estuvo allí para enseñarte, Charlotte?*

A la hora del almuerzo, Jane bajó a la cafetería a buscarse un café y un bocadillo de jamón. Se los trajo al escritorio y recargó combustible, no por placer sino por necesidad. Se limpió la mayonesa de los dedos y encendió el ordenador para revisar la carpeta digital de las fotos de la escena del crimen de la casa de Ingersoll. Mientras pasaba las imágenes y recordaba el olor de la vegetación junto al sendero, el brillo del televisor a través de la ventana, sintió que se le aceleraba el corazón. *Esa fue la noche en que debería haber muerto.* Respiró hondo y se obligó a enfocarse en las fotos y a revisar la escena con ánimo crítico y con una perspectiva más serena. Inspeccionó la cocina, donde yacía Ingersoll con sangre alrededor de la cabeza. Pasó a la foto de su despacho, con los cajones dados vuelta y el escritorio vacío donde debía de haber habido un ordenador. Durante la última conversación telefónica, Ingersoll le había contado que alguien había entrado a robar en su casa. Ese era el caos que había encontrado al volver de la excursión de pesca: evidencia de un robo. Finalmente, cliqueó sobre una foto del dormitorio, donde la maleta sin deshacer de Ingersoll seguía en el suelo. No había tenido oportunidad de deshacerla.

Pasó a las fotografías de su Ford Taurus, aparcado en la calle delante del edificio. El coche estaba lleno de residuos de un largo viaje: tazas vacías de café, una bolsa abollada de Burger King, un periódico *Bangor Daily*. Aquella noche ella había estado cubierta de sangre e impactada por lo que había sucedido en el callejón, así que no había revisado personalmente el coche, sino que les había

dejado la tarea a Frost y a Tam. Frost informó haber encontrado en la guantera un recibo de una gasolinera de Greenville, en Maine, con fecha de hacía una semana. Corroboraba la historia de la hija en cuanto a que Ingersoll se había ido al norte de pesca.

Revisó todas las fotos otra vez, una por una. Sala de estar, comedor, cocina, dormitorio. Cuando no encontró lo que buscaba, cogió el teléfono y llamó a Frost.

—¿Encontraste una caja de artículos de pesca en algún sitio de la casa? — preguntó.

—Hum... no. No recuerdo haber visto una.

—¿Quién se va de pesca sin una caja con todo lo necesario?

—Tal vez alquiló todo en el sitio donde se alojaba.

—¿Hablaste con el encargado de allí?

—Sí. Pero no le pregunté por artículos de pesca.

—Lo llamaré.

—¿Por qué?

—Me pareció raro, nada más. —Jane cortó y buscó la página con el registro de llamadas de Ingersoll. Encontró un código de área 207. Ingersoll había llamado desde el teléfono de línea el 14 de abril.

Marcó el número. Sonó cinco veces y una voz masculina respondió con tono pragmático.

—Loon Point.

—Habla la detective Rizzoli del Departamento de Policía de Boston. ¿Con quién hablo?

—Soy Joe. ¿Teníais alguna otra pregunta?

—¿Perdón?

—Alguien de la policía de Boston llamó ayer. Habló con mi hijo Will.

—Ese era el detective Frost. ¿Dónde está ubicado Loon Point, exactamente?

—Estamos sobre el lago Moosehead. Tenemos una docena de bonitas cabañas aquí.

—Tuvisteis un huésped ahí recientemente, de apellido Ingersoll.

—Sí. Will me contó que estabais averiguando sobre él. Mi esposa fue la que le entregó la cabaña, pero no está aquí hoy. Lo único que puedo decirle es que se quedó cinco días y estaba siempre solo. —Se interrumpió y gritó a su hijo: —Venga, Will, ayuda a esa gente a descargar el equipo de la lancha ¿quieres? ¡Ya han amarrado en el muelle! —Luego, volvió con Jane: —Disculpe, detective. Comienza a haber bastante movimiento aquí. Me gustaría ayudarla, claro, pero no tengo mucho más para decir. Lamentamos enterarnos de que el hombre había muerto.

—¿Era la primera vez que el señor Ingersoll se alojaba en Loon Point?

—No recuerdo haberlo visto antes.

—¿Hace cuánto que trabaja ahí?

—Desde que abrimos. Soy el dueño. Mire, debo irme a ayudar a unos huéspedes.

—Una última pregunta. ¿El señor Ingersoll alquiló equipo de pesca mientras estuvo allí?

—Sí. Will lo ayudó a elegir caña y carrete. Pero creo que no pescó demasiado.

Jane miró su móvil, que estaba sonando.

—Gracias, señor...

—Patten. Si tiene más preguntas, llámenos.

Jane cortó el teléfono del escritorio, cogió el móvil y vio que la llamada provenía del laboratorio de criminalística.

—Habla Rizzoli.

Erin Volchko respondió:

—He visto cosas bastante sorprendentes en todos estos años, pero creo que esta se lleva el premio.

—¿De qué estamos hablando?

—Del fragmento metálico que me llegó de la morgue. Estaba incrustado en la columna cervical de la NN.

—Ah, sí. Un fragmento de la hoja.

—No se parece a ningún metal que yo haya visto antes.

VEINTISIETE

Frost y Tam la estaban esperando en el laboratorio de criminalística. Estaba también un hombre al que Jane nunca había visto antes, un afroamericano de voz suave que Erin presentó como el doctor Calvin Napoleon Cherry del Museo Arthur Sackler, de Harvard.

—Cuando me di cuenta de lo que podría ser este metal, le pedí al doctor Cherry que le echara un vistazo —dijo Erin—. Si alguien puede tener una respuesta, es él.

El doctor Cherry respondió con una risa incómoda.

—Me hace parecer demasiado importante.

—Pues su nombre aparece en la mitad de los artículos publicados sobre este tema. No puedo imaginar que haya un experto mejor a quien consultar.

—¿Qué función cumple en el Museo Sackler, doctor Cherry? —preguntó Jane.

Él encogió los hombros en señal de modestia.

—Soy curador de la colección de armas. Escribí mi tesis doctoral sobre el análisis metalúrgico de las espadas. Específicamente, hojas de China y de Japón. Están muy relacionadas, aunque los métodos de fabricación son diferentes desde hace siglos.

—¿Entonces cree que esta hoja fue hecha en Asia?

—Estoy casi seguro de que es así.

—¿Puede saberlo con solo ver un fragmento?

—Aquí —dijo Erin, ubicándose delante de su ordenador—. Os mostraré las imágenes que le envié al doctor Cherry hace unos días. Esta es la micrografía del fragmento. —Tocó el teclado y en el monitor vieron una imagen de ondas y remolinos grises.

—Lo que estáis viendo —dijo el doctor Cherry— se llama acero laminado o de Damasco. Forma este patrón ondeado cuando diferentes capas de metal se doblan y se martillan una y otra vez, haciendo una especie de sándwich de acero blando y duro. Cuantas más capas se unan a golpes, más fino el trabajo y más fuerte será la espada. En China, el mejor acero se llama *bailian jinggang* o “acero forjado cien veces”. Eso produce esos patrones que veis aquí, lo que llamamos las venas de la hoja.

—Si esta es un arma china —preguntó Frost—, ¿por qué se le llama acero de Damasco?

—Para explicar eso, debo contaros un poco de la historia de las armas chinas. Es decir, si queréis escucharlo. —Miró a los tres detectives para evaluar su interés.

—Adelante —dijo Jane.

Los ojos del Dr. Cherry se iluminaron, como si no hubiera tema que disfrutara más.

—Retrotraigámonos a los inicios de las espadas. Hace miles de años, los chinos comenzaron a fabricar hojas con piedras. Luego progresaron al bronce, un metal blando y pesado que tiene sus limitaciones como material para armas. El siguiente avance fue el hierro, pero no se encuentran demasiados ejemplos de esas armas, porque el hierro se corroe y es muy poco lo que queda. Aunque parezca irónico, es más fácil encontrar una espada de bronce que una de hierro, aunque el bronce es muchísimo más antiguo.

—Pero aquí estamos hablando de acero —observó Tam—. No de hierro.

—¿Y conocéis la diferencia entre acero y hierro?

Tam vaciló.

—Si mal no recuerdo, tenía algo que ver con agregar carbón.

—¡Muy bien! —se entusiasmó el Dr. Cherry—. No todos lo saben, ni siquiera algunos de mis estudiantes de primer año en Harvard. Entonces, nos encontramos ahora en medio de la dinastía Han, hace unos dos mil años, cuando los artesanos fabricantes de espadas aprendieron a forjar y plegar el acero, a martillarlos en bandas y planchas. La técnica probablemente se originó en India y pasó luego a China y Oriente Medio. Y es así como se le dio el nombre de acero de Damasco.

—Pero no proviene de Damasco en absoluto —objetó Frost.

—No, originariamente es de la India. Pero las buenas ideas se desparrraman y una vez que la técnica llegó a China, la fabricación de espadas avanzó hasta convertirse en un arte. Con el correr de los siglos, la calidad técnica fue variando, según la frecuencia de las guerras. Con cada nuevo conflicto, las armas siempre evolucionan. Cuando invadieron los mongoles durante la dinastía Song, introdujeron los sables. Los chinos adaptaron ese sable a sus propias espadas curvas. Se lo conoce como *dao* y lo utilizaba la caballería para atacar y cortar desde arriba del caballo. Estamos hablando de espadas sumamente afiladas, por lo que imagináis la carnicería que se desataba en el campo de batalla.

Amputaciones y decapitaciones masivas.

Era una imagen horripilante que Jane revivió en un instante. Recordó el callejón. El silbido de la espada, el chorro de sangre caliente en su cara. La voz suave del Dr. Cherry contrastaba de manera grotesca con el horror de lo que describía.

—¿Quién coño se apuntaría para soldado? Yo no —dijo Frost.

—Es posible que no tuvieran opción —dijo el Dr. Cherry—. Durante gran parte de la historia antigua, el conflicto armado era parte de la vida en China. Caudillos contra caudillos. Invasiones de mongoles y de piratas.

—¿Piratas? ¿En China?

El Dr. Cherry asintió.

—Durante la dinastía Ming, los piratas japoneses asolaban la costa china. Luego

un héroe llamado el General Qi intervino y los derrotó.

—Recuerdo haber oído hablar de él —dijo Tam—. Mi abuela me dijo que el General Qi les cortó la cabeza a cinco mil piratas. Sus aventuras eran grandes cuentos para antes de dormir.

—Madre mía —masculló Jane—. Pensar que a mí solo me contaban Blanca Nieves y los Siete Enanos.

—Los soldados de élite del General Qi eran famosos por sus tácticas ingeniosas —dijo el Dr. Cherry—. Y el arma que escogían era el *dao*. El sable chino. —Señaló la imagen ampliada en la pantalla del ordenador de Erin y dijo con tono reverencial: —Es asombroso pensar que ese fragmento probablemente vino de allí.

—¿De un sable chino? —preguntó Jane.

—Sí.

—¿Cómo puede saberlo, a partir de ese trocito? ¿No podría ser de una espada japonesa de samurái?

—Es posible, supongo, puesto que los japoneses aprendieron las técnicas de fabricación de espadas de los chinos.

—Y las espadas samurái son fáciles de encontrar —dijo Tam—. Las venden en tiendas especializadas en cuchillos.

—Ah, pero esas tiendas no venden espadas como esta.

—¿Qué tiene de tan especial? —preguntó Jane.

—La edad. Basada en una prueba de carbono catorce. Jane frunció el ceño.

—Pensé que el carbono catorce solo se utilizaba con material orgánico. Esto es acero.

—Volvamos a cómo se hacían las espadas antiguas —dijo el Dr. Cherry—. La técnica tradicional era fundir hierro y arena en una forja. Ese hierro luego se combinaba con carbono para formar el acero. ¿Pero dónde se consigue el carbono? Ellos utilizaban cenizas de madera.

—Y la madera es orgánica —dijo Tam.

—Exacto. Extrajimos el componente de carbono de esta muestra utilizando combustión a tubo sellado —dijo Erin—. Y luego se analizó ese carbono.

—¿Fue necesario destruir el fragmento?

—Lamentablemente, sí. Para fechar el carbono, hubo que sacrificar la muestra. Era la única manera de obtener la edad precisa.

—Y fue allí que nos llevamos la gran sorpresa —dijo el Dr. Cherry, con una nota de emoción en la voz.

—Supongo que a esta espada no la compraron en una tienda de cuchillos —observó Jane.

—No, a menos que la tienda venda antigüedades de hace mucho tiempo.

—¿Cómo de antigua es?

El doctor Cherry señaló la micrografía.

—Ese acero que veis allí fue fabricado durante la dinastía Ming. La prueba de carbono catorce lo coloca entre los años 1540 y 1590. —Miró a Jane, con los ojos encendidos. —Esa es justo la era del ejército legendario del general Qi. Un sable como este podría haber sido esgrimido por uno de sus soldados de elite. Tal vez hasta cortó las cabezas de algunos piratas.

Jane se quedó mirando la imagen en la computadora.

—¿Esta espada tiene más de quinientos años? ¿Y todavía sirve?

—Es posible preservar una espada así durante mucho, mucho tiempo, pero requiere de un cuidado especial, sobre todo si fue utilizada en el campo de batalla. La sangre corroe el acero aun si se lo limpia asiduamente. La exposición al aire lo oxida y lo marca. Sería necesario limpiar y lustrar la hoja a través de los siglos y eso, en sí mismo, desgasta el metal, haciendo que el filo se torne frágil. Ese puede ser el motivo por el que a esta hoja en particular se le haya roto un trocito dentro del cuello de la víctima. Simplemente ha llegado al fin de su vida útil como herramienta para matar. —Soltó un suspiro nostálgico. —¡Lo que daría por examinarla! Un *dao* de la época del General Qi sería invaluable, si solo se lo pudiera encontrar. —Se detuvo y miró a Frost, que se había puesto súbitamente pálido. —¿Pasa algo, detective?

Frost dijo en voz baja:

—Sé dónde encontrar esa espada.

VEINTIOCHO

Una vez más, los detectives Rizzoli y Frost han invadido mi estudio y esta vez han traído a un caballero de raza negra, bien vestido, cuya timidez y modos suaves indican que no es policía como ellos. La repentina interrupción desconcierta a mi clase y la docena de alumnos se quedan paralizados, habiendo interrumpido abruptamente sus ejercicios de lucha. Solo Bella se pone en acción, y pasa delante de los alumnos para ubicarse a mi lado. Se comporta como mi guardiana feroz, con su metro sesenta, incluyendo su pelo negro de punta. No me sorprende ver a los visitantes y miro a Bella con una expresión que dice: *No te involucres. Deja que yo me encargue de esto.*

Ella asiente de manera casi imperceptible pero se mantiene obstinadamente a mi lado.

La detective Rizzoli toma el mando de la conversación; claro que sí, lleva su autoridad como una armadura.

—Tenemos entendido que posee una espada antigua, señora Fang —dice—. Le solicitamos nos la entregue ahora mismo.

Miro al detective Frost. Es una mirada fría de acusación y la vergüenza le oscurece los ojos. La noche que compartimos una cena, la noche que una amistad se entibió entre nosotros, le permití sostener a Zheng Yi y le conté la historia de la espada. Aquella noche vi bondad en su rostro. Ahora esa cara se tensa en una máscara que se cierra a todo indicio de nuestra anterior conexión. Queda claro que sobre todas las cosas, es policía, lo que envenena cualquier posibilidad de amistad entre nosotros.

—Si escoge no entregar el arma —dijo la detective Rizzoli—, tenemos una orden de allanamiento.

—Y si le doy mi espada, ¿qué hará con ella? —pregunto.

—Examinarla.

—¿Por qué?

—Para determinar si se utilizó para cometer un crimen.

—¿Me será devuelta intacta?

—Señora Fang, no estamos aquí para negociar. ¿Dónde está la espada?

Bella se adelanta, irradiando ira como el zumbido de un cable de alta tensión.

—¡No puede confiscarla así, sin más!

—La ley dice que puedo.

—Zheng Yi ha estado en mi familia por generaciones —digo—. Nunca ha estado lejos de mí.

La detective Rizzoli frunce el ceño.

—¿Quién es Zheng Yi?

—El nombre que le dieron cuando la forjaron. Significa “justicia”.

—¿La espada tiene nombre?

—¿Por qué se sorprende? ¿No tenéis una leyenda, en la cultura occidental, sobre una espada llamada Excalibur?

—Señora Fang —dice el hombre negro, con voz serena y respetuosa—. Créame, no quiero dañar la espada de ninguna manera. Comprendo su valor y le prometo que la trataré con cuidado.

—¿Y por qué debería creerle? —pregunto.

—Porque mi trabajo consiste en proteger y preservar armas como esa. Soy el doctor Calvin Cherry, del Museo Arthur Sackler y he examinado muchas espadas antiguas. Conozco su historia. Sé de las batallas que han peleado. —Inclina la cabeza en una señal de respeto que me impacta. —Me sentiría honrado si me permitiera ver a Zheng Yi —termina en voz baja.

Lo miro y veo una inesperada sinceridad en sus ojos castaños. Este hombre pronuncia el nombre con acento perfecto, por lo que me doy cuenta de que habla mandarín. Y lo que es más importante aún, entiende que un arma de gran calidad debe ser venerada por la habilidad del que la fabricó y por los siglos que ha sobrevivido.

—Venid conmigo —digo—. Bella, por favor, hazte cargo de la clase.

Llevo a los visitantes a la sala del fondo y cierro la puerta. Saco una llave del bolsillo y abro el armario; el arma está sobre un estante, envuelta en seda. Con ambas manos, se la entrego al doctor Cherry.

Él la recibe con una reverencia y la deposita con cuidado sobre mi escritorio. Los detectives Rizzoli y Frost observan cómo retira las capas de seda roja para dejar expuesta el arma envainada. Se detiene por un instante a examinar la vaina, que está hecha de madera laqueada con accesorios de bronce. La empuñadura, también, es de madera laqueada, pero cubierta con piel de raya que se ha manchado de verde. Cuando saca la espada, la hoja hace un zumbido musical que me provoca una corriente eléctrica en la piel.

—*Liuye dao* —dice en voz baja.

Asiento.

—Un sable hoja de sauce.

—¿Y dice usted que proviene de su familia?

—Era de mi madre. Y antes perteneció a mi abuela.

—¿Cuántas generaciones se remonta?

—Llega directamente a la general Washi.

Él levanta la mirada, evidentemente sorprendido.

—¿En serio?

—Es el linaje de nuestra familia.

La detective Rizzoli pregunta.

—¿Quién era este general?

—Le interesará este pedacito de historia, detective —responde el doctor Cherry—. La general Washi era mujer, la más famosa de los maestros del doble *dao*. Una guerrera que peleaba con dos espadas, una en cada mano. Comandaba a miles de soldados durante la dinastía Ming y los lideraba en los ataques contra esos piratas japoneses de los que le hablé. —Me mira, azorado. —Y usted desciende de ella.

Le sonrío y asiento.

—Me complace saber que la conoce.

—¡Pero esto es asombroso! Pensar que...

—Doctor Cherry —interrumpe la detective Rizzoli—. ¿Qué nos dice de la espada?

—Ah, sí. Claro. —Saca las gafas y se las coloca sobre la nariz. Detrás de las lentes, sus ojos oscuros se achican por la concentración. —Tiene la curva típica de un *dao* hoja de sauce. Es un diseño muy antiguo —explica a los dos detectives. —Es un sable algo más corto que lo habitual, pero supongo que es de esperar si fue diseñado específicamente para la mano de una mujer. Estas muescas para la sangre que se ven aquí también son características, y tienen el objeto de hacer que la hoja sea más liviana. ¡Observad estas ranuras en el acero! ¡Es asombroso lo profundas que siguen siendo! Y esta empuñadura, se diría que es original, si uno no supiera que tiene que tener por lo menos quinientos... —Se interrumpe. Por encima de sus gafas, veo que frunce el entrecejo. Por unos instantes, no dice nada. Luego acerca el *dao* a sus gafas e inspecciona el filo de la hoja. Prueba su flexibilidad. Por fin, saca una lupa de su bolsillo y con ella examina las ranuras.

Finalmente endereza la espalda y cuando me mira, veo una extraña tristeza en sus ojos. Una mirada casi apesadumbrada. En silencio, vuelve a guardar la espada en la vaina y me la entrega.

—Señora Fang —dice—. Gracias por permitirme ver a Zheng Yi.

—¿Ha terminado con ella, entonces? —pregunto.

—No es necesario que nos la llevemos, después de todo.

La detective Rizzoli protesta.

—Doctor Cherry, el laboratorio forense debe examinarla.

—Créame, esta no es el arma que está buscando.

Rizzoli se vuelve hacia Frost.

—¿Es la misma espada que has visto?

Frost parece confundido. Me mira a mí, luego mira el arma envainada que sostengo. Se ruboriza intensamente al comprender que puede haberse equivocado.

—¿Es o no es? —pregunta ella otra vez.

Frost niega con la cabeza.

—No lo sé. Es decir, solo vi la espada por unos instantes.

—Detective Frost —digo con tono gélido—, la próxima vez que venga a verme, espero que tenga la cortesía de decirme qué es lo que realmente quiere de mí.

Mi pulla encuentra su blanco y él hace una mueca como de dolor.

La detective Rizzoli suelta un suspiro.

—Señora Fang, a pesar de lo que diga el doctor Cherry, tendremos que examinar la espada. —Extiende las manos, esperando que yo le entregue el premio.

Tras una pausa, la deposito en sus manos.

—Pretendo que me la devolváis sin ningún daño.

Mientras las visitas se marchan, veo que el detective Frost mira hacia atrás con pesar, pero me protejo con mi desdén como si fuera un escudo que desvía cualquier disculpa. Sale por la puerta con los hombros encorvados.

—¿*Sifu*? —dice Bella en voz baja, y entra en mi despacho.

En el salón contiguo, los alumnos luchan y sueltan patadas, gruñendo y sudando. Ella cierra la puerta para que no puedan ver las miradas de satisfacción que intercambiamos.

Ataque y contraataque. La partida de ajedrez prosigue y la policía todavía va un paso por detrás de nosotras.

VEINTINUEVE

Jane esperó a que hubieran recorrido unos cincuenta metros hasta donde estaban aparcados los coches, antes de enfrentar al doctor Cherry.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que esta no es la espada?

—Llévela al laboratorio forense. Deje que la examinen ellos si no me cree —respondió él.

—Estamos buscando una espada china antigua y ella *casualmente* tiene una.

—Esa espada que usted se ha llevado no es la que busca. Sí, el filo tiene marcas y cicatrices de uso, pero las ranuras y muescas para la sangre están demasiado marcadas. Además, la empuñadura parece ser original de esa arma. Una empuñadura de madera fabricada durante la dinastía Ming no habría sobrevivido todos esos siglos en tan buenas condiciones.

—¿Entonces esta espada no es antigua?

—Ciertamente está bien hecha, y tiene el peso y el equilibrio de un sable de la dinastía Ming. Pero es solo una muy buena imitación. Como mucho, ha de tener unos cincuenta o setenta y cinco años.

—¿Por qué no dijo nada de esto cuando estábamos allí?

—Porque es evidente que *ella* cree que es auténtica. Ella cree que le ha llegado de manos de sus antepasados. Me daba pena desilusionarla, pues es algo que significa mucho para ella. —Dirigió la mirada hacia la puerta *paifang*. Caía el atardecer y la gente invadía Chinatown con intenciones de cenar; recorrían las calles angostas e inspeccionaban los menús en las ventanas. El doctor Cherry observaba la multitud con expresión triste. —En el museo donde trabajo —dijo—, a menudo me piden que evalúe reliquias de familia. La gente trae todo tipo de objetos de sus desvanes. Floreros, cuadros e instrumentos musicales. Todos traen consigo diversas mitologías. Casi siempre, mi veredicto les resulta una decepción, ya que lo que traen no son tesoros sino imitaciones sin valor. Eso los obliga a cuestionarse todo lo que les han dicho de niños. Se destruyen sus mitologías familiares y detesto verme obligado a hacer eso. La gente quiere creer que son objetos excepcionales. Quiere creer que su familia tiene una historia extraordinaria que contar y como prueba, muestran el anillo antiguo de la abuela o el viejo violín del abuelo. ¿Por qué obligar a estas personas a escuchar la verdad descarnada, que es que la mayoría de nosotros somos absolutamente comunes y corrientes? Y que las reliquias que se pasan de generación en generación y que tanto valoramos son casi siempre imitaciones.

—La señora Fang cree que descende de mujeres guerreras —dijo Frost—. ¿Cree usted que eso es solo otra fantasía familiar?

—Pienso que es algo que sus padres le han dicho. Y le han dado esa espada para

demostrarlo.

—O sea que no es cierto. Lo de la general Washi.

—Todo es posible, detective Frost. Usted podría ser descendiente del Rey Arturo o de Guillermo el Conquistador. Si eso le resulta importante, si lo ayuda en su vida cotidiana, entonces siga creyéndolo. Porque la mitología familiar tiene mucho más sentido para nosotros que la verdad. Nos ayuda a lidiar con la insignificancia absoluta de nuestras propias vidas.

Jane soltó un bufido.

—La mitología de mi familia era sobre cuánta cerveza podía tomarse el tío Lou en una sentada.

—Dudo que ese sea el único folklore que haya escuchado —dijo el doctor Cherry.

—También escuché que mi bisabuela intoxicó a todos en una boda familiar.

El doctor Cherry sonrió.

—Yo hablo de héroes. Debe de tener alguno en su familia. Piénselo, detective. Piense cuán importante son esos héroes para el modo en que se ve a usted misma.

Jane lo pensó mientras conducía hacia a su casa, pero las primeras personas que acudían a su mente eran los más sinvergüenzas y absurdos. El primo Rizzoli que intentó demostrar que Santa Claus realmente podía hacer una entrada tradicional, lo que terminó en el desmantelamiento de urgencia de la chimenea de su madre. O el tío que animó una víspera de Año Nuevo con pirotecnia casera y salió del hospital con tres dedos menos.

Pero también había escuchado historias de serena dignidad sobre una tía abuela que había sido monja en África. Otra tía abuela que lo había dado todo para alimentar a ocho niños en Italia durante la guerra. Podían ser consideradas heroínas, también, aunque menos extravagantes. Mujeres verdaderas que resistieron, no como la antepasada legendaria de Iris Fang que había luchado con dos sables y guiado a los soldados a la batalla. Todo eso sonaba a fábula, tan poco real como Sun Wukong el Rey Mono, que protegía a los inocentes y luchaba contra los demonios y los monstruos del río. Iris vivía en un mundo de fábulas, donde una viuda solitaria podía creerse experta en el uso de la espada, pues la sangre de antiguos guerreros corría por sus venas. ¿Y quién podía culparla por recluirse en esa fantasía? Iris se estaba muriendo de leucemia. Su marido y su hija ya no estaban. Sola en su casa triste, con esos muebles tristes ¿soñaría acaso con los campos de batallas y la gloria? *¿No lo haría yo también?*

En el momento en que frenó en un semáforo, sonó su móvil. Sin mirar el número de la persona que llamaba, atendió y recibió el estallido de una voz furiosa en el oído.

—¿Qué coño, Jane? ¿Por qué no me lo contaste? —dijo su hermano Frankie—. No podemos permitirle que lo haga.

Jane suspiró.

—¿Supongo que hablas del compromiso de mamá?

—Me he enterado de la noticia por Mike.

—Iba a llamarte, pero he estado ocupada.

—No puede casarse con ese tío. Tienes que impedirselo.

—¿Quieres decirme cómo hacerlo?

—¡Sigue casada, por el amor de Dios!

—Sí, con un hombre que la ha dejado por una rubia hueca.

—No hables así de papá.

—Pues es lo que ha hecho.

—Eso no durará. Papá volverá a casa, ya lo verás. Solo necesita divertirse un poco antes.

—Díselo a mamá. Fíjate qué tiene para decir al respecto.

—Joder, Jane, no puedo creer que vas a permitir que suceda. Se trata de la familia Rizzoli. Las familias deben mantenerse unidas. Y además, ¿qué sabemos realmente sobre este tío Korsak, eh?

—Ay, vamos. Ambos sabemos que está todo bien.

—¿Y qué significa que “está todo bien”?

—Es buena persona. Y es buen policía. —Se interrumpió, asombrada por el hecho de que estaba defendiendo al hombre al que no había visto de buen grado como padrastro. Pero todo lo que había dicho sobre Korsak era cierto. Era buena persona y era alguien con quien se podía contar. No era un mal partido.

—¿Y a ti te parece bien que se esté encamando con mamá? —dijo Frankie.

—Pues tú no pareces tener problemas con el hecho de que papá se esté encamando con la rubia tetona.

—Es distinto. Es un hombre.

Eso irritó a Jane.

—¿Claro, mamá no tiene permitido encamarse? —le espetó.

—Es nuestra *madre*.

La luz cambió a verde. Mientras cruzaba la intersección, dijo:

—Mamá no está muerta todavía, Frankie. Es guapa y divertida y se merece otra oportunidad con el amor. En lugar de hostigarla con este asunto, ve a hablar con papá. Fue por culpa de él que ella comenzó a verse con Korsak.

—Sí, hablaré con él. Tal vez sea hora de que papá tome el control de esta situación. —Frankie cortó.

¿Que tome el control? Fue la falta de control de papá lo que nos llevó a esto.

Dejó caer el teléfono sobre el asiento, preocupada por cómo se tomaría la noticia su padre. Furiosa por tener otro motivo más para preocuparse, otra pelota más que mantener en el aire cuando ya estaba haciendo malabarismos con una docena de ellas.

El teléfono volvió a sonar.

Frenó bruscamente junto a la acera para responder.

—No tengo tiempo para esto, Frankie —dijo, tajante.

—¿Quién coño es Frankie? —dijo una voz tan irritada como la suya. Oiga, Rizzoli, estoy harto de toda esta mierda del Fénix Rojo y quiero que le ponga un freno. La voz ronca de Kevin Donohue era inconfundible, al igual que su delicioso vocabulario.

—No sé de qué me habla, señor Donohue —respondió Jane.

—Esta tarde recibí otra. Esta vez me la dejaron debajo del limpiaparabrisas del coche. ¿Puede creer que tuvieran la audacia de tocar mi *puto coche*?

—¿Qué es lo que recibió?

—Otra copia del obituario de Joey. *Disfrutaba del baloncesto y el tiro al blanco; lo lloran su madre y su hermana, bla bla bla*. Y en el reverso hay un mensaje.

—¿Qué dice?

—*Pronto te tocará a ti*.

—¿Y piensa que vale la pena tomárselo con seriedad?

—Dos personas han sido decapitadas por no sé qué mono del infierno ¿y usted piensa que no debería tomarlo con seriedad?

—¿De qué mono del infierno habla? —preguntó Jane con voz firme.

—¿Qué, se supone que no tengo que saberlo?

—Esa información no es pública.

—Yo no soy *el público* ¿entiende? Soy un contribuyente cuya vida está en peligro.

Tiene un canal dentro de nuestra investigación, pensó Jane. Ha logrado infiltrarse en el Departamento de Policía de Boston. No debería de sorprenderla. Un hombre poderoso como Donohue podía comprarse ojos y orejas por todas partes, incluyendo el Palacio Municipal y la sede del departamento de policía en Schroeder Plaza.

—Haga su trabajo, detective —dijo Donohue—. Su deber es servir y proteger ¿recuerda?

Qué pena que eso incluya proteger a basuras como tú. Jane inspiró hondo y logró hablar con amabilidad.

—Tendré que examinar esa última nota. ¿Dónde está usted en este momento?

—En mi depósito, en Jeffries Point. No voy a quedarme mucho, así que dese prisa.

TREINTA

Había oscurecido cuando Jane entró con el coche por el portón abierto de Donohue Mayorista de Carnes y aparcó entre un BMW y un Mercedes gris plata. A los mafiosos parecía gustarles los coches importados ostentosos. Mientras descendía, escuchó el rugido de un avión de línea que despegaba del Aeropuerto Logan, que estaba a poca distancia de allí. Levantó la vista para observar cómo viraba y se dirigía hacia el sur. Pensó en Florida, en copas frutales con ron y palmeras. Qué bonito sería tomarse unas vacaciones al sol lejos de los asesinatos.

—Detective Rizzoli.

Se volvió y reconoció a uno de los corpulentos guardaespaldas que había visto en la residencia de Donohue unos días antes. Su nombre era Sean.

—La está esperando dentro —dijo Sean, con la vista fija en el arma enfundada de Jane—. Pero antes, tendrá que entregarme eso.

—Al señor Donohue no le molestó que estuviera armada el otro día.

—Sí, bueno, pues ahora está mucho más nervioso. Por ese mensaje que le han dejado en el parabrisas. —Alargó la mano.

—No le entrego mi arma a nadie. Dígale al señor Donohue que puede venir a verme a la sede policial. Con gusto conversaré con él allí. —Se volvió hacia el coche.

—Vale, vale —concedió el hombre—. Pero le advierto que la estaré vigilando como un halcón.

—Sí. Me da igual.

Lo siguió dentro del depósito y cuando la puerta aislante se cerró a sus espaldas con un sonido sordo, de pronto deseó haber traído una chaqueta más gruesa. Estaba helado dentro de esa caverna sin ventanas, y podía ver el vapor de su aliento. Sean la hizo pasar a través de una cortina de tiras de plástico hacia la zona refrigerada. De ganchos del techo colgaban enormes medias reses, filas y filas, un bosque de cadáveres colgantes. La niebla helada apestaba a sangre y a carne muerta, un hedor que Jane temía que le quedaría adherido al pelo y a la ropa aun después de abandonar el lugar. Cruzaron por ese bosque de carne colgante hasta un despacho en la parte posterior del edificio y su acompañante golpeó a la puerta.

Esta se abrió y Jane reconoció al segundo guardaespaldas, que le hizo señas para que pasara. Entró en la habitación sin ventanas y la puerta se cerró a sus espaldas con un sólido ruido sordo. Estaba atrapada en una fortaleza dentro de un frigorífico de carne, vigilada por rufianes armados, y sin embargo se sentía menos nerviosa por la situación de lo que aparentaba su anfitrión. Esto significaba ser un príncipe de la mafia irlandesa: verse continuamente acosado

por el miedo y la paranoia. Tener poder significaba temer siempre el momento en que lo perderás.

Kevin Donohue parecía más hinchado que antes detrás de su escritorio. Sus dedos como salchichas estaban apoyados sobre la bolsa transparente que contenía el último mensaje. La levantó hacia ella.

—Lamentablemente —dijo—, mis brillantes empleados la han llenado de huellas dactilares antes de mostrármela.

—Estas notas nunca tienen huellas dactilares —dijo Jane mientras cogía la bolsa—. La persona que las manda es muy cuidadosa. —Estudió la fotocopia. Era el obituario del *Boston Globe* de Joey Gilmore, publicado hacía diecinueve años. La giró y leyó el mensaje en el reverso, escrito en letras mayúsculas.

—PRONTO TE TOCARÁ A TI.

Jane lo miró.

—¿A qué cree que se refiere?

—¿Oiga, es subnormal? Es obvio que se refiere a que vendrá por mí esa cosa que anda suelta por la ciudad, jugando al vengador con una espada.

—¿Y por qué tendría que tocarle a usted? ¿Acaso es culpable de algo?

—No tengo que ser culpable de una puta cosa para reconocer una amenaza cuando la veo. Me llegan bastantes.

—No sabía que comerciar cortes caros de carne era un negocio tan peligroso. Él se quedó mirándola con ojos pálidos.

—Es usted una chica demasiado inteligente como para hacerse la boba.

—Pero no lo suficientemente inteligente como para entender qué es lo que pretende de mí, señor Donohue.

—Ya se lo he dicho por teléfono. Quiero que esta mierda termine, antes de que haya más derramamiento de sangre.

—Se refiere a su propia sangre, específicamente. —Jane miró a los dos hombres que la flanqueaban. —Me da la impresión de que ya tiene bastante protección.

—No contra ese... esa *cosa*. Sea lo que sea.

—¿Qué cosa?

Donohue se inclinó hacia adelante, rojo de impaciencia.

—Se dice por allí que rebanó a esos dos profesionales como fiambre para el almuerzo. Y que luego desapareció sin dejar rastros.

—¿Esos profesionales trabajaban para usted?

—Ya se lo he dicho. No, yo no los contraté.

—¿Tiene idea de quién los empleaba?

—Si lo supiera, se lo diría. He desplegado mis antenas y me dicen que hace unas semanas alguien contrató un asesino para matar a ese policía.

—¿Un asesino para que matara al detective Ingersoll?

Donohue asintió y sus tres papadas se sacudieron.

—En cuanto salió ese contrato a la calle, él pasó a tener los días contados. Deber de haber puesto realmente nervioso a alguien.

—Ingersoll estaba jubilado.

—Pero estaba haciendo un montón de preguntas.

—Sobre chicas, señor Donohue. Chicas que han desaparecido. Jane lo miró directamente a los ojos. —Ese es un tema que debería ponerlo nervioso a *usted*.

—¿A mí? —Se echó hacia atrás y su peso hizo crujir la silla. —No tengo idea de lo que habla.

—De prostitución. De traficar con chicas menores de edad.

—Demuéstrelo.

Ella se encogió de hombros.

—Vaya, ahora que lo pienso tal vez creo que debería dejar que esa criatura que parece un mono haga lo suyo.

—¡Está persiguiendo al hombre inadecuado! ¡No tuve nada que ver con el Fénix Rojo! Sí, claro, Joey era una rata y no derramé ni una lágrima cuando lo liquidaron, ¡pero yo no lo mandé matar!

Jane estudió el obituario de Joey.

—Pues alguien cree que lo hizo.

—Es esa loca de Chinatown. Tiene que ser ella la que está detrás de esto.

—¿Se refiere a la señora Fang?

—Comienzo a pensar que contrató a Ingersoll para que hiciera preguntas y averiguara quién mató a su marido. Se acercó demasiado la verdad y así fue cómo comenzó esta guerra. Si usted cree que los irlandeses juegan sucio, no tiene idea de lo que son capaces de hacer los chinos. Tienen gente que puede hacer cualquier cosa. Gente que prácticamente pasa a través de las paredes.

—¿Estamos hablando de personas reales o de cuentos de hadas?

—¿Acaso no ha visto esa película *Asesino Ninja*? Los entrenan desde pequeños para matar.

—Los ninjas son japoneses.

—¡Vamos, no se ponga a hilar tan fino! Son las mismas destrezas, el mismo entrenamiento. Sabe usted quién es ella ¿verdad? ¿De donde viene Iris Fang? He estado investigando sus antecedentes. Creció en un monasterio secreto en las montañas, donde entrenan a los niños en esa clase de cosas. Es probable que haya podido partirle el pescuezo a un hombre cuando tenía diez años. Y ahora tiene a todos esos alumnos trabajando para ella.

—Es una viuda de cincuenta y cinco años. —Una mujer enferma con tristes delirios de grandeza, pensó Jane. Una mujer que cree que desciende de una general mítica y tiene una espada falsa para demostrarlo.

—Una cosa son las viudas y otra cosa es *ella*.

—¿Tiene alguna prueba de que sea Iris Fang la que lo está amenazando?

—Demostrarlo es *su* trabajo, detective. Solo le estoy diciendo a qué me huele. Esa mujer perdió a su marido aquella noche y piensa que yo lo mandé matar. Me está culpando por el asunto del Fénix Rojo y... ¡joder!, por una vez en la vida, no he sido yo.

El ruido de un estallido de pronto sacudió el edificio. Jane vio la expresión de Donohue, paralizada de sorpresa, justo antes de que la habitación quedara completamente a oscuras.

—¿Qué coño...? —gritó Donohue.

—Creo que se ha cortado la luz —dijo uno de sus hombres.

—¡Pues ya veo que se ha cortado la luz! ¡Enciende el generador!

—Si logro encontrar una linterna...

Un ruido por encima de sus cabezas los dejó en silencio a todos. Jane levantó la mirada al escuchar un rápido golpeteo sordo en el tejado. En la oscuridad, sintió los latidos acelerados de su corazón; con manos que repentinamente sudaban, desenfundó el arma.

—¿Dónde está el mando del generador?

—En... en el depósito —respondió uno de los hombres; su voz, muy cerca de Jane, sonaba ronca de miedo. —La caja eléctrica está contra la pared del fondo. Pero no podré localizarla en la oscuridad. Menos con esa...—Se interrumpió cuando volvieron a escuchar el sonido, ligero como gotas de lluvia sobre el techo.

Jane buscó en su bolso y sacó su linterna. La encendió y el haz de luz aterrizó sobre Donohue, cuya cara brillaba de sudor y miedo.

—Llame al nueve-uno- uno —le ordenó Jane.

Él cogió el teléfono inalámbrico de su escritorio.

—¡Está muerto! —exclamó.

Jane sacó el móvil de su cinturón. No tenía señal.

—¿Este sitio está revestido de plomo o qué?

—Las paredes están blindadas contra balas y explosiones —respondió Donohue—. Como medida de seguridad.

—Fantástico. Una auténtica zona muerta.

—Tendrá que salir para conseguir señal.

Sucede que no quiero salir. Nadie quiere salir.

Comenzaba a hacer calor en la habitación; las paredes atrapaban tanto el calor de sus cuerpos como el miedo que sentían. No podemos quedarnos aquí para siempre, pensó Jane; alguien tiene que salir para hacer la llamada y parece que tendré que ser yo.

Con el arma en la mano, se dirigió a la puerta.

—Yo iré primero —dijo—. Manteneos cerca.

—¡Aguarde! —interrumpió Donohue—. Mis muchachos no irán con usted.

—Necesito refuerzos.

—Les pago para que me protejan *a mí*. Se quedarán aquí.

Jane se volvió y le apuntó la linterna directamente a los ojos.

—Muy bien, entonces. Salga usted y llévese a sus muchachos. Yo me quedaré aquí hasta que regresen. —Cogió una silla, se sentó y apagó la linterna.

Transcurrieron varios segundos en la oscuridad; el edificio estaba en silencio. El único sonido que se oía era la respiración aterrada de Donohue.

—De acuerdo —dijo por fin—. Llévase a Colin. Pero Sean se queda.

Jane no tenía idea de si Colin era de fiar; solo esperaba que tuviera suficientes neuronas como para no dispararle accidentalmente por la espalda. Se detuvo en la puerta para escuchar si había ruidos del otro lado, pero la barrera era demasiado gruesa. *A prueba de balas y de explosiones*, había dicho Donohue.

Corrió el cerrojo y entreabrió la puerta. Afuera, la oscuridad no era completa; por una ventana alta entraba en el depósito el brillo tenue de la ciudad; la penumbra alcanzaba para que Jane pudiera ver las filas oscuras de medias reses colgadas de ganchos, como guerreros en formación. Cualquier cosa podría estar merodeando entre las sombras, disimulada como una silueta más entre la carne.

Jane encendió la linterna y revisó rápidamente el perímetro. Con un barrido, iluminó las carcasas colgantes, el suelo de hormigón, el vapor de su propia respiración. Oía a Colin detrás de ella; respiraba temblorosamente por el miedo. Un hombre armado y aterrado no era la clase de apoyo que había tenido en mente. Podría terminar con una bala en la columna, pensó. Si es que esa criatura no me decapita antes.

—¿Dónde está la salida más cercana? —susurró.

—Recto hacia adelante. En el extremo del edificio.

Jane tragó con fuerza y echó a andar junto a la fila de carcasas. Movía la linterna hacia un lado y hacia el otro, buscando movimientos, el atisbo de una cara o de una hoja de acero. Lo único que veía eran los productos del matadero, criaturas vivientes reducidas a músculos y huesos colgantes. Sentía la linterna resbaladiza en la mano. Seas quien seas, pensó, ya me has dejado vivir una vez. Pero eso no significaba que le volvería a hacer el favor, menos cuando viera la compañía en la que andaba.

Por delante se veían más carcasas. Jane apuntó la luz hacia delante, pero no podía ver el final de la fila. Súbitamente se detuvo, tratando de escuchar más allá de los latidos atronadores de su corazón.

—¿Qué hay? —susurró Colin.

—Escucha.

Era solo un leve crujido, el sonido que hace un árbol cuando una ráfaga de viento lo mueve. Pero el crujido se elevó a un gemido rítmico, como si el árbol se moviera cada vez con más violencia. *Viene desde arriba de nosotros*. Jane levantó la luz hacia el techo y vio que una carcasa se movía hacia delante y hacia atrás,

como empujada por una mano invisible.

Escucharon otro crujido, esta vez hacia la izquierda.

—¡Allí! —dijo Colin y Jane movió la luz hacia el sonido. Se encontró mirando una segunda carcasa que oscilaba como un péndulo gigante, hacia delante y hacia atrás en la estrecha luz de su linterna.

—¡Detrás de nosotros! —gritó Colin, con voz aguda por el pánico—. ¡No, allí!

Jane giró completamente; su linterna iluminaba movimientos por todos lados. La oscuridad había cobrado vida con un ruidoso coro de tañidos, gemidos y chirridos metálicos.

—¿Dónde coño está? —chilló Colin, girando junto a ella, blandiendo alocadamente el arma mientras las carcassas oscilaban alrededor de ellos. Disparó, y en algún sitio en la oscuridad, se oyó un ruido metálico. Volvió a disparar y la bala se hundió en la carne refrigerada con un ruido sordo.

—¡Detente de una vez, antes de matarnos a ambos! —gritó Jane.

Él dejó de disparar, pero siguió girando hacia un lado y hacia el otro, buscando un blanco. Seguramente imaginaba a la criatura por todos lados, igual que ella. ¡Allí! ¿Acaso ese brillo era el de una cara o el de un ojo? ¿Cómo podía algo moverse tan rápida y silenciosamente? De pronto, Jane recordó la ilustración del libro de fábulas chinas. El Rey Mono, sujetando su bastón, la larga cola curvada como una serpiente. Pensó en el susurro de una espada en la noche, en la hoja cortándole la garganta. Miró hacia arriba y por un instante creyó verlo de pie por encima de ellos, con sus feroces ojos brillando en la oscuridad. Pero no había criatura alguna allí, solo un gancho de acero vacío, esperando una nueva media res.

Lentamente, los gemidos y crujidos se apagaron. Pero Colin y Jane se mantuvieron en su sitio, espalda contra espalda, escaneando desesperadamente las sombras. En cada dirección en la que apuntaba la linterna, Jane no veía ningún intruso; sin embargo, la oscuridad parecía estar vigilándolos. Y con esta linterna en la mano, pensó, quienquiera que esté allí sabe perfectamente dónde estamos.

—Continúa avanzando —susurró—. Hacia la puerta.

—¿Qué es esta criatura? ¿Contra qué estamos luchando?

—Mejor no nos quedemos aquí para averiguarlo.

Colin no tenía intención de quedarse rezagado. Mientras avanzaba hacia la puerta, Jane casi podía sentir el aliento de él en su nuca. A un hombre como Colin, un arma le daba valor falso, lo suficiente como para transformar a un cobarde en un matón y un asesino. Pero si ese hombre quedaba en la oscuridad, donde no podía ver al enemigo, donde todos estaban ciegos, el cobarde volvía a quedar al descubierto. No fue hasta que llegaron a la salida y salieron al exterior que Jane lo oyó soltar un suspiro de alivio. El aire olía a mar; en el cielo, los

aviones de pasajeros sobrevolaban en círculos, brillantes como estrellas fugaces. Jane sacó el móvil, pero vaciló antes de hacer la llamada. *¿Qué podía decir? Se ha cortado la luz y enloquecimos. Escuchábamos cosas en la oscuridad e imaginábamos monstruos.*

—¿Va a llamar o qué? —dijo Colin—. El cobarde había desaparecido; había regresado el matón.

Jane levantó el móvil para marcar y de pronto se inmovilizó, con la vista fija en el tejado del depósito. En la figura que estaba agazapada allí, recortada como una gárgola contra el cielo nocturno. La observaba, igual que Jane la observaba a ella. *¿Me verá como amiga o enemiga?*

—¡Ahí está! —gritó Colin.

Justo cuando levantó el arma para disparar, Jane lo cogió del brazo. La bala salió desviada y se perdió en el cielo.

—¿Qué coño...? —chilló Colin—. ¡Está allí, mátelo!

En el tejado, la figura no se movió; simplemente se quedó mirándolos.

—Si no lo mata usted, lo mataré yo —anunció Colin. Una vez más, levantó el arma y de pronto se quedó paralizado, mirando el tejado.

—¿Dónde está? ¿Dónde fue?

—Se ha ido —dijo Jane, contemplando el tejado vacío.

Me salvaste la vida aquel día, ahora te la he salvado yo a ti.

TREINTA Y UNO

—Donohue es un malnacido —sentenció Tam—. Voto por que dejemos que esa cosa lo liquide. Que los liquide a todos.

La criatura, la cosa. No tenían ningún otro nombre para lo que había estado en el tejado del depósito la noche anterior. Nadie le había visto la cara ni había oído su voz. Solo habían tenido pequeños atisbos y siempre en la oscuridad, donde era poco más que una sombra entre las sombras. En la lucha entre el bien y el mal, *esa cosa* había dejado bien en claro su posición. Ya había eliminado a dos asesinos contratados. Ahora había posado sus ojos sobre Donohue.

Pero a mí me ha perdonado la vida, pensó Jane. *¿Cómo sabe que estoy del lado de los buenos?*

—Sea lo que sea —dijo Frost—, es jodidamente hábil para evitar las cámaras de vigilancia.

Los tres detectives se habían pasado la mañana en la sala de reuniones del primer piso, revisando las grabaciones de las cámaras montadas en el vecindario donde estaba ubicado el depósito de Donohue. Las imágenes de una de las cámaras de Donohue se veían ahora en el monitor, y mostraban una toma nocturna del aparcamiento. Jane se vio a sí misma entrar con el coche por el portón y aparcar en la plaza junto al Mercedes de Donohue.

—Sonríe. Estás en la cámara oculta —bromeó Frost.

En el vídeo, Jane bajaba del coche y se detenía a mirar el cielo, como oliendo el viento. ¿Así de rebelde tengo el pelo?, pensó, e hizo una mueca al ver su imagen. ¿Tan encorvada voy? Tengo que aprender a ponerme erguida y meter la barriga.

Ahora aparecía Sean, el hombre de Donohue, y hablaban sobre el arma de Jane. Sean insistía, Jane cuadraba la espalda en resistencia.

—¿Por qué no nos pediste que te acompañáramos? —dijo Tam.

—Fui solamente a buscar la nota. No era nada.

—Pues se convirtió en mucho más que nada. Te hubiéramos venido muy bien.

En la pantalla, Jane y el guardaespaldas desaparecieron dentro del depósito. La pantalla no mostraba ningún movimiento ni ningún cambio en el aparcamiento, excepto el brillo transitorio de las luces de un coche que pasaba por la calle. Frost adelantó el vídeo cinco minutos. Diez. La imagen de pronto titiló y quedó en blanco.

—Y no hay nada más —dijo Frost—. Lo mismo sucede en las cuatro cámaras de vigilancia de Donohue. Se corta la electricidad y la imagen queda en blanco.

—O sea que no tenemos ni una sola imagen de esa criatura —dijo Tam.

—En las cámaras de Donohue, no.

—¿Es invisible, esa cosa?

—Tal vez sabe lo que hace. —Frost cliqueó sobre fotos del exterior del depósito. —Esta mañana traje la cámara y tomé estas fotografías. Ahí se ven dónde están montadas las cámaras. Como es de esperar, se centran en los puntos de entrada. Las puertas y los muelles de carga de los camiones. Pero la parte trasera del edificio es solo una pared, por lo que no está vigilada. El tejado, tampoco. —Miró a Jane. —Es físicamente posible, entonces, evadir las cámaras. Lo que significa que no tiene por qué tratarse de ninguna criatura sobrenatural.

—Pues anoche era fácil creer que lo era —dijo Jane en voz baja, recordando los misteriosos crujidos y chillidos de los ganchos de metal que oscilaban a su alrededor en el depósito. —Donohue tiene sistema de seguridad y guardaespaldas. Está armado hasta los dientes. Pero no tiene la menor idea de cómo protegerse de esta cosa y está cagado de miedo.

—¿Y por qué debería importarnos? —dijo Tam—. Esta criatura nos está ayudando a hacer nuestro trabajo. Cuando se trata de eliminar a los criminales, yo voto por que le permitamos darse el gusto.

Jane estudió las fotografías del depósito de Donohue.

—Me cuesta no estar de acuerdo contigo. Le debo mi vida a esa criatura. Pero quiero saber cómo entró en el edificio. Yo estaba allí y sin embargo, no la vi hasta el final. Cuando *me permitió* verla. Cuando se quedó sentada en el tejado lo suficiente como para que el guardaespaldas de Donohue también la viera.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Frost.

—¿Tal vez para demostrarnos que realmente existe? ¿O para asustar a Donohue, para mostrarle que puede eliminarlo cuando se le antoje?

—¿Entonces, por qué no lo hizo? Donohue sigue vivito y coleando.

—Y muerto de miedo —dijo Jane—. Lo curioso es que yo ya no le temo a esa criatura. Creo que está aquí por un motivo. Solo quiero saber cómo hace lo que hace. —Miró a Tam. —¿Qué sabes del *wushu*?

Tam suspiró.

—Claro, tenías que preguntárselo al asiático.

—Vamos, Tam, eres la persona lógica a quien preguntarle. Pareces tener muchos conocimientos sobre fábulas chinas.

—Sí —concedió él—. Gracias a mi abuela.

—Donohue cree que lo persiguen guerreros ninja. Anoche me puse a investigar y averigüé que las técnicas ninja en realidad provienen de China. Donohue dice que a esos tíos los crían desde niños para matar y que pueden penetrar cualquier defensa.

—Ambos sabemos que la mitad de eso es pura fantasía.

—Sí, pero ¿qué mitad?

—La mitad que se veía en la película *El Tigre y el Dragón*.

—Me ha gustado esa película —dijo Frost.

—¿Pero alguna vez te creíste que los guerreros pueden volar por el aire y luchar en las copas de los árboles? Claro que no, porque es un cuento de hadas. Al igual que todas esas otras fábulas que me contaba mi abuela sobre monjes que podían caminar sobre el agua. Seres inmortales que bajaban del cielo para mezclarse con los hombres.

—Pero las leyendas suelen tener un elemento de verdad en ellas —dijo Jane—. Y realmente había monjes guerreros en China.

—De acuerdo —admitió Tam—. Tal vez esa parte será real. De verdad existieron monjes guerreros Shaolin en un templo de montaña. Se hicieron famosos por sus habilidades de combate tras defender al emperador contra un levantamiento. Pero el arte del *wushu* se remonta a mucho antes de esos monjes. Tiene miles de años de antigüedad, es tan antiguo que nadie conoce realmente su verdadera historia. Y con cada siglo que pasa, las historias se vuelven más y más estrafalarias. Así es como terminas con gente que cree que los guerreros *wushu* son como fantasmas, imposibles de matar.

—Pues después de anoche, casi creería que es cierto —dijo Jane.

—Ay, por favor.

—No estuviste allí. No lo viste.

—Yo también estaría casi dispuesto a creer que es un fantasma —dijo Frost, mientras miraba otro vídeo en la pantalla—. Busqué filmaciones de todas las cámaras de ese vecindario y hasta ahora no he visto absolutamente nada. Ha logrado colarse por todos los puntos ciegos. —Señaló el monitor. —Esta cámara está montada directamente frente al depósito de Donohue, del otro lado de la calle. Estuvo grabando todo el rato y sin embargo, no aparece nada.

—Si es de carne y hueso, aparecerá en algún lado —dijo Jane.

Frost pasó a un vídeo diferente.

—Bien, esta cámara está a unos cien metros, casi sobre la calle Summer. —Pulsó INICIO y apareció una imagen de un callejón que terminaba en una cerca de alambre. Transcurrieron unos minutos y nada se movió, nada cambió. —De nuevo, nada.

Jane palmeó el hombro de Frost para animarlo y se puso de pie.

—Que te diviertas revisando los vídeos. Llámame si ves algo.

—Sí, sí.

Ya casi estaba en la puerta cuando oyó que Frost ahogaba una exclamación. Se volvió.

—¿Qué hay?

—¡Fue tan veloz!

—No vi absolutamente nada —dijo Tam.

Jane regresó al monitor y observó cómo Frost rebobinaba y volvía a pulsar INICIO. Apareció la misma imagen estática. El mismo callejón mal iluminado con

la cerca en el fondo.

—¡Allí! —dijo Frost.

La figura pareció materializarse de la oscuridad, y de espaldas a la cámara, se movió como una mancha por el callejón. Con un salto veloz saltó por encima de la cerca y cayó, agazapada, del otro lado. Allí se detuvo y se irguió en toda su estatura.

Frost congeló la imagen.

Estaba vestida de negro de la cabeza a los pies. No podían verle la cara, pero la silueta de la figura quedaba recortada claramente, revelando una cintura estrecha y la curva inconfundible de las caderas.

—Es una mujer —dijo Frost.

Bella Li entró en la sede de Schroeder Plaza del Departamento de Policía de Boston vestida con vaqueros de tiro bajo, botas de caña alta y una chaqueta negra de cuero. Antes de pasar por el detector de metales, se quitó ostentosamente la chaqueta, en un estriptís para todos los policías que la miraban, revelando una camiseta adherente que marcaba todas las curvas de sus pechos sin sujetador. Les devolvió las miradas con una sonrisa letal y pasó, pavoneándose, por seguridad, para encontrarse con Jane, que esperaba del otro lado.

—No sabría que tendría que pasar por una inspección —dijo Bella.

—Todos lo hacen. Hasta el alcalde. —Jane hizo un ademán hacia el ascensor. —Iremos arriba.

Subieron al primer piso; Bella sacaba una cadera hacia afuera y llevaba la chaqueta de cuero colgando del hombro. Tenía el pelo corto de punta y más espinoso que nunca, como el pelo de un gato al que han hecho enfadar y está listo para pelear. Y esta es una chica que podría derribarme, pensó Jane. A pesar de ser menuda, Bella era puro músculo y ágil como una pantera. Al mirarla, Jane se preguntó: ¿Acaso eres la criatura que vi agazapada en el techo? ¿Eres la que me salvó la vida en aquel callejón?

En la primera planta, Jane acompañó a Bella a la sala de entrevistas.

—Ponte cómoda. Le haré saber al detective Frost que estás aquí —dijo y la dejó sola.

En la sala contigua, Jane se reunió con Frost, que observaba a Bella por el espejo unidireccional. La joven no se veía en absoluto nerviosa y estaba arrellanada en la silla, con las botas apoyadas sobre la mesa. Había echado la cabeza hacia atrás y miraba el techo con expresión aburrida.

—¿Dijo algo interesante mientras subíais? —preguntó Frost.

Jane negó con la cabeza.

—Ni siquiera preguntó por qué la habíamos citado.

—Interesante. ¿Crees que sabe que lo sabemos?

—Creo que está tratando de demostrarnos que le importa un rábano.

En la sala contigua, Bella miró directamente hacia el espejo y arqueó una ceja; su expresión decía de manera inconfundible: *¿Podemos terminar con esto?*

—Bien. —Jane suspiró. —Vayamos a ponerle un poco de presión.

Cuando Jane y Frost entraron en la sala de entrevistas, Bella bajó los pies de la mesa, pero se mantuvo arrellanada en la silla, con los brazos cruzados, y respondió a las preguntas de Jane en tono monocorde. Primero llegaron las preguntas engañosamente fáciles: ¿Nombre? Bella Li. ¿Fecha de nacimiento? 18 de mayo. ¿Ocupación? Instructora de artes marciales. Bella suspiró audiblemente, la imagen misma del desinterés. Pero la siguiente pregunta hizo que se le contrajeran los músculos del antebrazo.

—¿Dónde estabas anoche, entre las seis de la tarde y las nueve de la noche? —preguntó Jane.

Bella levantó los hombros.

—En casa.

—¿Sola?

—¿Por qué quiere saber?

—Queremos verificar tu paradero.

—Mi vida amorosa es privada. No veo por qué debería darle nombres a nadie.

—¿Entonces estaba con un hombre, anoche? —preguntó Frost—. ¿Podría decirnos su nombre?

—¿Por qué da por sentado que me interesan los hombres? ¿En serio cree que una mujer no puede buscar algo mejor? —Le dirigió una sonrisa provocativa a Jane.

—Vale —dijo Jane con un suspiro. —¿Podrías decirnos el nombre *de ella*, entonces?

Bella se miró las manos e inspeccionó sus uñas cortas.

—No había nadie. Estuve en casa, sola.

—Podrías haberlo dicho desde un comienzo.

—Podría haberme dicho por qué me hizo venir.

—O sea que estuviste sola en tu casa. ¿Saliste en algún momento?

—No lo recuerdo.

—Quizá si te mostráramos una foto, lo recordarías.

—¿Qué foto?

—La de una cámara de seguridad en Jeffries Point —dijo Frost—. Es usted muy hábil para eludir las cámaras de vigilancia, señorita Li. Pero no las vio todas.

Por primera vez, Bella no tenía lista una respuesta, aunque su expresión no cambió y sus ojos se mantuvieron serenos como estanques del bosque.

—Sabemos que eres tú la del video —mintió Jane. Inclinandose hacia adelante, vio que las pupilas de la joven se movían, una reacción involuntaria y a la vez

reveladora. Bella podía parecer serena, pero su instinto interno de luchar o huir estaba en alerta máxima. —Sabemos que estuviste en el depósito. La pregunta es, ¿por qué?

La chica rió, un impresionante despliegue de valor en alguien que tan evidentemente estaba en desventaja.

—Pues dígamelo usted a mí, puesto que parece saberlo todo.

—Fuiste allí a amedrentar a Kevin Donohue.

—¿Por qué haría eso?

—Primero le dejaste una nota amenazadora en el parabrisas. Luego entraste por la fuerza en su depósito. Desactivaste el sistema de seguridad y la línea telefónica.

—¿Yo sola hice todo eso?

—Estás altamente entrenada en artes marciales. Te has capacitado en una de las mejores academias del mundo, en Taiwán. —Jane apoyó con fuerza un expediente sobre la mesa. —Contiene los registros de tus viajes en los últimos cinco años.

Bella ladeó la cabeza.

—¿Hay un expediente sobre mí?

—Ahora sí.

Bella abrió la carpeta y pasó las páginas con fingido desinterés.

—He entrado y salido del país, sí. ¿Los estadounidenses no tenemos libertad de movernos como deseamos?

—No muchos estadounidenses pasan cinco años en un monasterio de Taiwán, estudiando un arte antiguo como el *wushu*.

—Para gustos, los colores.

—Y aquí viene lo interesante. Los gastos los ha pagado la señora Fang. No es rica, y sin embargo ha pagado por esos años de entrenamiento. Te ha pagado tus vuelos, tus estudios. ¿Por qué?

—Vio que yo tenía talento.

—¿Cuánto se dio cuenta de eso?

—Yo tenía diecisiete años y vivía en la calle cuando ella me encontró. Se ha ocupado de mí y me ha tomado bajo su ala, tal vez porque yo le recordaba a su hija.

—¿Eso es lo que haces en Boston? ¿Juegas a ser la hija sustituta?

—Enseño en su academia. Practicamos el mismo estilo de artes marciales. Y compartimos la misma filosofía.

—¿Y cuál es esa filosofía?

Bella la miró a los ojos.

—Que la justicia es una responsabilidad compartida por todos.

—¿La justicia? ¿O la venganza?

—Algunos dirían que *venganza* es simplemente otra palabra para justicia.

Jane estudió a Bella, tratando de descifrarla. Tratando de decidir si era la misma criatura que le había salvado la vida en el callejón, la que había estado agazapada en el tejado del depósito. Bella era de carne y hueso, como cualquier otra chica de veinticuatro años, pero decididamente no era común y corriente. Al mirar sus ojos, Jane veía algo raro, indomable. Un espíritu animal que de pronto la hizo echarse hacia atrás, sintiendo que se le erizaba el vello de los brazos. Como si en esos ojos hubiera visto algo que no era del todo humano.

Frost rompió el silencio.

—Señorita Li, es hora de que nos cuente la verdad.

Bella le dirigió una mirada despectiva.

—¿Qué parte no es la verdad?

—La parte sobre por qué Iris Fang la ha elegido a usted en particular.

—Podría haber elegido a cualquiera.

—Pero no lo hizo. Voló hasta San Francisco para buscar a una chica en particular de diecisiete años, cuya madre acababa de morir. Una chica que huyó de su casa de acogida y vivía en las calles. ¿Qué tenía usted de tan especial?

Al ver que Bella no respondía, Jane dijo.

—Tenemos tus registros de la escuela de California. No mencionan el estatus migratorio de tu madre.

—Mi madre ha muerto. ¿Qué importancia tiene ahora?

—Era inmigrante ilegal.

—Demuéstrelo.

—¿Y qué hay de ti, Bella?

—Tengo pasaporte estadounidense.

—Que dice que has nacido en el estado de Massachusetts. Seis años más tarde, apareces registrada en una escuela pública de San Francisco. Tu madre trabaja cómo limpiadora de hotel con un número de seguridad social falso. ¿Por qué os mudasteis allí? ¿Por qué de repente recogisteis todo y huisteis a California? — Jane se acercó lo suficiente como para ver su propia imagen reflejada en esos ojos sin fondo. —Tengo una idea bastante firme de quién eres realmente. Todavía no puedo demostrarlo. Pero créeme, lo haré. —Miró a Frost.

—Enséñale la orden de allanamiento.

Bella frunció el ceño.

—¿Orden de allanamiento?

—Nos autoriza a entrar en su casa —dijo Frost—. El detective Tam se encuentra ahora en su domicilio, con el equipo de allanamiento.

—¿Y qué cree que va a encontrar?

—Pruebas que la vinculen con las muertes de una mujer no identificada la noche del quince de abril y de un hombre no identificado la noche del veintiuno de abril.

Bella negó con la cabeza.

—Siento desilusionarlo, pero tengo una coartada a prueba de balas para el quince de abril. Estaba sobre el escenario en una demostración de *wushu* en Chinatown. Había por lo menos doscientos testigos.

—Lo verificaremos. Mientras tanto, si desea llamar a un abogado, es el momento de hacerlo.

—¿Me vais a *arrestar*? —Bella se inclinó hacia adelante en un movimiento tan repentino que Jane dio un respingo, plenamente consciente de lo veloces y letales que podían ser los movimientos de esta joven. —Esto —dijo en voz baja— es un *error muy serio*. —Algo en la profundidad de sus ojos pareció moverse, como un ser viviente que despierta en las profundidades tenebrosas.

—Dinos por qué es un error y quizá reconsideremos —dijo Jane.

Bella inspiró hondo y otra persona pareció tomar posesión de ella. Alguien que devolvió la mirada a Jane con ojos fríos como piedras brillantes.

—No tengo nada más que decir.

El apartamento de Bella estaba limpio. Demasiado limpio. Jane estaba de pie en la sala, observando una alfombra que todavía tenía las marcas paralelas de la aspiradora.

—Lo encontramos así —dijo Tam—. La cocina y el baño están impecables. Ni siquiera hay un trocito de papel en los cestos de basura. Es como si nadie viviera aquí. O es obsesiva compulsiva con la limpieza o ha estado limpiando todo para deshacerse de cualquier rastro.

—¿Cómo supo que vendríamos?

—Cualquiera que recibe una llamada para presentarse en el Departamento de Policía de Boston va a pensar que es sospechoso. Debe de haberse imaginado que vendríamos.

Jane fue a la ventana y miró a través del cristal reluciente la calle debajo, donde dos ancianas caminaban lentamente por la acera, tomadas del brazo. Estaba silencioso allí en ese rincón de Tai Fung Village, en el extremo sur de Chinatown. La casa de Iris Fang estaba sobre la misma calle, a un minuto de distancia a pie. El vecindario era un universo en sí mismo y Jane se sentía como una extraterrestre. La sensación se veía reforzada por cada mirada, cada murmullo de los vecinos. Con su placa y su autoridad, Jane era la extraterrestre en cada sitio adónde iba, la intrusa que podía ser tu mejor amiga o tu peor enemiga.

Se apartó de la ventana y se dirigió al dormitorio, donde Frost estaba de rodillas, inspeccionando el armario debajo del lavabo.

—Nada —dijo, poniéndose de pie, sonrojado por el esfuerzo. —Ni un solo pelo en la ducha ni en el lavabo. Lo único que encontré en el botiquín de medicamentos fueron aspirinas y un rollo de venda elástica. Es como si no viviera nadie aquí.

—¿Estamos seguros de que vive aquí?

—Tam habló con el vecino de al lado. Un anciano de más de ochenta años. Dice que casi nunca la ve, pero que oye voces aquí de tanto en tanto. —Frost golpeó la pared. —Son bastante delgadas.

—¿"Voces" en plural?

—Podría ser la televisión. Vive sola.

Jane paseó la mirada por el baño prístino.

—Si es que vive aquí realmente.

—Alguien paga el alquiler.

—Parecería que alguien ha pasado por aquí con lejía y una aspiradora.

—Curioso lo de la aspiradora. No encontramos ninguna, por lo que no tenemos bolsa para revisar, ni ninguna prueba.

Jane fue al dormitorio, donde encontró a Tam hablando por el móvil. Él hizo un movimiento con la cabeza cuando Jane entró. El suelo era de madera y estaba limpio. Habían deshecho la cama y dejado el colchón a la vista. Jane se arrodilló y miró debajo de la cama; no había polvo debajo del somier. Un par de zapatos apareció en su campo de visión y Jane se levantó para ver que un técnico criminalista la miraba por encima del colchón.

—No encontramos ningún arma —le informó—. A menos que cuente los cuchillos de cocina.

—¿No habéis visto nada parecido a una espada?

—No, detective. Revisamos los armarios y los cajones. Movimos todos los muebles y miramos detrás. —Hizo una pausa y observó las paredes desnudas. —Apuesto a que no ha estado aquí mucho tiempo. No lo suficiente como para instalarse.

—Si es que planeaba quedarse aquí.

—Tampoco tenía demasiada ropa.

Jane abrió el armario y no vio más que una docena de prendas colgadas, todas talla 32. Tres pares de pantalones negros, algunos jerséis oscuros y blusas y un vestido de verano sin mangas, de suave seda color durazno. Era el guardarropa de una visita temporaria que evidentemente pensaba marcharse de allí. Una chica que seguía siendo un misterio para ellos. Jane contempló el vestido y trató de imaginar a Bella Li con una prenda tan femenina, tan coqueta, pero no lo logró. En cambio, vio los ojos intensos de la joven, su pelo negro de punta.

—Lamento decirte esto —dijo Tam, con el móvil en la mano—, pero su coartada del 15 de abril es sólida. Acabo de hablar con el director del programa del centro cultural. Esa noche hubo una demostración de artes marciales. Bella Li participó con ocho alumnos de la Academia Dragones y Estrellas.

—¿Qué hora era?

—El grupo llegó a las dieciocho horas, cenó y subió al escenario cerca de las

veintiuna horas. Estuvieron allí toda la velada. —Negó con la cabeza. —Esto no se va a sostener, Rizzoli.

—No tiene coartada para el veintiuno de abril.

—No es motivo para mantenerla detenida.

—¡Pues entonces encontremos un motivo, coño!

—¿Por qué? —La mirada de Tam era tan penetrante que la hacía sentirse incómoda.

Jane se volvió hacia el armario para esquivar los ojos de él.

—Algo en ella me activa todos los sensores. Sé que está involucrada, pero no sé cómo.

—Lo único que tenemos es un video de cámaras de vigilancia con una figura femenina. Puede ser ella, pero también podría ser otra persona. No tenemos ninguna arma. No tenemos ninguna prueba.

—Porque ella limpió todo el apartamento con lejía antes de que llegáramos.

—¿Entonces qué tenemos, además de tu instinto?

—En otras ocasiones no me ha fallado. —Jane buscó en el armario. Revisó los bolsillos de las prendas. No sabía qué buscaba. Solamente encontró cambio suelto, un botón, un pañuelo de papel doblado.

—Oye, Tam tiene razón —dijo Frost, desde la puerta—. Tenemos que dejarla ir.

—No hasta que sepa más sobre ella. Sobre quién es realmente —dijo Jane.

—Solo podemos adivinar.

—Entonces busquemos lo que necesitamos para demostrarlo. En algún lado hay un rastro, tiene que haberlo. —Cruzó hasta la ventana del dormitorio y miró hacia el callejón abajo. La ventana estaba sin traba y ligeramente abierta, para permitir que entrara aire fresco. Afuera estaba el descansillo de la escalera de incendios y la ventana no tenía mosquitera. Cualquier otra inquilina se sentiría nerviosa ante esa falta de seguridad, pero Bella Li era intrépida e iba por la vida lista para batallar. Por la noche, en la cama ¿despertaría alguna vez sobresaltada por un ruido fuera de la ventana, por el crujido de una tabla del suelo? ¿O dormiría como una guerrera, también, sin experimentar miedo ni siquiera en sueños?

Jane se apartó de la ventana y de pronto se inmovilizó, con los ojos fijos en la cortina. La tela era una mezcla de poliéster que no se arrugaba, con un diseño de cañas de bambú en color beige contra un fondo de bosque verde. Sobre ese fondo multicolor, el hilo plateado resultaba casi invisible. Solo desde ese ángulo, con la luz del dormitorio sobre la tela, Jane pudo ver el pelo adherido a la cortina.

Sacó una bolsa para pruebas de su bolsillo. Temiendo tan siquiera respirar, tomó delicadamente la hebra de la cortina y la guardó en la bolsa. La levantó hacia la luz y estudió el pelo color plata a través del plástico transparente. Luego miró la ventana y la escalera de incendios del otro lado.

Ha estado aquí. La criatura ha estado en esta habitación.

TREINTA Y DOS

El cazador rara vez se da cuenta cuándo lo están cazando a él. Camina por el bosque, rifle en mano, ojos en alerta, buscando las huellas de su presa en el suelo espolvoreado de nieve. Busca el rastro o espera sentado en el árbol a que el oso aparezca en su campo de visión. Nunca se le ocurre que su presa podría estar observándolo a él, esperando el momento en que cometa un error.

El cazador que me persigue ahora no vería nada que temer. No aparento ser más que una mujer de mediana edad con canas y paso lento por el cansancio y el peso de las bolsas que cargo, llenas de provisiones para la semana. Hago el mismo camino que siempre hago los martes al caer la tarde. Tras hacer las compras en el mercado chino de la calle Beach, giro a la derecha por Tyler y camino hacia el sur, hacia la tranquilidad de mi vecindario, Tai Tung Village. Mantengo la cabeza gacha, los hombros encorvados, para que cualquiera que me vea piense: *Aquí va una víctima*. No una mujer que luchará para defenderse. No una mujer a quien temer.

Pero ahora mi adversario sabe que tiene que cuidarse, del mismo modo que yo me cuido de él. Hasta ahora solo hemos hecho movimientos en las sombras, pero nunca hemos entrado en contacto, excepto a través de sus sustitutos. Somos dos cazadores que siguen trazando círculos el uno alrededor del otro y a él le toca la siguiente jugada. Solo entonces, cuando salga a la luz, le veré la cara.

Es así que camino por la calle Tyler, como lo he hecho tantas veces antes, preguntándome si esta será la noche. Jamás me he sentido tan vulnerable y sé que el próximo acto está a punto de comenzar. Las luces brillantes de las calles Beach y Kneeland van perdiendo intensidad detrás de mí. Me muevo por entre las sombras ahora, paso junto a puertas a oscuras y callejones sin iluminación; las bolsas plásticas susurran mientras camino. Solo una viuda cansada que no se mete con nadie. Pero tengo plena conciencia de todo lo que me rodea, desde la niebla en mi cara al aroma de cilantro y cebollas que sale de mis bolsas. Nadie me escolta. Ningún guardián vigila. Esta noche estoy sola, un blanco que espera a que llegue volando la primera flecha.

Cuando me acerco a mi casa, veo que la luz del porche está apagada. ¿Sabotaje deliberado o solo una bombilla quemada? Mis nervios zumban de temor y se me acelera el corazón, enviando sangre a los músculos que ya se están tensando para la batalla. Entonces veo el coche aparcado y al hombre que sale a saludarme y suelto el aire en un suspiro tanto de alivio como de exasperación.

—¿Señora Fang? —dice el detective Frost—. Tengo que hablar con usted.

Me detengo junto al escalón de entrada, con los brazos cargados con bolsas y lo miro sin sonreír.

—Estoy cansada esta noche. Y no tengo nada más que decir.

—Al menos permítame ayudarla con las bolsas —ofrece y antes de que yo pueda protestar, me las quita de las manos y sube con ellas los escalones del porche. Allí espera a que yo abra la puerta. Se lo ve tan serio y sincero que no tengo el valor de rechazar su ofrecimiento.

Abro la puerta y lo dejo pasar.

Mientras enciendo las luces, lleva las bolsas a la cocina y las deja sobre la encimera. Con las manos en los bolsillos, mira cómo guardo hierbas aromáticas y vegetales frescos en la nevera, aceite, toallas de papel y latas de caldo de pollo en los armarios.

—Quería disculparme —dice—. Y darle una explicación.

—¿Una explicación? —pregunto, con tono de que realmente no me importa lo que tenga para decir.

—Sobre la espada y por qué nos la llevamos. En una investigación de homicidio, es necesario explorar todas las avenidas. Seguir todas las líneas de investigación. El arma que hemos estado buscando es una espada muy antigua y yo sabía que usted tenía una.

Cierro el armario de la despensa y me vuelvo hacia él.

—Pues ya ha de haberse dado cuenta del error que cometió.

Él asintió.

—Le devolverán la espada.

—¿Y cuándo liberarán a Bella?

—Eso es más complicado. Seguimos investigando sus antecedentes. Esperaba que usted pudiera ayudarnos con eso, puesto que la conoce.

Niego con la cabeza.

—La última vez que hablamos, detective, terminé convirtiéndome en sospechosa y me confiscaron mi reliquia familiar.

—Yo no quería que eso sucediera.

—Pero es policía, antes que cualquier otra cosa.

—¿Y qué otra cosa esperaba que fuera?

—Pues no lo sé. ¿Un amigo?

Eso lo deja en silencio. Está de pie bajo la luz fría de la cocina, que lo hace verse mayor de lo que es. Aun así, es un hombre joven, lo suficientemente joven como para ser mi hijo. No quiero pensar lo mucho que debe avejentarme esa luz tan poco favorecedora.

—Sería su amigo, Iris —dice—, si solo...

—Si solo no fuera sospechosa.

—Yo no la considero sospechosa.

—Pues entonces no está haciendo su trabajo. Yo podría ser ese asesino que está buscando. ¿No puede imaginarlo, detective? ¿A esta mujer de mediana edad

blandiendo una espada, saltando por los tejados y cercenando la cabeza de sus enemigos? —Río en su cara y él se sonroja, como si le hubiera dado una bofetada. —Tal vez debería registrar mi casa. Podría haber otra espada oculta en alguna parte, un arma que ni siquiera sabe que poseo.

—Iris, por favor.

—Quizás informe a sus colegas que la sospechosa se ha vuelto hostil. Que no se dejará cautivar para revelar más información.

—¡No estoy aquí para eso! La noche que cenamos, no estaba tratando de interrogarla.

—¿Qué estaba tratando de hacer?

—De entenderla, nada más. Quién es, qué piensa.

—¿Por qué?

—Porque usted y yo... porque... —Suelta un suspiro pesado. —Sentía que ambos necesitábamos un amigo, nada más. Sé que yo necesito una amiga.

Me quedo mirándolo un instante. No me mira; sus ojos están fijos en algo más allá de mí, como si no pudiera mirarme a los ojos. No porque no sea sincero, sino porque se siente vulnerable. Puede que sea policía, pero le importa la opinión que yo tenga de él. No hay nada que pueda ofrecerle ahora, ni consuelo ni amistad; ni siquiera una palmada en el brazo.

—Necesita una amiga de su propia edad, detective Frost —digo en voz baja—. No alguien como yo.

—Ni siquiera veo su edad.

—Yo sí. Y la siento, también —agrego, masajeándome un nudo imaginario en el cuello—. Siento mi enfermedad, también.

—Yo veo a una mujer que jamás envejecerá.

—Pues dígamelo dentro de veinte años.

Sonríe.

—Tal vez lo haga.

El momento tiembla con palabras no dichas, con sentimientos que nos ponen incómodos a ambos. Es un buen hombre; lo veo en sus ojos. Pero es absurdo pensar que alguna vez podríamos ser algo más que conocidos. No porque yo sea casi dos décadas mayor que él, aunque eso en sí mismo es una barrera. No, es por los secretos que nunca podré compartir con él, secretos que nos colocan de uno y de otro lado de un abismo.

Mientras me dirijo a la puerta, él dice:

—Mañana le traeré la espada.

—¿Y Bella?

—Hay probabilidades de que la liberen por la mañana. Sin pruebas, no podemos retenerla indefinidamente.

—No ha hecho nada malo.

En la puerta, se detiene y me mira a los ojos.

—No siempre está claro lo que está bien y lo que está mal, ¿verdad?

Le devuelvo la mirada, mientras pienso: ¿es posible que sepa? ¿Me está dando permiso para lo que estoy a punto de hacer? Pero él solo sonríe y se aleja.

Cierro la puerta tras él. La conversación me ha dejado fuera de eje, sin poder concentrarme. No sé qué pensar de un hombre así, me digo, mientras subo por las escaleras para cambiarme la ropa. De nuevo, me recuerda a mi esposo. Su amabilidad, su paciencia. Su mente abierta, tan dispuesta a considerar posibilidades. ¿Acaso soy una tonta vanidosa, por pensar en una amistad tan poco probable? Distraída, repaso la conversación y paso por alto los indicios que deberían haberme advertido. El temblor en el aire. El leve aroma de piel desconocida. Solo cuando acciono el interruptor de mi dormitorio y no se enciende la luz me doy cuenta súbitamente de que no estoy sola.

La puerta del dormitorio se cierra con estrépito detrás de mí. En la oscuridad, no veo el golpe que viene hacia mi cabeza, pero mi instinto cobra vida. Algo pasa susurrando justo por encima de mí cuando me agacho y giro hacia la cama, donde está oculta mi espada. No la imitación que le entregué a la policía, sino la verdadera Zheng Yi. Durante cinco siglos ha pasado de madre a hija, un legado con el que nos protegemos, nos defendemos.

Ahora, más que nunca, la necesito.

Mi atacante se abalanza, pero yo me escurro como agua y ruedo al suelo. Busco debajo del somier el hueco donde está escondida Zheng Yi. Calza en mi mano como una vieja amiga y emite un suspiro musical cuando la desenvaino.

En un movimiento fluido, me pongo de pie y giro para enfrentarme con el enemigo. El crujido del suelo me anuncia su ubicación, a mi derecha. Justo cuando cambio el peso para atacar, oigo el paso, pero este está detrás de mí.

Son dos.

Es lo último que pienso antes de caer.

TREINTA Y TRES

Jane se agazapó junto a la cama de Iris para inspeccionar la evidencia; no le agradaba lo que le decía. Había salpicaduras de sangre en el suelo y en el borde de las sábanas donde había caído un cuerpo. La pérdida de sangre era mínima, ciertamente no lo suficiente como para ser fatal. Jane se puso de pie y se quedó mirando las manchas sobre las que habían arrastrado un cuerpo. Ya había visto más sangre en las escaleras y en el porche delantero, donde habían dejado la puerta abierta de par en par, lo que había alertado a los vecinos de Iris que algo serio había sucedido.

Jane se volvió hacia Frost.

—¿Estás seguro de la hora? ¿Eran las nueve cuando te marchaste anoche?

Él asintió, con expresión aturdida.

—No vi a nadie cuando salí de la casa. Y había aparcado justo fuera.

—¿Por qué estabas aquí?

—Para hablar con ella. Me sentía mal por lo sucedido. Por quitarle la espada.

—¿Viniste a disculparte por hacer tu trabajo?

—Hay veces, Rizzoli, en que hacer mi trabajo me hace sentir como un imbécil ¿sabes? —respondió él. —Ella ya era una víctima. Perdió a su esposo y a su hija. Y nosotros la hemos convertido en sospechosa. La hemos interrogado. La hemos victimizado de nuevo.

—No sé qué es Iris Fang. Lo que sí sé es que ha estado en el centro de todo esto desde el comienzo. Todo lo que ha sucedido parece girar alrededor de *ella*. —Sonó su móvil. —Habla Rizzoli —dijo Jane.

Era Tam.

—Kevin Donohue dice que tiene una coartada para anoche.

—¿Y sus hombres?

—Ese es el problema. Cada uno es la coartada del otro. Los tres juran que han pasado la noche juntos en la residencia de Donohue, viendo la televisión. Lo que significa que no podemos creerle una palabra a ninguno de ellos.

—Entonces no podemos descartarlos.

—Tampoco podemos probarlo en un tribunal.

Jane cortó; frustrada, se volvió hacia la ventana. En la calle debajo, un trio de ancianas chinas la miraban y conversaban entre ellas. *¿Qué saben que no nos están contando?* Nada en Chinatown era nunca sencillo, nada era lo que parecía. Era como espiar a través de un biombo de seda, sin nunca tener una imagen clara ni un panorama completo.

Se volvió hacia Frost.

—Quizá Bella finalmente se decida a hablar con nosotros. Es hora de poner

todas nuestras cartas sobre la mesa.

Bella se veía todavía más hostil ese día; tenía los puños cerrados y los ojos duros como diamantes.

—*Usted* tiene la culpa de que esto haya sucedido —dijo—. Yo debería haber estado allí. Lo habría impedido.

Jane miró esos ojos brillantes y de pronto imaginó a la joven saltando como un gato montés para atacar con uñas y dientes. Pero mantuvo la voz serena y respondió:

—¿Entonces sabías que esto sucedería? ¿Sabías que la capturarían?

—¡Estamos perdiendo tiempo! Ella me necesita.

—¿Cómo puedes ayudarla si ni siquiera sabes dónde está?

Bella abrió la boca para hablar, luego miró hacia el espejo unidireccional, como si supiera que otros estaban observando.

—¿Qué te parece si comienzas desde el principio, Bella? —dijo Jane—.

Diciéndonos quién eres realmente. No nos des el nombre que te pusiste en California, sino el nombre con el que naciste. —Jane colocó la copia de un acta de nacimiento sobre la mesa. —Está firmada por un médico de Chinatown. Naciste aquí mismo en Boston. En una casa sobre la calle Knapp. El nombre de tu padre era Wu Weimin.

Bella no respondió, pero Jane vio la aceptación en sus ojos. No era que la necesitara; el documento era solamente la prueba instrumental número uno. Jane le enseñó otros documentos fotocopiados. Los registros de Bella de las escuelas públicas de San Francisco donde la habían matriculado como Bella Li. El acta de defunción de su madre, que utilizaba el nombre Annie Li, y había muerto a los cuarenta y tres años de cáncer de estómago. Estaba todo allí en negro sobre blanco, el rastro de papel que el equipo de Jane había perseguido tenazmente durante las últimas cuarenta y ocho horas, una huella oscurecida —en aquella época anterior al 9 de septiembre— por diferentes jurisdicciones y por el mundo oculto en los que se movían los inmigrantes indocumentados. Un mundo en el que una madre sola y su hija podían desaparecer con mucha facilidad y reaparecer con nombres nuevos.

—¿Por qué regresaste a Boston? —preguntó Jane.

Bella la miró a los ojos.

—*Sifu* Fang me pidió que viniera. No está bien de salud y necesitaba otra instructora en su academia.

—Sí, es la historia que nos has contado una y otra vez.

—¿Existe una historia diferente, acaso?

—¿No tiene nada que ver con lo sucedido en el Fénix Rojo? ¿Nada que ver con que tu padre haya matado a cuatro personas?

La expresión de Bella se crispó.

—Mi padre era inocente.

—Según los informes oficiales, no.

—Claro, porque los informes oficiales *nunca se equivocan*.

—Si el informe es erróneo, ¿cuál es la verdad, entonces?

Bella le dirigió una mirada fulminante.

—Lo asesinaron.

—¿Eso te dijo tu madre?

—¡Mi madre no estaba allí!

Jane hizo una pausa al registrar súbitamente el significado tácito de esas últimas palabras: *mi madre no estaba allí*. Recordó el resplandor del luminol sobre el escalón del sótano, la huella ensangrentada de un zapatito de niña.

—Pero había alguien allí —dijo Jane en voz baja—. Alguien que estaba escondida en el sótano cuando sucedió.

Bella se paralizó.

—¿Cómo lo su...?

—La sangre nos lo reveló. Aun si tratas de limpiar la sangre, quedan rastros. Décadas más tarde, con un aerosol químico, podemos seguir viéndola.

Descubrimos tus pisadas sobre los escalones del sótano y en el suelo de la cocina; iban hacia la salida. Pisadas que alguien había limpiado para cuando llegó la policía aquella noche. —Jane se inclinó hacia ella. —¿Por qué hizo eso tu madre, Bella? ¿Por qué intentó borrar las pruebas?

Bella no contestó, pero Jane vio en su cara el debate interno, una lucha entre decir la verdad y mantenerla en secreto.

—Lo hizo para protegerte ¿verdad? —dijo Jane—. Porque tu habías visto lo sucedido y ella temía por ti. Temía que alguien quisiera matarte.

Bella negó con la cabeza.

—No, no lo vi.

—Pero estuviste allí.

—¡Pero no lo vi! —exclamó Bella. Por un instante, sus palabras parecieron colgar en el aire entre ambas. Bella agachó la cabeza y susurró: —Lo oí.

Jane no hizo preguntas, no la interrumpió. Se limitó a esperar la historia que sabía que Bella ahora contaría.

La joven inspiró hondo.

—Mi madre estaba durmiendo en su cama. Siempre terminaba muy cansada tras trabajar todo el día en la tienda de comestibles. Y aquella noche estaba con gripe. —Bella miraba la mesa, como si pudiera ver a su madre acurrucada debajo de las mantas. —Pero yo no estaba cansada. Así que me levanté de la cama y bajé a ver a papi.

—Al restaurante.

—Se enfadó un poco, claro. —Una sonrisa triste se le dibujó en las comisuras de la boca. —Allí estaba, entre sartenes y ollas. Y yo reclamando atención y pidiendo helado. Me dijo que volviera arriba a la cama. Estaba ocupado y no tenía tiempo para mí. El tío Fang tampoco tenía tiempo para mí.

—¿El marido de Iris?

Bella asintió.

—Estaba en el comedor. Espié por la puerta y lo vi sentado a una mesa con un hombre y una mujer. Estaban tomando té.

Jane frunció el ceño, preguntándose por qué el camarero estaría sentado con dos comensales. Se sumaba al otro enigma sobre los Mallory: ¿Por qué se encontraban en un restaurante chino si sus autopsias mostraban que acababan de cenar comida italiana?

—¿De qué estaban hablando? —preguntó Jane—. ¿El señor Fang y los dos clientes?

Bella negó con la cabeza.

—En la cocina había demasiado ruido como para escuchar algo del comedor. Mi padre hacía ruido con las ollas. El extractor estaba encendido.

—¿Viste a Joey Gilmore entrar para recoger su pedido?

—No. Lo único que recuerdo es a mi padre, trabajando sobre los fuegos. Sudando. Con su vieja camiseta. Siempre trabajaba en camiseta... —Se le quebró la voz y se pasó una mano por los ojos. —Mi pobre padre. Trabajando, siempre trabajando. Con cicatrices en las manos de los cortes y quemaduras de la cocina.

—¿Qué sucedió después?

Bella esbozó una sonrisa triste.

—Yo quería helado. Lloriqueaba, exigiendo atención, mientras él intentaba llenar los envases de comida para llevar. Finalmente, cedió. Me dijo que bajara y eligiera un helado del congelador.

—¿En el sótano?

Ella asintió.

—Yo conocía muy bien aquel sótano. Había estado allí muchísimas veces. En un rincón había un gran congelador con tapa. Tenía que subirme a una silla para poder levantarla. Recuerdo mirar dentro en busca del sabor que quería. Estaban en unas tacitas de cartón en las que cabía solamente una porción. Yo quería la que tenía franjas de chocolate, vainilla y frutilla. Pero no la encontraba. Así que me quedé revolviendo y escarbando entre esas tacitas, pero eran todas de vainilla. Solamente vainilla. —Tomó aire. —Y entonces oí que mi padre gritaba.

—¿A quién le gritaba?

—A mí. —Bella levantó la mirada y parpadeó para contener las lágrimas. —Me gritaba que me escondiera.

—Todos los del restaurante han de haberlo oído.

—Lo dijo en chino. El asesino no debe de haber entendido, de otro modo habría ido a buscarme. Habría sabido que yo estaba en el sótano.

Jane miró hacia el espejo unidireccional. No podía ver a Frost ni a Tam, pero imaginó sus caras de asombro. Aquí estaba el capítulo que le faltaba a la historia. Las pistas habían estado allí desde el comienzo, sobre el escalón del sótano y en el suelo de la cocina, pero las huellas no hablan. Solo Bella les había dado voz.

—¿Y te escondiste? —preguntó Jane.

—No entendía qué estaba sucediendo. Bajé de la silla y comencé a subir los escalones, pero luego me detuve. Lo escuché suplicar, pedir por su vida, en su inglés precario. Fue entonces cuando comprendí que no era un juego, no era un truco ni una broma que me estaba haciendo. Mi padre no bromeaba. —Bella tragó saliva y habló en voz todavía más baja. —Entonces hice lo que él me ordenó. Sin hacer ruido. Me escondí debajo de la escalera. Escuché que algo caía. Y luego una explosión fuerte.

—¿Cuántos disparos en total?

—Solamente uno. Un único disparo.

Jane pensó en el arma encontrada en la mano de Wu Weimin, una pistola Glock con cañón roscado. El asesino había utilizado un silenciador para ahogar el sonido de los primeros ocho disparos. Solo tras despachar a sus víctimas, le quitó el silenciador, colocó el arma en la mano sin vida de Wu Weimin y disparó la bala final, asegurándose de que quedaran residuos de pólvora en la piel de la víctima.

Un crimen perfecto, pensó Jane. Excepto por el hecho de que había un testigo. Una niña silenciosa, escondida debajo de la escalera del sótano.

—Murió por mí —susurró Bella—. Debería haber huido, pero no quiso dejarme. Y se quedó. Murió directamente delante de la puerta del sótano. Bloqueándola con su cuerpo. Yo tuve que pisar su sangre para poder salir. Si yo no hubiera estado allí aquella noche, pidiendo ese maldito helado, mi padre todavía estaría vivo.

Jane lo comprendía todo ahora. Por qué Wu Weimin no había escapado cuando había tenido la oportunidad. Por qué había dos cartuchos de bala en el suelo de la cocina. ¿El suicidio fingido habría sido una idea de último momento, algo que se le ocurrió al asesino mientras observaba el cuerpo del cocinero? Era algo tan sencillo, cerrar los dedos de un muerto alrededor de la pistola y disparar la última bala. Dejar el arma y salir por la puerta.

—Deberías habérselo contado a la policía —dijo Jane—. Eso lo habría cambiado todo.

—No. ¿Quién iba a creerle a una chica de cinco años? A una chica que en ningún momento le vio la cara al asesino. Además, mi madre no me permitió decir una palabra. Le tenía miedo a la policía. Le tenía *terror*, mejor dicho.

—¿Por qué?

Bella apretó la mandíbula.

—¿No lo puede adivinar? Mi madre era inmigrante ilegal. ¿Qué cree que habría sucedido si la policía se fijaba en nosotras? Ella pensaba en mi futuro y también en el de ella. Mi padre había muerto. Nada que hiciéramos cambiaría eso.

—¿Y la justicia? ¿No tenía parte en la ecuación?

—En aquel momento, no. Menos esa noche, cuando lo único en lo que podía pensar era en mantenernos a salvo a ambas. Si el asesino se enteraba de que había un testigo, podría venir por mí. Por eso ella limpió mis huellas. Por eso empacamos y nos marchamos dos días después.

—¿Iris Fang lo sabía?

—En aquel entonces, no. Se enteró años más tarde, cuando faltaba poco para que mi madre muriera de cáncer de estómago. Un mes antes de morir, le escribió a Sifu Fang y le contó la verdad. Se disculpó por haber sido cobarde. Pero después de tantos años, no había nada que pudiéramos probar, nada que pudiéramos cambiar.

—Sin embargo, lo habéis estado intentando ¿no es así? —dijo Jane—. Durante los últimos siete años, tú o Iris habéis estado enviando obituarios a las familias. Manteniendo vivos sus recuerdos y su dolor. Diciéndoles que la verdad no ha sido dicha.

—Es que *no* ha sido dicha. Es necesario que lo sepan. Por eso se enviaron las cartas, para que ellos pudieran seguir haciendo preguntas. Es la única forma que tenemos de averiguar quién es el asesino.

—Así que tú e Iris habéis estado tratando de hacerlo salir de las sombras, enviando esas notas a la familia, a Kevin Donohue, insinuando que la verdad está por ser revelada. Publicasteis aquel anuncio en *The Boston Globe* con la esperanza de que el asesino se pusiera nervioso y finalmente atacara. ¿Y cuál era el plan, entonces? ¿Entregárnoslo a nosotros? ¿O tomar la justicia en vuestras propias manos?

Bella rió.

—¿Cómo podríamos hacer eso? Somos *solo* dos mujeres.

Ahora fue el turno de Jane de reír.

—Como si pudiera llegar a subestimarte —dijo. Buscó dentro de su maletín y sacó la traducción de Arthur Waley de “*Rey Mono*”, la antigua fábula china. — Seguramente has oído hablar del Rey Mono.

Bella miró el libro.

—Cuentos de hada chinos. ¿Qué tienen que ver con todo esto?

—Un capítulo en particular de este libro me llamó la atención. Se llama “*La historia de Chen O*”. Es sobre un académico que viaja con su esposa embarazada. Cuando van a cruzar en un transbordador, los atacan unos bandidos y matan al marido. Raptan a la esposa. ¿Conoces la historia?

Bella se encogió de hombros.

—La he escuchado, sí.

—Entonces sabes cómo termina. La esposa da a luz a un hijo en cautiverio y en secreto lo deja sobre una tabla de madera, con una carta que explica su terrible situación. Al igual que Moisés, el bebé flota por el río. Llega al Templo de la Montaña Dorada, donde lo crían unos monjes. Se hace hombre y se entera de la verdad sobre sus padres: que a su padre lo asesinaron y a su madre la tomaron prisionera.

—¿Y a qué viene todo esto?

—A las palabras que dice el joven. —Jane bajó los ojos a la página y leyó:

—*Quien no se venga de los males que le han hecho a sus padres no merece llamarse hombre.* —Miró a Bella. —De eso se trata todo esto ¿no es así? Eres como el hijo de esta historia. Acosada por la muerte de tu padre. Tu honor te obliga a vengarlo. —Jane colocó el libro delante de Bella. —Es exactamente lo que haría el Rey Mono, luchar para obtener justicia. Proteger a los inocentes. Vengar a un padre. Sí, claro, el Rey Mono suele hacer algunos desastres en medio de todo eso. Quizá rompe toda la porcelana o incendia los muebles. Pero al final, se hace justicia. Siempre hace *lo correcto*.

Bella no dijo nada; contemplaba la ilustración del mono guerrero, blandiendo su bastón.

—Lo entiendo perfectamente, Bella —dijo Jane—. No eres la villana en esta historia. Eres la hija de una víctima, una hija que busca lo que la policía no puede darle. Justicia. —Bajó la voz a un susurro comprensivo. —Eso es lo que tú e Iris trataban de hacer. Atraer al asesino. Tentarlo para que atacara.

¿Acaso vio un leve asentimiento? ¿Bella había reconocido la verdad sin darse cuenta?

—Pero el plan no salió muy bien —dijo Jane—. Cuando atacó, contrató asesinos profesionales. De manera que vosotras todavía no conocéis su identidad. Y ahora se ha llevado a Iris.

Bella levantó la mirada; sus ojos ardían de furia.

—Salió mal por *su* culpa, detective. Yo debería haber estado vigilándola.

—Ella era el señuelo.

—Estaba dispuesta a correr el riesgo.

—¿Y pensabais hacer justicia por vuestra cuenta?

—¿Quién más va a hacerla? ¿La policía? —La risa de Bella estaba cargada de amargura. —Después de tantos años, no les importa nada.

—Te equivocas, Bella. A mí me importa.

—Entonces déjeme ir, para que pueda buscarla.

—No tienes idea de dónde comenzar.

—¿Y usted sí? —le espetó Bella.

—Estamos investigando a varios sospechosos.

—Y mientras tanto, me mantiene detenida sin motivo.

—Estoy investigando dos homicidios. Ese es mi motivo.

—Eran asesinos contratados. Lo acaba de decir.

—Sus muertes siguen siendo homicidios.

—Y yo tengo una coartada para la primera. *Le consta* que yo no maté a esa mujer en el techo.

—¿Quién la mató, entonces?

Bella miró el libro y esbozó una sonrisita.

—Tal vez fue el Rey Mono.

—Hablo de gente real.

—Dice usted que soy sospechosa, pero sabe que no podría haber matado a esa mujer. Ya que está, puede culpar a una criatura mítica, pues tiene las mismas probabilidades de demostrarlo. —Bella miró a Jane. —Sabe cómo comienza la fábula, ¿verdad? ¿Cómo Sun Wukong emerge de la roca y se transforma en un guerrero? La noche que mataron a mi padre, yo emergí de aquel sótano de piedra igual que el Mono. Y me transformé, también. Me convertí en lo que soy ahora.

Jane miró dentro de esos ojos, que eran los más duros que había visto en su vida. Trató de imaginar a Bella como una niñita de cinco años asustada, pero no veía rastros de aquella niña en esta criatura feroz. *Si yo hubiera sido testigo del asesinato de un ser querido ¿acaso sería diferente?*

Se puso de pie.

—Tienes razón, Bella. No tengo suficientes motivos para mantenerte aquí. Todavía no.

—¿Está diciendo que... me dejará ir?

—Sí, puedes marcharte.

—¿Y no me seguirán? ¿Tengo libertad para hacer lo que tengo que hacer?

—¿Y eso qué significa?

Bella se puso de pie, como una leona que se prepara para la cacería; las dos mujeres se miraron, separadas por la mesa.

—Lo que sea necesario hacer —respondió.

TREINTA Y CUATRO

Puedo oírlo respirando en la oscuridad, más allá del resplandor que me encandila. No me ha permitido verle la cara; lo único que sé sobre él es que su voz es tersa como la crema. Pero no he colaborado y comienza a enfadarse porque se da cuenta de que no podrá quebrarme con facilidad.

Ahora también está preocupado, pues ha encontrado el dispositivo rastreador adherido a mi tobillo. Lo ha desactivado quitándole la batería.

—¿Con quién trabajas? —pregunta. Agita el dispositivo en mi cara. —¿Quién te estaba rastreando?

A pesar de que tengo la mandíbula golpeada y los labios hinchados, logro responder en un susurro ronco:

—Alguien a quien no desearías conocer nunca. Pero a quien pronto conocerás.

—Si no pueden encontrarte, no. —Arroja el dispositivo rastreador y cuando cae al suelo es como el sonido de la esperanza al hacerse añicos. Yo todavía estaba inconsciente cuando me lo quitó, así que no sé en qué momento ha dejado de transmitir. Puede haber sido mucho antes de que yo llegar a este sitio, lo que significa que nadie podrá encontrarme. Y que aquí es donde moriré.

Ni siquiera sé dónde estoy. Tengo las muñecas atrapadas por grillos anclados a la pared. El suelo bajo mis pies es de hormigón. No hay luz, salvo la que brilla en mis ojos, ni indicios de luz solar colándose por rendijas. Quizás es de noche. O tal vez este es un sitio al cual nunca llega la luz, del que los gritos nunca escapan. Entrecierro los ojos para protegerme del resplandor, y trato de distinguir lo que me rodea, pero solo veo esa luz brillante y más allá, la oscuridad. Mis manos se contraen, anhelando cerrarse alrededor de un arma para completar lo que he estado esperando terminar durante tantos años.

—Estás buscando tu espada, ¿no es así? —dice él y blande la hoja a la luz, para que pueda verla—. Un arma muy bella. Filosa como para cortar un dedo sin el menor esfuerzo. ¿Es la que utilizaste para matarlos? —La mueve en el aire y la hoja sisea junto a mi cara. —Me han dicho que a ella le amputaron la mano con un solo movimiento. Igual que la cabeza de él. Dos asesinos profesionales, y sin embargo, a ambos los han cogido por sorpresa. —Acerca la hoja a mi cuello y la presiona con tanta fuerza que mi pulso acelerado hace vibrar el metal. —¿Qué tal si vemos lo que esta espada puede hacerle a *tu* cuello?

No me muevo; miro fijamente el óvalo negro que es su cara. Ya me he resignado a morir, y estoy preparada para ello. En realidad, he estado preparada para morir durante los últimos diecinueve años y con un movimiento de la hoja, me liberará por fin para que pueda reunirme con mi marido, un encuentro que he postergado solo por este asunto inconcluso. Lo que siento ahora no es miedo sino

pesar por haber fallado. Este hombre nunca sentirá el fuego de mi espada contra su cuello.

—Aquella noche, en el Fénix Rojo, había un testigo —dice él—. ¿Quién era?

—¿De verdad crees que te lo diría?

—Entonces realmente había alguien allí.

—Alguien que jamás olvidará.

La espada presiona más contra mi cuello.

—Dime su nombre.

—Me matarás de todos modos. ¿Por qué debería decírtelo?

Una larga pausa, luego aleja la hoja de mi piel.

—Hagamos un trato —dice con serenidad—. Tú me dices quién es este testigo y yo te digo qué le sucedió a tu hija.

Intento procesar lo que acaba de decir, pero súbitamente la oscuridad gira a mi alrededor y el suelo parece disolverse bajo mis pies. Él ve mi confusión y ríe.

—¿No tenías idea, verdad, de que esto se ha tratado de ella desde el comienzo? ¿Laura, se llamaba? Tenía unos catorce años. La recuerdo porque fue la primera que me tocó elegir. Una cosita preciosa. Pelo largo negro, caderas esbeltas. Y tan confiada. No fue difícil convencerla de que subiera al coche. Cargaba con libros pesados y con el violín, y se mostró agradecida por el viaje a casa. Fue todo tan fácil, porque yo era un amigo.

—No te creo.

—¿Qué motivo tendría para mentir?

—Entonces dime dónde está.

—Primero dime tú quién es el testigo. Quién estaba en el Fénix Rojo. Luego te diré lo que le sucedió a Laura.

Sigo debatiéndome con esta revelación, tratando de comprender por qué este hombre conoce el destino de mi hija. Desapareció dos años antes de que mi esposo muriera en el tiroteo. Jamás imaginé conexión alguna entre los dos sucesos. Creí que el destino simplemente me había golpeado dos veces, que me había castigado como un karma por alguna crueldad que había cometido en una vida anterior.

—Era una chica tan talentosa —dice la voz tersa—. Aquel primer día en el que ensayamos, me di cuenta que era la que deseaba. El Concierto para Dos Violines de Vivaldi. ¿La recuerdas practicando esa pieza?

Sus palabras son como una explosión que me atraviesa el corazón con esquiras porque ahora sé que dice la verdad. Ha escuchado tocar a mi hija. Sabe lo que le ha sucedido.

—Dime el nombre del testigo —insiste.

—Esto es lo único que te diré —respondo en voz baja—: Eres hombre muerto.

El golpe llega sin previo aviso, tan violento que me echa la cabeza hacia atrás y

mi cráneo golpea contra la pared. A través del rugido en mis oídos, oigo que habla, dice palabras que no quiero escuchar.

—Duró unas siete, tal vez ocho semanas. Más que las otras. Se veía delicada, pero qué fuerte era. Piensa en eso, Iris Fang. Durante dos meses enteros, mientras la policía la buscaba, ella estaba con vida. Suplicando volver a casa con su mami.

Mi autocontrol se hace añicos. No puedo detener las lágrimas ni contener los sollozos que me sacuden. Suenan como gemidos animales de dolor, salvajes y extraños.

—Yo puedo darte un cierre —dice—. Puedo responder la pregunta que te ha estado atormentando durante todos estos años. ¿Dónde está Laura? —Se acerca más. Aunque no puedo ver su cara, huelo su intenso olor a agresión. —Dime lo que quiero saber y le daré solaz a tu mente.

Sucede antes de que pueda siquiera pensar en ello, una reacción feral que nos sorprende a ambos. Da un respingo y se aleja, conteniendo una exclamación de repugnancia mientras se seca la saliva que he escupido en su cara. Me preparo para el dolor del golpe que estoy segura que llegará.

Pero no llega. En cambio, él se inclina y recoge el dispositivo rastreador que había arrojado al suelo. Lo agita en mi cara.

—En realidad, no te necesito en absoluto —dice—. Lo único que necesito es volver a colocarle la batería y encenderlo otra vez. Y simplemente esperar para ver quién aparece.

Abandona la habitación. Escucho que se cierra la puerta y oigo pasos subiendo una escalera.

El dolor es mi única compañía y me muerde con dientes tan filosos que lloro y lucho contra los grillos, lastimándome la piel de las muñecas. Él tenía a mi hija. La tenía cautiva. Recuerdo las noches tras su desaparición, cuando mi esposo y yo nos abrazábamos, sin atrevernos a decir lo que ambos estábamos pensando. *¿Y si está muerta?* Ahora me doy cuenta de que existía una posibilidad mucho peor, algo que no habíamos imaginado: que siguiera con vida. Que durante aquellos dos meses, mientras James y yo sentíamos cómo moría la esperanza y la reemplazaba la aceptación, nuestra Laura todavía respirara. Todavía sufriera.

Me dejo caer hacia atrás, exhausta, y mis gritos se convierten en gemidos. La desesperación me ha dejado aturdida. Apoyada contra la pared de cemento, trato de reconciliar lo que él acaba de decirme con lo que ya sé: dos años después del rapto de mi hija, mi esposo y cuatro personas más fueron masacradas en el restaurante Fénix Rojo. ¿Cómo pueden estar relacionados estos sucesos y qué los vincula? Eso es lo que en ningún momento me ha explicado.

Me esfuerzo por recordar todo lo que ha dicho, busco pistas a través de la niebla de dolor. De pronto una oración me vuelve a la mente, palabras que de inmediato

me hielan la sangre en las venas.

Duró siete, tal vez ocho semanas. Más que las otras.

Levanto la cabeza ante esa revelación. *Las otras.*

Mi hija no era la única.

TREINTA Y CINCO

¿Qué sabía el detective Ingersoll y por qué lo mataron por ello?

Esa era la pregunta que consumía a Jane, mientras revisaba sus notas sobre el asesinato de Ingersoll, ya entrada la tarde. Sobre su escritorio estaban desplegadas las fotografías de la escena del crimen en la casa de Ingersoll y los informes de balística y de las pruebas encontradas, los registros telefónicos del móvil y de la línea fija, así como los consumos de la tarjeta bancaria. Según Donohue, alguien había mandado matar a Ingersoll hacía semanas, cuando comenzó a hacer preguntas sobre chicas desaparecidas. Eran todos casos antiguos que ya no estaban en el radar de los departamentos de policía de Massachusetts. Jane observó una foto del cadáver de Ingersoll y pensó: ¿A qué monstruo has despertado?

¿Y qué tienen que ver chicas desaparecidas con el Fénix Rojo?

Cogió los expedientes de esas chicas desaparecidas. Estaba muy familiarizada con los detalles de las desapariciones de Laura y de Charlotte, de manera que se concentró en los otros tres casos. Todas las víctimas eran bonitas y menudas. Todas eran buenas o excelentes alumnas. Todas tenían múltiples talentos.

Patty Boles y Sherry Tanaka participaban en competencias de tenis. Deborah Schiffer y Patty Boles tomaban parte en ferias de arte. Deborah Schiffer tocaba el piano en la orquesta de su colegio. Pero ninguna de las tres conocía a las demás, al menos según sus padres. Y tenían edades diferentes cuando habían desaparecido. Sherry Tanaka tenía dieciséis años. Deborah Schiffer, trece. Patty Boles, quince. Una estaba en la escuela media, dos en los últimos años.

Jane se quedó pensando en eso durante unos instantes. Recordó que Laura Fang tenía catorce años cuando había desaparecido.

Anotó el orden en el que habían desaparecido las chicas.

Deborah Schiffer, trece años.

Laura Fang, catorce años.

Sherry Tanaka, dieciséis años.

Charlotte Dion, diecisiete años.

Era como estar mirando una escalera en el póquer. Todos los años, una chica diferente, de edad diferente. Como si el gusto del secuestrador hubiera madurado con el correr de los años.

Cogió la carpeta que contenía las últimas fotos de Charlotte, tomadas en el doble funeral de su madre y de su padrastro. Volvió a estudiar la secuencia de imágenes tomada por el fotógrafo de *Boston Globe*. Charlotte, pálida y delgada con su vestido negro, rodeada de deudos. Charlotte alejándose de la gente mientras Mark Mallory, su hermanastro, mira hacia donde está ella. La foto en la

que no están Charlotte ni Mark, y su padre, Patrick, se ve confundido por la repentina ausencia. Finalmente, la última imagen, donde ambos están otra vez en el cuadro: Mark camina detrás de Charlotte. Alto y de espaldas anchas, fácilmente podría haber dominado a su hermanastra.

Todos los años, una chica algo mayor.

El año en que desapareció Deborah Schiffer, de trece años, fue un año después de que Dina y Arthur Mallory se casaran, formando una nueva familia reconstituida, con todas las actividades conjuntas que eso habría significado. Reuniones escolares. Actuaciones de la orquesta. Torneos estatales de tenis.

¿Acaso así elegían a las víctimas? ¿A través de Charlotte?

Jane cogió el teléfono y llamó a Patrick Dion.

—Lamento molestarlo a la hora de la cena —dijo—, pero ¿sería posible que fuera a echar otro vistazo a los anuarios escolares de Charlotte?

—Puede venir cuando lo desee. ¿Ha surgido algo nuevo?

—No lo sé.

—¿Qué está buscando, exactamente? Quizá pueda ayudarla.

—He estado pensando mucho en Charlotte. En si es la clave de todo lo que ha sucedido.

Por el teléfono, oyó que Patrick soltaba un suspiro apesadumbrado.

—Mi hija siempre ha sido la clave, detective. La clave de mi vida, de todo lo que me ha importado. No hay nada que desee más que saber qué le ha sucedido.

—Lo comprendo, señor —dijo Jane con gentileza—. Sé que quiere esa respuesta y pienso que tal vez esté en condiciones de dársela.

Él abrió la puerta vestido con un jersey amplio, pantalones de gabardina y pantuflas. La cara de Patrick, al igual que su jersey, estaba flácida y arrugada, con marcas profundas de dolor. Y allí estaba Jane para hacerle revivir los recuerdos atroces. Sintiéndose culpable, cuando se estrecharon la mano, Jane se la sostuvo durante más de lo necesario, para demostrarle que lo sentía. Que lo comprendía.

Él asintió con tristeza y la guió hacia el comedor, arrastrando las pantuflas sobre el suelo de madera.

—Los anuarios la están esperando —dijo, y señaló los varios tomos sobre la mesa de comedor.

—Los llevaré al coche y me marcharé. Muchas gracias.

—Disculpe... —Frunció el ceño. —Si no le molesta, preferiría que no los sacara de la casa.

—Le prometo que los cuidaré mucho.

—No lo dudo, pero... —Apoyó una mano sobre la pila de libros, como si bendijera a un niño. —Es lo único que me queda de mi hija. Y me cuesta perderlos de vista ¿sabe? Temo que se puedan perder o dañar. Que tal vez alguien los robe de su coche. O que tenga un accidente y... —Se interrumpió y

meneó la cabeza con pesar. —Está muy mal ¿no? Darle tanto valor a unos libros que solo pienso en lo que pueda sucederles *a ellos*. Cuando son solo cartón y papel.

—Son muy valiosos para usted. Lo comprendo.

—¿Podría darme el gusto, entonces? Puede quedarse aquí todo el tiempo que necesite para inspeccionarlos. ¿Le traigo algo para tomar? ¿Una copa de vino?

—Gracias, pero estoy de turno. Y tengo que conducir hasta mi casa.

—Café, entonces.

Jane sonrió.

—Sería maravilloso.

Cuando Patrick se dirigió a la cocina a preparar café, Jane se sentó a la mesa y desplegó los libros. Él los había traído todos, incluso los de los años de escuela primaria. Jane los hizo a un lado y abrió el tomo correspondiente al primer año de Charlotte en la Academia Bolton, cuando estaba en séptimo grado. La foto mostraba a una rubiecita de aspecto frágil y aparatos en los dientes. El pie de foto decía: CHARLOTTE DION. ORQUESTA, TENIS, ARTE. Jane hojeó el libro buscando a los alumnos mayores y encontró la foto de Mark Mallory entre el grupo de estudiantes del tercer año de secundaria. Habría tenido quince años en aquel entonces y sus intereses figuraban como orquesta, lacrosse, ajedrez, esgrima, teatro. La música los había unido, la música había cambiado el curso de sus vidas y de las de sus familias. Los Dion y los Mallory se habían conocido gracias a las actuaciones de sus hijos en la escuela. Se habían hecho amigos. Luego Dina había dejado a Patrick por Arthur y ya nada sería lo mismo para ellos.

—Aquí tiene —dijo Patrick, trayendo una bandeja con la cafetera. Le sirvió una copa y dejó el azúcar y la leche sobre la mesa. —Ha de tener hambre, también. Puedo prepararle un bocadillo.

—No, así está perfecto —dijo Jane, y tomó un sorbo de café caliente—. He almorzado tarde, y cenaré cuando llegue a casa.

—Debe de tener una familia comprensiva.

Ella sonrió.

—Tengo un marido que sabía en lo que se estaba metiendo cuando se casó conmigo. Lo que me recuerda... —Sacó el móvil y envió un rápido mensaje a Gabriel: LLEGO TARDE, NO ME ESPERES PARA CENAR.

—¿Está encontrando lo que necesita aquí? —dijo Patrick con un movimiento de cabeza hacia los anuarios.

Jane dejó el móvil.

—Todavía no lo sé.

—Si me dice qué está buscando, tal vez pueda ayudarla.

—Busco conexiones —dijo ella.

—¿Entre qué y qué?

—Entre su hija. Y estas chicas. —Jane abrió el expediente que había traído con ella y señaló la lista de cuatro nombres.

Patrick frunció el ceño.

—Estoy enterado de la desaparición de Laura Fang, por supuesto. Tras la desaparición de Charlotte, la policía exploró posibles conexiones. Pero estas otras chicas... me temo que no conozco sus nombres.

—No asistían a Bolton, pero al igual que su hija, desaparecieron sin rastros. De diferentes ciudades, en distintos años. Me pregunto si Charlotte conocería a alguna de ellas. Tal vez a través de la música o de los deportes.

Patrick lo pensó durante unos segundos.

—El detective Buckholz me dijo que los jóvenes desaparecen todo el tiempo. ¿Por qué le interesan estas chicas en particular?

Porque un hombre muerto llamado Ingersoll me señaló el camino, pensó Jane. Pero respondió:

—Han aparecido estos nombres en el curso de la investigación. Podría no haber ninguna conexión. Pero si existe un vínculo con Charlotte, quizá lo encuentre aquí mismo.

—¿En sus anuarios?

Jane buscó las páginas de actividades estudiantiles.

—Mire —dijo—. Vi esto la última vez. La Academia Bolton hace un muy buen trabajo de seguimiento de todo lo que hacen sus alumnos, desde conciertos a competencias de tenis. Tal vez porque el cuerpo estudiantil no es tan numeroso.

—Señaló una página con fotografías de alumnos sonrientes junto a sus proyectos de ciencias. El pie de foto decía: FERIA DE CIENCIAS DE NUEVA INGLATERRA, BURLINGTON, ESTADO DE VERMONT, 17 DE MAYO. —Con esta documentación —prosiguió—, tengo esperanzas de poder reconstruir los años escolares de Charlotte. Dónde estuvo, en qué actividades participó. —Jane miró a Patrick. —Ella tocaba la viola. Así fue como conocisteis a los Mallory. En las actuaciones de los chicos.

—¿Y de qué manera la ayuda eso?

Jane buscó la sección del departamento de música.

—Aquí. Este fue el primer año en que ella tocó en la orquesta. —Señaló una foto grupal de los músicos, que incluía a Charlotte y a Mark. Debajo de la foto se leía: ¡EL CONCIERTO DE LA ORQUESTA EN ENERO RECIBIÓ UNA OVACIÓN DE PIE!

El solo ver la foto hizo que Patrick hiciera una mueca que parecía de dolor. En voz baja, dijo:

—Es difícil ver estas fotos. Recordar cómo...

—No es necesario que haga esto, señor Dion. —Jane le tocó la mano. —Revisaré estos libros por mi cuenta. Si tengo alguna pregunta, se la haré.

Él asintió; de pronto parecía mayor que sus sesenta y siete años.

—La dejaré sola, entonces —dijo. En silencio, se retiró del comedor, cerrando las puertas corredizas tras él.

Jane se sirvió otra taza de café. Abrió otro anuario.

Charlotte estaba en el octavo grado, cuando habría tenido trece años y Mark, dieciséis. Él ya había crecido y la foto mostraba una mandíbula cuadrada y espaldas ancha. Charlotte todavía tenía cara de niña, pálida y delicada. Jane pasó a la sección de actividades escolares, buscando fotos de alguno de ellos. Los encontró en una imagen grupal, tomada en la “Batalla de Orquestas”, una competencia estatal llevada a cabo en Lowell, Massachusetts.

Deborah Schiffer vivía en Lowell y tocaba el piano.

Jane observó la imagen de Charlotte y sus compañeros músicos. Dos meses después de que se tomara esa fotografía, Deborah había desaparecido.

Jane sentía en su mano la vibración de la emoción y la cafeína. Terminó la taza de café y se sirvió otra. Buscó el anuario del noveno año. Ya sabía qué encontraría cuando pasó a la sección de música. La fotografía de ocho alumnos de música, posando con sus instrumentos. El pie de foto decía: EL TALLER DE VERANO DE LA ORQUESTA DE BOSTON ACEPTA A LOS MEJORES DE BOLTON. No vio a Charlotte en la foto, pero allí estaba Mark Mallory. Para entonces ya tenía diecisiete años y era moreno y apuesto, un muchacho que llamaría la atención de cualquier chica adolescente. Aquel año, Laura Fang había tenido catorce años. Ella también había asistido al taller de la orquesta en Boston. ¿Acaso se había dejado encandilar por un muchacho en particular, guapo y rico, alguien para quien una chica de origen humilde como Laura sería invisible?

¿O habría estado Laura en el radar de Mark?

Jane sentía la garganta seca y un zumbido en la cabeza. Bebió otro sorbo de café y buscó el siguiente tomo. El anuario del tercer año de Charlotte. Cuando lo abrió, las palabras le parecieron borrosas, al igual que las caras. Se frotó los ojos y buscó la sección de actividades. Allí, una vez más, estaba Charlotte en la orquesta con su viola. Pero Mark se había graduado y había otro muchacho detrás de los tímpanos.

Jane buscó la página de atletismo. Volvió a frotarse los ojos para tratar de aclarar la bruma que parecía nublarle la visión. La foto se enfocaba y desenfocaba, pero logró reconocer la cara de Charlotte en la fila de jugadoras de tenis: EL EQUIPO DE BOLTON OBTIENE EL SEGUNDO PUESTO EN LOS REGIONALES DE OCTUBRE.

Patty Boles también era jugadora de tenis, pensó Jane. Al igual que Charlotte, estaba en tercer año. ¿Habría competido en esos regionales? ¿Habría llamado la atención de alguien, alguien que podía averiguar fácilmente quién era y a qué escuela asistía?

Seis semanas después de aquella competencia regional, Patty Boles había

desaparecido.

Jane sacudió la cabeza, pero la niebla parecía tornarse más espesa. *Algo está muy mal*. El sonido distante de un teléfono penetró el zumbido en sus oídos. Oyó que Patrick hablaba. Trató de pedir ayuda pero ningún sonido brotó de su boca.

Se puso de pie con esfuerzo y oyó que la silla caía al suelo con estrépito. No tenía sensación en las piernas, eran como postes de madera, insensibles y torpes. Avanzó, tambaleándose, hacia las puertas corredizas, temiendo desplomarse antes de llegar, temiendo que Patrick la encontrara en el suelo, en posición humillante. Alargó las manos hacia las puertas, pero estas parecían retroceder, burlándose de su esfuerzo, siempre más allá de sus dedos.

Justo cuando se lanzaba hacia ellas, se abrieron y apareció Patrick.

—¡Ayúdeme! —susurró Jane.

Pero él no se movió. Se quedó mirándola con frialdad e indiferencia. Solo entonces Jane comprendió el error que había cometido. Fue su último pensamiento antes de desplomarse, inconsciente, a los pies de él.

TREINTA Y SEIS

Tenía sed, mucha sed. Jane trató de tragar saliva, pero tenía la garganta reseca y la lengua como cuero viejo contra el paladar. Lentamente, registró otras sensaciones: el hormigueo en el brazo izquierdo por estar demasiado tiempo en la misma posición. La superficie fría y áspera debajo de su mejilla. Y la voz que la llamaba, urgente y persistente. Una voz de mujer que no le permitía dormir sino que la regañaba, insistía para que flotara hacia la conciencia.

—¡Despierte! ¡Tiene que despertar, despierte!

Jane abrió los ojos... o creyó hacerlo. La oscuridad que veía era tan impenetrable que se preguntó si estaría atrapada en el limbo sombrío que separaba el sueño de la conciencia, si estaría paralizada pero consciente. ¿O sería otro el motivo por el cual no podía moverse? Intentó rodar de espaldas y comprendió que tenía las manos y las piernas inmovilizadas. Intentó liberar las muñecas y se topó con la firme resistencia de la cinta americana. El suelo debajo de su cuerpo era de cemento; se había golpeado la cadera contra él y lo sentía helado a través de la ropa. No sabía cómo había llegado a este sitio frío y oscuro. Lo último que recordaba era estar sentada en el comedor de Patrick, revisando los anuarios de Charlotte. Tomando café. *Café que me sirvió él.*

—¡Detective Rizzoli! ¡Despierte, *por favor!*

Jane reconoció la voz de Iris Fang y giró la cabeza hacia el sonido.

—¿Cómo... dónde...?

—No puedo ayudarla. Estoy aquí, contra la pared. Encadenada a la pared. Estamos en un sótano, creo. Posiblemente en la casa de él. No lo sé, porque no recuerdo cómo llegué aquí.

—Yo tampoco —se quejó Jane.

—La trajo aquí hace horas. No tenemos demasiado tiempo. Está esperando que regrese el otro.

El otro. Jane trató de pensar a través de la niebla que se iba levantando en su mente. Por supuesto, Patrick no estaba trabajando solo. A los sesenta y siete años, necesitaría que alguien lo ayudara con los esfuerzos físicos. Por eso había contratado a profesionales para que mataran a Ingersoll y atacaran a Iris.

—Debemos prepararnos —dijo Iris—. Antes de que regresen.

—¿Prepararnos? —Jane no pudo evitar soltar una risa desesperada. —¡No puedo mover los brazos ni las piernas! ¡Ni siquiera siento las manos!

—Pero puede rodar hacia la pared. Hay un juego de llaves colgando cerca de la puerta. Lo vi cuando él encendió las luces y la trajo a usted aquí abajo. Quizás esas llaves abran los grillos de mis muñecas. Libéreme, y luego la liberaré yo a usted.

—¿Hacia dónde está la puerta?

—Está a mi derecha. Siga mi voz. Las llaves cuelgan de un gancho. Si puede ponerse de pie y coger las llaves con los dientes...

—Muchas situaciones hipotéticas.

—¡Hágalo! —La orden atravesó la oscuridad, filosa como una hoja. Pero las siguientes palabras fueron suaves: —Él se llevó a mi hija —susurró, entre medio de sollozos—. Fue él.

Jane escuchó llorar a Iris en la oscuridad y pensó en las otras chicas que habían desaparecido. Deborah Schiffer, Patty Boles. Sherry Tanaka. ¿Cuántas otras había, chicas cuyos nombres todavía no sabían? *Hasta su propia hija, Charlotte.*

Luchó contra sus ataduras, pero la cinta americana era indestructible, la herramienta favorita tanto de MacGyver como de los asesinos seriales. Por más que tironeara y se retorciera, no lograría romper la cinta que le amarraba las muñecas.

—No deje que gane él —dijo Iris. Su voz se había serenado y volvía a escucharse una nota de acero en ella.

—Yo también quiero capturarlo —dijo Jane.

—Las llaves. Tiene que cogerlas.

Jane se retorció y rodó por el suelo. Su cadera golpeada dio contra el cemento y ahogó una exclamación e inspiró hondo hasta que el dolor se calmó. Luego se retorció de nuevo y volvió a rodar. Esta vez dio de cara contra el suelo, raspándose la nariz y golpeándose los dientes. Rodó sobre la cadera ilesa, con las rodillas contra el pecho en posición fetal, luchando contra las lágrimas de dolor y frustración. ¿Cómo podría lograrlo? Ni siquiera podía rodar por el suelo, mucho menos ponerse de pie y coger las llaves.

—Tiene usted una hija —dijo Iris en voz baja.

—Sí.

—Piense en ella. Piense en lo que haría para volver a abrazarla. A oler su pelo, a acariciar su cara. Piense. *Imagínelo.*

Esa orden serena pareció provenir de algún sitio dentro de su propia mente, como si fuera su propia voz la que le exigía acción. Pensó en Regina en la bañera, resbaladiza y fragante de jabón, con los rizos oscuros contra la piel rosada. Regina, que se convertiría en una joven y no conocería a su madre salvo como un fantasma reflejado en su propia cara, en sus facciones. Y pensó en Gabriel, envejeciendo y volviéndose canoso. *Una vida que no tendremos juntos si no sobrevivo a esta noche.*

—Piense en ella. —La voz de Iris le llegó a través de la oscuridad. —Ella le dará las fuerzas que necesita para *luchar*.

—¿Fue así como lo logró usted durante todos estos años?

—Era lo único que tenía. Es lo que me mantenía viva, la esperanza de que mi

hija tal vez volviera a casa. He vivido para eso, detective. He vivido para el día en que volvería a verla. O si eso no sucedía, para el día en que vería que se haría justicia. Al menos sabré que he muerto intentándolo.

Jane rodó otra vez y volvió a golpearse la cadera contra el suelo y a rasparse la cara. De pronto su espalda dio contra una pared y quedó de lado, jadeando, descansando antes de lo que sería el siguiente desafío, el más difícil.

—He llegado a la pared —dijo.

—Póngase de pie. La puerta está en el extremo más lejano.

Apoyándose en la pared, Jane trató de retorcerse hasta quedar de rodillas, pero perdió el equilibrio y cayó de cara, golpeando el suelo con la boca. El dolor pasó de los dientes directamente al cráneo.

—Su hija —dijo Iris—. ¿Cómo se llama?

Jane se lamió el labio y sintió el sabor de la sangre. Sintió que los tejidos blandos se le hinchaban.

—Regina —dijo.

—¿Qué edad tiene?

—Dos años y medio.

—Y usted la ama mucho.

—Claro que la amo. —Con un gruñido, Jane se puso de pie con esfuerzo. Sabía lo que estaba haciendo Iris: podía sentir una fuerza nueva en sus músculos, sentía acero en su espalda. No, no dejaría que la alejaran de su hija. Sobreviviría a esa noche, del mismo modo que Iris había sobrevivido durante las últimas dos décadas, porque nada le importaba más a una madre que volver a ver a su hija. Luchó contra la gravedad, tensando la espalda y el cuello para incorporarse de rodillas.

—Regina —dijo Iris—. Ella es la sangre en sus venas. El aire en sus pulmones. — Su voz era hipnótica, sus palabras un cántico susurrado que le enviaba calor por las extremidades. Palabras dichas en el lenguaje universal que toda madre comprende.

Es la sangre en sus venas. El aire en sus pulmones.

Ponte de pie, pensó Jane. Coge esas llaves.

Se balanceó hacia adelante sobre las rodillas, tensando los músculos, y con un salto, quedó en cuclillas. Pero pocos segundos después, perdió el equilibrio y cayó hacia adelante, de rodillas contra el hormigón.

—Otra vez —le ordenó Iris. No había rastros de pena en su voz. ¿Sería así de implacable con sus alumnos? ¿Sería así como entrenaban a los guerreros reales, sin piedad, empujándolos más allá de sus límites?

—Las llaves —dijo Iris.

Jane inspiró hondo, tensó el cuerpo y saltó. Otra vez aterrizó sobre los pies y se tambaleó, pero estaba muy cerca de la pared. Apoyó el hombro contra ella y

esperó a que se le pasara el calambre en el tobillo.

—Estoy de pie —dijo.

—Vaya al extremo más distante. Allí está la puerta.

Otro salto, otro tambaleo. Podía lograrlo.

—Una vez que estemos libres, tendremos que ver cómo lo derrotamos —dijo Jane—. Tiene mi pistola.

—No necesito un arma.

—Ah, no, claro. Los ninjas vuelan por el aire.

—No sabe nada de mí. Ni de lo que soy capaz de hacer.

Jane volvió a saltar como un canguro.

—Cuéntemelo, entonces. Puesto que seguramente moriremos: ¿usted es el Rey Mono?

—El Rey Mono es una fábula.

—Una fábula que deja pelos reales. Y que mata con una espada real. ¿Quién es, entonces?

—Alguien a quien quiere de su lado, detective.

—Antes quiero saber quién es.

—Está dentro de usted y de mí. Está dentro de todos aquellos que creen en la justicia.

—Eso no es una respuesta.

—Es todo lo que puedo decirle.

—No hablo de supercherías místicas —jadeó Jane, y volvió a saltar—. Hablo de algo real, algo que vi. Algo que me salvó la vida. —Se detuvo para recuperar el aliento. Y dijo en voz baja: —Solo quiero darle las gracias por eso. Así que si usted sabe quién es, ¿podría pasarle el mensaje?

Iris respondió, también en voz baja.

—Ya lo sabe.

Jane dio un último brinco y su frente se estrelló contra una puerta.

—Llegué.

—El llavero cuelga aproximadamente a la altura de su cabeza. ¿Las puede sentir?

Jane deslizó la mejilla contra la pared y de pronto sintió el contacto punzante con metal. Oyó el suave tintineo de las llaves.

—¡Lo encontré!

—Que no se le caiga, por favor.

Jane cogió las llaves con la boca y desenganchó el llavero del gancho de la pared.
Lo lograremos. Los venceremos...

El chirrido de la puerta al abrirse la paralizó. Se encendieron unas luces tan brillantes que ella retrocedió, encandilada, contra la pared.

—Vaya, esto sí que es una complicación —dijo una voz que reconoció.

Lentamente abrió los ojos en la luz cegadora y vio a Mark Mallory junto a Patrick. Desde un principio han sido ellos dos, pensó. Cazando juntos. Matando juntos. Y el vínculo que unía a estos dos hombres era Charlotte. Pobre Charlotte, que con cada uno de sus intereses, con cada una de sus actividades, había presentado víctimas a los depredadores, convirtiendo algo tan inocente como un torneo de tenis o una actuación de la orquesta en una oportunidad para que los asesinos eligieran nuevas caras.

Mark cogió el llavero y lo arrancó de la boca de Jane. La empujó y la hizo caer al suelo.

—¿Alguien está enterado de que ella vino aquí?

—Es de suponer —respondió Patrick—. Por eso que necesitamos deshacernos de su coche. Deberíamos haberlo hecho hace horas, si hubieras regresado antes.

—Quería comprobar si aparecería alguien.

—¿Nadie ha venido a buscarla?

—Tal vez el rastreador está roto. —Miró a Iris. —O tal vez a nadie le importa su paradero. Esperé cuatro horas, y no apareció ni un alma.

—Pues alguien vendrá en busca de *esta* —dijo Patrick, mirando a Jane.

—¿Dónde está su móvil?

Patrick se lo entregó a Mark.

—¿Qué piensas hacer?

—Por lo visto, el último mensaje de texto fue para su esposo. —Comenzó a escribir un nuevo mensaje en el móvil de Jane. —Digámosle que se dirige a Dorchester y no regresará por un buen rato.

—¿Y luego, qué?

—Tiene que parecer un accidente. O un suicidio. —Miró a Patrick. — Te ha funcionado una vez.

Patrick asintió.

—Su pistola está arriba en el comedor.

—Mi marido se dará cuenta —dijo Jane—. Sabe que *jamás* me suicidaría.

—Es lo que siempre dicen los cónyuges. Y la policía nunca les cree. ¿O no, detective? —preguntó Mark, y sonrió.

Si no hubiera tenido las manos y los pies atados, Jane habría estado de pie, pegándole puñetazos en esos dientes perfectos. Pero aun con la furia que le enviaba combustible a sus músculos, no podía liberarse, no podía hacer otra cosa que mirar cómo él terminaba el mensaje de texto y lo enviaba. Pensó en cómo sucedería: la matarían de una bala en la cabeza y luego seguiría otro disparo que dejaría residuos de pólvora en su mano, igual que como habían hecho con el falso suicidio de Wu Weimin. Lo que Mark había dicho era cierto: era demasiado fácil ignorar las declaraciones de la familia de la víctima. Ella también lo había hecho. Recordaba haber estado junto al cadáver de un joven a quien le faltaba la mitad

de la cabeza por un disparo. Recordó que su madre sollozaba: *¡Jamás se habría suicidado! ¡Acababa de poner en orden su vida!* Recordaba también el comentario que le había hecho a Frost más tarde, sobre lo ciegas que eran las familias que nunca se lo veían venir.

—Has cometido tantos errores —dijo Iris—. No tienes idea de lo que está por suceder.

Mark se volvió hacia ella y rió.

—Mira quién habla. La que está encadenada a la pared.

Iris lo miró con una expresión escalofriantemente serena.

—Antes de que todo termine para ti, dímelo. ¿Por qué elegiste a mi hija?

Mark se acercó a Iris hasta quedar cara a cara con ella. Aunque él era mucho más alto, aunque tenía todas las ventajas, Iris no demostraba ni un ápice de miedo.

—La preciosa pequeña Laura. La recuerdas, ¿verdad, Patrick? —Miró al hombre mayor. —La chica que recogimos cuando volvía de la escuela. La chica a quien le ofrecimos llevarla en coche.

—¿Por qué? —dijo Iris.

Mark sonrió.

—Porque era especial. Todas lo eran.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Patrick, dando un paso hacia Jane—. Saquémosla de aquí.

Pero Mark seguía mirando a Iris.

—A veces yo elegía a la chica. Otras veces, lo hacía Patrick. Nunca se sabe qué capturará tu atención. Una coleta de caballo. Un bonito trasero. Algo que la hace destacarse. Algo que hace que valga la pena.

—Charlotte debe de haberlo sabido —dijo Jane, mirando a Patrick con repugnancia—. Debe de haber comprendido lo que era usted. Por Dios, su propio *padre*. ¿Cómo pudo matarla?

—Charlotte nunca fue parte de esto.

—¿Nunca fue parte? ¡Estaba en el centro de todo!

Sonó el móvil de Jane. Mark miró el número y dijo:

—El maridito parece querer ver en qué anda su esposa.

—No respondas —dijo Patrick.

—No pensaba hacerlo. Lo apagaré y la llevaremos al coche.

Iris intervino:

—¿Pensáis que resultará tan simple?

Los hombres no le prestaron atención y se inclinaron para levantar a Jane. Patrick la cogió de los pies y Mark, debajo de las axilas. A pesar de que Jane se retorció, no pudo resistirse; tras levantarla con facilidad, la llevaron hacia la puerta.

—Ya habéis perdido —dijo Iris—. Solo que todavía no lo sabéis.

Mark soltó un bufido sarcástico.

—Lo que sí sé es quién está encadenada a la pared.

—Y yo sé quién te ha seguido hasta aquí.

—Nadie me ha seguido... —Su voz se interrumpió en el momento en que se apagaron las luces.

En la oscuridad, ambos hombres soltaron a Jane, que cayó al suelo, golpeándose el cráneo contra el hormigón. Quedó allí tendida, aturdida, tratando de comprender lo que sucedía en una habitación en la que no veía nada, en la que la oscuridad era un caos de maldiciones y respiraciones aterradas.

—¿Qué coño...? —exclamó Mark.

La voz de Iris susurró en la oscuridad:

—Ya comienza .

—¡Cállese! ¡Cállese de una vez! —gritó Mark.

—Seguramente no sea nada —dijo Patrick, pero sonaba nervioso—. Mira, quizá solo haya saltado un fusible. Subamos a ver.

La puerta se cerró ruidosamente y sus pasos se perdieron escaleras arriba. Jane solo oía el martilleo de su corazón.

—Debe quedarse muy quieta y tranquila —dijo Iris.

—¿Qué está ocurriendo?

—Lo que siempre iba a ocurrir.

—¿Usted lo sabía? ¿Lo esperaba?

—Escúcheme con atención, detective. Esta no es su batalla. Fue planeada hace mucho tiempo y se luchará sin usted.

—¿Quién luchará? ¿Qué hay allí fuera?

Iris no respondió. En el silencio, Jane sintió, más que oír, el susurro de aire contra su mejilla, como si el viento hubiera susurrado dentro de la habitación y moviera la oscuridad. *Hay algo más aquí con nosotras.*

Oyó el ruido de las esposas que se abrían y caían. Y un susurro:

—Disculpa, *Sifu*. Habría querido llegar antes.

—¿Mi espada?

—Aquí está Zheng Yi. La encontré arriba.

Jane conocía esa voz.

—¿Bella?

Una mano le cubrió los labios e Iris murmuró:

—Quédese quieta.

—¡No podéis dejarme así!

—Estará a salvo aquí.

—¡Por lo menos liberadme!

—No —dijo Bella—. Solo causará problemas.

—¿Y si falláis? —dijo Jane—. Estaré atrapada aquí abajo, sin poder defenderme. ¡Por lo menos dadme una oportunidad de luchar!

Sintió un tirón en las manos, el susurro de una hoja que cortaba la cinta americana que la inmovilizaba. Otro corte en sus tobillos.

—Recuerde —le dijo Iris al oído—. Esta no es su batalla.

Pues ahora lo es. Pero Jane permaneció inmóvil y en silencio mientras las dos mujeres se escurrían en la oscuridad. No vio ni escuchó su partida; lo único que sintió fue otro beso de aire, como si se hubieran disuelto en una brisa que se había fugado por la puerta y por las escaleras.

Jane quiso ponerse de pie, pero se sentía mareada y se tambaleó en la oscuridad. Volvió a sentarse; le dolía la cabeza del golpe cuando la habían dejado caer sobre el cemento. El dolor y los efectos residuales de la droga la debilitaban. Alargó la mano, tocó la pared y otra vez intentó incorporarse, esta vez apoyándose contra la pared, inestable como un potrillo recién nacido.

Un disparo hizo que levantara súbitamente la cabeza.

No puedo quedarme atrapada aquí, pensó. Tengo que salir de esta casa.

A tientas, llegó hasta la puerta. Estaba sin llave y se abrió con un chirrido suave. Arriba, en algún sitio, oyó pasos pesados que corrían. Dos disparos más.

Vete ahora mismo. Antes de que los hombres regresen a buscarte.

Comenzó a subir, moviéndose despacio, temiendo hacer ruido. Temiendo alertar a alguien de su presencia. Sin un arma, sin forma de defenderse, no podía unirse a esa pelea. Era el soldado fuera de combate que intenta escapar de una zona de guerra para ponerse a salvo en algún sitio. Buscar la salida, escapar de la casa. No tenía las llaves del coche, así que tendría que correr a casa de los vecinos. Intentó visualizar la propiedad. Recordó el largo camino de entrada, el bosque, el jardín y el seto alto que lo rodeaba todo. De día, se parecía a un Edén privado, protegido del mundo exterior. Ahora sabía que el portón, con las rejas en punta, no existía solo para mantener fuera a las personas, sino también para mantenerlas encerradas. Este no era ningún Edén: era un campo de muerte.

Llegó a la cima de la escalera y se encontró con otra puerta cerrada. Presionó la oreja contra ella, pero no oyó nada. El silencio era inquietante. ¿Cuántos disparos había escuchado? Por lo menos tres, pensó, suficientes como para acabar con Iris y con Bella. ¿Yacerían muertas las dos mujeres del otro lado de esa puerta? ¿Estarían Mark y Patrick en camino al sótano para buscarla?

Con la mano resbalosa de sudor, giró la manilla. La puerta se abrió en silencio a una oscuridad tan espesa como la del sótano. Jane no podía distinguir formas ni sombras. Este suelo, también, era de cemento y mientras avanzaba lentamente, con los brazos extendidos para protegerse de obstáculos que no podía ver, escuchó que algo pequeño y metálico se alejaba de su zapato. Chocó contra un borde que le golpeó la cadera y se detuvo, tratando de discernir qué era. Parecía

tratarse de una mesa, cubierta de polvo. De pronto un metal filoso le mordió los dedos y dio un respingo, sorprendida. Una sierra de mesa. Avanzó unos pasos más en la oscuridad y embistió otro obstáculo. Esta vez, un taladro de banco. Se encontraba en el taller de carpintería de Patrick. Rodeada de herramientas, pensó en hojas de sierras y en taladros y se preguntó si allí solamente se habrían cortado maderas.

Una oleada de pánico renovado la hizo buscar a tientas una salida en la oscuridad. Tocó una pared y la siguió hasta una esquina.

Más disparos. Cuatro seguidos. *¡Huye, huye!*

Por fin encontró la puerta y no perdió un segundo; salió y se encontró con otra escalera. ¿En qué nivel de subsuelo había estado?

En un nivel tan profundo que nadie habría escuchado mis gritos.

En la cima de la escalera, salió por una puerta y pasó a un pasillo alfombrado. Aquí podía distinguir formas en la oscuridad y una barandilla a su derecha. Con una mano en la pared, siguió avanzando. No tenía idea de si se dirigía hacia la parte delantera o trasera de la casa; lo único que quería era encontrar una salida.

En el descansillo del primer piso, por encima de su cabeza, oyó pasos que comenzaban a bajar por la escalera.

Presa de desesperación, se lanzó por la primera puerta abierta que vio a su izquierda, dentro de una habitación donde la luna entraba por las ventanas, reflejándose sobre un escritorio y una biblioteca. Un despacho.

Los pasos habían llegado a la planta baja.

Jane corrió hacia adelante, buscando un escondite en las sombras y sus zapatos hicieron crujir esquirlas rotas de cristal. De pronto su pie se enganchó en un obstáculo y cuando cayó, alargó un brazo para protegerse. La palma de su mano resbaló sobre algo tibio y pegajoso. A la luz de la luna, vio una figura oscura tendida en el suelo junto a ella. Un cuerpo.

Patrick Dion.

Jane ahogó una exclamación y se alejó, arrastrándose por el suelo. Sintió que algo pesado se deslizaba fuera de su alcance. Una pistola. Tanteó hasta dar con ella y en cuanto sus dedos se cerraron alrededor del arma, se dio cuenta de que era la suya. La pistola que Patrick le había quitado. *Mi vieja amiga.*

Oyó el crujido de pasos detrás de ella; se detuvieron.

Atrapada en la luz de la ventana, Jane estaba recortada en el brillo de la luna; sentía que la iluminaba como un reflector. Levantó la mirada y vio la silueta de Mark por encima de ella.

—Nunca estuve aquí —dijo él—. Cuando la policía venga a hablar conmigo, les diré que estaba en casa durmiendo. Que fue Patrick quien mató a todas esas chicas y las enterró en su jardín. Que Patrick fue quien la mató a usted. Y que luego se suicidó.

Jane apretó con fuerza la pistola detrás de su espalda, con la mano oculta en la oscuridad. Pero Mark le estaba apuntando con su propia arma. Sería el primero en disparar, y estaba en mejor posición. Ella no tendría tiempo de apuntar ni de hacer nada excepto disparar la última bala que probablemente dispararía en su vida. Aun mientras levantaba el arma, supo que sería demasiado lenta y lo haría demasiado tarde.

Pero en ese mismo instante, Mark ahogó una exclamación de sorpresa y desvió la atención y el arma hacia otra persona... otra cosa.

Jane levantó el arma y disparó. Tres veces, cuatro. Con los reflejos en piloto automático. Las balas se estrellaron en el tórax de Mark, que cayó hacia atrás y se desplomó contra una mesa lateral que cedió en un estruendo de madera rota.

Con la sangre atronando en sus oídos, Jane se puso de pie y le apuntó con el arma, por si milagrosamente volvía a la vida. Mark no se movía.

Pero las sombras, sí.

Fue solo un susurro de aire, completamente silencioso. Un revoloteo de negro contra negro en la periferia de su visión. Lentamente se volvió hacia la figura que estaba envuelta en la oscuridad. Aunque tenía un arma en la mano, aunque podría haber disparado, Jane no lo hizo. Simplemente contempló una cara coronada de pelo plateado. Unos dientes filosos que resplandecían a la luz de la luna.

—¿Quién eres? —susurró—. ¿Qué eres?

Sintió un soplo de aire en la cara y parpadeó. Cuando volvió a abrir los ojos, la cara había desaparecido. Con desesperación, recorrió la habitación con la mirada, buscando lo que había estado allí, pero solo vio luz de luna y sombras. *¿Ha estado realmente aquí o lo imaginé? ¿Acaso he fabricado una criatura con la oscuridad y mi miedo?*

Por la ventana, un movimiento captó su atención. Miró hacia afuera, hacia el jardín iluminado por la luna y lo vio, corriendo por el césped hasta desaparecer entre los árboles.

—¿Detective Rizzoli?

Jane dio un respingo y se volvió; en la puerta estaban las dos mujeres. Iris se apoyaba pesadamente en Bella.

—¡Necesita una ambulancia! —dijo Bella.

—Ya no soy tan joven como lo fui una vez —gimió Iris—. Ni tan veloz.

Con suavidad, Bella bajó a su maestra al suelo. Acunándola en su regazo, comenzó a murmurar en chino, palabras que repetía una y otra vez, como un hechizo. Palabras de sanación.

Palabras de esperanza.

TREINTA Y SIETE

Jane se encontraba entre la maraña de vehículos policiales de Brookline y de Boston aparcados en la entrada de Patrick Dion, viendo cómo asomaba el sol. No había dormido en veinticuatro horas, no había comido desde el almuerzo del día anterior; el primer atisbo del amanecer le resultó tan deslumbrante que cerró los ojos, súbitamente mareada, se tambaleó y cayó ligeramente hacia atrás, contra un coche patrulla. Cuando volvió a abrir los ojos, Maura y Frost habían salido de la casa y se dirigían hacia ella.

—Deberías irte a casa —dijo Maura.

—Es lo que me dicen todos. —Miró hacia la mansión. —¿Has terminado allí dentro?

—Ahora mismo están sacando los cadáveres.

Frost frunció el ceño cuando Jane se inclinó para calzarse los cubrezapatos desechables.

—Oye, creo que no deberías entrar en la casa —dijo.

—Como si no hubiera estado ya allí.

—Justamente por eso.

No era necesario que explicara; Jane ya había entendido. Ella había matado a Mark Mallory y era casi seguro que la bala que tenía Patrick Dion en el cerebro hubiera salido de su pistola. Su arma estaba ahora en poder del equipo de balística y Jane echaba de menos su peso en el cinturón.

La puerta se abrió y salió la primera camilla, llevando uno de los cadáveres. En silencio, vieron cómo la empujaban hacia la furgoneta de la morgue.

—El hombre mayor tenía una herida de bala. En la sien derecha, a quemarropa —dijo Maura.

—Patrick Dion —respondió Jane.

—Sospecho que encontraremos residuos de pólvora en su mano derecha. ¿Te recuerda eso alguna otra escena del crimen?

—El Fénix Rojo —dijo Jane en voz baja—. Wu Weimin.

—Su muerte fue declarada un suicidio.

—¿Y a esta cómo la declararás, Maura?

Maura suspiró.

—No hay testigos ¿verdad?

Jane negó con la cabeza.

—Bella dijo que Iris y ella estaban arriba cuando sucedió. No lo vieron.

—Pero había otro intruso en la casa —dijo Frost—. Has dicho que lo viste.

—No sé lo que vi. Jane miró hacia el jardín. —Allí, la noche anterior, a la luz de la luna, había vislumbrado algo que se perdía en el bosque. —Creo que nunca lo

sabré.

Maura se volvió cuando sacaron el segundo cadáver de la casa.

—Podría declarar que la muerte de Patrick fue suicidio, pero es demasiado similar al Fénix Rojo, Jane. Me resulta orquestado.

—Creo que la intención es que sean similares. Que sea un eco del pasado. La justicia cerrando su círculo.

—*Justicia* no está incluida en las formas de muerte.

Jane la miró.

—Pues tal vez debería estarlo.

—¡Eh, Frost! ¡Rizzoli! —El detective Tam agitaba los brazos desde un bosquecillo donde se encontraba con un equipo de técnicos forenses.

—¿Qué ocurre? —dijo Jane.

—¡El perro rastreador de cadáveres acaba de captar un rastro!

Las chicas desaparecidas. Seguramente había más nombres que no habían llegado a estar incluidos en la lista de Ingersoll, otras chicas que habían desaparecido en los años desde la desaparición de Charlotte Dion. ¿Y qué mejor lugar donde ocultar los cadáveres que en este santuario privado, protegido de ojos indiscretos? Mientras se acercaba al equipo de criminalística, vio que el perro la miraba con ojos atentos, moviendo la cola con entusiasmo. El perro era el único que demostraba alegría. Los hombres y mujeres reunidos a la sombra de los árboles se veían sombríos y silenciosos porque comprendían lo que probablemente yacía debajo de sus pies.

—Aquí la tierra ha sido removida —dijo Tam, señalando una zona debajo de los árboles. Estaba cubierta de hojas y ramitas para disimularlo.

Un entierro reciente. Jane miró el bosquecillo, denso de vegetación; todos los sitios secretos ocultos por la sombra y las plantas. Estaba frente a una maldad de una escala que casi no podía comprender. ¿Cuántos cadáveres hay aquí?, se preguntó. ¿Cuántas chicas silenciosas que por fin podrán hablar? De pronto se sintió abrumada por la tarea que tenían por delante. Estaba golpeada, con hambre y cansada de la muerte.

—Frost, creo que dejaré esto en tus manos. Me voy a casa —dijo, y se alejó por el césped. Hacia el sol.

—Rizzoli —dijo Tam—. La siguió hacia el camino de entrada.

—Solo quería que supieras que hablé con el hospital hace un rato; Iris Fang está fuera del quirófano y está despierta.

—¿Se pondrá bien?

—Le han disparado en el muslo y ha perdido mucha sangre, pero se repondrá. Parece ser un hueso bastante duro de roer.

—Todos deberíamos tener su fuerza.

El sol brillaba sobre el camino de entrada, iluminándoles las caras. Tam sacó

gafas oscuras de su bolsillo y se las colocó.

—¿Tal vez debería ir al hospital? ¿A tomarle declaración? —propuso.

—Más tarde. Ahora mismo te necesito aquí. Brookline nos ha pedido ayuda, así que pasaremos mucho tiempo en esta propiedad.

—¿Entonces me quedaré con el equipo?

Ella entornó los ojos para proteger sus cansados ojos del resplandor del sol.

—Sí, hasta que cerremos este caso, le pediré a tu supervisor del Distrito A-1 que nos permita tenerte con nosotros. Es decir, si es que quieres quedarte en Homicidios.

—Gracias. Me gustaría mucho —respondió él, sin rodeos. Cuando se volvió para marcharse, Jane súbitamente notó que algo le brillaba en la nuca. Adherida a su cabello renegrido, una única hebra se destacaba como purpurina. *Un pelo color plata.*

—¿Tam? —dijo Jane.

Él se volvió.

—¿Sí?

Por un instante, ella simplemente lo miró, queriendo leer sus ojos, pero llevaba gafas y lo único que podía ver en esos lentes espejados era su propia imagen. Recordó la agilidad con la que Tam había entrado tan veloz y silenciosamente por la ventana de Ingersoll. Recordó cómo la cámara de seguridad de la calle Knapp los había capturado a Frost y a ella saliendo torpemente a la escalera de incendios, pero no a Tam. *Quizás soy un fantasma*, había bromeado él. No un fantasma, pensó Jane, sino alguien igualmente escurridizo. Alguien que había estado presente en cada paso de la investigación, que sabía lo que se decía y lo que se planeaba. No podía ver su expresión, no podía hurgar en busca de secretos, pero sabía que estaban allí, esperando ser descubiertos. Secretos que Jane decidió que le permitiría guardar.

Por ahora.

—¿Querías preguntarme algo, Rizzoli? —dijo él.

—Nada, no tiene importancia —respondió ella. Se volvió y se alejó.

Era la *happy hour* en el bar J.P. Doyle's y el sitio estaba tan atestado de policías fuera de servicio que a Jane le costó localizar a Korsak. No fue hasta que la camarera le señaló el comedor que finalmente lo encontró, sentado solo en una mesa, en compañía de un plato de mariscos fritos y un jarro de cerveza.

—Siento llegar tarde —dijo ella—. ¿Qué te cuentas?

—Espero que no te moleste que ya haya pedido.

Ella miró la montaña de gambas fritas.

—Por lo visto has abandonado la dieta ¿no?

—No me regañes ¿vale? El día ha sido una mierda y necesito comida que me

haga sentir bien, de verdad. —Ensartó cuatro gambas con el tenedor y se las metió en la boca. —¿Vas a ordenar algo o no?

Jane le hizo señas a la camarera, pidió una ensalada pequeña y observó cómo Korsak devoraba otra media docena de gambas.

—¿Es todo lo que vas a comer? —preguntó él cuando llegó la ensalada de Jane.

—Iré a casa a cenar. No he pasado demasiado tiempo allí en los últimos días.

—Sí, escuché que había sido un verdadero circo allí en Brookline. ¿Cuántos cadáveres han desenterrado hasta el momento?

—Seis, y todos parecen ser de mujeres. Pasarán meses antes de que terminemos de revisar la propiedad y tal vez haya otros sitios de cuya existencia no estamos enterados. Así que también estamos revisando la residencia de Mark Mallory.

Korsak levantó su jarro de cerveza para brindar:

—¿Cómo os gusta decir a vosotras, las mujeres? ¡*Bien hecho, chica!*

Jane observó su camisa manchada de grasa y pensó: tiene pechos gordos que lo habilitan a utilizar esa expresión. Levantó su vaso de agua y chocaron teatralmente las copas, salpicando cerveza sobre la decreciente porción de gambas de Korsak.

—Solo una pequeña mosca en la sopa: nunca podré cerrar los expedientes del NN ni de la NN. Y lo que desató todo este asunto fue la muerte de ella.

—¿No ha aparecido la espada que la mató?

—No. Es probable que haya desaparecido aquella noche junto con esa figura que vi esfumarse entre los árboles. Nunca conseguiremos que nadie confiese, pero creo saber quién fue.

—¿Tienes la suficiente certeza como para conseguir una condena?

—Para ser sincera, no quiero conseguir una condena. A veces, Korsak, el solo hecho de hacer mi trabajo significa que tengo que hacer lo que está mal.

Korsak rió.

—Que no te oiga la doctora Isles diciendo eso.

—No, no lo entendería —concordó Jane. Lo que Maura entendía eran los hechos y esos hechos habían llevado a la condena del oficial Wayne Graff hacía pocos días. Sí o no, blanco o negro, para Maura la línea siempre estaba perfectamente clara. Pero con cada año más que Jane pasaba como policía, menos segura se sentía de dónde estaba trazada esa línea entre el bien y el mal.

Comió un bocado de ensalada.

—¿Y tú qué cuentas? ¿De qué querías hablarme?

Él suspiró y dejó el tenedor. Muy pocas cosas que no fueran un plato vacío podían hacer que Vince Korsak renunciara a su tenedor.

—Sabes que amo a tu mamá —dijo.

—Sí, creo que esa parte la he entendido.

—Es decir, la amo de verdad. Es divertida e inteligente y sensual.

—Venga, detente allí mismo —Jane también dejó su tenedor—. Solo dime a dónde quieres llegar con esto.

—Lo único que quiero es casarme con ella.

—Y ya te ha dicho que sí. ¿Entonces?

—El problema es tu hermano. La llama tres veces por día para tratar de hacerla cambiar de idea. Es evidente que me detesta.

—A Frankie no le gusta ningún cambio, punto.

—La tiene muy alterada y ahora ella habla de cancelar la boda, solo para tenerlo contento. —El profundo suspiro de Korsak terminó en algo parecido a un gemido y él se volvió para mirar a la mesa del otro lado del pasillo. Un niño en una silla alta le dirigió una mirada y chilló. La madre fulminó a Korsak con la mirada y tomó al niño en brazos. Pobre Korsak, feo como para asustar a los niños pequeños que no podían ver más allá de su toco exterior y descubrir su corazón bondadoso. *Pero mamá lo ve. Y se merece un buen hombre como él.*

—No te preocupes —dijo Jane—. Hablaré con Frankie.—Si eso no funcionaba, también le daría a su hermano un buen manotazo en la cabeza.

Él levantó la cabeza.

—¿Harías eso por mí? ¿En serio?

—¿Por qué no lo haría?

—No lo sé. Tenía la idea de que no estabas muy contenta de que tu mamá yo... bueno, ya sabes.

—Es solo que no quiero enterarme de los detalles sudorosos ¿vale? —Alargó la mano sobre la mesa y le dio un golpecito cariñoso en el brazo. —Todo bien contigo, Korsak. Y la haces feliz. Eso es lo único que me importa. —Se puso de pie. —Tengo que irme a casa. ¿Estás bien, ahora?

—La amo. Lo sabes.

—Lo sé, lo sé.

—Y a ti también te quiero. —Frunció el ceño y agregó: —Pero a tu hermano, no.

—Lo comprendo perfectamente.

Jane lo dejó concentrado en sus gambas y se dirigió a la salida del atestado bar. Justo cuando llegaba a la puerta, escuchó que alguien gritaba:

—¡Rizzoli!

Era el detective retirado Buckholz, que había investigado la desaparición de Charlotte Dion hacía diecinueve años. Estaba sentado en su rincón habitual de la barra, con un vaso de whisky delante de él.

—Tengo que hablar contigo —dijo.

—Me estoy yendo a casa.

—Caminaré contigo, entonces.

—¿No podemos hablar mañana, Hank?

—No. Tengo algo que decirte y me tiene realmente preocupado. —Terminó su

whisky y dejó el vaso sobre la barra. —Vayamos afuera. Hay demasiado ruido aquí.

Salieron del Doyle's y se quedaron en el aparcamiento. Era una noche fresca de primavera y el aire olía a tierra húmeda. Jane se subió la cremallera de la chaqueta y dirigió una mirada a su coche, preguntándose cuánto la retrasaría este asunto y si tendría tiempo de comprar leche de camino hacia su casa.

—¿El caso que tienes contra Patrick Dion y Mark Mallory? No cuadra, está mal —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Está en todos los periódicos. Dos tíos millonarios que cazaron chicas juntos durante veinticinco años. Todo el país está hablando de ello, preguntándose por qué no nos dimos cuenta. Por qué no los detuvimos.

—Se manejaban con astucia, Hank. No aumentaban la frecuencia ni se tornaban descuidados. Lograban mantener el control.

—Patrick Dion tenía coartadas para algunas de esas desapariciones.

—Sí, porque se turnaban para raptar a las chicas. Mallory capturó a algunas, Dion a las demás. Ya hemos encontrado seis cadáveres en la propiedad de Dion y estoy segura de que encontraremos más.

—Pero no a Charlotte. Te garantizo que no la encontraréis allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando estuve a cargo del caso, hice un buen trabajo ¿sabes? Pueden haber pasado diecinueve años, pero recuerdo los detalles. Anoche saqué mis apuntes, solo para cerciorarme de los hechos. Sé que Patrick Dion estaba en Londres el día que Charlotte desapareció. Voló a su casa esa noche, tras enterarse de la noticia.

—Vale, pues entonces tienes razón sobre eso. Es fácil de confirmar.

—También tengo razón sobre Mark Mallory. No puede haber raptado a Charlotte, tampoco, porque él también tenía una coartada. Estaba visitando a su madre. Ella había sufrido un accidente cerebrovascular el año anterior y estaba en un hospital de rehabilitación.

Jane lo miró en la luz del anochecer. Buckholz estaba defendiendo su trabajo, por lo que no había posibilidad de que fuera objetivo. A juzgar por su cara avejentada, su camisa gastada, la jubilación no había sido amable con él. Prácticamente vivía en el Doyle's, como si solamente allí, rodeado de policías, volviera a sentirse vivo. Volviera a sentirse útil.

Síguele la corriente al anciano. Jane asintió con gentileza.

—Revisaré el expediente del caso y me pondré en contacto contigo.

—¿Crees que puedes ahuyentarme como a una mosca? Yo era un buen policía, Rizzoli. Investigué a ese muchacho. Cuando se habla de rapto, siempre se investiga primero a la familia, así que me concentré bastante en su hermanastro. En todos sus movimientos de aquel día. No hay manera de que Mark Mallory

haya podido raptar a Charlotte.

—¿Porque dijo que estaba visitando a su madre? Vamos, Hank. No puedes creerle a él ni a su madre. Ella mentiría para proteger a su hijo.

—Pero sí puedes creerle a los registros médicos.

—¿Qué?

Él sacó de su bolsillo un papel doblado y se lo entregó.

—Lo obtuve de la historia clínica de Barbara Mallory en el hospital. Es una fotocopia de los registros de las enfermeras. Échale un vistazo a las anotaciones del día veintiuno de abril a las trece horas.

Jane buscó lo que la enfermera había escrito. *Presión 115/80, pulso 84. La paciente descansa, cómoda. Está el hijo de visita y solicita que su madre sea trasladada a una habitación más silenciosa, lejos de la estación de enfermería.*

—A las trece horas —dijo Buckholz—, Charlotte Dion estaba con su grupo escolar en Faneuil Hall. Los profesores se dieron cuenta de que no estaba alrededor de las 13:15. Así que dime cómo Mark Mallory, que estaba sentado en la habitación de hospital de su madre a cincuenta kilómetros de distancia, pudo raptar a su hermanastra de una calle de Boston apenas quince minutos más tarde.

Jane leyó y releyó la nota de la enfermera. La fecha y la hora estaban clarísimas. Esto está mal, pensó.

Excepto que no lo estaba. Estaba allí en blanco y negro.

—No quiero que parezca que yo hice mal las cosas —dijo Buckholz—. Es obvio que tus dos criminales no se llevaron Charlotte.

—¿Quién fue, entonces? —murmuró Jane.

—Es probable que nunca lo sepamos. Apuesto a que fue cualquier tío que la vio y aprovechó la ocasión.

Cualquier tío. Un criminal al que todavía no habían encontrado.

Jane condujo a su casa con la fotocopia en el asiento del pasajero y pensó en las probabilidades. ¿Dos asesinos en su familia y a Charlotte la rapta un desconocido al azar? Frenó el coche en el aparcamiento de su edificio y se quedó sentada, pensando; no estaba preparada todavía para entrar en el ruido y el caos de la maternidad. Pensó en lo que sabían con certeza: que Dion y Mallory habían secuestrado y matado a chicas juntos. Que habían enterrado por lo menos seis cadáveres en la propiedad de Dion. ¿Acaso Charlotte habría descubierto el secreto de su padre? ¿Sería esa la verdadera razón por la que habían tenido que deshacerse de ella? ¿Lo habrían hecho a través de una tercera persona, para que tanto Patrick como Mark tuvieran coartadas sólidas?

Jane se masajeó el cuero cabelludo, abrumada por las preguntas. Otra vez, el misterio giraba alrededor de Charlotte. De lo que sabía y de cuándo lo había descubierto. Y con quién lo había compartido. Pensó en las últimas fotos que le

habían tomado a Charlotte, en el funeral de su madre y su padrastro. La recordaba flanqueada por su padre y por Mark. Rodeada de enemigos, sin poder escapar.

Jane se irguió en el asiento; súbitamente la golpeó la respuesta que debería haberle resultado obvia desde el principio.

Tal vez escapó.

TREINTA Y OCHO

A mediodía, Jane cruzó el límite estatal de New Hampshire y entró en Maine, al norte. Era un día templado de mayo, los árboles lucían sus hojas primaverales y una bruma dorada colgaba sobre los campos y el bosque. Pero cuando llegó al Lago Moosehead al caer la tarde, el aire se había vuelto fresco. Aparcó el coche, se envolvió una bufanda alrededor del cuello y se dirigió al muelle, donde estaba amarrada una lancha.

Un chico de unos quince años, con el pelo rubio desordenado por el viento, la saludó con la mano.

—¿Es usted la señora Rizzoli? Soy Will, de la Hostería Loon Point. —Tomó su bolsa para una noche. —¿No tiene más equipaje que este?

—Solo me quedará una noche. —Jane paseó la mirada por el muelle. —¿Dónde está el capitán?

El chico sonrió y levantó la mano.

—Aquí mismo. He estado al mando de esta lancha desde que tenía ocho años. Por si se siente nerviosa, este cruce lo he hecho varios miles de veces.

Dudando todavía de las habilidades del chico como piloto náutico, Jane subió y se colocó el chaleco salvavidas que le ofrecía él. Al tomar asiento, vio las cajas llenas de comestibles y el fajo de periódicos; el *Boston Globe* estaba arriba de todos. Era evidente que este viaje en lancha también había sido una ocasión para que el chico hiciera las compras.

Mientras él ponía en marcha la lancha, Jane preguntó:

—¿Hace cuánto que trabajas en la hostería?

—Desde que nació. Mi mamá y mi papá son los dueños.

Ella lo miró con más atención. Vio una mandíbula bien marcada y pelo desteñido por el sol. Tenía el físico de un salvavidas, delgado pero musculoso, el tipo de chico que se vería muy bien en una playa de California. Parecía completamente en su elemento mientras alejaba la lancha del muelle. Antes de que Jane pudiera hacer más preguntas, comenzaron a deslizarse por sobre el lago picado; el motor hacía demasiado ruido como para que pudieran hablar. Jane se sujetó de la borda y contempló el bosque denso, el lago tan vasto que se extendía delante de ellos como un mar.

—Qué hermoso lugar —dijo, pero él no la oyó; su atención estaba puesta en el destino del otro lado del lago.

Para cuando llegaron a la otra orilla, el sol caía hacia el horizonte, iluminando el agua de rojo y dorado. Jane vio cabañas rústicas y varias canoas en la orilla. En el muelle, una chiquilla rubia esperaba para coger la cuerda de amarre. En cuanto Jane pudo ver más de cerca la cara de la niña, se dio cuenta de que ella y el chico

eran hermanos.

—Esta picarona de aquí es Samantha —dijo Will, y rió mientras revolvía cariñosamente el pelo de la niña. —Es nuestra chica de los recados. Si necesita un cepillo de dientes o más toallas o lo que sea, la llama con un grito.

Mientras la chiquilla corría por el muelle con la bolsa de Jane, ella dijo:

—Parece tener unos ocho o nueve años ¿no es así? ¿No vais a la escuela?

—Estudiamos en casa. En invierno, es demasiado difícil llegar a la ciudad. Mi papá siempre nos dice que somos los chicos más afortunados del mundo por vivir aquí en el paraíso. —La guió por un sendero hacia una de las cabañas. —Mamá la ha puesto en esta. Es la que tiene más privacidad.

Subieron los escalones del porche cerrado y la puerta se cerró tras ellos. Samantha había metido la bolsa de Jane en la cabaña y la había colocado sobre un soporte rústico al pie de la cama. Jane observó las vigas, las paredes de pino nudoso. Un fuego ardía en el hogar de piedra.

—¿Todo bien? —preguntó Will.

—Cómo me gustaría haber traído a mi esposo aquí. Le encantaría este lugar.

—Pues tráigalo la próxima. —Will le hizo una venia y se volvió para marcharse. —Cuando se haya instalado, venga a la casa principal a cenar. Creo que hay un guisado de ternera.

Una vez que él se hubo ido, Jane se dejó caer sobre una mecedora en el porche cerrado y contempló el atardecer que parecía incendiar el lago. Los insectos zumbaban y el sonido del oleaje suave la arrullaba. Cerró los ojos y no vio a la visita que se acercó a su cabaña. No fue hasta que oyó los golpecitos que miró hacia afuera y vio a la mujer del otro lado de la puerta de tela mosquitera del porche.

—¿Detective Rizzoli? —dijo la mujer.

—Pasa.

La mujer entró y cerró la puerta sin hacer ruido. Aun en la penumbra del porche, Jane pudo ver su parecido con Will y Samantha y comprendió que ella era su madre. También supo, con absoluta certeza, cuál era su nombre. Había sido el viaje de pesca de Ingersoll, planeado en un momento tan extraño, lo que había hecho que Jane se concentrara en la hostería Loon Point; un viaje que Ingersoll había hecho sin caja de pesca. Este era el verdadero motivo por el que Ingersoll había ido a Maine: a visitar a la mujer que ahora se encontraba en el porche de la cabaña de Jane.

—Hola, Charlotte —dijo Jane.

La mujer miró más allá de la puerta de tela mosquitera, para cerciorarse de que no hubiera nadie cerca. Luego fijó sus ojos en Jane.

—Por favor, no vuelva a usar ese nombre nunca más. Me llamo Susan, ahora.

—¿Tu familia no lo sabe?

—Mi esposo sí, pero los chicos, no. Es demasiado difícil tratar de que comprendan. Y no quiero que sepan nunca qué clase de hombre es su abuelo... — Su voz se apagó. Con un suspiro, se sentó en una de las mecedoras. Por unos segundos, el único sonido fue el crujido de la silla sobre el porche.

Jane observó el perfil de la mujer. Charlotte —no, Susan— tenía apenas treinta y seis años, pero parecía mucho mayor. Años al aire libre habían llenado su cara de pecas y tenía el pelo salpicado de canas. Pero lo que más la avejentaba era el dolor en sus ojos, un dolor que le había dejado profundas arrugas y una mirada perseguida.

Susan echó la cabeza hacia atrás y contempló el lago en la oscuridad creciente.

—Comenzó cuando yo tenía nueve años —dijo—. Una noche, vino a mi dormitorio mientras mi mamá dormía. Me dijo que ya tenía edad suficiente. Que era hora de que aprendiera lo que todas las hijas deben hacer. Debemos complacer a nuestros papás. —Tragó saliva. —Así que eso hice.

—¿No se lo contaste a tu madre?

—¿Mi madre? —Susan soltó una risa amarga. —Mi madre nunca se preocupó por nada que no fueran sus intereses egoístas. Después de que comenzó su romance con Arthur Mallory, solo tardó dos meses en volar del nido. Nunca miró hacia atrás. Ni siquiera sé si recordaba que tenía una hija. Así que quedé bajo el cuidado de mi padre, a quien le venía de perillas retener la custodia. Sin que nadie se la disputara, claro. Sí, algunas veces por año yo pasaba un fin de semana con mamá y Arthur, pero ella prácticamente me ignoraba. Arthur era el único que se mostraba realmente bueno conmigo. No lo conocía mucho, pero parecía un buen hombre.

—¿Y su hijo, Mark?

Hubo un largo silencio.

—No me di cuenta de lo que era Mark —dijo en voz baja—. Parecía perfectamente inocuo al principio, cuando nuestras familias se conocieron. Muy pronto todos comenzamos a vernos todo el rato. Cenas en casa, luego en la de Mark. Nos llevábamos de maravillas. El problema era que mi mamá y Arthur se llevaban mejor de lo que pensaba.

—Por lo visto tu padre y Mark también habían hecho buenas migas.

Susan asintió.

—Eran como mejores amigos. Mi papá parecía haber encontrado finalmente al hijo que siempre había deseado tener. Aun tras el divorcio de mis padres, Mark venía a visitar a papá. Bajaban al taller y construían pajareras o marcos para cuadros. Yo no tenía idea de lo que realmente hacían allí abajo.

Mucho más que carpintería, pensó Jane.

—¿No te parecía extraño que los dos pasaran tanto tiempo juntos?

—Más que nada sentía alivio de estar en paz. Fue más o menos en esa época,

cuando tenía trece años, que mi padre dejó de venir a mi dormitorio de noche. En aquel entonces, yo no sabía por qué. Ahora comprendo que fue entonces cuando desapareció la primera chica. Cuando yo tenía trece años, y mi papá encontró a otra chica con la que divertirse. Con la ayuda de Mark. —Susan dejó de mecerse y se quedó inmóvil, con la vista fija en el lago. —Si lo hubiera sabido, si me hubiera dado cuenta de cómo era Mark realmente, mi madre y Arthur todavía estarían vivos.

Jane frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Yo soy el motivo por el que fueron al restaurante Fénix Rojo aquella noche. Estaban allí por algo que yo les conté.

—¿Tú?

Susan inspiró hondo, como juntando valor para continuar.

—Era el fin de semana en el que debía visitar a Mamá y a Arthur. Acababa de obtener mi licencia para conducir y fui en coche a su casa por primera vez. Me llevé el coche de mi padre. Fue entonces cuando encontré el colgante. Había caído entre el asiento y el portaobjetos central, donde nadie lo había visto en dos años. Era de oro y tenía forma de dragón, y un nombre grabado en el reverso.

Laura Fang.

—¿Conocías ese nombre?

—Sí. La historia de su desaparición salió en los periódicos. Recordaba el nombre porque ella tenía mi edad y tocaba el violín. En Bolton, algunos alumnos hablaban de ella porque la habían conocido en el curso de verano de la orquesta.

—Mark asistió a ese taller.

Susan asintió.

—La conocía. Pero yo no entendía la conexión con mi padre. ¿Cómo había ido a parar el colgante de Laura al coche de mi *padre*? Entonces comencé a pensar en todas las noches en las que había venido a mi dormitorio y en las cosas que me había hecho. Si había abusado de mí, quizá también había abusado de otras chicas. Tal vez eso era lo que le había sucedido a Laura. El motivo de su desaparición.

—¿Y entonces se lo contaste a tu madre?

—Aquel fin de semana, cuando fui a visitarla, les conté todo a ella y a Arthur. Lo que me había hecho mi padre años antes. Lo que había encontrado en su coche. Al principio, mamá no se lo podía creer. Luego, egocéntrica como siempre, comenzó a preocuparse por el qué dirán y por el hecho de que su nombre terminaría en los periódicos. Que se convertiría en la esposa tonta que no tenía idea de lo que ocurriría en su propia casa. Pero Arthur... Arthur se lo tomó muy en serio. *Él* me creyó. Y siempre lo respetaré por eso.

—¿Por qué no fueron directamente a la policía?

—Mi mamá quería estar segura. No quería llamar la atención hasta tener la certeza de que no fuera alguna extraña coincidencia. Tal vez había otra Laura Fang, dijo. Así que decidieron mostrarle el colgante a la familia de Laura. Confirmar que pertenecía a la misma Laura que había desaparecido dos años antes. —Susan agachó la cabeza y habló con voz apenas audible. —Esa fue la última vez que los vi con vida. Cuando salieron para encontrarse con el padre de Laura en el restaurante.

Esta era la pieza final del rompecabezas: la razón por la que Arthur y Dina habían ido a Chinatown aquella noche. No para cenar, sino para hablar con James Fang sobre su hija desaparecida. Los disparos pusieron fin a su conversación, una masacre sangrienta que se le adjudicó a un desventurado inmigrante.

—La policía insistió con que era un asesinato seguido de suicidio —dijo Susan—. Dijeron que mi madre y Arthur estaban en el lugar inadecuado en el momento inadecuado. Nunca se encontró el colgante, así que yo no tenía pruebas. No sabía a quién más acudir. No dejaba de pensar en si habría una conexión entre Laura y el tiroteo. Y luego estaba Mark. Él pasaba ese fin de semana en casa con nosotros, así que sabía lo que sucedía.

—Llamó a Patrick. Le contó que tu madre y Arthur irían a Chinatown.

—Estoy segura de que fue así. Pero no fue hasta el funeral que finalmente sumé dos más dos y comprendí todo. Mi padre y Mark, trabajando juntos. Sin el colgante, yo no podía probar nada. Mi padre tenía todo el poder y yo sabía lo fácil que le resultaría hacerme desaparecer.

—Entonces desapareciste por tu cuenta.

—No lo planeé con antelación. Pero allí estaba con mis compañeros de curso, caminando por el *Freedom Trail* en Boston. —Soltó una risa triste. —Y de pronto, pensé; ¡Yo también quiero ser libre! Y ahora es el momento de hacerlo. Así que me alejé de los profesores. A varias calles de distancia, comencé a pensar cómo despistar a todos. Dejé caer mi mochila y mi documento en un callejón; tenía suficiente dinero en efectivo como para comprarme un billete hacia el norte. No sabía dónde iría, solo sabía que tenía que alejarme de mi padre. Cuando llegué a Maine y descendí del autobús, de pronto me sentí como... —suspiro. —Como si hubiera llegado a casa.

—Y te quedaste.

—Conseguí empleo limpiando cabañas para turistas. Conocí a mi esposo, Joe. Y ese fue el regalo más grande que me dio la vida, encontrar a un hombre que me ama. Que me apoya, pase lo que pase. —Inspiró hondo y levantó la cabeza. Irguió la espalda. —Aquí rehice mi vida. Tuve a mis hijos. Juntos, Joe y yo construimos estas cabañas. Armamos nuestro negocio. Pensé que sería feliz, escondida aquí para siempre.

Desde el lago se oían risas; Will y su hermana, en bañador, corrían por el muelle. Saltaron y las risas se convirtieron en chillidos cuando cayeron en el agua fría. Susan se levantó de la silla y contempló cómo sus hijos se salpicaban, felices, en el agua.

—Samantha tiene nueve años. La misma edad que tenía yo cuando empezó todo. Cuando mi padre comenzó a venir a mi dormitorio. —Susan se mantenía de espaldas a Jane, como si no pudiera soportar que ella le viera la cara. —Crees que puedes sobreponerte al abuso y dejarlo atrás, pero no es así. El pasado está siempre allí, esperando encontrarse contigo en tus pesadillas. Se te aparece cuando menos lo esperas. Cuando hueles gin y cigarros. O cuando oyes crujir la puerta de tu dormitorio de noche. Aun después de tantos años, él sigue atormentándome. Y cuando Samantha cumplió nueve años, las pesadillas empeoraron, porque me veía a mí misma a su edad. Tan inocente, tan pura. Pensé en lo que me había hecho y en lo que podía haberle hecho a Laura. Y me pregunté si habría habido otras chicas, otras víctimas de las que yo ni siquiera estaba enterada. Pero no sabía cómo hacer caer a mi padre yo sola. No tenía el valor.

Afuera, Will y Samantha treparon al muelle y se secaron, riendo. Susan presionó las manos contra la tela mosquitera, como si absorbiera valor de sus hijos.

—Fue así que el treinta de marzo —dijo Susan—. Abrí el *The Boston Globe*.

—Y viste el anuncio de Iris Fang. Sobre la masacre del Fénix Rojo.

—*La verdad nunca ha sido dicha* —susurró Susan—. Eso decía el anuncio. Y de pronto comprendí que no estaba sola. Que alguien más buscaba respuestas. Buscaba justicia. —Se volvió hacia Jane. —Fue entonces cuando finalmente junté valor para llamar al detective Ingersoll. Lo conocía porque él había investigado la masacre del Fénix Rojo. Le conté el colgante de Laura. De mi padre y de Mark. Le expliqué que podría haber otras chicas desaparecidas.

—Por eso él comenzó a hacer preguntas sobre las chicas —dijo Jane. Preguntas que lo habían puesto en peligro, porque Patrick se enteró de que Ingersoll estaba reuniendo evidencia que lo vinculara no solo con las chicas desaparecidas sino también con el Fénix Rojo. Patrick debió de suponer que Iris Fang estaba detrás de todo, porque ella había colocado el anuncio en el *Globe*. Ella había perdido a una hija y a su esposo. Matar a Iris y a Ingersoll erradicaría el problema, de manera que Patrick había contratado a profesionales. Pero los asesinos habían subestimado a quienes tenían enfrente.

—Tenía terror de que mi padre me encontrara —dijo Susan—. Le dije al detective Ingersoll que no dijera *nada* que pudiera ser rastreado luego hasta aquí. Me prometió que ni siquiera su propia hija sabría en qué estaba trabajando.

—Y cumplió con su palabra. No teníamos idea de que tú lo habías contratado. Supusimos que había sido la señora Fang.

—Unas semanas más tarde, me llamó. Me dijo que teníamos que encontrarnos y vino en coche hasta aquí. Me contó que había descubierto un patrón. Había encontrado los nombres de tres chicas que podían haberme conocido antes de desaparecer. Chicas que habían asistido al mismo torneo de tenis o al mismo evento musical. Resultó ser que yo era el nexo. Yo era el motivo por el que las elegían. —Su voz se quebró y volvió a sentarse en la mecedora. —Aquí estaba yo, viviendo con mi niñita, sana y salva en Maine... Nunca supe que hubo otras víctimas. Si solo hubiera sido más valiente, podría haberle puesto fin a esto hace mucho tiempo.

—Se le ha puesto fin, Susan. Y tú has desempeñado un papel en eso.

Miró a Jane, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Un papel menor. El detective Ingersoll murió a causa de esto. Y fue usted la que lo terminó.

Pero no sola, pensó Jane. Tuve ayuda.

—¿Mamá? —La voz de la niña llegó desde las sombras. Samantha estaba del otro lado de la puerta; su figura menuda se recortaba contra la luz que se reflejaba en el lago a sus espaldas. —Ha dicho papá que te viniera a buscar. No sabe si es hora de sacar el pastel del horno.

—Voy, cariño. —Susan se puso de pie. Abrió la puerta de tela mosquitera, miró hacia atrás y sonrió a Jane. —La cena está lista. Venga cuando sienta hambre —dijo y salió, dejando que la puerta se cerrara ruidosamente tras ella.

Desde el porche, Jane vio cómo Susan tomaba a Samantha de la mano. Juntas, madre e hija caminaron por la orilla y se esfumaron en la penumbra del atardecer. Sin soltarse la mano en ningún momento.

TREINTA Y NUEVE

*TRES MESES MÁS TARDE
PROVINCIA DE FUJIÁN, CHINA.*

El aroma dulce del incienso se huele en el patio donde Bella y yo estamos ante la tumba de los ancestros de su padre. Es un antiguo cementerio. Durante al menos mil años, generaciones de la familia Wu han sido enterradas aquí y ahora las cenizas de Wu Weimin se unen a las de sus antepasados. Su alma atormentada ya no vaga por el mundo de los espíritus, clamando justicia. Aquí descansará finalmente en paz, por toda la eternidad.

Cuando caen las sombras de la noche, Bella y yo encendemos velas y nos inclinamos ante la memoria de su padre. De pronto, intuyo la presencia de alguien más y me vuelvo para ver que una figura cruza el portón que da al patio. Aunque no puedo verle la cara en la oscuridad, sé por su andar silencioso, por la ágil elegancia con que se mueve, que se trata del hijo de Wu Weimin y su primera esposa, el hijo que nunca lo ha olvidado y ha seguido honrándolo. Cuando el hombre se acerca a la luz de las velas, Bella saluda con la cabeza a su medio hermano y él le devuelve el saludo con una sonrisa triste. Se parecen tanto, estos dos, tan inflexibles como la piedra que cubre las cenizas de su padre. Ahora que han cumplido con su deber, me pregunto qué será de ellos. Cuando has dedicado la mitad de tu corta vida a un único objetivo y finalmente lo alcanzas, ¿qué te queda por lograr?

Él me saluda con una inclinación respetuosa.

—*Sifu*, siento llegar tarde. Mi vuelo desde Shangai sufrió demoras por mal tiempo.

Observo su cara en la luz de las velas y veo algo más que cansancio en las arrugas de preocupación que rodean sus ojos.

—¿Problemas en Boston?

—Creo que ella lo sabe. Siento que observa y hurga. Intuyo sus sospechas cada vez que me mira.

—¿Qué sucederá ahora?

Él suelta un suspiro largo y contempla las velas ardientes.

—Creo que comprende; al menos, eso espero. Me ha escrito una carta de recomendación brillante. Y quiere que trabaje con ella en otra investigación en Chinatown.

Sonríó a Johnny Tam.

—La detective Rizzoli no es tan distinta de nosotros. Puede no estar de acuerdo con la manera en que logramos nuestro objetivo, pero pienso que comprende por

qué lo hicimos. Y que lo aprueba.

Enciendo un fósforo y lo acerco al brasero del patio para encender las maderas. Las llamas saltan como dientes hambrientos y las alimentamos con pajuelas perfumadas cubiertas con polvo de madera olorosa, dinero para los espíritus. El fuego las consume y cuando se eleva el humo, les lleva solaz y fortuna a los espíritus de nuestros seres queridos.

Debemos quemar un último artículo.

Cuando saco la máscara de la bolsa, el pelo plateado refleja la luz del fuego y de pronto parece cobrar vida, como si el espíritu del mismísimo Sun Wukong se hubiera elevado de las sombras. Pero la máscara cuelga inerte en mis manos, es apenas un objeto muerto hecho de cuero y pelo de mono, un artículo teatral que compré hace años a una compañía china de ópera. Los tres hemos llevado la máscara. Los tres hemos compartido ese papel. Yo, cuando me defendí de esa asesina en el tejado. Bella, cuando le salvó la vida a una mujer policía. Y Johnny, por último, cuando le disparó a la cabeza a Patrick Dion, cerrando así el círculo de muerte. Dejo caer la máscara en las llamas. El pelo se enciende de inmediato y huelo a piel y cuero quemados. En una llamarada intensa, la máscara se consume, devolviendo a Sun Wukong al mundo de los espíritus, a donde pertenece el Rey Mono. Pero él nunca está lejos, realmente; cuando más lo necesitamos, cada uno de nosotros lo encuentra en su interior.

Las llamas se apagan y los tres nos quedamos mirando el brasero, buscando en esas brasas ardientes lo que cada uno anhela ver. Para Bella y Johnny, es la sonrisa de aprobación de su padre. Han cumplido con su deber filial: ahora son dueños de sus vidas.

¿Y qué veo yo en esas cenizas? Veo la cara de mi hija, Laura, cuyos restos fueron recuperados hace diez semanas de un rincón cubierto de enredaderas en la propiedad de Patrick Dion. Veo la cara de mi amado esposo, todavía joven, con el pelo negro como lo tenía el día que nos casamos. A pesar de que ellos no envejecen, aquí sigo yo en esta tierra, con la salud que me traiciona y el pelo que se me vuelve canoso: los años me marcan profundas arrugas en la cara. Pero con cada año que pasa, también me acerco más a James y a Laura, al día en que volveremos a estar juntos. Por eso sigo mi marcha por las sombras crecientes, serena y sin miedo.

Porque sé que al final de mi viaje, ellos me estarán esperando.

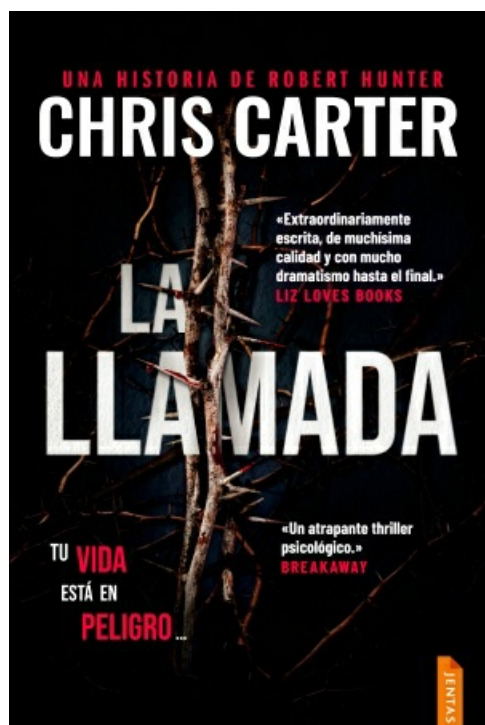
AGRADECIMIENTOS

De todas las novelas que he escrito, ninguna ha sido tan personal para mí como esta. La historia está inspirada en los cuentos de mi madre sobre su infancia en China, cuentos de fantasmas y misteriosos maestros de artes marciales y sí, del heroico Rey Mono. Así que gracias, mamá, por hacerme conocer el mundo maravilloso de las fábulas chinas.

Gracias también a Tony Yee y al agente Tommy Yung del Departamento de Policía de Boston por sus conocimientos sobre Chinatown; a Halford Jones por alentarme durante mucho tiempo a que escribiera una historia sobre artes marciales; a mi hijo Adam Gerritsen por su ayuda con las palabras en mandarín y con extrañas armas de fuego; a la Dra. Reena Roy, profesora adjunta del Programa de Ciencias Forenses de la Universidad Penn State, por su invaluable ayuda con el análisis de pelo de primates; a John R. Michaud, profesor de estudios legales y a sus alumnos del Club de Justicia Penal de la Husson University por sus consejos sobre el análisis de metal de espadas antiguas; y al detective Russel Grant, del Departamento de Policía de Boston, por siempre estar dispuesto a responder a mis preguntas. Cualquier error que haya cometido en esta novela es mío y solo mío.

También está el equipo de fierro que ha estado detrás de mí a cada paso del camino con consejos, aliento y a veces un muy necesitado Martini; mi incomparable agente literaria, Meg Ruley, de la Jane Rotrosen Agency; mi editora de Ballantine, Linda Marrow; mi paladín transoceánica, Selina Walker y el hombre que me mantiene sana y salva mientras recorro los caminos, Brian McLendon.

Y sobre todo, gracias a mi marido, Jacob, que con tanta alegría soporta la ordalía de estar casado con una escritora. Después de pasar todo el día con personas que solo existen en mi cabeza, me siento muy agradecida de tener a un héroe de carne y hueso esperándome.



La llamada

Carter, Chris

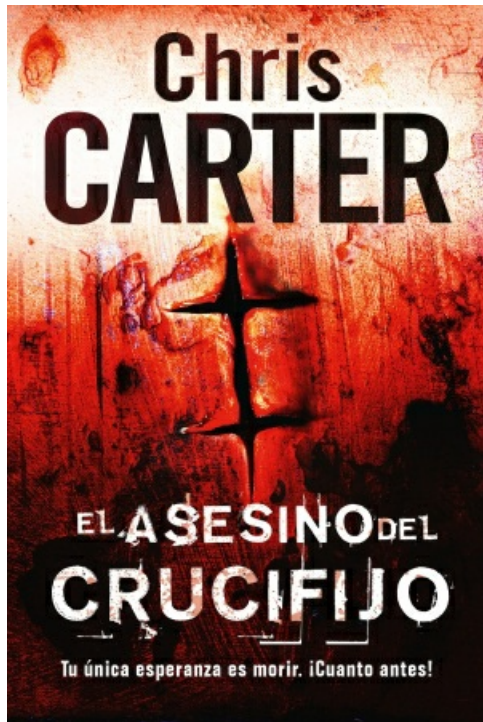
9788742812556

350 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

TU VIDA ESTÁ EN PELIGRO... Ten cuidado antes de responder la próxima llamada. Podría ser el principio de tu peor pesadilla. Luego de una ardua semana, Tanya Kaitlin anhela pasar una noche tranquila en su casa, pero al salir de la ducha oye sonar su teléfono. Es un pedido para aceptar una videollamada de su mejor amiga, Karen Ward. Tanya coge la llamada y la pesadilla comienza. Karen está amordazada y atada a una silla en su propia sala de estar. Si Tanya corta la llamada, si aparta la vista de la cámara, él a continuación irá a por ella, le promete la voz grave, rasposa y demoníaca que se oye del otro lado de la línea. Mientras los detectives Robert Hunter y Carlos Garcia investigan las amenazas, se ven envueltos en una montaña rusa de maldad, persiguiendo a un brutal homicida que patrulla las calles y las redes sociales en busca de sus víctimas, provocándolas con mensajes secretos y alimentándose de su miedo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El asesino del crucifijo

Carter, Chris

9788771075779

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tu única esperanza es morir. ¡Cuanto antes! El cuerpo de una mujer brutalmente asesinada es hallado en una cabaña abandonada en el Parque Nacional de los Los Angeles. Desnuda, atada a dos postes de madera y con la piel de la cara desollada – cuando aún seguía con vida. En la nuca tiene grabado un extraño símbolo, un crucifijo doble: la firma de un psicópata conocido como el Asesino del Crucifijo. Pero no es posible porque el Asesino del Crucifijo fue arrestado y ejecutado dos años atrás. ¿Podría tratarse de un imitador? ¿Alguien con acceso a los detalles de los primeros asesinatos, detalles complejos que nunca se habían hecho públicos? ¿O acaso el detective Robert Hunter tendrá que hacer frente a lo inconcebible? ¿Andará aún suelto el auténtico Asesino del Crucifijo, dispuesto a embarcarse en una nueva matanza indiscriminada y sádica? ¿Seguirá eligiendo a sus víctimas al azar y provocando al

detective Hunter, incapaz de atraparlo? Robert Hunter y su novato compañero están a punto de adentrarse en una pesadilla que supera toda imaginación y donde el concepto de una muerte rápida no existe. _____ « Un espeluznante y compulsivo retrato de un psicópata que sitúa a Carter al nivel de Jeffery Deaver. » - Daily Mail

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Una mentira piadosa

Blædel, Sara

9788742812310

350 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una mujer es perseguida por una lamentable decisión que tomó en los primeros años de su adolescencia y, ahora, se ve envuelta en una trama profundamente emocional y de tenebrosa atmósfera. Esto es lo nuevo que nos trae Sara Blædel, la gran estrella internacional de los superventas. La detective Louise Rick descansa en una playa de Tailandia cuando su padre, lleno de espanto, la llama por teléfono. Mikkel, el muy querido hermano de Louise, ha intentado suicidarse. Está desolado. Su esposa se ha ido sin decirle una sola palabra. Louise vuelve de inmediato a casa, a Osted, el pequeño y aislado pueblo danés donde creció y donde Mikkel sigue viviendo. Pero, mientras averigua más cosas de Trine —devota esposa y madre de dos pequeños— y su estado de ánimo durante los días previos a su partida, más se inclina a preguntarse si verdaderamente tenía intenciones de abandonar a su hermano. O si ha sucedido

algo mucho más tenebroso. La policía local apunta a Mikkel como el principal sospechoso de la desaparición de Trine; entretanto, Louise se esfuerza por limpiar el nombre de su hermano. Sin embargo, se enfrentará a verdades incómodas: los pueblos siempre esconden secretos; el pasado te persigue eternamente. Y las mentiras nunca son inofensivas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La mujer desaparecida

Blædel, Sara

9788742812198

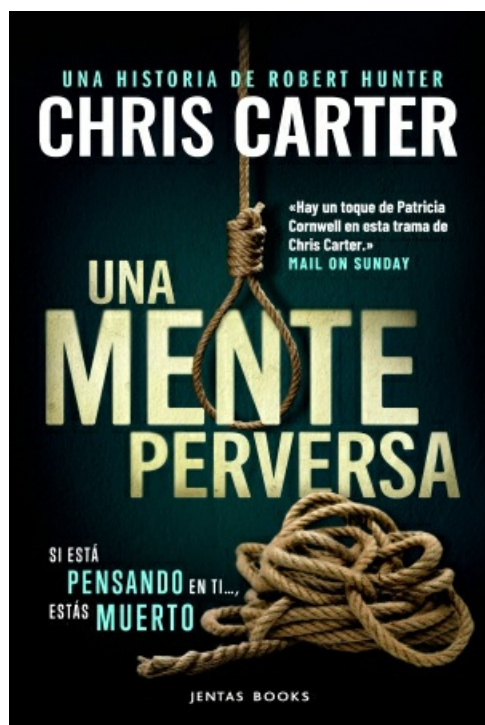
350 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tras el increíble éxito de *Las niñas olvidadas* y *El bosque de la muerte*, dos de los superventas internacionales de Sara Blædel, Louise Rick —jefa de la Agencia Especial de Búsqueda, un departamento de élite de la policía— regresa en otra novela de suspenso llena de giros... Un ama de casa se ha convertido en blanco de una serie de asesinatos tan horribles como metódicos. El disparo de un rifle de caza atraviesa la ventana de la cocina. La mujer está muerta antes de caer al suelo. Aunque el asesinato ocurre en Inglaterra, resulta que la mujer, Sofie Parker, es una ciudadana danesa que ha figurado en la lista de personas desaparecidas por casi dos decenios. Así que este es un caso para Louise Rick. Entonces, en un giro inesperado, la policía descubre que la desaparición de Sofie, hace dieciocho años, había sido notificada nada menos que por Eik, un policía que es, a la vez, compañero y amante de Louise. Impulsivo como

siempre, Eik viaja apresurado a Inglaterra, pero termina en la cárcel como sospechoso de haber asesinado a Sofie. La conexión de Eik con el caso ciega a Louise, la inquieta, la hunde en el desasosiego; pero ella sabe que debe apartarse del torbellino de sus confusiones para encontrar a este asesino que ha desatado uno de sus casos más controvertidos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Una mente perversa

Carter, Chris

9788742812372

350 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si está pensando en ti..., estás muerto. De uno de los diez autores más vendidos, según el Sunday Times del Reino Unido, llega esta novela llena de acción protagonizada por Robert Hunter. Este psicólogo, especialista en comportamiento criminal y convertido en detective de la policía de Los Ángeles, tiene que moverse a toda velocidad para identificar al asesino más brutal, astuto y escurridizo que haya existido. Tras un extraño accidente en la Wyoming rural, el sheriff de la localidad detiene a un hombre sospechoso de haber asesinado a dos mujeres. Las investigaciones, sin embargo, conducen a descubrimientos mucho más horripilantes: un asesino en serie ha estado secuestrando, torturando y mutilando víctimas por todo el territorio de los Estados Unidos. Y lo ha estado haciendo durante, al menos, veinticinco años. El sospechoso alega que no es más que un peón en un gigantesco laberinto de

mentiras y artificios, pero ¿se le puede creer? El caso es llevado de inmediato al FBI, aunque, esta vez, la agencia se ha visto obligada a pedir ayuda del exterior. El psicólogo especialista en comportamiento criminal y, ahora, primer detective de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos de la Policía de Los Ángeles, ha sido llamado para interrogar al detenido. Las entrevistas empiezan a revelar secretos terribles que nadie podría haber previsto, incluyendo la verdadera identidad del homicida. Un asesino, por cierto, tan esquivo que ni siquiera el FBI tenía la menor idea de su existencia. Hasta hoy... Notas de prensa «Hay un toque de Patricia Cornwell en esta trama de Chris Carter.» Mail on Sunday «Esto te atrapa. No es para aprensivos.» Heat «Uno de esos libros que no puedes parar de leer.» Express «Un asesino en serie especialmente sádico que, en esta lectura irresistible, se mofa de los agentes federales. Es la verdadera batalla entre el bien y el mal.» Kirkus Reviews «Los giros, los estupores y las escenas de suspenso abundan en este relato de ritmo vertiginoso.» Booklist «Si te gustan las series de televisión como CSI o True Detective, de HBO, es muy probable que no puedas apartarte de este libro.» The Real Book Spy «Con personajes brillantemente desarrollados, una historia impredecible y giros argumentales alucinantes, esta novela cargada de suspenso embiste a una velocidad vertiginosa. Lleva a un desenlace dramático y lleno de acción que, en la última página, tendrá a los lectores intentando adivinar el remate. Un proceso policíaco absolutamente excepcional.» Book Reviews & More by Kathy «Una mente perversa, de Chris Carter, es una de las novelas policíacas más escalofriantes.» Fresh Fiction

[Cómpralo y empieza a leer](#)